



«El más importante novelista de terror americano» —Stephen King

NOCHES FANTASMA

«Una vorágine de suspense, terror y emoción,
pero también ficción con trasfondo y sustancia:
fenomenal, un Farris de primera» —Dean Koontz»

JOHN FARRIS

Lectulandia

Un gran maestro del *thriller* psicológico nos cuenta la historia de Alex Gambier, un joven de catorce años marcado por la tragedia cuando un brote de difteria le deja mudo, lo cual lo aleja de su familia y de la realidad, así que Alex se expresa escribiendo historias fantásticas y retándose con escalofriantes hazañas.

Lectulandia

John Farris

Noches fantasma

Solaris terror - 35

ePub r1.0

Titivillus 09.06.17

Título original: *Phantom nights*

John Farris, 2005

Traducción: Lorenzo Luengo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Tom Doherty

Nota del autor

La parte entrecomillada del lamento de Ramses Valjean, que puede encontrarse en la página 178, pertenece a un «compañero en el dolor» llamado Lionel Johnson y a su obra *El precepto del silencio*.

En tiempos oscuros,
el ojo comienza a ver.
Theodore Roethke

1

Regreso a casa Mala sangre La muerte y el *Dixie Traveler*

Cuando Leland Howard salió de su coche, frente a la casa, vio a su hermanastro Saxby y a su cuñada Rose Heidi en el porche delantero; tal vez acababan de llegar o estaban a punto de irse, no podía estar seguro de qué era. En cualquier caso, Saxby había llegado antes.

Cómo no, pensó Leland. Sax había tenido un buen trecho por delante desde Elizabethton. El área de las Tres Ciudades, donde Sax tenía sus concesiones: Chevrolet y el equipo de granjas Case.

Era el 30 de julio y no soplaba ni una brizna de aire. No había llovido mucho en el oeste de Tennessee desde hacía un mes, probablemente seis semanas, sin embargo, el espeso césped delantero y los arriates que había tras la verja blanca de hierro forjado parecían recién regados. Las magnolias y las hojas del ginkgo se mostraban tan brillantes como dulces de Navidad en sus envoltorios. Había pozos artesianos diseminados en los seis acres de la propiedad, la cual se hallaba a cuatro manzanas al oeste de la plaza del juzgado y a mitad de la calle desde la avenida ancha. Esta se hallaba flanqueada en su mayor parte por mansiones de antes de la guerra, algunas de las cuales se erguían al sol sin ser reclamadas por nadie y sufrían la putrefacción letárgica de sus maderas.

Leland sacó un sombrero panamá de color chocolate y se secó la frente mientras su hombre, Jim Giles, aparcaba el Pontiac Eight a la sombra de un cedro gigantesco que había al otro lado de la calle. Salió y se reclinó contra el alto guardabarros del Pontiac. Era un hombre desgarrado, de expresión entre provinciana y taciturna, con una simiesca caída de brazos y un par de manos desproporcionadas, vestido con un traje azul brillante una talla menor de la que le convenía. El traje hablaba de una vida de precarias recolecciones, de ropas heredadas y estantes de tiendas de segunda mano. Giles tenía el aspecto de un pobre de solemnidad, pero no servil.

Leland se entretuvo un rato en la acera, con ese aplomo que siempre había sido natural en él, llamando la atención de cuantos se hallaban entre las sombras del porche. No había a la vista carroza fúnebre alguna, pero ésta podría encontrarse aparcada en la parte de atrás, a fin de evitar herir la sensibilidad de la familia. Doc Hogarth reposaba en una de las mecedoras que colgaban de las cadenas, bebiendo limonada, al igual que Rose Heidi a su lado. Esta vez parecía estar de unos siete meses, obligada a postrarse a cada oportunidad. Habían recogido a los niños y los habían vestido de arriba abajo, así que no era broma: la delicada salud de Priest

Howard podía haber llegado finalmente a estado terminal, después de tantas falsas alarmas que a menudo Leland ni siquiera se molestaba en responder.

Los dos chicos que rodeaban a Rose Heidi estaban aburridos y no paraban de dar guerra. Un tercer niño, el mayor de Sax, estaba por su lado leyendo un cómic de Batman. Burnell, el tipo de mantenimiento, merodeaba al otro lado de la mosquitera y del umbral que no había traspasado en veintiséis años. Era uno de esos negros que tenía toda familia con posibles y que, pasado el tiempo, adquiriría cierto estatus de dignidad en las dos comunidades de Evening Shade, tanto la blanca como la de color.

Que Dios me ayude. Leland se puso su sombrero y atravesó la verja abierta, avanzando por el sendero de ladrillos hasta la casa de tres plantas que habían hecho construir siguiendo el viejo estilo, el hogar de su infancia. Un mondadientes de oro en la esquina de la boca. Un traje de mezclilla que a esta hora del día ya estaba un tanto arrugado. Había una costura rota en el ojal de la solapa derecha. Nada sería suficiente para recordar a los votantes de Tennessee lo bien que él había servido a su país: la metralla que tenía en la espalda bastaba para demostrarlo. Las heridas de guerra siempre eran un buen tema de conversación entre los VFW^[1].

Su hermanastro Saxby descendía los peldaños para abordarle en el camino. Sax la había cagado hasta en cuatro ocasiones durante el último gran conflicto mundial, por tener los pies planos y ser casi ciego de un ojo. Su rostro al caer la tarde parecía rubicundo, sobrealimentado. Y su respiración era asmática.

—No sabía lo rápido que podías hacerlo, Lee; decían que no se te había visto por la granja en un tiempo. Fue la gente que lleva tu campaña quien me lo dijo, en esa tribuna que han montado en Union City.

—Eso era a las siete y media de la mañana. Luego me paré en Dyersburg para tomar un almuerzo en el Rotary y conduje hasta Memphis para hacer una visita de cortesía al Jefe Crump. Allí es donde me llegó la noticia, Sax; en el vestíbulo del Peabody.

Saxby ofreció un apretón de manos. Leland conservaba unas manos duras y callosas. Cortar madera era un buen ejercicio y un beneficio añadido. Los granjeros, cuyos votos le importaban tanto como los feudos dominados por el Jefe Crump en Memphis, sentían desagrado por esos políticos de manitas mimadas, «viscosas como unos mocos en el pomo de una puerta», un dicho que Leland recordaba de su juventud. Así era como le parecían las manos de Sax, para quien la manicura era un rito que acompañaba al corte semanal de su cabello.

—¡El Jefe Crump! Apuesto a que le has sacado su aval de los mismísimos morros de Walker Weldford.

—No hay modo de llevar el oeste de Tennessee sin el Jefe —dijo Leland, cómodamente.

—¿Sabes? He estado poniendo la oreja, pero parece demasiado pronto para decir qué va a pasar por estos pagos si no tienes a la gente del Sentinel de Knoxville de tu parte.

—Espero tener su aprobación la próxima semana. Y te aseguro que agradezco que hayas estado perdiendo el culo por mí en las Tres Ciudades.

La habitual sonrisa de Saxby recordaba a un gesto de dolor. Miró más allá de Leland, hacia Jim Giles, inclinado sobre el Pontiac:

—¿Aún empleas a convictos para que te lleven el coche?

—Están en libertad condicional. Forma parte de mí perdonar las transgresiones de mis semejantes. A los curas y las beatas les chifla.

—¿De qué le han dado a ese la condicional?

—De un asesinato. Veinte años, ocho obligatorios.

—¿Mató a alguien?

Leland no pudo resistirse:

—Con sus propias manos. Pero James es una gran persona. Solo que de vez en cuando siente un profundo disgusto por un tío u otro.

Leland alzó la vista hacia las ventanas de la segunda planta, con las cortinas medio cerradas, de aquel enorme dormitorio orientado hacia el noroeste. Las pyracanthas abrazaban los muros hasta los alféizares. ¿Medio cerradas? En aquel momento, el viejo Doc Hogarth estaba sentado afuera, con su limonada de frambuesa, teñida de un color de sangre diluida, y un abanico de papel en la otra mano, cortesía de Malfitano, «Muebles de Calidad», cuyo local se hallaba en la plaza. Doc no tenía otra cosa que hacer salvo declarar muerto a Priest Howard; sin duda, era un trabajo sin muchos sobresaltos.

—Supongo que no he llegado demasiado tarde, tal y como están las cosas.

Sax miró hacia donde se había centrado la atención de Leland.

—Pensé que todo había terminado a eso de las dos y media; entonces abrió los ojos, e incluso dijo un par de palabras. Da la impresión de que está esperando por ti, Leland.

El labio de Leland se curvó.

—La misma canción de siempre. En una hora estará sentado dando cuenta de una buena cena.

—Échale un vistazo y ya verás como no dices lo mismo. Cada aliento que escupe puede ser el último. Estuve junto a él durante una hora y media, solo salí cuando te vi aparecer. Tenía que darme un pequeño descanso, ir al... —Sax se permitió ahogar las palabras.

—Morir puede ser un trabajo duro. ¿Quién está ahora con él?

—Mally Shaw.

—¿En serio? Pensaba que Mally se había ido a Nashville a vivir con su padre después de que William se volara los sesos.

—Eso hizo, y estudió enfermería. Vino a casa de nuevo; han pasado ocho meses, dice. Y por lo que Burnell nos ha contado, Mally ha sido un pilar fundamental para papá.

El hijo pequeño de Saxby estaba torturando a su hermana a escondidas; la niñita

lloraba.

—Rose Heidi —dijo Sax con voz severa—, haz algo con esos mocosos.

—Bueno, lo único que les pasa es que tienen un calor horrible, Sax. Quieren ir dentro a ver la tele. Es casi la hora de Howdy Doody.

—No lo harán mientras a mi padre lo estén llamando de arriba en este mismo instante. Ten un poco de cabeza. —Sax se volvió para dirigirse a Leland—: Iré arriba contigo. Quizá si papá tiene todavía un pie en la tierra puedas darle las buenas noticias sobre el Jefe Crump. Como siempre ha tenido tanto respeto por ese viejo hijoputa...

Leland asintió. De un bolsillo de su abrigo sacó la bolsita de caramelos que siempre llevaba encima cuando iba de campaña y repartió algunos entre los niños, que gritaban a su alrededor. Se quitó de nuevo el sombrero para saludar a Doc Hogarth y Rose Heidi. El ventilador que colgaba en el porche removi6 su ondulado cabello rubio.

—Me alegra verte otra vez —dijo Rose Heidi con lo que consider6 el m6nimo entusiasmo necesario para no quedar mal. Se pas6 el rebuso de un pa6uelo perfumado por las ojeras azules que festoneaban sus ojos oscuros y beligerantes—. Tampoco ha pasado tanto tiempo, ¿no? —Había nacido acusando al mundo por qui6n sabía qu6, pens6 Leland; y a todos los habitantes enormemente imperfectos, a ojos de Rose, que había en el mundo.

La ni6nita, cuyo nombre Leland no podía recordar, estaba tendida en el regazo de su madre, invitando a que el alborotador de su hermano le pellizcase el culo; 6l, sin embargo, bailoteaba alejado de la mecedora con una sonrisita de suficiencia.

—Joe Dean, si te sigues portando así te voy a dar un azote de un momento a otro —dijo Rose Heidi.

Leland puso su atenci6n en otra parte.

—Doc.

—Leland —asintió aquel—. Se te ve en buena forma.

Orgullosa, Leland le respondi6 con un gesto de asentimiento; era un hombre cuyo ego estaba siempre a la caza de una caricia en la espalda, como un gato rondando por una habitaci6n abarrotada. Mir6 a Saxby, que obviamente despreciaba lo que para 6l era una sutil referencia a su circunferencia.

—Cr6eme —dijo Sax a Leland cuando ambos ascendían la curvada escalera interior—. He probado todas las dietas conocidas por el hombre y no soy capaz de perder un gramo. —Solt6 un resuello—. ¿Cuál es tu secreto? —Aquello lo dijo con una mirada de soslayo. En lugar de esbozar una sonrisa forzada, sus ojos, como abejas en un panal profanado, mostraban un enorme enfado.

La luz que atravesaba la vidriera sobre la puerta de entrada vertía un arco iris sobre el lúgubre color marr6n del empapelado, alumbrando las depresiones del muro a cada lado del cuarto que Sax ocup6 cuando era un ni6no, allí donde Leland, en cierta ocasi6n, golpe6 la cabeza de Sax.

—Mi madre —respondió Leland— era delgada como un junco. Imagino que eso tendrá algo que ver. ¿Cuánto ejercicio haces, Sax? Sin contar las ocasiones en que te follas a Rose Heidi. De todos modos sospecho que ella es quien hace la mayor parte del trabajo.

El silencio los acompañó mientras se dirigían a la habitación del padre.

—No dudaba de que saldrías con alguna observación grosera —sentenció Sax, adusto, cuando se detuvieron ante la puerta.

—¿Sax?

—¿Qué?

—Espera aquí, en el rellano, mientras doy a papá el último adiós. —Sax encorvó los hombros de mala gana. Leland, con una ligera sonrisa, añadió—: Papá no va a cambiar de idea en su lecho de muerte, no soltará un solo centavo a mi nombre.

Sax sorbió por la nariz. Por el amor de Dios, pensó Leland, mientras el pasado recorría en súbitas imágenes su cerebro. Sax aún sorbía por la nariz, como un niño.

—Ni tú ni yo podemos decir con certeza qué habrá en la cabeza de papá en un momento tan fatídico como este. Quizá estás infravalorando su capacidad para el perdón.

—Lo dudo mucho —repuso Leland, con una sonrisa serena y fría. Desde el exterior les llegaron el esforzado frenazo de un coche y las voces de algunos recién llegados—. ¿Más gente para plañir con nosotros? —comentó Leland—. ¿A cuántos has invitado, Sax?

—Deben de ser el pastor McClure y su mujer. —Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos; cruzó el pasillo chirriante en pos de las escaleras, diciendo—: Espero que te atragantes con ese palillo. —Leland dedicó un momento a analizar el humor y la actitud de Sax, luego sorbió y se limpió la nariz con un ruido exagerado que éste tuvo que oír. Lo único que pretendía era recordarle quién había sido el primero en asumir las responsabilidades y quién estaba aún en la cima. Era una niñería por su parte, pero vaya si encontraba satisfacción en ello.

Mally Shaw levantó la vista cuando Leland entró en el dormitorio de su padre. Estaba sentada en una mecedora, al lado del viejo, con una Biblia abierta en el regazo. La Biblia de la familia Howard, nada menos. Pesada al tacto y con aquellas páginas que el paso del tiempo había tornado tan frágiles como las alas de una polilla. Consiguió captar de un vistazo al abrir la puerta lo que Mally había estado leyendo en alto. Los Salmos.

—Sigue, Mally —dijo Leland.

Pero, en lugar de hacerlo, Mally colocó un marcapáginas en la Biblia, la cerró, miró el rostro de Priest Howard, elevado sobre las almohadas, y se puso en pie.

—Parece que he llegado a tiempo —observó Leland.

—Alabado sea, señor Leland —dijo Mally, y dejó la Biblia en un atril próximo a la cama, donde la luz del sol, indecisa, dejó ver el oro que faltaba en el gofrado de la cubierta de cuero, ennegrecida por la grasa de los incontables dedos que la habían

fatigado durante siglo y medio.

Leland admiró el perfil que Mally ofrecía con el fondo de aquella luz. Sería, supuso, unos cuatro o cinco años más joven que él. Ni siquiera un tipo que no sintiese atracción por la carne oscura —algo que nunca estuvo entre los prejuicios de Leland, desde que fue lo bastante mayor como para dedicarse a la caza— podría evitar sentirse atraído por una hembra tan linda como aquella. Era obvio que más de un hombre blanco había trepado, aunque fuera temporalmente, por las ramas de su árbol genealógico.

Leland se aproximó al viejo lecho de caoba de su padre, tan feo como imponente. En un primer momento, se sintió sacudido al comprobar lo acabado que parecía el viejo, aquel saco de huesos despojado de dientes, cuyos ojos radiantes relampagueaban en un rostro vacío, pálido como la luna. Su antiguo encantamiento empezaba a consumirse, ahora que el núcleo había perdido su eje. Tomaba líquidos y se mantenía aferrado a un hilo de vida gracias a la morfina. No quedaba nada en él que temer ni despreciar, nada de nada en aquella reliquia que, en la flor de la vida, hubiera sido capaz de cambiar los vientos con un fruncimiento de cejas. Leland no estaba del todo seguro, alumbrado por esa tenue luz de eclipse que embadurnaba la alcoba, de que Priest Howard todavía no expeliese algo de aliento. Aun así, Leland se sintió incómodo. Vio entonces que el pecho del moribundo se levantaba convulsivamente y volvía a caer bajo el revoltijo de unos dedos entrelazados, vio también el temblor de aquellos párpados sin pestañas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Priest Howard, con voz flemosa, pero sorprendentemente fuerte.

—Soy Leland, papá. ¿Cómo te encuentras hoy?

—He visto... la Luz.

—¿Cómo es eso, papá?

—Hay... sombras en la Luz. Me... están esperando.

Leland, perplejo, miró al otro lado de la cama, hacia Mally, que sonreía con simpatía hacia el viejo.

—No ha dicho mucho en dos días.

La habitación estaba invadida por el mal olor, sobre todo, el de la carne humana en su tránsito hacia la tumba; aunque también había un olor bueno, refrescante: el suave y atractivo aroma que destilaba Mally.

—¿A qué luz se refiere? —preguntó Leland, con un ligero e inesperado escalofrío.

—No lo sé. Es la primera vez que habla de ello, señor Leland. —El rostro de Mally daba cierta impresión de sosiego, pero su labio inferior se había plegado entre los dientes blancos.

Los venosos párpados de Priest Howard temblaron de nuevo. Su cabeza se movió casi de forma imperceptible sobre las almohadas.

—Acércate... Lee. Quiero verte.

Leland se desprendió del palillo y se metió en la boca un caramelo, con la idea de chuparlo antes de acercarse a la cama. Distinguió unos flecos de vello colgando de la alargada y redonda calavera de su padre, algo semejante al plumón de un pollo. Después de aquello no hubo más movimientos. Leland se encorvó sobre el viejo, sintiéndose más y más tenso, convencido de que había llegado a sus oídos el revelador sonido de la muerte, esa arenisca que subía y bajaba por su garganta. La mirada se le desvió hacia Mally, que fruncía el ceño, como si también ella hubiera oído aquello. Entonces, el viejo respiró de nuevo.

—Mally. Oxígeno.

Había una bombona al lado de la cama. Mally colocó la mascarilla sobre la nariz y la boca de Priest Howard, y abrió una válvula en la bombona. A Leland le agradó la compasión que había en sus ojos. Aquel ángel guardián se conducía con absoluto ensimismamiento. Puso las yemas de los dedos en las venas que culebreaban por las finas muñecas del viejo.

Pasó medio minuto; Mally le retiró la mascarilla.

—No puedo darle todo lo que quiere —explicó Mally—. Si le doy hasta llenarle los pulmones, se le fatiga el corazón. —Cogió una esponja húmeda y, delicadamente, la pasó por la frente del moribundo.

Leland le hizo una señal para que se apartase y se inclinó sobre su padre, quien, aparentemente, se había restablecido hasta el punto de ser capaz de mantener los ojos abiertos. Centelleaban en un azul muy pálido, bajo la fronda salvaje de sus cejas.

—¿Quieres decirme algo, papá?

—... Imposible ganar.

—¿Qué significa eso? ¿Imposible ganar qué, papá? ¿Las primarias?

—Tendría yo... que verlo.

Leland se apartó, con la sensación de que algo hervía bajo su esternón. Mordió con fuerza el caramelo, que tenía sabor a cerezas.

—Pues tengo malas noticias para ti, papá. Soy más fuerte que Wellford en todas partes. Hacia noviembre, cuando las flores se hayan podrido en tu cripta, seré el senador de más reciente elección que representará a Tennessee.

—Señor Leland... —musitó Mally, con voz casi inaudible.

—No te asustes, Mally. Siempre ha sido igual entre nosotros, ¿verdad, viejo? Una de cal y otra de arena, una vez y otra, durante toda mi vida. —Aproximó aún más el rostro al de su padre, olvidando en su ira contener el aliento, sin preocuparse de sujetar la lengua—. Todavía te duele, ¿verdad? No haberme podido forjar a tu gusto. Pues bien, a ver si te entra esto en la mollera antes de que te vayas con Jesús o con el diablo. Leland Howard es el ganador de la familia, y tú has vuelto a perder de nuevo... Tú, miserable hijoputa.

Leland no estaba preparado para recibir aquella mano que se levantó como un rayo y apretó con toda la fuerza de sus largos dedos en la garganta. Había un brillo casi feliz en aquellos ojos que habían estado apagados y distantes solo unos instantes

antes.

—No. Tú... pierdes. Ladrón.

Los labios encarnados de Priest Howard se curvaron un poco, los tendones se marcaron en su cuello. Rodó los ojos hacia la luz de la tarde, donde se recortaba la silueta de Mally Shaw, que se interponía entre él y la luz, y Leland se zafó del apretón de su mano, indignado y humillado. Se le pasó por la cabeza, mientras el fuego hervía más y más hondo en su corazón, que tal vez el viejo había sido más listo que él, al elaborar aquel último gesto de desprecio y odio, el gesto de alguien que durante tanto tiempo había sido rencoroso y ruin.

Leland sintió la mirada de Mally sobre él mientras se enderezaba para apartarse de la cama. Los ojos de su padre se habían cerrado otra vez. De nuevo oyó la proximidad de la muerte en aquel ruido de arenisca en su frágil garganta. Inconfundible. Alguien llamó a la puerta. Sax. Leland miró a Mally, con expresión torva. Al instante, Mally bajó la mirada. Volvió a utilizar la esponja en la frente de Priest Howard, como si aquella ternura protectora fuera la respuesta apropiada al arrebato de Leland. Que se muriese allí mismo si no le daba la sensación de que el viejo aún sonreía. La puerta se abrió y Sax asomó su sudorosa cabeza calva al interior.

—¿Leland? Vengo con el pastor McClure.

—Vale, que pase; yo ya he terminado aquí. —No se preocupó, tan pronto como terminó de hablar, del sabor que sus palabras le habían dejado en la boca.

Mally Shaw prestaba atención a la respiración del viejo, con los dedos de nuevo en su muñeca. Pero alzó la vista por unos instantes. Había algo en el tono de Leland... Sus ojos se encontraron. Había algo también en sus ojos, algo que la había ofendido toda la vida: la mirada calculadora con que el hombre blanco tasaba su carne. Pero había otras preocupaciones que reclamaban su atención.

—¿Podría alguien llamar al doctor Hogarth para que suba, por favor? Voy a necesitarlo.

Cuando todo acabó, Mally pudo por fin abandonar la casa del viejo, que, de manera asfixiante, estaba atestándose de parientes lejanos y hombres de pro de Evening Shade, que se acercaban a ofrecerle sus respetos. Condujo su sedán, un Dodge del 41, hasta su refugio favorito en Cole's Crossing, situado en las afueras de la ciudad, siguiendo la línea principal del Ferrocarril Sur. El ferrocarril cubría toda la bifurcación sur del río Yella Dog en forma de travesaño. El Yella Dog apenas era digno de recibir el nombre de río, pues la mayor parte de las veces no tenía más que unos cuantos metros de profundidad, pero después crecía hasta cubrir unas tierras en la zona más baja del bosque, cuando caían fuertes lluvias. En otras ocasiones, era un lugar muy bonito para ir a merendar a sus orillas, bajo la sombra de los altos nogales y las pomíferas.

El sol ardía como un carbón al rojo, casi desplomado sobre el horizonte, envuelto en una mortaja de polvo atmosférico; en aquella luz desvaída, salpicada por bandadas

de pájaros, Mally aparcó el coche en el estrecho camino de grava, a unos cien metros al sur del sendero. En la cuneta que había frente a la curva del río yacían los restos de un viejo hotel, erigido para los constructores del ferrocarril, con los muros agrietados y el tejado a punto de derrumbarse, y una iglesia aún activa de la comunidad de raza negra, cuyo escuálido campanario blandía una silenciosa campana oxidada. Tras la iglesia se extendía un terreno utilizado como cementerio donde estaban enterrados el difunto marido de Mally, William, y una multitud de parientes de ambas ramas de la familia.

Esperando atrapar algo de aire, Mally dejó la puerta del coche abierta en el lado del conductor, mientras la luz del día, ya casi extinguido, se fundía en el agrietado parabrisas. Disfrutó de un Chesterfield, pensando en su futuro: sobre todo, ahora que ya no iba a cuidar de Priest Howard, que Jesús se apiadase de su solitaria alma. Mally aparecía en los registros como enfermera, pero no había demasiadas llamadas para requerir sus servicios, al menos, en la localidad. El médico que dirigía la clínica del condado, donde se atendía a negros indigentes —lo cual era más que una redundancia, en uno de los condados más pobres de los cuarenta y ocho estados—, contaba con ella. Pero el sueldo era de unos miserables mil quinientos dólares al año; al margen de pagas tan escuálidas, que la llevaban a fluctuar en torno a la inanición, Mally consideraba que el médico que estaba al cargo era un incompetente, aunque, en lo que a ella incumbía, no tenía el humor para iniciar una cruzada. El hospital John Gaston de Memphis pagaba mejor, pero, o bien tenía que encontrar en Memphis un lugar donde vivir, o no le quedaba más remedio que conducir unos ciento treinta kilómetros entre la ida y la vuelta durante seis días a la semana. Mally tenía sus dudas de que el viejo Dodge pudiera sobrevivir a muchos viajes así: las ruedas estaban gastadas, y esa vibración en la parte delantera cada vez que ponía el coche más allá de los ochenta kilómetros por hora. Las facturas por cada reparación se la comerían viva.

Por otro lado, la mera idea de impartir clases en el Instituto de la Comunidad de Evening Shade la deprimía. Podía enseñar física o matemáticas, pero la escuela no ofrecía ni siquiera cursos básicos de matemáticas o física. En opinión de Mally, aquello era una auténtica desgracia y las consecuencias no eran pequeñas para quienes se graduasen en la escuela: ninguno cumpliría los requisitos necesarios para ser admitido en las universidades del estado de Tennessee, ni aunque tuvieran dinero para recibir una educación superior. Para más vergüenza, el techo de la escuela se estaba rajando, había ratas, la biblioteca consistía en un estante olvidado en una habitación fría y húmeda, y los lomos de los libros se desprendían de los viejos volúmenes de texto que había almacenados en su interior.

Los búhos ululaban en los robles de Virginia, el radiador escupía su siseo mientras se enfriaba. Mally se sentó de lado en el asiento, apoyando las sandalias que calzaba en el estribo. Se sentía agotada, molida. Y la vencía una oscura sensación de culpa, como si de alguna forma le hubiera fallado a Priest Howard. Luego vino aquel

momento tan desagradable que había protagonizado con su hijo Leland en su última hora... ¿No podía haberse ahorrado la indignidad de esa visita? Aunque daba toda la impresión de que Priest Howard había deseado que aquello sucediese, a juzgar por lo que había insistido en que su niño mimado, separado de él, estuviera a su lado antes de que rindiese el espíritu. Solo para tener el placer de llamar a Leland... ¿qué?: ladrón.

Mally no tenía la menor idea de qué podía haber quedado en el aire en la beligerante relación que padre e hijo mantenían capaz de explicar aquello. Pero, fuera lo que fuese que hubiera pesado tanto en la mente del viejo, lo cierto es que durante las últimas semanas de lucidez a Mally no le había explicado nada de ello.

A pesar de lo cual, bien podría ser que el señor Leland estuviera pensando ahora en la mirada que había dedicado a Mally.

El todopoderoso hombre blanco y su mirada libidinosa: siempre atraían problemas. El palillo de oro y los zapatos en dos tonos; debía pensar que tenía estilo. Pero Mally tenía cierta experiencia en percibir a los que no convenían, esos hombres con un historial de conquistas sin destino en el juego amoroso.

Mally se aflojó una de las tiras del sujetador, que le apretaba demasiado bajo el vestido. Terminó su cigarrillo y apagó la colilla en la grava, encogió los hombros, incómoda. Miró el cielo, teñido de un azul oscuro, ahora que el sol había desaparecido. El aire parecía estar enfriándose, pero no se movía; Mally aún lo sentía en su piel de ébano, tan espeso como pintura húmeda.

Consideró que había aún luz suficiente para dar un paseo por el camino y visitar la parte trasera de la iglesia para saludar a William. No estaría bien encontrarse casi allí y no molestarse en acudir al cementerio. Porque Mally no era de esa clase de personas que se culpaban por todo. Su cólera había desaparecido hacía tiempo, pero la tristeza aún seguía ahí, y siempre estaría, aunque a cierta distancia, lejos de ser un tormento. Con todo, le quedaba mucho dolor que un día u otro tendría que superar... Debía ir.

Mally oyó el aullido de un perro, no demasiado lejos, cuando salió del coche. El sonido la hizo temblar. Era un temor que surgió en su infancia y era característico en aquellos que podían ser cazados con facilidad. En ese tiempo, un par de años después de La Guerra —Mally no pensaba en Corea como «una guerra» más, teniendo en cuenta todo lo que habían tenido que pasar solo seis años atrás—, rondaba por Evening Shade y el condado vecino una auténtica jauría de perros salvajes. No serían menos de treinta. Mataban al ganado y a todos los animales domésticos que no les veían venir. A una anciana blanca, que llevaba el delantal repleto de judías, la habían arrastrado por un porche desvencijado, cubierto con su mosquitera, y la habían destrozado en la puerta de su casa, mordida una vez y otra por los perros salvajes, que se bebieron su sangre a lengüetazos en los mismos cimientos del suelo. Varios tiradores de primera de la oficina del *sheriff* consiguieron exterminar a la manada, pero poco después de aquello corrió la voz de que se había formado una nueva

manada de perros sueltos y que había sido avistada cerca de una granja de caballos, en las proximidades de Worthington Pike. Un potrillo había sido desmembrado en el cercado.

Un lugar, sopesó Mally mientras rodeaba el almacén sin pintar de la iglesia, que aún tenía algo de envejecido jalbegue aferrado tercamente a él, como el líquen a las rocas, a unas tres millas, mientras los cuervos sobrevolaban el camino de Cole Crossing.

Oyó el ruido de la grava y un pesado susurro en el camino que había tras ella. Se volvió y distinguió a un muchacho rubio encorvado sobre el manillar de su bicicleta, pedaleando con todo su vigor, la camisa desabotonada ondeando en el aire al hacer un viraje brusco, para evitar la puerta que Mally había dejado sin cerrar. La luz titubeaba en el guardabarros de la bici. La aparición repentina del muchacho hizo que una momentánea sensación de frío recorriese el cuerpo de Mally; el cabello se le erizó en la nuca, pero el muchacho no se entretuvo siquiera a echar un vistazo. Por lo visto, tenía prisa por llegar al sitio al que se dirigía. Mally escuchó con toda atención, pensando que podría haber otros detrás de él, y deseó haberse acompañado de la linterna que tenía en la guantera. El tubo era de acero; de algún modo, podía considerársele un arma.

Pero por ahora no se trataba más que de un chico blanco, que ascendía por el camino hacia las líneas del ferrocarril y ya había salido de su ángulo de visión, no de varios que pudiesen actuar como bravucones para demostrarse algo los unos a los otros si la veían allí, completamente sola.

No estaba de más recordarse que incluso un adolescente podía ser demasiado, dependiendo de su tamaño, en tales circunstancias.

Date prisa, vamos, se dijo Mally. Haz tu visita y lárgate.

El Dixie Traveler, con destino a Washington, D. C. y procedente de la estación Memphis Union, un tren que cada noche salía puntualmente a las ocho y media, debía llegar a las nueve y cuatro minutos a Cole's Crossing, segundo arriba o abajo. Mally había estado detenida allí más de una noche, tratando de recuperar fuerzas tras un duro día atendiendo a Priest Howard, cuando el tren pasaba como un relámpago por el cruce sin vigilancia a ciento diez kilómetros por hora. Mally veía la fugaz impronta de los rostros en el vagón restaurante y a veces imaginaba con un prurito de nostalgia que era ella quien estaba a bordo de uno de aquellos vagones de color rojo, repanchigada con el sándwich que habría comprado en el bar y revistas para leer, sabiendo que una nueva vida la esperaba al otro lado de la vía..., pero su imaginación nunca llegaba tan lejos. Se bajaba en Washington, o Filadelfia, o Nueva York, sin conocer ni un alma en toda la ciudad, solo con cincuenta dólares en el bolso. ¿Y luego qué, Mally? Detestaba el vacío que ofrecía aquel interrogante, el miedo que se le abrazaba a los huesos. ¿Por qué no tenía agallas para abandonar aquel lugar, tan triste que casi podía partirle el corazón? Vale, era la frasecilla tópica de siempre, porque al fin y al cabo un corazón no podía «partirse»; no, en todo caso se pudría

hasta la raíz, de echar en falta tantas cosas, hasta que la sangre se te volvía pálida como el mercurio, y llenaba los abismos de la memoria y el resentimiento. Para Mally, la pesantez de sus ojos procedía de las lágrimas que no había derramado.

Al besar la lápida de William e incorporarse de su tumba, cosa que se avino a hacer solo tras arrancar algunas hierbas, Mally oyó el aullido del Dixie Traveler, aquella voz lejana e imponente, y supo que el Traveler estaba a dos millas, pasado ya el cruce de Watkins. Más tarde, superada la modesta estación de Evening Shade, el Traveler se detendría un minuto y medio en Corinth, y no lo haría de nuevo hasta llegar a Chatanooga. Mally se dirigió aprisa hacia el coche, mirando aquel camino donde las vías de metal, si ponías la oreja en una de ellas, emitirían una vibración melódica, procedente de la energía del tren que se aproximaba.

El cielo era ahora una pizarra; unos árboles enormes levantaban su afilada silueta contra la luna creciente, que comenzaba a dominar el cielo y las pocas estrellas que se espolvoreaban en él. No había demasiada luz, apenas para intuir la figura del muchacho a unos cien metros de ella, en una elevación que bordeaba el sendero del ferrocarril, y la bicicleta desplomada junto al camino que había detrás. Estaba de espaldas a Mally, mientras ésta se introducía en el coche y deslizaba las piernas bajo el volante. El chico no se volvió cuando la puerta se cerró de golpe. Siguió de pie, al lado de las vías que culebreaban en dirección norte, con las manos en los costados. En su cuerpo esbelto, la camisa blanca se asemejaba a una bandera arriada, cuya palidez aparecía ungida por la luz verde procedente del puente de paso, frente al travesaño.

Bueno, ¿y por qué no ha cruzado al otro lado?, se preguntó Mally. ¿O acaso había pedaleado todo el trecho con aquella vehemencia para estar allí cuando pasase el Dixie Traveler, porque era un observador de trenes con tanta imaginación como ella?

Pero, para Mally, el muchacho se había situado peligrosamente cerca de la vía, y en su quietud —había encendido las luces del coche para verle con un poco más de claridad, a pesar de la distancia— parecía prepararse para entregarse a algo, al enorme poder de un motor diésel.

Mally no giró la llave de contacto. Oyó un desagradable ruido en su estómago, que le recordaba que no había comido nada desde las primeras horas de la mañana. Y también punzaba su pecho una pequeña inquietud, un sentimiento de premonición, mientras miraba al chico rubio con sus vaqueros cortados. No había señal alguna procedente de él, ni el menor movimiento, que indicase que era consciente de que le estaban observando.

¿Pero qué es esto?, pensó Mally, un poco enfadada consigo misma. Liberada más pronto de lo que había esperado del inevitable fin de Priest Howard, la muerte aún estaba en su mente y en sus fosas nasales, y era aquello lo que, sibilinamente, trataba de indicar que había algo amenazador en un chico de campo que esperaba a que pasase el tren, y nada más...

Mally encendió el motor, que tosió hasta cobrar vida, zarandeándola en el

proceso. La atención de Mally, sin embargo, aún estaba prendida en el chico que había en la empalizada del ferrocarril. Había vuelto la cabeza hacia el oeste y vertía la mirada vías abajo, mientras el faro del Dixie Traveler, que ya rodeaba la larga curva en Half Mile, dibujaba con su potencia ciclópea la silueta de los cables del telégrafo que se alineaban los lados del camino, arrancando destellos al tanque de agua y al depósito de carbón, que, ya sin uso, se apoyaba sobre sus patas herrumbrosas. El rostro del chico también fue rebozado por la luz. Estaba demasiado lejos de Mally como para que ésta pudiera juzgar apropiadamente el aspecto que tenía, pero al tratar de adivinar su edad, supuso que tendría unos catorce años, y que debía de medir casi un metro ochenta, tras aquel aspecto desgarbado que parecía haberle quedado tras su último estirón.

Pisó el embrague y soltó el freno de mano, y luego avanzó marcha atrás para dar media vuelta. El chico no podía ignorar que ella se hallaba allí, pero no prestó atención. Estaba completamente centrado en la vertiginosa locomotora, cuando...

... Puso un pie sobre una de las traviesas de la vía, luego el otro pie en la otra y se tendió boca abajo en la ruta del Dixie Traveler, con los brazos extendidos suplicantemente, como rezando a una deidad colérica.

Mally cambió la marcha, de atrás a primera, y el viejo Dodge viró sus enormes ruedas en los surcos de grava y barro; luego marchó hacia delante, con el acelerador apretado hasta el fondo. Cien metros más allá, y podría ver el motor diésel, verde y blanco, de la «barnizada» —como los constructores de ferrocarril de otros tiempos llamaban a los trenes de pasajeros de lujo—, por el rabillo del ojo, moviéndose, oh, Señor, demasiado deprisa como para frenar a tiempo, incluso si desde la elevación de la cabina, el maquinista, o el encargado del carbón, divisaban al chico allí tendido.

Mally apretó el claxon, que era bastante débil, y gritó, lo cual nadie oiría, mientras corría contra el Dixie Traveler para llegar hasta el cruce, allí donde el chico se había tendido a entregar la vida. Recordó a su tío Cletus, que había trabajado en la L&N y acabó destrozado por una caída desde una viga mal acabada una noche gélida; recordó que le daban la comida mientras se encontraba sumergido en un montón de almohadas ante la mesa durante las reuniones familiares, pero, oh, Dios, ¿quién era el chiquillo aquel que ansiaba ser destrozado o morir de un modo tan horrible, qué le había hecho la vida para que la odiase tanto?

Mally hundió el freno en el cruce y salió a toda prisa del sedán, mientras, como un trueno fatídico, resonaban en sus oídos el aullido de la sirena y los cuatrocientos caballos de energía de la máquina, que casi la cegaba por completo con la luz que derramaba sobre ella. Y supo que nunca llegaría a tiempo hasta el cuerpo inmóvil del muchacho, que, con la cara contra el suelo, yacía a treinta metros de donde ella se encontraba, la parte superior de la cabeza apenas visible, pues se hundía con tanta fuerza entre los raíles que daba la impresión de que estaba mordiendo el balasto.

Mally se apartó al recibir el furioso estallido de aire en la cara y estrelló un puño en el capó de su coche; luego enterró los sollozos que le sobrevinieron en las palmas

de las manos, inclinada sobre el guardabarros, mientras la arenisca explotaba en sus brazos desnudos y la envolvía el polvo que flotaba por todas partes...

Pasó el tren, y Mally alzó lentamente los ojos en su dirección, hacia aquellas luces rojas que se iban haciendo más y más pequeñas en lo alto del redondeado extremo del vagón restaurante; el pesado traqueteo del peso del Traveler sobre el travesaño la hizo volver en sí.

No podía mirar el suelo, sacar arrostos para buscar los restos dispersos en las proximidades del lugar donde el chico se había tendido, supuestamente para ser destruido.

Vertió unas lágrimas para aclarar la arenilla que se le había metido en los ojos enrojecidos. Se sentía arrastrada por una suerte de fuerza drenadora, un cansancio tan absorbente que Mally podía haberse desplomado junto a su coche y quedarse dormida en un instante.

Pero, en lugar de eso, Mally se limpió los ojos y tomó aire, conteniéndolo con fuerza mientras rodeaba la parte delantera del Dodge para asegurarse. Había dejado el coche escorado en mitad del camino, bajo el lúgubre tinte amarillento de los faros, donde se apelotonaban los insectos, Mally vio al chico alzarse de las vías, apoyándose en una rodilla.

El corazón se le subió a la garganta, como si una noche terrible se hubiera visto sobresaltada por los relámpagos.

Los brazos del chico, al igual que su camisa, estaban veteados de negro. Sangraba por la nariz y por la boca, pero no eran más que unos hilos. Cuando intentó incorporarse, se tambaleó y giró sobre sus talones; después entreabrió los ojos. Fue entonces cuando miró adelante, hacia las vías lejanas, no del todo consciente, pero, por lo que Mally podía observar, de una pieza.

Mally siempre tenía a mano un botiquín de primeros auxilios. El que llevaba en el Dodge contenía un frasquito de sales. Cuando regresó con el botiquín, el chico se apoyaba en las manos y las rodillas. Mally le ayudó a sentarse sobre el balasto y le pasó la botellita de amoníaco bajo la nariz. Sintió entonces que la fuerza regresaba al cuerpo del chico, y éste levantó la cabeza de un tirón, con las facciones deformadas en una expresión estremecida. Mally le atenazaba el brazo con demasiada fuerza, no podía evitar mostrarse enfadada con él, y no se le pasaba por la mente dejarle ir hasta que no le diese alguna explicación razonable por lo que ella consideraba ahora una proeza aterradora, además de insensata. Los latidos de su corazón habían empezado por fin a relajarse.

Mirando el espacio entre las vías donde el chico se había tendido —por no decir encajonado— cuan largo era a aguardar el paso del tren, reparó en la presencia de una especie de herramienta afilada, probablemente una azuela, la cual, por lo visto, había sido empleada recientemente para abrir un boquete de varios palmos en tres de las traviesas, cada una de las cuales, cubiertas con una cumplida mano de creosota, debía medir cerca de cuatro centímetros cuadrados. No cabía duda de que había sido una

acción tan arriesgada como poco sensata, porque si aquellas débiles traviesas se rompían con el peso del tren, los raíles podían soltarse, enviando a la docena de vagones del Dixie Traveler en dirección opuesta al sendero, directo al Yella Dog. No hacía falta decir la pérdida de vidas humanas que aquello hubiera supuesto.

—Mírame —ordenó Mally, poniendo la tapa a la botella de sales. La niebla casi había desaparecido de los ojos verdes del chico.

Con la cabeza inclinada sin fuerza y el aliento resollando en su boca, el chico levantó la cabeza en un gesto de exaltada vehemencia juvenil, llena de impertinencia, quizá porque acababa de reparar en ese preciso momento de que era una mujer de color quien se estaba dirigiendo a él.

Pero Mally no empleaba ningún tono en particular:

—No sé quién eres, pero he visto lo que has hecho a las traviesas de las vías. Has sido tú, ¿verdad? —Un movimiento descendente de la mirada del chico confirmó sus palabras. Apretó los dedos con más fuerza—. Dios no mostraría piedad contigo si hubieras hecho descarrilar ese tren esta noche, algo en lo que, supongo, no te paraste a pensar ni un segundo mientras jugabas a hacerte el valiente.

Al menos no había tratado de matarse a sí mismo, como había sospechado al principio. Pero Mally tampoco tenía ahora mismo el temple adecuado para conducirse con magnanimidad.

El chico se pasó el dedo índice de la mano que tenía libre por el corte de su labio inferior. Brotó más sangre. El pecho aún palpitaba, llevado por el escalofriante y huidizo recuerdo de haberse zafado por los pelos de la muerte. Su cabello rubio necesitaba un lavado. Su piel brillante, seca, pero bañada en un sudor adolescente, olía a diésel y a tabaco. Ya fumaba; había un cigarrillo deshecho en su oreja derecha. A pesar de las apariencias, Mally no creía que procediera de una familia sin recursos. Llevaba un anillo de oro con un pequeño diamante engastado —aunque, claro, también podía ser robado—, y una muñequera identificativa. Era toda una moda entre los chicos en aquellos días.

Trató de zafarse de Mally, huir de ella. Pero Mally era capaz de controlar cualquier fuerza que hubiera regresado al cuerpo del chico: no era la de un niño, ni la de alguien ya entrado en cierta madurez, pues todavía era mucho más hueso que músculo. El vello de su cuerpo era suave y de un color rubio, dorado por el sol.

—Estate quieto. Soy enfermera y necesitas atención.

Durante quince minutos no había habido nada de tráfico en la carretera, pero en aquel instante apareció una ranchera, que se detuvo en el cruce de la cuesta. Había dos hombres vestidos con monos, sentados en los asientos delanteros, y un perro ladrando en el remolque. Mally alcanzó a reconocer al hombre que se había inclinado por el hueco de la ventanilla de la cabina preguntando si podía ayudar en algo. Estaba casado con una amiga de la infancia de Mally.

—Se ha caído de la bici, pero creo que estará bien, Cuffy. ¿Alguno de vosotros conoce a este chico? Por ahora no parece que pueda mover la lengua.

No le conocían, y siguieron su camino. Mally se dirigió al chico, que no cesaba de retorcerse:

—Hay que hacer algo con esa nariz, todavía te sangra. Echa la cabeza atrás, así —le demostró cómo hacerlo—, y apriétate los lados del puente con el pulgar y el índice, hasta que la sangre se detenga. Eso es. ¡Señor, en toda mi vida he visto a nadie tan estúpido como tú! Por favor, dime que esta es la primera y última vez que haces el idiota de esa forma.

La miró con un ojo, apretándose la nariz y manteniéndose impasible mientras Mally vertía alcohol en un pedacito de algodón y le limpiaba las aletas de la nariz y el labio superior. Antes de que hubiera acabado, el chico volvió a revolverse y trató de ponerse en pie. Miraba su bici, cuya mitad, según podía ver, asomaba bajo el capó del coche de Mally. Ella ni siquiera se había fijado en dónde se hallaba la bicicleta, ansiosa como estaba de llegar hasta él antes que el Traveler. Pero había perdido la carrera y probablemente la bicicleta había quedado inservible. Fuera como fuese, volvió a sentar al chico de un tirón.

—¡Móntame más follón y te juro que te llevo a rastras hasta el *sheriff*! Estoy cansada, y si te interesa saberlo, he tenido un día muy duro, al margen del miedo que me has hecho pasar. Me llamo Mally Shaw, por si no lo he dicho antes, y en el caso de que te quede un poquito de cortesía, podrías decirme quién eres.

Mally esperó, sin decir una palabra, con una quietud que transmitía una señal de protesta. Por fin, suspiró:

—Vale, tú sigue así. Puedo averiguarlo, si me da la gana, y soy muy cabezota. Tengo que avisar a los del ferrocarril de lo que ha pasado aquí, por si acaso los tipos que revisan la vía no dan con estas traviesas estropeadas a tiempo de evitar un accidente.

Aquella advertencia pareció inquietar al chico más que el hecho de que le hubiera pasado por encima todo un tren de pasajeros.

Mally echó un vistazo al anillo, un objeto ciertamente extraño para que lo llevase un chico de su edad, y la muñequera de plata que lucía.

—Y lo del *sheriff* va en serio.

Quizá debería haber sido más cauta; quizá tenía que haber invitado a los tipos de la ranchera a quedarse allí durante un rato, hasta que ella acabase con los cuidados. Pero no creía que el chico fuera malo, y menos aún una amenaza para ella. Solo estaba impaciente, y si era un peligro, lo era para sí mismo. Nada en él sugería un carácter violento. En ese aspecto, Mally confiaba en su instinto. Y bajo la capa de mugre, el chico tenía facciones atractivas.

Cambió de mano para tomarle la muñeca izquierda, que volvió para leer el nombre grabado en la muñequera identificativa a la luz del viejo Dodge.

—Así que te llamas Alex. ¿Tanto te cuesta abrir la boca para decírmelo?

Los labios del chico se comprimieron; sacudió la cabeza, y un par de gotas de sangre de su nariz salpicaron a Mally.

—¡Ten cuidado, hombre, mira lo que has hecho! —Le soltó—. No quieres mi ayuda, ¿no?, muy bien, por mí vale.

Mally se dio la vuelta para cerrar su botiquín de primeros auxilios y se asustó cuando el chico le puso una mano encima. Pero la soltó con idéntica rapidez; Mally no pudo dejar de ver la súplica que había en sus ojos. ¿Una súplica de qué? Fue entonces cuando se dio cuenta de que quizá no estaba negándose a hablar por cabezonería. A lo mejor no tenía la facultad de hablar, a lo mejor no podía responder o explicarse por sí mismo. Si era mudo, qué duro tenía que ser algo así para un adolescente.

Bajando la vista hacia él, Mally hizo un ademán con la cabeza:

—¿No puedes hablar?

Alex asintió.

—¿Siempre ha sido así?

Esta vez el chico negó con la cabeza.

—Irás a la escuela, por lo menos; ¿sabes escribir?

—Sí.

—Si hay algo que quieres decirme, ¿me lo escribirás?

—Sí.

—Ahora vengo, Alex.

Mally reparó en lo débiles que eran las luces de los faros; la batería estaba en marcha, lo más probable era que el motor se hubiera ahogado cuando derrapó al detener el vehículo. Mientras se dirigía a encenderlo de nuevo y mantener así cargada la batería, miró bajo el parachoques para ver los posibles daños que había sufrido la bici. Parecía que era una Schwinn casi nueva, azul y blanca, lo que había quedado atrapado bajo la rueda derecha. Un pedal se había salido, la cadena estaba suelta, y el guardabarros se había doblado hasta perder la forma original. Al fin y al cabo, por esta noche el chico no iba a ir en bici a ninguna parte.

Sacó un cuadernillo de espiral del bolso que había dejado en el asiento delantero y regresó adonde estaba sentado Alex, que se abrazaba a sus rodillas y volvía a inclinar la cabeza para mantener la nariz levantada. El labio inferior se le había hinchado; Mally supuso que se lo habría mordido durante los quince segundos de terror extremo que había pasado bajo el Dixie Traveler. Era sorprendente que no se hubiera manchado también los vaqueros.

Mally le tendió el cuaderno y un lápiz.

—Escribe ahí lo que quieras hacerme saber. Dónde vives, quién es tu familia.

Alex cogió el cuaderno, vaciló, luego garabateó la página a toda prisa con un par de palabras y de nuevo entregó con impaciencia el cuaderno y el lápiz a Mally. Se lamió el labio cortado, y se encorvó aún más, doblándose en sí mismo, en un evidente gesto de desconsuelo.

!!!ESTÁN MUERTOS!!!

Mally se quedó mirando las palabras que Alex había escrito a vuela pluma, luego lo miró a él, y, de golpe, todo había cambiado para ella.

—Pero eso no es motivo para que pierdas la vida, ¿verdad? —le dijo a Alex—. ¿Qué es lo que quieres demostrar?

2

«La situación»

Wyatt Sexton y el *Fantasma de plata*

De monios inconfesados

Bobby Gambier llegó a casa un poco pasadas las diez de la noche, procedente de Memphis, donde estudiaba Derecho tres noches a la semana en la universidad del estado. Cecily aún estaba levantada, y también Brendan, el pequeño de diez meses, que se removía inquieto por el dolor de sus encías, allí donde asomaban un par de dientes delanteros. En el porche de entrada a la casa, Cecily caminaba con el niño en los brazos, paseando de un lado a otro, vestida únicamente con la bata y el pijama, mientras entonaba en voz baja una canción inventada hacia el oído de Brendan.

Bobby descargó los libros de leyes sobre la mesa de mimbre, espantó un escarabajo volador que movía las alas demasiado cerca de su rostro, besó a su mujer, cuya piel estaba humedecida por el calor, y le arrancó de los brazos al irritable bebé. Bobby miró la boca de Brendan a la luz del porche, y luego le ofreció el dedo meñique para que el pequeño lo chupase.

—Antes deberías lavarte las manos —le recordó Cecily—. ¿Has cenado algo?

—Una barra de Mars.

—¡Bobby!

—Vamos a esperar a que se calme primero Brendan, luego comeré unos huevos. ¿Dónde hemos metido el coñac que el tío Pete nos dio las pasadas Navidades?

—En el armario de abajo del vestidor. No se te estará pasando por la cabeza...

—Funciona a las mil maravillas.

—Vamos a criar a un pequeño alcohólico —protestó Cecily, alisando el fino cabello rubio de su hijo por la coronilla. Abrió la puerta mosquitera y Bobby pasó a Brendan al interior—. Cogeré el coñac —continuó—, pero poco, ¿vale?, que si no va a pillar una borrachera de aquí te espero. —Cuando subía, se detuvo en las escaleras—. ¿Bobby?

—¿Qué, cielo?

—Alex ha estado fuera desde creo que el mediodía, ¿no le pusimos hora después de que le pillaran hurgando en los buzones de la gente?

—Creyó que su ejemplar de Vida Juvenil había sido remitido a otra persona. Pero sí, tiene hora.

—Tenemos que hablar —dijo Cecily, tensando los músculos de la mandíbula; daba la impresión de que allí tenía doble articulación.

—¿No podríamos...?

—No, esta noche. Dejemos zanjado lo de Alex, de una vez por todas.

—Cecily, estoy molido y todavía tengo que estudiar.

Cecily sacudió la cabeza, rígida, y Bobby vio el brillo de las lágrimas en sus ojos, justo antes de que se perdiese escaleras arriba, en dirección al dormitorio, para buscar algo que ya se había convertido en un objeto ilícito que escondían en la casa. La madre de Cecily se había casado con un buen tipo —no el padre de Cecily, sino el tercer marido de Bernice—, pero éste había pasado de beber abundantemente en sociedad a convertir los fines de semana en una procesión de días perdidos, antes de destrozarse el hígado y dejárselo tan duro como un meteorito. A raíz de aquello, Bernice se volvió una defensora a ultranza de la pura abstinencia, particularmente en el hogar de Robert y Cecily G., donde se dejaba caer de vez en cuando. A figonear, sería mejor decir, pensó Bobby. Cecily era su única hija, y Bernice, como un montón de mujeres que entraban en años sin nada especial en lo que ocupar el tiempo, había madurado un talante sobreprotector. A Bobby le gustaba tomarse una cerveza después de su turno en la oficina del *sheriff* de Evening Shade, e incluso en ocasiones algo más fuerte, sobre todo cuando las horas se le echaban encima y necesitaba un trago bien sólido para poder dormir. Pero era de esa manera como «aquello» empezaba: Bernice, la experta en maridos alcohólicos, se lo decía a Cecily a la menor oportunidad, martilleándola con el temita una vez y otra, imponiéndole su ritmo machacón.

Y, como Bobby no podía ignorar, Bernice era implacable en condenar lo que ella calificaba como «La Situación», y no se refería al cariño de Bobby por la Budweiser, sino a sus obligaciones con respecto a su hermano pequeño, Alex, hacia quien «Bernie» sentía muy poco respeto y todavía menos confianza, y constantemente ponía a Cecily contra las cuerdas con respecto a ello, hasta el punto que empezaba a imaginar cosas...

Bobby paseó a Brendan por la cocina, con el meñique aún en la boca del pequeño, sintiéndose, como siempre, un poco sobrecogido por aquel acogedor bulto que cargaba contra el hombro, sin que le importase su mal genio y los pañales cagados. Disfrutaba, más bien, de una suerte de estado permanente de felicidad por lo que significaba ser padre, y eso que ni siquiera había pasado un año desde que la visión de aquel túmulo vidrioso en que se había convertido el vientre de Cece, y aquel ombligo reventado como un globo de carne, le habían perturbado de la peor manera. De hecho, durante los últimos meses del embarazo se había visto incapaz incluso de proporcionarle una buena erección, y eso que Cecily, por tímida que hubiera sido durante los dos primeros años de su matrimonio, había desarrollado un auténtico gusto y una facilidad lujuriosa en la práctica del sexo oral.

Cecily bajó las escaleras de atrás con la botella de coñac y unos pañales nuevos de la habitación de Brendan. En silencio, limpió y cambió al niño en la mesa de la cocina, mientras Bobby vertía un poquito de coñac en un platillo.

—¿Qué te parecen un par de bizcochos con los huevos? Creo que también hay salsa de anoche que podría calentar. —Cecily dudó—. Cielo, ¿quieres una cerveza?

No nos queda ni una Bud, pero hay alguna Blue Ribbon de la barbacoa del domingo.

—Vale —respondió Bobby, luego se detuvo e hizo el numerito de mirar debajo del tapete de la mesa de la cocina, como comprobando si Bernice se escondía ahí y ya le estaba poniendo otra «equis» junto a su nombre en el libro del Día del Juicio, el que ella llevaba en beneficio del Señor por si resultaba que a Él se le pasaba algo por alto. Cecily pilló la broma de Bobby y reaccionó dándole una patada en el culo con la zapatilla.

Bobby formuló una sonrisa y cogió a Brendan de sus brazos, humedeció un dedo en el coñac y lo frotó en el lugar en que las encías del niño mostraban un mayor ardor, tocando solo el borde del diente que estaba a punto de salir. Aquello encendió al pequeño. Brendan chupeteó, con los ojos clavados en la cara de Bobby. Ya podía mantenerse recto, si usaba el sofá o la pared como apoyo, y permanecía así durante un minuto sin balancearse, mirando a un lado y otro. Con el horario que tenía, pensó Bobby, ochenta horas o más a la semana fuera de casa, probablemente iba a perderse los primeros pasos de Brendan. Le preocupaba estar tanto tiempo apartado de los dos seres que ocupaban su corazón, y que gradualmente le habían separado de la desesperación inexpresable que había supuesto su pérdida. En ocasiones, la madre de Bobby aún aparecía en sus sueños, cantando: tenía una de esas voces puras y gloriosas que constituyen lo más bello de los seres humanos. Siempre despertaba llorando.

Cecily quitó la chapa de una botella helada de Blue Ribbon y la dejó en la mesa, sonriendo un poco hacia los dos, y Bobby supo lo que estaba pensando: ¿No sería perfecto si...?

Bobby echó una mirada al reloj de la pared, y luego al panel de corcho donde Alex apuntaba los mensajes obligados acerca de dónde iba a estar, día y noche. Pero, por lo general, ni él mismo sabía qué iba a suceder cuando se marchaba en su bici. Al igual que la mayoría de niños que carecían de amigos, Alex era un trotamundos.

Cecily puso la sartén para la tortilla a fuego lento, de forma que fuera calentándose, y rompió tres huevos; luego los batió en un cuenco de metal.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Alex? —preguntó Bobby, pensando que lo mejor sería acabar con ello cuanto antes y así poder comer en paz, y no tener que sufrir ese peso en el pecho que le mantendría despierto hasta las tres de la mañana.

—Ya te lo he dicho; a mediodía, que es cuando... le pillé arriba, en el dormitorio de Brendan, justo después de haber dejado a Brendan dormido en su cuna.

—¿Haciendo qué?

—Estaba sentado en el alféizar, mirando la cuna. —Por mucho que Cecily se hubiera decidido a impedir que sus sentimientos más amargos salieran a borbotones, aquella pretensión se diluyó tan pronto como la voz se le quebró. Se volvió hacia Bobby—. Pero se lo dijimos, ¿no es cierto?, ¡que nunca más se acercase a Brendan si quería seguir viviendo con nosotros!

—Me ocuparé de ello, Cecily.

—Oh, ¿cuántas veces has dicho: «me ocuparé de ello, Cecily», y Alex ha seguido haciendo lo que le ha venido en gana? No nos hace ni caso, ni siquiera a Rhoda, y Bobby... oh, lo siento, pero tu hermano me enerva de tal modo que...

Los ojos de Brendan se estaban cerrando, una vez que el coñac había bajado la temperatura de sus encías, adormeciéndolas.

—Casi he conseguido dormirle —susurró Bobby—. Le llevaré arriba. Luego hablaremos. ¿De acuerdo?

—Gracias —respondió Cecily, aunque aquello no era más que pura cortesía; tomó aire, y batió los huevos con furia, antes de verterlos en la sartén caliente—. Eso es todo lo que te pido. Sé que estás hasta arriba de la situación, Bobby.

«La Situación». Bueno, tampoco podía engañarse, a eso se reducía todo.

Cuando Bobby regresó a la cocina, Cecily le había servido todo en un plato y estaba sentada a la mesa, poniendo mantequilla a un bizcocho del desayuno de la mañana.

—Parece que se ha quedado dormido —comentó Bobby, sentándose frente a ella—. ¿Has podido jugar hoy al tenis?

—Marcy no podía quedar. Y hacía un calor de narices a las nueve. Bobby, Priest Howard ha muerto.

Bobby asintió.

—Eso pide a gritos un funeral por todo lo alto. Para el sábado, diría yo. Tengo que trabajar. —Abalanzó el tenedor sobre su tortilla, y dio un mordisco al bizcocho que su esposa le tendió—. Cecily, él no, ahora estoy hablando de Alex, él no pretende hacerle ningún daño a Brendan.

Cecily se arrellanó abruptamente en el respaldo de su silla, como si se le hubiera insinuado un ataque.

—¡No puedo entender que digas eso! Sabes que se puso loco de celos cuando nació Brendan y que todo el tiempo iba de un lado a otro con un humor de perros... Y cuando sacó a Brendan del corralito aquella ocasión en que yo había salido a comprar y Rhoda se despistó un minuto, y no supimos dónde estaba ninguno de los dos durante tres horas, ¿qué crees que tenía en la cabeza aquel día, si es que no intentó, no sé, quizá lo que dice mamá, ahogar a Brendan en la laguna Fulkerson?

—¡Jesús, Cecily, me recuerdas a tu madre! Es lo que ella te ha estado haciendo toda la vida...

Cecily encajó la acusación con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Haciéndome qué?

—Sabotear tus relaciones. Tu mejor amiga, ¿recuerdas?, tu compañera de cuarto en Sweet Briar. Bernice es como esos negros que trabajan de enterradores: en cuanto coge manía a alguien, se pone a echar basura por todas partes. ¿Y después qué? Cuando tú y yo empezamos a salir...

—No vamos a llevar esto al tema de mi madre; estamos hablando de Alex.

—No voy a decir que Alex no mostrara poca cabeza, pero solo quería enseñarle a

Brendan esos enormes peces de colores que han pululado por Fulkerson desde que yo era un crío.

—Algo que no puedes saber con ninguna certeza porque no lees su mente.

—Alex no es capaz de defenderse muy bien contra acusaciones tan absurdas. Por cómo es.

—¿Vas a sacar eso otra vez? Bobby, no te hagas el abogadito conmigo.

—Intenta imaginar lo que significa ser así. Pasarte la vida entera oyendo decir que eres tonto. Si un niño no se hace el malo, es que lo es intencionadamente.

—No mi Brendan. Él nunca será así.

—Pero Alex no manifiesta, no tiene, ¿cómo lo llamabas?, ¿aptitudes sociales?, y tú interpretas su reacción a la mierda que tiene que comerse como un comportamiento hostil.

—Es hostil, no son imaginaciones mías. Y por favor, no digas groserías en nuestra casa, como te he recordado mil veces. Las palabras malsonantes crean una mala atmósfera; traen problemas.

—Solo haz un esfuerzo, ¿qué te cuesta? Muéstrale a Alex un poco de afecto cuando estés con él. ¿Adónde ha ido eso?

—¿Y cuándo has empezado tú a decir «negro» otra vez? Odio que hagas eso.

—Has crecido en Wisconsin. Lo único negro que pudiste llegar a ver alguna vez eran vacas lecheras. Esto es el sur. Aquí abajo un negro es un negro. Muéstrale otra vez afecto, Cecily, un afecto sincero, en lugar de esa mirada severa que le pones cuando le ves. Probablemente Alex se ha quedado hasta tarde esta noche porque sabe que los miércoles no vuelvo de Memphis hasta pasadas las diez.

—Bobby. —A punto de llorar—. Lo único que quiero es tener un hogar feliz, un hogar normal, ¿acaso te estoy pidiendo tanto?

Bobby dejó el tenedor, sintiendo el esófago atravesado por una punzada ardiente. Cogió la botella de Blue Ribbon y le dio un par de tragos. La verdad es que en Milwaukee hacían una cerveza que no estaba mal, pero nada comparado con la Budweiser.

—¿Qué significa eso?

—¡Que ya no quiero tener a Alex en mi casa! Tengo miedo de él y de lo que pueda hacer. ¿Te lo digo más claro?

—Hice una promesa. A mi madre. Cuando estaba a punto de morir.

—No era tan malo cuando estábamos recién casados —dijo Cecily, deseando ignorar aquello en lo que sabía que iban a meterse. A veces hablar con Bobby era como sacudir un avispero—. Alex era por entonces más pequeño. Pero ahora tenemos a Brendan, y Alex ha crecido. Ya tiene catorce años. Y él...

—A mi madre se le quemó más del setenta por ciento del cuerpo. Y mi padre no consiguió siquiera salir de la casa. —El operativo de transportes del Ejército le había enviado a casa en un vuelo desde Heidelberg, donde estaba destacado como policía militar. Se le había concedido la baja un año antes de lo que le correspondía con el fin

de que pudiese cuidar de Alex, que había estado pasando la noche en la cabaña del árbol de su primo, tres manzanas más allá. Pero corrió a casa y tuvo tiempo de ver lo peor de aquella tragedia, su hogar convertido en una pira al rojo vivo que se derrumbaba sobre el sótano—. Aquel puto calentador defectuoso... —musitó Bobby, con un brillo abrasador reflejado en sus ojos.

En esta ocasión, Cecily decidió pasar por alto su grosería. Era mejor que Bobby se sacase aquello de encima cuanto antes o se estaría apretando los dientes en sueños. Cecily no había llegado a conocer a sus padres. La primera vez que se vieron fue dos años después de que la casa de Old Durham Trace fuera destruida. Por aquel entonces, la propiedad no era más que un yermo vacío, allanado por un bulldócer, a fin de que no quedara señal alguna de la tragedia, excepto la placa de bronce que había sido colocada como recordatorio en un árbol de membrillo cuajado de flores. Bobby lo había transplantado a ese punto del terreno, el cual, desde luego, nunca estaría en venta mientras él tuviera algo que decir al respecto.

Volviendo a Alex:

—Hay otra cosa más que ha estado haciendo. Se masturba.

A Bobby se le pasó por la cabeza decir: «Como todos», pero se lo pensó mejor. Emocionalmente, Cecily había pasado por un momento muy delicado durante los meses siguientes al nacimiento de Brendan, que no había resultado tan sencillo como esperaban, y la verdad era que aún tenía que vérselas con situaciones muy tensas. Desde la pubertad había sufrido migrañas cada mes: la hacían palidecer de tal modo que a Bobby se le partía el corazón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en un tono de voz suficientemente razonable—. ¿Le has pillado haciéndolo?

—Rhoda también se encarga de la colada de Alex.

—Seguro que Alex tiene lo que he oído llamar «poluciones nocturnas». Puedo dar fe de ello, en mi caso, los pantalones del pijama me solían quedar...

—No estoy hablando de los pantalones del pijama, Bobby. Y no hay nada de «nocturno» en ello. Se lo hace en sus pañuelos, y luego los arruga y los tira debajo de la cama. —Cecily tembló solo con pensar en ello.

Bobby dejó escapar el aire lentamente y miró a su mujer, sin saber qué más decir. El bulto de sus músculos había reaparecido en la pequeña mandíbula de Cecily, y reparó en que las cuencas de sus ojos estaban húmedas. Por lo general, Cecily tenía un rostro vitalista y alegre: se cepillaba los rubios mechones de su cabello desde la frente, siempre hacia atrás, en una cuidada punta de flecha, y decoraba los lóbulos de sus orejas con unas esmeraldas que emitían un brillo apagado, como el de unos ojos amodorrados, que siempre parecía estar a fuego lento. Hacía tiempo que el sentido del humor había desaparecido en ella, así como la expresión jovial de su sonrisa.

—Hay una solución, Bobby. Ayer estuve hablando con el doctor Leather sobre ell...

—No. Para mí una promesa es sagrada, Cecily.

—¿Y qué hay de tus votos ante el altar? ¡No digo que vayas a dejar de cuidar de Alex! Harías exactamente lo que es necesario hacer por él, dado que debe crecer y llegar a algo en su vida, en lugar de escalar torres de radio y meterse en peleas.

—Sabes que esas escuelas cuestan una pasta y da la casualidad de que no la tenemos.

Pero tan pronto como dijo aquello se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Mamá me dijo que nos prestaría lo que fuera preciso si eso servía para dar lo mejor a Alex.

—Qué buena que es —dijo Bobby lentamente, ganando tiempo, intentando pensar en cómo iba a salir de aquello. Se le había presentado una oportunidad a su suegra y, obviamente, ella no había dudado en saltar sobre ella. Bernie, como sus amigos la llamaban, había amasado beneficios por valor de cuarenta mil dólares cuando vendió el negocio de imprenta de su difunto marido. Tenía sesenta y dos años, y aún resultaba atractiva cuando se ponía de punta en blanco. Sin embargo, y sobre todo en sus manos, su artritis resultaba notoria: la mera idea de tener otro marido, habida cuenta del surtido disponible en Evening Shade, se antojaba bastante descabellada. Cautelosa como siempre, tenía que pensar en el futuro, en un refugio seguro en el cual pasar el declive de sus próximos años. ¿Qué podía resultarle más atractivo que conseguir la marcha de Alex y mudarse al espacioso hogar que Bobby había comprado para Cecily como regalo de bodas, con el dinero del seguro? ¿Qué, salvo pasar el resto de su vida con sus dos más preciadas posesiones, Cecily y Brendan, aunque para ello Bobby se viera lentamente relegado al estatus de hombre impar, aislado en su propia casa? Por irónico que resultase, Bobby había observado que aquello también les sucedía a otros hombres casados; era como ser exprimido hasta la consunción por una de esas enormes serpientes de Sudamérica.

Bobby dedicó una sonrisa a Cecily, con el aire de quien ha recibido una revelación, en lugar de aceptar que está siendo manipulado, y luego echó el freno.

—Vale la pena pensarlo —dijo.

—¿En serio, Bobby?

—Por supuesto que lo digo en serio.

—Porque, ¿sabes?, cuando estabais solos los dos, Alex y tú, podías dedicarle todo el tiempo del mundo, y eso era lo que él necesitaba para reponerse del trauma. Pero las cosas han cambiado. No tienes tiempo para jugar con él al béisbol y montar coches y salir de pesca. Creo que por eso tiene tanto resentimiento en su interior y eso es también lo que le ha llevado a comportarse con tanta imprudencia: lo único que intenta con ello es llamar otra vez tu atención. —Bobby asintió, pues sabía reconocer la verdad cuando la escuchaba; la vergüenza por su culpabilidad le sonrojó fugazmente, lo cual alentó a Cecily a seguir insistiendo en aquello—. Y eso es también lo que inspira su resentimiento contra mí y Brendan, la idea de que... te hemos apartado de él, pues muy probablemente es así como lo ve. Por eso pienso que Alex necesita un cambio radical de escenario, una escuela con otros chicos que

tengan problemas. Chicos con los que se pueda relacionar, no esos matones que hay por la ciudad. Pero, claro, con una actitud tan hostil como la suya... Creo que Alex quiere meterse en peleas.

—Dame un poco de tiempo para pensar en esto, Cece.

Cecily tomó aire, con el alivio asentado ya en sus ojos, y se preparó para acabar con aquello de una vez.

—Ser mudo no es una carga tan terrible, después de todo. Piensa en la polio, o... Admito que es una decisión muy seria, pero verás que no hay una mejor que puedas tomar. ¿No quieres comer nada más, Bobby? Rhoda hizo tapioca.

—¿Tiene pasas?

—Unas cuantas; puedes apartarlas a un lado.

—Creo que ya estoy lleno.

—Me siento terriblemente cansada —dijo Cecily, con un pequeño bostezo—. ¿No te importará que suba, verdad?

—Yo también daría la noche por terminada, pero me queda al menos una hora de lectura. Responsabilidad civil.

Bobby también estaba cansado, pero nunca lo estaba tanto como para resistirse a ser arrastrado, sin fuerzas, por el fulgor hechicero de Cecily.

—Deja que llame a la centralita y te sigo arriba. Esté donde esté Alex, sea en los billares o dando vueltas con la bici alrededor del juzgado, quiero que Tuff o Terry Ray lo traigan a casa al instante.

—Llamaban a mi marido William Bolsillos Altos —confió Mally a Alex—. Porque eso es lo que él era: todo brazos, pero especialmente piernas.

Tocó con el índice una fotografía que colgaba de un muro atestado de imágenes enmarcadas: el retrato del equipo de los Memphis Red Sox de 1939.

—William jugaba en corto y bateaba con mucha limpieza para los Red Sox. Eso fue antes de la guerra. Marty Marion (¿eres fan de St. Louie?) vio a William jugar un par de veces. Decía que William tenía la polivalencia y el brazo adecuados para jugar en las ligas mayores. Pero eso fue años antes de Jackie Robinson, Campanella, y de ese chico, Doby, que ahora juega en los Cleveland.

Estaban en la habitación principal de la casita que William y su hermano Cal habían construido unos cien metros adentro de la hondonada que había tras el asador de la Autopista 19, un local que William había intentado sacar adelante los dos últimos años y medio de su vida. Los días de béisbol se habían acabado; William había regresado del Pacífico con solo dos dedos y medio y el muñón de un pulgar en la mano con la que lanzaba.

Mally explicó aquello a Alex, que permanecía sentado en el sofá de bambú por el que Mally había pagado ocho dólares en uno de esos garajes donde se vendían objetos usados y que había arreglado con brillantes fundas. El cabello de Alex estaba

casi seco después de su exiguo lavado; tanto el agua para lavar como el agua del retrete eran bienes muy escasos en el hogar de Mally, de modo que se vio obligada a pedir a Alex que hiciese sus cosas en el excusado que había en la parte de atrás de la casa, el cual ya raramente usaba, y le entregó un cubo de agua para que lo usase en su propia bañera. Se había vestido con un par de pantalones y una camisa que Mally había sacado de un baúl, cuyo interior rebosaba de cosas de las que nunca se separaba: cartas de William remitidas desde el Pacífico, sus zapatillas de clavos y el desvencijado y viejo guante de béisbol donde descansaba una pelota, historiada con un gastado autógrafo bordado de Satchel Paige. La alternativa era tener a un chico blanco al que no conocía de nada sentado en su salón, envuelto en una toalla demasiado pequeña porque sus ropas estaban tan mugrientas que solo se las pondría después de lavarlas. Mally no vivía rodeada de vecinos que pudieran ir por ahí contando historias maliciosas, pero, con todo, hubiera sido una situación muy desagradable.

La camisa de cuadros escoceses de Bolsillos Altos colgaba hasta las rodillas de Alex, y en cada una de sus piernas, enjutas y bronceadas, el chico se había recogido los pantalones de algodón unos veinte centímetros. Bebía de una botella grande de naranjada Nehi; para su depósito de energía nerviosa, el azúcar era una pura inyección, y tal vez por eso daba golpecitos con el pie en el suelo.

Mally había comprendido que, aun cuando no pudiera hablar, en realidad hablaba bastante con los ojos y los movimientos de cabeza cada vez que quería hacerse entender. Ahora miraba a la foto que había en el centro de mesa, en la que posaba un William guapísimo y gallardamente orgulloso de su blanco uniforme de la Marina.

—¿Eras demasiado pequeño para saber lo que estaba pasando en la guerra, verdad? —preguntó Mally, mientras recorría con los dedos la serie de fotografías que invadía el muro, deteniéndose en la imagen de un destructor de la Marina. Alex se encogió de hombros—. Mira, este de aquí era el barco de William, el USS Taneycomo. William fue uno de los primeros alféreces negros al servicio de la Marina. En la batalla de Okinawa, según creo, la última gran batalla de la guerra del Pacífico, el Taneycomo recibió un impacto directo de un kamikaze japonés. Ese era el nombre que recibían los pilotos suicidas. Pues bien, los polvorines volaron todos a la vez, y el Taneycomo se partió en dos. Se hundió verdaderamente aprisa. William y dos docenas de sus camaradas se vieron de pronto en el mar, rodeados de llamas. Oh, Señor, el agua estaba teñida de sangre, y había tiburones por todas partes. William había sufrido heridas de gravedad, pero consiguió aferrarse a una tabla. Debieron de pasar horas hasta que lo rescataron. A su alrededor sucedían las cosas más horribles. Había hombres quemados. Gritando.

Alex se estremeció y no pudo reprimir un escalofrío. Bajó la vista.

Lo había contado en demasiado detalle, pensó Mally; después de todo, no era más que un crío.

—Pero William regresó de Okinawa. Pasó unos cuantos meses en el hospital de la

Marina, en California, bajo un duro tratamiento, porque no podía sacarse aquello de la cabeza, como les sucedía a muchos de aquellos que habían sufrido en su propia carne el drama de la guerra, todo lo que él había visto y oído. William hizo lo que pudo y yo... yo hice también lo que pude por él, pero al final no pudo librarse de ello.

El siguiente pensamiento de Mally le sobrevino tras una leve pausa: su madre, con aquel humor cambiante que la hacía comportarse como si estuviera medio loca, y su padre, una víctima de la traición, cuyos sentimientos se hallaban literalmente embotados; debía haber estado hablando para sí misma.

—A veces creo que mi destino es sufrir por hombres poseídos por una obsesión.

Alex dejó su botella de soda, se levantó casi de un salto del sofá, y salió al porche, donde se quedó mirando las estrellas que fulguraban a través de los altos pinos. Cuando Mally le siguió y tocó su hombro, él le devolvió la mirada. En sus ojos había dolor y tristeza a partes iguales.

—No quería disgustarte. Ya no suelo hablar a nadie acerca de William, pero me sienta bien no tenerlo constantemente encerrado en mi mente. ¿Hay alguien de tu familia que no consiguiese volver a casa tras la guerra?

Alex negó con la cabeza.

—¿Entonces qué es lo que te mantiene en ese estado, yendo como un loco en tu bici de acá para allá, lanzándote bajo los trenes?

Tras unos momentos, Alex volvió a bajar la cabeza. Como lo haría una vieja mula de orejas gachas, pensó Mally. De pronto se sintió muy cansada. Tenía un enorme peso en el corazón y quiso que el día terminase de una vez.

—Debes escribirme el lugar al que debo llevarte y lo mejor será que después nos vayamos; son ya casi las diez y media.

Tan pronto como divisó la casa de West Hatchie Road a la que se dirigían, Mally supo de inmediato mucho más sobre Alex, y comprendió por qué había reaccionado como lo hizo a lo que ella le había referido acerca del trágico destino del USS Taneycomo. Era allí donde la tía de Mally, Rhoda Jenks, trabajaba como asistenta; afligida por ese destino subalterno de su raza, Rhoda iba y venía por el laberinto de sus tareas diarias como un autobús en pleno atasco, mascullando entre dientes el malhumor que sentía por todo.

Así pues, el Alex que llevaba en el asiento trasero de su coche no podía ser otro que el hermano de Bobby Gambier, ese jovencito al que de pequeño llamaban Twig. Bobby era el segundo del *sheriff* Luther Tebbetts; durante más de veinte años, el padre de Bobby también había ejercido como *sheriff* de Evening Shade, antes de que lo hiciera Luther, y aquello se prolongó hasta que el hogar de los Gambier fue consumido por las llamas: el viejo Robert no pudo escapar a tiempo del incendio.

Mally había tenido la esperanza de dejar a Alex y su bicicleta dañada sin verse obligada a dar explicaciones acerca de lo que ambos estaban haciendo a aquella hora de la noche, pero si algo le acababa de quedar claro era que no iba a tener tanta suerte. Las luces del porche se hallaban encendidas, y Bobby Gambier fumaba un

cigarrillo, vestido solo con la parte inferior del pijama: en el pecho, el vello asomaba como un cobre finamente recortado. No era alto, pero en conjunto era atractivo; sus hombros anchos le hacían parecer más bajo de lo que en realidad era.

Cuando el coche ascendió por el sendero junto a la casa de ladrillo y Bobby reparó en que era una mujer quien conducía, alguien a quien conocía de vista, tuvo la deferencia de ir al interior y ponerse una bata.

—¿No eres Mally Shaw?

—Sí, señor.

—Creo que conozco al que está contigo —comentó, con una sonrisa desconcertada.

—Sí, he traído a su hermano a casa —respondió Mally, aplicando el difícil arte de dirigirse a un hombre blanco al que apenas conocía sin mirarle directamente a la cara, pero intentando a un tiempo no aparentar que evitaba su mirada.

La sonrisa de Bobby se ensanchó y pareció sinceramente divertido cuando vio a Alex saltar del asiento de atrás vestido con unas ropas demasiado grandes para él.

—¿Qué has hecho, caerte con bici y todo en el Yella Dog?

Alex miró a Mally, que dijo:

—Tuvo un pequeño accidente, señor Gambier. Iba demasiado rápido, creo. Ha dañado un poco la bici. La tengo en el maletero de mi coche.

—¿De dónde habéis sacado esas ropas, de la beneficencia?

—No, señor. Eran algunas cosas de mi difunto marido William que tenía por la casa. Las ropas de su hermano estaban demasiado sucias como para vestirse otra vez con ellas, de modo que las puse con mi colada.

—¿Dónde ha tenido el accidente, cerca de tu casa? Eso está muy lejos, ¿no? ¿En la autopista 19? —Alex permanecía remoloneando en los peldaños inferiores del porche, pero Bobby, al margen de un par de miradas rápidas, prestaba toda su atención a Mally. Alex también la miraba a ella, con ojos incómodos, probablemente temiendo lo que pudiera decir, aunque Mally había dejado claro, para tranquilizarle en su viaje a casa, que no iba a mencionar el asunto del Dixie Traveler.

—Sí, señor. No quedaba lejos del sitio donde vivo y dio la casualidad de que pasaba por allí justo entonces.

—¿De modo que no tenías el coche cerca de él, cuando tuvo el accidente?

—No lo he atropellado, si eso es lo que me pregunta, señor Gambier. —Alex negaba con la cabeza vehementemente. Bobby pasó la mirada del uno a la otra, y concedió que por fin estaba oyendo una parte de la verdad.

—Veo que estás plagado de cicatrices y moratones —le dijo a Alex, e hizo un gesto de rotación, un movimiento circular con los puños. ¿Por encima del manillar? Alex asintió con una docilidad bovina.

—Le puse un poco de yodo en las peores heridas después de que se bañase —intervino Mally.

—Eso es, eres enfermera. ¿Lo hiciste en tu casa?

—Estaba al lado. Como le he dicho, señor Gambier, le lavaré las ropas, se las plancharé y se las tendré preparadas por la mañana, si le parece bien.

—Es muy amable de tu parte, Mally. Y gracias por tomarte tantas molestias. Alex, échame una mano para sacar la bici del coche de Mally. Luego puedes entrar. Pero hazlo en silencio: todo el mundo está durmiendo. Mally, ¿te importaría quedarte un minuto?

No era exactamente una pregunta, pero Mally no se molestó por ello. Lo que sabía de Bobby Gambier, al menos como agente del orden, era que no abandonaba sus obligaciones para meter en problemas a la gente como Mally. Esa también había sido la filosofía de su padre. Luther Tebbetts era de una clase diferente.

Mientras permanecía allí, admirando el emparrado de las campanillas y los rosales, sin mostrar expresión alguna en el rostro, pero incubando los prolegómenos de un dolor de cabeza que le zumbaba como una avispa detrás de sus ojos, los dos hermanos sacaban la bicicleta al porche y Bobby cuantificaba los daños.

—Nada que no podamos arreglar por nosotros mismos —le dijo a Alex, pasándole un brazo por los hombros. Alex se quedó tieso durante unos segundos, luego se zafó del brazo y abrió la puerta mosquitera. Bobby le observó con un ligero gesto de dolor—: Tienes medio sándwich de jamón en la nevera. Y mantequilla. Por si quieres comer algo antes de ir a la cama.

—Buenas noches, Alex —se despidió Mally, mientras Alex entraba en la casa. Alex se detuvo un momento, pero no se dio la vuelta para mirarla. La pulsera identificativa de plata que llevaba en la muñeca recibió la luz al cerrar la mosquitera. Le vio ambas manos y se dio cuenta de que el anillo que antes adornaba su dedo ya no estaba allí.

Bobby salió al patio, mientras Mally esperaba junto a su viejo Dodge, que necesitaba una nueva mano de pintura. Había un cupé Plymouth y una alucinante ranchera Packard Six aparcados en la doble franja de asfalto que se derramaba ante su vehículo.

—Mally, no dice mucho de mí que nunca te dijese lo mal que me sentí por la muerte de William.

—No importa, señor Gambier.

—Papá solía decir, «Bolsillos altos era uno de los mejores jugadores de campo que jamás ha dado este juego». Yo mismo le vi cuando los All-Stars de Bob Feller se enfrentaron a los Memphis Red Sox en un partido de exhibición en el estadio de los Memphis Chicks. Pero William también sabía golpear; aquel día sirvió dos carreras con un triple juego. Papá tenía buen ojo para los talentos del béisbol. De vez en cuando ejercía como ojeador para los Cubs.

—No sabía eso.

—Es triste lo de Priest Howard. Supimos por Rhoda el cariño que mostraste al cuidarle en sus últimos días.

—Ha aguantado casi siete meses. Pobre alma, sufrió mucho.

—¿Y bien? ¿Te quedarás, ahora que has decidido regresar a Evening Shade?

—Aún no puedo decirlo, señor Gambier.

—De acuerdo, entonces. Me alegro de haberte visto de nuevo, Mally. Y te agradezco que hayas traído a Twig a casa. —La observó enarbolando media sonrisa, y la recorrió con una mirada que parecía fortuita, pero que en realidad estaba alerta, alardeando de esa intuición que los agentes de la ley desarrollan muy pronto—. Algún día imagino que me querrás contar qué es lo que ha hecho Alex esta noche. Conociéndole...

—Es muy parecido a lo que acabo de contarle. —Y añadió, dándose cuenta al instante de que sin duda era mejor que se guardase sus opiniones para sí misma—: Por lo poco que he conocido de él, es un buen chico.

—Espero que estés en lo cierto. Ha llegado a una edad en la que... se me hace difícil entenderle.

—Señor Gambier, perdone que le pregunte, por favor, pero ¿nació así, incapaz de hablar?

—No. Empezó a hablar muy pronto y después de aprender, hablaba hasta por los codos; no podías hacer que se callase. Podía inventarse los mayores cuentos, pero siempre merecía la pena escucharlos. —Había una vaga nostalgia en la sonrisa de Bobby—. Ahora los pone por escrito, pero no permite que nadie vea lo que escribe. El caso es que la difteria causó muchos daños en sus cuerdas vocales cuando no tenía más que cuatro años. A lo largo de los tres siguientes, mi madre y mi padre se turnaban para llevarlo a Memphis o Nashville, y que yo recuerde también lo llevaron en un par de ocasiones a St. Louis, con el fin de consultar a algún especialista. Los terapeutas se esforzaban en que recuperase la voz, y tras un montón de duro trabajo, mamá me escribió (yo estaba entonces en el Ejército) para decirme que podría aprender a hablar otra vez. Pero —Bobby se palpó los bolsillos de la bata como si quisiera fumar; sacó las manos vacías, sin embargo— fue entonces cuando el fuego se llevó a nuestros padres, y Alex calló de nuevo, para siempre, me temo.

—¿O se encerró en sí mismo? Para un chiquillo, debe generar mucha ira todo lo que ha tenido que pasar en su corta vida.

—Probablemente, en breve iré a una escuela especial; en un mes o dos. Estamos hablándolo.

—¿Usted y Alex?

—No, él aún no lo sabe. Una vez que lo tengamos todo arreglado. —La necesidad de fumar le impacientaba: era un gesto por el que Mally comprendió que se estaba quedando más de la cuenta.

—En fin, buenas noches, señor Gambier.

—Buenas noches, Mally.

Mally regresó a casa demasiado tensa como para conciliar el sueño. El anillo de

diamantes que faltaba en el dedo de Alex Gambier estaba justo donde esperaba encontrarlo, en la repisa sobre el lavamanos del baño. La cinta aislante, mugrienta, era demasiado pequeña como para encajar en el dedo del chico, aunque era la clase de anillo a la antigua usanza que los hombres de pro exhibían en sus meñiques. Lo dejó donde estaba.

El hábito, más que otra cosa, urgió a Mally a recoger el blusón de enfermera que colgaba del tendedero del porche para plancharlo en la cocina, como si aún tuviera su empleo y fuera a dirigirse a la hacienda a las siete y media de la mañana, para relevar a la enfermera que atendía por las noches a Priest Howard. Colgó el blusón en el armario de su dormitorio y regresó a la cocina de su casa, un bloque de hormigón dividido en cuatro estancias, cuyo revestimiento lo remataban hasta el techo unas tejas planas, tan bien apañadas que no filtrarían ni una gota de agua aunque cayese un diluvio. Mally agitó la bomba para llenar de agua la tetera. Tenía la costumbre de beber café por la mañana y té por la noche: menta verde o camomila. Con el filtro para el té macerándose lentamente en la taza, abrió un bote casero de melocotón en almíbar, retiró el cierre de parafina y se llevó todo aquello hasta el porche protegido por la mosquitera, donde se sentó en su mecedora de madera alabeada para disfrutar del melocotón directamente del bote. El tráfico en la Autopista 19 era ligero: solo se oía el susurro de un coche o algún pequeño camión cada treinta segundos o así. Oyó esa música estridente que procedía del barrio negro, a unos doscientos metros carretera abajo, lo que los agentes del *sheriff* llamaban «el empalme de mugre». Cuando el viento venía del lugar adecuado, Mally podía oler el humo de lo que fumaban allí. El barrio era de los que atraían a la mayor parte de los peores tipos, los más maliciosos y los holgazanes, y más de una vez salían a relucir las navajas.

Mally oyó un gato, o quizás un lince, maullando en lo profundo del bosque, detrás de su casa.

Un coche de enormes dimensiones dejó atrás la salida próxima al asador, un recinto cercado ahora por varias tablas, y marchó con más lentitud que la mayor parte del tráfico de la carretera principal. Segundos después, Mally lo vio de nuevo, pero esta vez retrocediendo. Un Buick o un Pontiac, pensó. Un V-8, más probablemente. El vehículo se detuvo; Mally lo observó. No podía decir quién viajaba en su interior; o cuántas personas.

Evening Shade no era un territorio completamente seco, pero el alcohol se hallaba legalmente a la venta en una sola licorería, que además llevaba una cuñada del *sheriff* Luther Tebbetts. Por esta razón, los contrabandistas abundaban en las hondonadas y en las colinas. Había hombres blancos que, por alguna razón, preferían el poderoso puñetazo de un licor destilado que el simple garrafón que se vendía en las tiendas. Incluso los prósperos blancos que atendían la iglesia y conducían bonitos coches y debían tener más cabeza. En pocas palabras, era cuestión de conocer a tu contrabandista si querías beber aquello y vivir para contarlo.

El sedán V-8 de color negro se desplazó de nuevo, dio la vuelta sobre la grava

bajo un roble de Virginia con su bóveda abierta como una carpa de circo. Se aproximó lentamente hacia la casa. Llevaba puestas las largas. El conductor se detuvo a poca distancia del puente de madera que cruzaba el lecho del río, ya a medio secar, que había a unos veinte metros de su porche. La luz regó a una inmóvil Mally, que permanecía en la mecedora con su bote de melocotones, el rostro vuelto para evitar el resplandor.

El rifle de Bolsillos altos, un viejo modelo Fox de 1912, estaba en la parte interior de la puerta, y cargado. Mally no quería matar a nadie, pero un manojo de perdigones dirigido a las rodillas sería más que suficiente para poner en fuga a cualquier extraño que plantase los pies sin su permiso en los peldaños del porche.

No, señor, aquí no vendemos destilados; ha venido al lugar equivocado.

Mally, y quienquiera que estuviese en aquel enorme coche, permanecían a la espera. Entonces, tras un minuto, éste retrocedió lentamente hasta que los faros dejaron de encapotarla. Cuando Mally echó otro vistazo, reconoció, por la prominente decoración del capó, que se trataba de un Pontiac, el modelo conocido por Gran Jefe Indio. Momentos después, el coche se había ido y la noche había vuelto a quietarse, salvo por el arrullo de los búhos, las cigarras y una solitaria rana lamentándose en un charco por su soledad. Un mosquito zumbó en el oído de Mally.

Un poco después, Mally volvió al interior y cerró la puerta delantera. Para variar, cogió el rifle y se lo llevó con ella al dormitorio. La oscuridad entintaba sus ventanas, pero allí, en el exterior, había un precioso sauce que descolgaba sus ramas como un manto de tafetán, filtrando la luz de la luna. Mally abrió el cofre, cuyos remaches de bronce mantenía perfectamente pulidos, y cogió un manojo de cartas, empaquetadas con una cinta, de uno de sus cajones. Luego, vestida solo con su combinación, se tendió sobre el edredón de retales de su estrecha cama, apretando en su mano aquellas cartas que ya conocía de memoria. Arropada por una oscuridad casi total, la única luz procedía del dial de su radio Crosley: R & B, Fats Domino en la wdia de Beale Street hasta la emisora de la ciudad de Memphis, luego Louis Armstrong con aquella voz que parecía estar haciendo gárgaras con chocolate, y la música se perdía y volvía, emitiendo algún chirrido, mientras Mally dormía en la profundidad de las cartas que William le había enviado desde el Pacífico, cubriéndose con aquel papel ligero como si se tratase de su piel nocturna: los cambios en el tono de voz de William, cuando su barco se lanzaba a toda máquina a las grandes batallas; los cañones disparados a media noche, ese jardín de flores extraterrestres; y, en el sosiego del alba, el mar convertido en un vertedero de chatarra, alfombrado de aceite. Hombres recogiendo a otros hombres que flotaban a la deriva con sus chalecos salvavidas, las cabezas frágiles como carbón. Sin ojos, solo el brillo de los dientes que no habían sido quemados. Tres de las últimas cartas de Mally a William le habían sido devueltas semanas antes de que este apareciese en la puerta de su casa, como dos hombres diferentes, uno al lado de otro. Dividido, como su barco había sido dividido y hundido por la explosión. El viejo y el nuevo William. Mally nunca supo quién de los

dos tenía la secreta intención de acabar con su vida.

Las últimas voluntades de Priest Howard, recogidas en su testamento, fueron leídas en el despacho de su abogado, en la tercera planta del Banco Nacional del Estado Oeste, donde Priest había sido el accionista mayoritario, a las diez en punto de la mañana del viernes.

Todo marchó tal y como Leland había previsto. La hacienda se la quedaría Saxby, siempre bajo la cláusula de que, si Sax o su familia decidían no vivir ahí, la propiedad sería vendida, y lo que se obtuviese quedaría guardado en fideicomiso para beneficio de cuantos niños tuviera la fuerza de parir Rose Heidi, antes de olvidarse del asunto. Leland sabía que Sax habría tasado ya la hacienda y que la tendría en el mercado antes de que el sol se pusiese aquel mismo día. Pero no sería tan fácil colocarla: no era más que una casa vieja y grande, emplazada en una comunidad casi letárgica; probablemente permanecería allí, sin venderse, aun después de que venciese el plazo legal para autenticar el testamento. La verdad, no era para echar las campanas al vuelo.

El dinero líquido y los certificados de acciones fueron prorrateados por ley para el cuidado de la tercera esposa de Priest, que le había sobrevivido, aunque por los pelos; había sido confinada en una residencia bastante cara, después de ser fulminada por un catastrófico ataque año y medio atrás, algo que la había dejado tan indefensa como a Moisés entre los juncos. El fiel Burnell percibiría cuatro mil dólares, a los que había que sumar otros legados menores para una criada y una cocinera. Leland se había medio incorporado en su silla y escuchaba desinteresadamente mientras se iba vaciando el baúl de la generosidad de su difunto padre, con el palillo de oro yendo de una esquina de la boca a la otra. Ya no fumaba, pero ocasiones como aquella le hacían lamentarse por haberlo dejado.

El padre de Leland derrochó una especial generosidad en sus donativos a la iglesia y a su *alma mater*, la Universidad de Vanderbilt, y otras muchas caritativas y dignas organizaciones, incluyendo los Boy Scouts de América.

Muchas de sus amantes, cuando aún podía verter su semilla en algún coño, habían sido mujeres casadas; a todas se les había ahorrado la necesidad de dar explicaciones a sus maridos acerca de un dinero caído del cielo.

Una vez que el abogado acabó la cantinela de narrar aquel documento innecesariamente farragoso de cuatro páginas, un silencio amodorrante empañó la oficina y todos los presentes evitaron mirar a Leland, quien, con airosa desenvoltura, hacía rodar el palillo de un lado a otro de su labio inferior. Sax estaba sudando. En opinión de Leland, Sax había sido el desheredado, desde su nacimiento. Indefenso en cuanto a ingenio; en cuanto a su aspecto, mendicante. Leland se podía permitir aquella sonrisa.

Rose Heidi se abanicó, feliz de que a sus hijos no fuera a faltarles nada, pero

también era cierto que no le hubiera venido mal algo de dinero contante y sonante. El refrigerador de aire que había en una esquina profirió un ruido. Un moscardón azul zumbaba en uno de los ventanales. El feo ventilador negro, oscilando en lo alto de una librería, a espaldas de la mesa del abogado, olía como si estuviera a punto de explotar en llamas. Las páginas del testamento se agitaban en la mano gordinflona del abogado, vetada de manchas marrones, bajo la traqueteante ráfaga de las aspas del ventilador.

Leland, aún sonriendo, embutió el palillo en una funda de cuero que llevaba en el bolsillo de su camisa, alargó una mano para coger el sombrero y se levantó.

—Que te jodan a ti también, papaíto —enunció en respuesta al menosprecio póstumo de Priest Howard, y se largó de la oficina de cuatro amplias zancadas, sin inclinar el ángulo de su cabeza; como cualquier buen político, Leland sabía cómo interpretar el papel del hombre que tenía al toro cogido por los huevos.

Tras él, Rose Heidi dejó escapar una risita nerviosa, que sonó imbuida de malicia.

A mediodía del viernes, Verona, la prima segunda de Mally, acudió a su casa con una fanega de tomates para ponerlos en conserva; aquella no era la clase de actividad en la que Mally tenía la intención de ocupar el día, y menos cuando el mercurio del termómetro que tenía en el porche se mantenía estable en los cuarenta grados.

La falta de ventilación, sumada a las ollas de tomates hirviendo, convertían la cocina en un baño turco, de tal manera que Mally y Verona se veían obligadas a salir de vez en cuando para no desmayarse. En comparación, casi sentían frío al estar al sol en el porche delantero. Las dos mujeres se quitaron los empapados trapos con que se habían envuelto la cabeza, se despojaron de sus desastrados delantales y bebieron agua con limón exprimido de una jarra. Mally no tenía suficientes limones como para hacer auténtica limonada, y necesitaba todo el azúcar de que disponía para realizar los botes de tomate en conserva.

Su vestido de algodón estampado estaba húmedo por toda la espalda y se le pegaba a los muslos. Verona se abanicaba con un ejemplar doblado del periódico Tri-State Defender. Lo único que Mally quería era quedarse sentada y muy quieta durante unos minutos y respirar despacio.

Terminaron con los tomates a las tres menos cuarto. Verona se remojó con un cubo de agua y condujo a casa con la mitad que le correspondía de botes, aún calientes, metidos en un cajón naranja, en el asiento de una ranchera Ford del 36 que soltaba gas. Con paciencia, Mally logró que la bomba del pozo soltase un chorro más o menos tibio en su bañera. La cisterna estaba vacía y las reservas del pozo habían menguado considerablemente en un año de sequía. Luego se atusó con una buena cantidad de talco, y se embutió en una camiseta y un mono harapiento, sobre todo en los dobladillos. Descalza en el porche, con una tabla de cortar pan apoyada en el regazo, escribió la carta semanal a su padre, dirigida a la escuela médica de

Nashville. En ella, trataba todos los cotilleos sobre gente y familiares a los que él no había visto en siglos, y a los cuales seguramente tampoco dedicaba nunca un solo pensamiento.

Mally oyó el timbre de una bici, levantó la vista y vio a Alex Gambier en el patio junto a la blanqueada rueda de un camión en la que se habían plantado geranios.

—Veo que has arreglado la bici —observó Mally—. Bueno, sube. —De cualquier modo, casi había terminado la carta.

Apoyó la bici contra el ancho tocón de un árbol del caucho, que había desaparecido mucho tiempo atrás, y se reunió con ella en el porche. Tenía un sarpullido en el cuello. El sudor rodaba en gruesas gotas desde la rebelde mata de cabellos rubios y por los lados de su cara. Mally calculó que el recorrido desde su casa sería de unos doce kilómetros. Era mucha distancia, teniendo en cuenta aquel calor. No iba a perder el tiempo llenándole una taza de agua; Alex estaba a punto de morir. Simplemente, le tendió la jarra casi llena y le miró mientras la engullía. Luego retiró la jarra.

—Puede hacerte daño si bebes mucho de golpe —le avisó Mally. Alex asintió. Ella vertió un poco de agua en su mano y le enjuagó la cara de arriba abajo. Alex se mantuvo quieto, con los ojos cerrados, y de vez en cuando se lamía los labios, que en algunos lugares parecían cortados—. Espérame aquí —dijo Mally—. Descansa un rato. Cuando el agua te haya hecho efecto, ya sabes dónde está el excusado. —Alex encogió los hombros, recordando las telarañas en la oscuridad, dos noches atrás. Mally sonrió.

Un rato después, regresó del baño con un poco de harina de trigo para aplicarla en el sarpullido de Alex, vaselina para los labios y el anillo que el muchacho había olvidado allí. Alex lo cogió de la mano de Mally y se lo puso en el dedo, sin mostrarse ni medianamente sorprendido de que su anillo hubiera ido a aparecer justo allí. Mally comprendió sin muchas dificultades:

—Si te apetece venir a hacerme una visita de vez en cuando, no tienes por qué ir dejándote nada como excusa. —Se interrumpió, pero habló de nuevo para ahuyentar la consternación que había aparecido en los ojos de Alex—. Siempre eres bienvenido en esta casa; cuando necesites un lugar en el que perderte...

Alex la contempló embelesado, y luego apartó la mirada hacia los pequeños lagartos verdes que se habían apostado en la oxidada alambrada, trazando un jeroglífico que parecía vigilarles.

—¿Ese anillo era de tu padre? Si es así, debía tenerlo guardado en una caja de seguridad; no parece dañado por el fuego.

Alex asintió ligeramente, y parpadeó, mientras cruzaba un relámpago de curiosidad su húmedo rostro. ¿Mally sabía de aquello?

Ella le tendió el bote de vaselina.

—Arréglate esos labios, ¿quieres? Y será mejor que evites exponerte al sol en los próximos dos días; teniendo la piel tan clara debes cuidarte. Por mí está bien si

quieres quedarte a cenar; podría refrescar para entonces. Lo único que puedo ofrecerte es pan de avena y frijoles blancos. Y también unos tomates verdes, muy buenos. Probablemente te darán de comer mejor en casa.

Alex arrugó la cara, hundió un dedo en la vaselina y se la pasó por los labios agrietados.

—Ahora échate un poco de harina en el raspón para que se te pase el sarpullido. Luego, si no tenemos nada más de qué hablar, me vendría bien un poco de ayuda para limpiar el estropicio de la cocina, hoy he preparado en ella una fanega de tomates.

Alex la miró con increíble desdén. Mally se puso una mano en la cadera y ladeó la cabeza.

—Ah, ¿no puedo pedirte que hagas el trabajo de una mujer? Bueno, el verano pasa deprisa, así que tal vez pueda confiar en que cortes una pila enorme de leña sin que te cortes un pie.

Fue la primera vez que le vio sonreír. Le sentaba de maravilla, pensó Mally. Y quizá, solo quizá, en su interior se estaba riendo a carcajadas.

Mally no se percató del cuadernillo que Alex había dejado para que ella lo encontrara cuando regresara de dejarle con su bici en el campo de béisbol que había detrás de la iglesia metodista, a unas manzanas de la casa de los Gambier. Debía de haberlo llevado en el maletín que, atado con correas, había sobre el guardabarros trasero de su Schwinn; después, dejó seguramente la pizarra junto a la Biblia en la habitación principal, donde supuso, correctamente, que Mally leía casi cada noche antes de acostarse.

El cuadernillo tenía aspecto de haber sido muy usado. Unas gomas elásticas, ya secas, lo envolvían; se rompieron en cuanto Mally las retiró, y también, en una esquina, había parte de una infantil mancha de tinta hecha con un pulgar. En la primera página interior el chico había escrito: «Propiedad de Alexander Gambier Quinto Curso Escuela del West End. Copyrite 1948, Alexander Gambier».

Así que estaba informado sobre derechos de autor. Obviamente, a aquello tenía que seguir algo importante. Mally se sentó en su sofá de bambú con una taza de té a la menta verde. Tras ella, la luz del crepúsculo empapaba la fotografía enmarcada que colgaba en la pared, ese mar naranja a través del cual surgía el recuerdo de todas las cosas que habían sido recogidas por la cámara fotográfica, los rostros sombríos de quienes se habían hundido en las profundidades. Dio con el último Chesterfield que había en la cajetilla de cigarros, comprada tan solo una semana atrás, lo encendió y hojeó varias páginas del cuaderno manuscrito sin pararse a leerlas, intrigada por su caligrafía borrosa y algo descuidada, el impulsivo garabateo que colmaba de palabras un papel barato, estriado con líneas azules. Por lo visto, Alex tenía una historia que contar y Mally se preguntó si ella sería la primera persona en leerla.

EL RESCATE

por Alexander Gambier

Wyatt Sexton era el séptimo hijo de Martha y Big Red Sexton, llamado así por el color de su pelo que era semejante a una hoguera de la pradera vista en una noche oscura. Llamaron al nuevo miembro de la familia como al legendario *sheriff* de Tombstone Ariz. El mismo mister Erp, que también estaba orgulloso de ser el padrino del pequeño. Todo el mundo adoraba al pequeño Wyatt en especial sus hermanas que se turnaban para bañarlo y darle de comer mientras los hombres de la familia cuidaban del ganado de su fabulosa hacienda. Wyatt empezó a andar antes siquiera de tener un año y cabalgaba su propio poni moteado a la edad de dos. Sería el mejor jinete de la familia ¡ya lo verían! se jactaba su orgulloso padre una vez y otra, y nadie dudaba de la palabra de Big Red si amabas en algo tu vida. Pero eso fue antes de que sobreviniese la tragedia. Ocurrió en la ciudad donde Wyatt, ahora cinco años, jugaba con otros chicos alrededor del tran tanque que había frente al Almacén de Repuestos. Un carro conducido por un borracho que debía haber tenido mejor cabeza perdió el control de sus caballos los cuales salieron de estampida. El carro el cual él no vio venir pasó por encima de ambas piernas de Wyatt. ¡Fueron horriblemente trituradas por las ruedas de yerro! Wyatt fue el más desafortunado siendo salvadas las demás criaturas. Cuando sus terribles heridas sanaron Wyatt ya no podía ponerse en pie por sí solo ni dar ni un solo paso con sus pies doblados. Sería un tuyido de por vida destinado a arrastrarse sobre su propio vientre como un reptil y los chicos que habían sido sus amigos ahora hacían chistes sobre él. ¡Era peor que haberse muerto! Sus días a caballo habían terminado y su padre con el corazón roto vendió el poni moteado de Wyatt. ¡Ese fue el peor golpe de todos! Wyatt nunca ocuparía su lugar en el rodeo con los otros hombres de su familia. ¿De qué iba a servir pues? Quería matarse. Pero esa no era la repuesta. Sai sei suicidarse estaba castigado en la Biblia. Se condenaría a ser un alma perdida en el limbo para siempre. Como Jesús el joven Wyatt sentía la necesidad de tener tiempo para pensar y irse a lugar alguno donde ninguna otra alma pudiera encontrarle. Así que una noche cuando nadie le veía se arrastró lejos de la casa hasta el mismo desierto, primero un kilómetro luego dos, hasta que casi desfalleció de sed. Solo en el desierto y los lobos aullando y una enorme tormenta que llenaba el cielo sobre la cabeza del pobre Wyatt. ¡Qué iba a ser de él ahora que los rayos iluminaban el cielo!

Escala a lo alto de las rocas dijo una voz en su interior. Pronto habría una inundación en el valle donde él estaba que barrería todo a su paso. Wyatt era un tuyido del que todos se reían pero no había ni un ápice de cobardía en su cuerpo. Valientemente se abrió camino a lo alto de las altas rocas donde los lobos esperaban con ojos amarillos donde la muerte brillaba. ¿Y ahora qué? La repuesta vino con el estruendo de un trueno ¡y entonces los cielos se abrieron! Cayó un rayo que hirió las rocas y arrojó a los lobos a una muerte cierta. ¡Wyatt no podía creer lo que veían

sus ojos! Donde antes estaban los lobos había aora un potro magnífico más grande que el mallor de los caballos del rancho de Big Red. Diez brazadas de alto no menos y todo él brillaba de arriba abajo como la plata. ¿Eres de verdad? preguntó Wyatt. Pareces un fantasma de plata. Pero él supo cuando el caballo asintió que *Fantasma de Plata* como lo bautizó en aquel mismo lugar estaba hecho para él.

Muy pronto después de llover toda la noche hubo un día espléndido. Era hora de cabalgar en su nuevo caballo hasta casa. *Fantasma de Plata* se arrodioyó para hacerle más fácil la montura al tuyido muchacho. Wyatt cabalgó con ambas manos en la crin flotante del caballo y se alejaron por el desierto. ¡Era como volar! Pronto llegaron a la esplanada de Sexton pero no les aguardaba allí una agradable bienvenida. ¡Pues el rancho entero estaba siendoataca rodeado de fieros apaches! Rostros pintados. ¡Apaches en pie de guerra! Eran el terror de la frontera. Ni siquiera Wyatt Erp en persona se atrevía a enfrentarse a un ejército de sanginarios apaches.

¡La casa estaba en llamas! Wyatt oyó a sus hermanas y madre gritar en su interior. ¿Dónde estaba Big Red? En el salón Gilded Cage de Tombstone sin duda, siendo el guiski su principal debilidad. Borracho en una de sus alcobas mientras los diabólicos apaches despellejaban a su amada familia. ¡Wyatt y *Fantasma de Plata* no iban a permitirlo! Su caballo no mostró miedo alguno ante los jinetes de piel roja. El enorme potro de plata espantó a sus monturas al tiempo que galopaba hacia el infierno. Una a una Wyatt sacó a sus hermanas de aquel humo sofocante y se las llevó fuera al aire puro. Los vecinos aplaudieron aquel acto de valor mientras Big Red lloraba lágrimas amargas. Hijo mío estoy tan abergonzado de mí mismo por dejar que ocurriese esto te juro por lo más sagrado que nunca tomaré otro trago de guisky en mi vida. ¡Eres un gran héroe Wyatt! El mundo contará leyendas sobre tu corage y tu maravilloso caballo de plata por los siglos de los siglos. Dios te bendiga Wyatt Sexton gritaba todo el mundo. Wyatt supo que en adelante nadie a este o al otro lado de la frontera salvaje pensaría en él como en un pobre chico con un pie doblado.

Después de leer las páginas que Alex le había dado, y a sabiendas de que al leerlas se acercaba más y más al corazón del muchacho, Mally apagó la lámpara y se sentó un rato en la habitación principal, mientras lo que quedaba de su cigarrillo se consumía en un platillo. Mally miraba por entre el humo, cuyas volutas dividían el rectángulo espectral que pintaba la luz del crepúsculo en la ventana. Los hombres bebían; aquella era una disipación más en un lugar tan letárgico como Evening Shade, donde incluso algunos predicadores se solazaban de vez en cuando en la ginebra o el pecado. Mally recordaba que el *sheriff* Robert Gambier arrastraba la reputación de ser uno de esos tipos que bebían hasta perder el conocimiento durante las reuniones, fuera en el jardín de alguien o allá en su propia bodega, un lugar que quizá mantenía encerrados a los peores de sus demonios inconfesados.

¿Estaría borracho aquella noche de abril en que el fuego devoró su casa? Alex así lo pensaba.

Mally se estiró y bostezó, y cogió de la cesta de frutas de la cocina una manzana que ya estaba empezando a ponerse mala. Encorvada sobre el fregadero, la peló lentamente, escarbando el lugar en cuyo fondo se ovillaba el gusano, tal y como el muchacho había abierto su corazón de par en par, refiriéndole con la única voz que tenía sus sospechas, esa culpa que no dudaba en hacer recaer sobre su propio padre, al tiempo que implantaba en aquel sórdido lugar una fantasía con la que absorber la angustia, algo que lo cautivaba cada vez más cuanto mayor se hacía. El corazón de Mally era una semilla diestramente abierta por el golpe de su cuchillo, y advirtió que amaba a Alex Gambier no por lo que él podía ser para ella, una mujer negra de treinta y dos años, encerrada en su propia prisión de cicatrices, sino por lo que él había sufrido y todo lo que sin duda seguía sufriendo.

—Solo se quedará aquí por dos o tres días —comentó Cecily Gambier a su marido—, hasta que su casa se haya ventilado. Mamá no puede soportar los vapores de la pintura, Bobby.

Estaban en la cama, radiantes de sensación pura, sus cuerpos húmedos todavía deliciosamente sensibles al más ligero roce. El prolongado encanto de la fecundidad juvenil, la piel ácida de ella y sus hábiles contornos: Bobby estaba predispuesto a dar a Cece lo que ella le pidiera. Incluso teniendo la intuición de que, en cuanto su suegra tomara posesión de la habitación de invitados, emplazada al final del pasillo, un cartel de «se vende» colgaría del patio delantero de su propia casa. Razón por la cual estaba derrochando cerca de ochocientos dólares en pintar y reparar el tejado.

—Estará al lado de Alex —le recordó a Cecily.

—No veo por qué Alex no podría ser un poco educado con Bernie durante dos días. ¿No?

Bobby empezaba a sentir sueño, tendido entre sus brazos. No dijo nada. Cecily interpretó su silencio como la certeza de que el trato estaba cerrado. Le besó el puente de la nariz y después de pensarlo un poco le tiró de un cobrizo vello del pecho —lo cual se había convertido en un ritual secreto, un gesto de significado amoroso (Bobby se preguntaba qué haría con ellos)— antes de deslizarse hasta el baño para darse una ducha.

3

Desfile de plañideros Llegada triunfal de Bernie Visitantes nocturnos

El sábado, el último día completo de su existencia, Mally acudió al funeral por Priest Howard celebrado en la iglesia presbiteriana de Evening Shade, que se hallaba frente a la plaza del juzgado, aunque por debajo de la iglesia baptista. Los baptistas habían reclamado el terreno elevado, pero la aguja del chapitel de los presbiterianos se elevaba unos cinco metros sobre la aguja de los baptistas. También podían presumir de una mayor cantidad de bancos en el interior y de poseer un nuevo edificio escolar.

Seiscientos dolientes se congregaban en el interior de la iglesia a las diez y media de otra tranquila y calurosa mañana de agosto. Las altas ventanas de ambos lados del santuario estaban abiertas, lo cual apenas contribuía a aliviar el calor del interior, aunque invitaba a que las moscas acudiesen a sobrevolar las hileras de flores que había tras el ataúd de bronce situado frente al altar. Los abanicos eran un bien necesario, tanto allá abajo como en el atestado balcón, cuyo espacio compartían la sección de asientos para negros, la sillería del coro y el órgano.

Priest Howard había dispuesto cada detalle de su funeral semanas antes de que su contrito corazón enviase un último temblor al frágil cuerpo que lo sostenía. Había sido un tipo vano y susceptible, al que no le hacía ninguna gracia tener a nadie embobado ante sus restos mortales. No había habido velatorio y no había querido que una sola persona rondase ante su momificada silueta durante el servicio. Mejor que se entretuvieran ante ese ataúd de cuatro mil dólares que brillaba con luz sobrenatural, la misma luz que se derramaba desde las enormes y redondeadas ventanas de vidrio emplomado tras el altar, mientras el pastor, T. Lowndes McClure, y otros a quienes Priest Howard había designado específicamente, lo elogiaban.

Mally, emparedada entre varios miembros de la numerosa familia Burnell, del primero hasta el último nieto (vestido con tafetán rosa y trenzas adornadas con cintas), se percató de que había desviado la atención de la magnificencia del ataúd — última expresión de la vanidad de Priest Howard— hacia los botes cuadrangulares de tomates, herméticamente cerrados, que había dispuesto en una hilera prístina en un estante de su cocina, y sintió que el corazón le daba una punzada en el pecho. Si había sido una idiota, al menos aquello se había acabado, y fuera cual fuese la oscura maldad que había anidado en la mente del moribundo, lo cierto es que ya nunca le sería revelada.

Su atención se desvió de nuevo, esta vez hacia el hombre cuya presunción se traslucía en sus andares y sus modales, desde aquel palillo de oro (invisible en hora

tan solemne) hasta su nido de rizos dorados. Si el cabello pudiera mostrar arrogancia, el de Leland sin duda sería una buena muestra. Se había sentado en el primer banco, de cara al féretro, junto a su hermano Sax, cuyo dolor resultaba indisimulable, y la embarazada esposa de este: tampoco las lágrimas o el pesar se hallaban a la vista en el porte de Leland Howard. Casi todo el mundo sabía ya que había sido desheredado. Acarreaba aquel estigma con estoicismo: la antipatía personal que su padre sentía hacia él no le resultaría un problema entre los votantes de un extremo al otro del estado. La mayor parte de los hombres y de las mujeres jamás se habían llevado bien con sus padres.

Buena parte de lo que se había dicho desde el púlpito cobraba forma impresa en el voluminoso obituario de Priest Howard. Aquel hombre había estado «inmerso» en la vida comunitaria a la vez que adquiría el éxito en la profesión bancaria. En toda organización caritativa o asociación de fraternidad, Priest había ocupado en un momento u otro la presidencia. Las paredes de su oficina estaban forradas de menciones honoríficas, todas ellas engastadas en nogal y bronce, por sus distinguidos servicios. Hasta los Boy Scouts le habían premiado con su codiciado Castor de Plata.

Hubiera resultado más apropiado, pensó Leland, a la busca de un poco de humor con el que entretenerse en aquel día tan depresivo, de haberse tratado de la sección femenina de los Scouts.

El pastor McClure reiteró con su personal zarpazo humorístico que Priest había sido un «ávido» golfista, aunque muy capaz de «mejorar» sus marcas. Amaba la vida, su familia, la iglesia y sus semejantes.

Mucho antes de que los elogios hubieran concluido, los circunstantes ya se revolvían inquietos en sus asientos, ansiosos por dirigirse al cementerio.

A las doce y veinte, el pesado ataúd de Priest Howard fue trasladado siguiendo el recorrido de la escalinata delantera de la iglesia y descargado en el interior de un anticuado carro tirado por caballos que el difunto había ordenado para la ocasión. El director de la empresa funeraria Hicks & Bagget se había tirado diez días tratando de localizar el coche fúnebre, que por fin se halló en un granero del sur de Misuri, donde alguien lo había almacenado despreocupadamente; una semana después, se le habían quitado las cagadas de paloma y restaurado el esmalte a un coste más que considerable.

El cortejo, precedido por un Explorador de raza negra, se desplazó lentamente hasta el lugar donde Priest Howard iniciaría su descanso definitivo. Era un tráfico de plañideros con las gargantas sedientas, caminando bajo un sol de justicia. La muerte y el sepelio se antojaban un refrescante espejismo para los atormentados vivientes que veían que a aquella hora la sombra era escasa, a pesar de los robles plantados en las cercanías del mausoleo familiar por el abuelo de Leland y Sax, Solomon, unos robles que podían alardear de una robusta vida útil, viendo de qué manera sobrevivían a la carne y a su historial de verdades, rumores y mentiras.

El mausoleo, ya suficientemente ostentoso (se erguía en solitario entre otros monumentos más modestos en un cementerio de veinte acres), había sido remozado y ampliado para la llegada de Priest. Otro espantoso derroche, pensó Leland; se había sentado, no muy cómodamente, en el primer plano de la arcana arqueología familiar. Por no hablar del tiempo que el proceso exigía. La cremación era una idea mucho mejor, aunque hasta Leland tenía que reconocer que repartir tus cenizas a los cuatro vientos era como pasar tus últimos momentos en la tierra convertido en pura caspa. Desenvolvió un caramelo en su bolsillo y se lo llevó disimuladamente a la boca, haciendo que tosía. Su rostro mostraba la impasibilidad habitual, pero su mente bullía. Odiaba el desperdicio de toda energía mental, que enturbiaba su visión de los actos que debía llevar a cabo cuanto antes para salvar su futuro político y, casi con toda seguridad, mantenerlo lejos del talego federal de Atlanta. Pero su paciencia tenía un límite. Las mujeres bien podían cubrir sus cabezas con la apropiada sombra que se derramaba de sus sombreros de ala ancha, pero por lo visto era una falta de respeto por parte de un hombre llevar el sombrero puesto en un funeral. De ahí que la cabeza leonina de Leland estuviera sobrecalentada, al tiempo que su traje oscuro de popelina absorbía más y más calor. Los familiares cercanos se habían sentado bajo el dosel que se extendía frente a la miniatura de un templo griego, tocado con unas anómalas ventanas de vidrio, pero el toldo resplandeciente que había encima ofrecía poco alivio. Con los nervios de punta, aguardaban la exhortación final que Priest Howard destinaba a Dios, la eternidad y la escabrosa putrefacción. El ataúd estaba envuelto en la bandera americana. Había que asistir a otra ceremonia más: los rifles de la guardia de honor de veteranos de la guerra dispararían sus salvas a Priest y a la modesta tradición militar de la familia. El abuelo Solomon, enrolado en el ejército de Lee, había caído en el sitio de Appomattox. Al propio Priest lo habían asignado al Departamento de Guerra en Washington durante la Primera Guerra Mundial, durante la cual había perdido a su joven esposa (y madre de Leland) a causa de la gripe. Tras retirarse con un rango mayor en la reserva del ejército, prosiguió su patriótica misión sirviendo como jefe de la junta de reclutamiento de Evening Shade.

La familia de Burnell, criado de largo recorrido, y otros cuantos negros empleados durante años por Priest o su banco, se desperdigaban bajo un carnavalesco desfile de parasoles, en una elevación a la izquierda del grueso de plañideros, cerca de la larga línea de vehículos aparcados en el sendero. Leland no tuvo dificultad en distinguir a Mally Shaw entre la muchedumbre que formaban. Sostenía entre los brazos un niño que Leland estaba seguro no era suyo, mientras se mecía suavemente de lado a lado, probablemente concediendo a la fatigada madre un descanso. Mally resaltaba entre los de su raza por su belleza y la suavidad de su color, no macilento, sino visiblemente mezclado, la dulzura de su mirada y un porte que era obvio habría llamado la atención del padre de Leland, todo un viejo verde, si no ya definitivamente impotente. Mucho más atractiva que cualquier mujer que hubiera visto desnuda durante sus salvajes aventuras en el Carnaval del Algodón de Memphis, Nueva

Orleans, en los viejos tiempos, Mally había atraído profundamente a Leland a pesar de lo poco que la había tratado, pero percibía una desazón en su propio interés, un prurito de cautela o incluso, aunque Leland hubiera preferido ser torturado antes que verse empujado a admitirlo, miedo. Era víctima de una maldición cuyos rudimentos todavía no comprendía y Mally Shaw era el instrumento de esa maldición familiar, con lo cual tenía un poder sobre él. Aquello era siempre una situación peligrosa, tratándose de mujeres, e incluyendo a aquellas dos que él no ignoraba que había dejado preñadas, pero con las que evitó casarse a toda costa, por más dinero que aquello le obligó a dilapidar.

Aún no sabía qué quería Mally. Lo único de lo que podía estar seguro era que quería algo de él. Y era bastante importante para Mally tomarse su tiempo, pensó Leland, sin dejar de maquinarse en todo aquel rato.

Alex Gambier, muy apartado del lugar del entierro, hacía círculos y ochos con su bicicleta alrededor de unas lápidas sencillas, mientras tenía lugar el aparato militar del funeral. No se le ocurría nada mejor que hacer, excepto irse a nadar. Pero el verano estaba próximo a acabar y tras varios meses de sequía, la mayor parte de los estanques o los cauces más populares para darse un chapuzón estaban en su punto más bajo, cubiertos por una capa de verdín o infestados de víboras. Pero había una excepción, la única piscina privada del condado, situada en la casa de los Swift. La familia Swift se dedicaba a montar espectáculos con caballos de cría oriundos de Tennessee, que ellos mismos cuidaban, y tenían dinero. En cierta ocasión, Francie Swift había invitado a Alex a una fiesta en la piscina, en su duodécimo cumpleaños; no obstante, la tarde no había acabado muy bien porque Alex había tenido una pelea con sus principales castigadores, Charlie Tiller y Ben Hodge, la habitual respuesta iniciada por un tirón de pelo al verse imitado cuando trataba de hacerse entender con las manos. Ben debería haber mostrado más juicio, pues Alex tenía la suficiente altura y envergadura para cogerle, aunque en realidad no había querido golpearle con tanta fuerza como para romperle la nariz.

A Francie se le prohibió invitar nuevamente a Alex a casa, pero este había observado que todos los Swift estaban en el cementerio. También sabía que cierta medida de comedia social seguía a todo gran funeral, en este caso, un aperitivo informal en la hacienda de los Howard. La granja de los Swift se encontraba a apenas un kilómetro y medio del cementerio, campo a través, y la verdad es que Alex estaba medio muerto. La idea de pedalear hasta allí y chapotear en la piscina durante una media hora se le antojaba irresistible. ¿Y qué ocurriría si los Swift volvían a casa a tiempo de verlo allí? Su hermano era el lugarteniente del *sheriff* de Evening Shade y eso, él lo sabía muy bien, generaba tolerancia hacia Alex.

A Francie probablemente no le importaría verle. Por lo general, tenía una sonrisa para él, sincera y encantada, cuando se topaban en la escuela o por la ciudad. Aunque

no siempre Alex estaba de humor para responder a su gesto.

Bernice Clauson había traído sus propias sábanas, almohadas y fundas al hogar de los Gambier, de modo que la primera orden que impuso, incluso antes de desempaquetar sus ropas y enseres personales, fue que volviesen a vestir la cama de cuatro postes que presidía la habitación de invitados. No había que interpretar aquello, aseguró a su hija, como una crítica a la calidad del lino que Cecily poseía; lo que ocurría, más bien, era que sentía debilidad por sus propias sábanas, manufacturadas en Bélgica, pues, francamente, cualquier otra cosa de menor calidad irritaba su piel, ya de por sí bastante sensible. Bernie ofrecía un repertorio de confianza en sí misma con despreocupada alegría, inmediatamente después de percatarse de los defectos que había en casi cada cosa con que debía entrar en contacto en su vida diaria, desde la sospechosa frescura de una rebanada de pan de molde hallada en la tienda de comestibles hasta la mierda de paloma que reposaba en el umbral de mármol del propio banco, pasando por las habilidades higiénicas de la doncella de los Gambier, Rhoda Jenks: «Bueno, ya sabes que cuando envejecen, aparte de que suelen ser un poco lentas, tienden a dejar polvo; eso es algo que todos tenemos que soportar, Cecily. Y sé que Rhoda es maravillosa con Brendan. Aunque eso me recuerda que...».

Lo único que podía estropear su pequeña visita, o empañarla, en realidad, era la lamentable proximidad de Alex Gambier, a quien —francamente— Bernice detestaba, aunque tenía buen cuidado de no expresar el auténtico calado de su animosidad incluso ante Cecily. Conocía lo bastante bien los sentimientos de su hija, pero debía respetar su matrimonio. Cecily estaba haciendo maravillas por su joven esposo, inspirándole para conseguir que prosperase; Bernice opinaba que sería una tragedia si la continua presencia de Alex Gambier en la casa acarrearía dificultades entre Bob (ella nunca lo llamaba Bobby, pues se le antojaba que no era un nombre adecuado para un hombre, como si sugiriese una eterna veta de inmadurez) y Cece, dificultades que podían malograr la pureza del amor que se tenían el uno al otro. Bernie hacía lo que podía para ayudar a que Cecily encontrase una solución a sus dilemas. Su intención era que no tirase un céntimo. Pero Bob parecía poco dispuesto a aceptar su generosidad (el puro y terco orgullo masculino) y se mostraba reacio a sentarse a discutir el enorme beneficio que le reportaría a su hermano la asistencia regular a un colegio, siempre que estuviese lejos de Evening Shade.

Pero si su oferta de ayuda financiera no iba a ser suficiente para convencer a Bob de que su hermano estaría mejor en un escenario diferente, a ser posible organizado... bueno, había otros medios de cazar la liebre. Francamente.

Una vez que tomó posesión de la habitación de invitados, Bernice ingresó en el aseo, un cuarto vecino que se vería obligada a compartir con Alex.

Rhoda había limpiado hasta el límite de sus habilidades, y había abierto las

ventanas de par en par para que entrase el máximo aire fresco que una tarde tan calurosa pudiera traer. Pero bueno, pensó Bernie, mirando a su alrededor con una mano apretada contra el pecho. Aquel arreglo no iba a ser de ningún modo satisfactorio. Había unas espeluznantes revistas pulp apiladas con abierto desorden entre el retrete y la bañera con patas de garra. Una típica portada mostraba un vaquero de nariz aguileña con sendos centelleantes revólveres en las manos y una mujer de cabellos oscuros y labios de rubí, con la blusa desgarrada, acurrucada en el báculo de un brazo protector. Qué gusto tan lamentable, cuando había tantos libros clásicos que un chico de la edad de Alex disfrutaría. Simplemente, no le habían alentado en la dirección adecuada.

El alféizar de cada ventana estaba decorado por quemaduras de cigarrillo. No le costó mucho a Bernice imaginar a Alex remoloneando en la bañera, fumando, leyendo, o encorvado sobre la cómoda, desnudo y hurgándose la nariz (todos los chicos se hurgaban la nariz). O, mucho más sucio aún —pues su imaginación dio un giro un tanto caldeado—, enfangado en el onanismo. Cecily había contado a Bernie lo de los pañuelos manchados con un semen amarillento, sus mejores pañuelos, tirados bajo la cama. Solo la peor clase de chicos... pero era innecesario decir que, si Alex Gambier podía jactarse de algo, no era precisamente de poseer una intachable naturaleza moral.

Había unos cabellos rubios en el jabón del lavamanos y diminutas salpicaduras de pasta dentífrica en el reborde de los azulejos. Bernie no pudo reprimir un escalofrío: cogió todas las revistas, que ciertamente ofendían su vista, y las llevó a la habitación de Alex, donde en opinión de Bernie todo tenía un aspecto chapucero y tribal. Pisó con cuidado, como si temiese que unas ranas fueran a saltar desde debajo de la cama. No pudo encontrar un hueco en ninguno de los atestados estantes para revistas de los que Alex disponía en el cuarto, y por fin las depositó en su escritorio, donde dormitaba una máquina de escribir portátil, de la marca Royal, con un papel engatillado en ella. Alex siempre estaba escribiendo alguna cosa, había dicho Cecily. A menudo martilleaba sobre la máquina hasta altas horas de la noche. Para Bernice, aquello era peor que escuchar ratones en las paredes. Tenía un sueño muy ligero.

Bernice pensó que, probablemente, sería demasiado pedir que exigiesen a Alex utilizar el aseo de Bob y Cece mientras ella estuviera viviendo allí. Pero había un pequeño cuarto con un retrete y una ducha perfectamente adecuados para tal función, una partición del sótano. En ocasiones, Rhoda se quedaba a pasar la noche allí, cuando Cecily necesitaba una ayuda extra con Brendan. Bueno, se preguntó Bernice, ¿y no podía Alex mudarse al sótano, dado el poco tiempo que ella pensaba quedarse en la casa?

A Alex no tenían que convencerle de que aquello era una buena idea, porque, ciertamente, no dependía de él. Bernice podía contar con que Cecily estaría de acuerdo. Bob diría que eso sería como desahuciar a Alex de su cuarto, montaría un número a raíz de aquello, qué había hecho su pobre hermano para recibir un trato

así...

Y por supuesto no había hecho nada, en realidad; hasta Bernie tenía que reconocerlo.

Paseaba una mirada ociosa por la abarrotada habitación cuando divisó un tarrito de vaselina en la mesilla que había junto a la cama de Alex. La fuerza de su idea casi la hizo tambalearse.

Lo único que debía hacer era inspirar en Alex una razonable cantidad de resentimiento hacia ella, para que todo el mundo fuese testigo de ello, pero eso no sería difícil. Durante la mayor parte de sus visitas a la casa, Alex apenas condescendía siquiera a mirarla, sintiéndola, de la forma en que los muchachos perciben esa clase de cosas, como un enemigo natural.

Bernie se volvió para irse y allí estaba Alex, en la puerta de su habitación, como si aguardase su réplica, lanzándole cuchillos por los ojos. Bernie se asustó, pero se recobró, enarbolando una sonrisa que también poseía su propio filo. Oyó a Cecily al final del vestíbulo, con Brendan.

—Vaya, hola, jovencito —saludó a Alex, a la vez que alzaba sus cejas profusamente depiladas—. Tienes una rara habilidad para aparecerte de sopetón ante la gente. —Como si no fuese ella la intrusa. Bernie era una mujer menuda, pero incluso su tono normal de voz arrastraba como un sonido de sierra—. Estaba devolviéndote algunos materiales de lectura que encontré en el baño. El papel de esas revistas atrae toda clase de insectos y teniendo en cuenta que durante varios días vamos a compartir el cuarto de baño, te pediría que no dejases esas cosas tiradas por ahí. —Alex siguió allí plantado, con una expresión de disgusto en el rostro que no había madurado aún en un fruncimiento de cejas. Su cabello, dorado por el sol, se disparaba hacia todas partes, y sus ropas, las pocas que llevaba puestas (¿es que nunca se abotonaba la camisa?), presentaban un aspecto húmedo, como si hubiera estado nadando—. Me quedaré aquí —siguió Bernice—, hasta que el olor a pintura se haya ventilado del todo en mi casa. Puede decirse que ya estoy familiarizada con tus, eh... costumbres, pero me gustaría que supieras lo que quiero de ti, pues no quisiera que entre nosotros hubiera malentendidos.

Alex miraba de un lado a otro, en busca de sus revistas, y las vio en el escritorio. No podía entrar en su cuarto sin pasar por encima de Bernie, pues se obstinaba en no cederle terreno.

—Como sabes, soy asmática, así que si vas a fumarte un cigarrillo, por favor, ten en cuenta mi problema y hazlo fuera. Bien. En cuanto a mis costumbres higiénicas, me ocupan las mañanas a partir de las siete en punto y de nuevo a las nueve y media por la noche, a menos que la cena sea inusualmente tarde, antes de retirarme a la cama. Estoy segura de que Cecily encontrará una mesita donde poner mis cosas de aseo, útiles que te pediría por favor no tocases. En cuanto a tus baños, debes dejar la bañera como los mismísimos chorros del oro...

Cecily apareció en el pasillo, detrás de Alex, sosteniendo a Brendan en los brazos.

—Mami, ¿está todo bien? —preguntó, con una arruga de ansiedad entre los ojos. Dio a Alex un vistazo de reojo, como acariciándole con un cepillo de alambre.

Brendan abrió una sonrisa y trató de tocar a Alex con ambas manos. La expresión de Alex cambió de pronto y se volvió para coger al niño de los brazos de Cecily, pero ella puso un hombro entre los dos:

—No, no —protestó—, Brendy, Alex no quiere que le molestes ahora. —Aquel espejismo de placer se borró de los ojos de Alex. Volvió su rostro de unos a otros, con el pecho hinchado, mientras tomaba una profunda bocanada de aire.

—¡Oh, estábamos muy a gusto! —dijo Bernice—. Alex y yo estábamos manteniendo una, bueno, estábamos poniendo en claro las reglas para que no pasemos todo el rato tropezándonos el uno con el otro. Me sorprende que no le hayáis dicho que iba a ser vuestra invitada por unos días.

—No pasa suficiente tiempo aquí como para decirle nada —enunció Cecily en tono cortante, inspirado por el llanto de Brendan al verse apartado de su tío. Alex le miró de nuevo, luego se zafó del protector hombro de Cecily para tocar la pequeña nariz del bebé con el dedo índice. Se alejó de allí cuando la pataleta de Brendan se convirtió en una risita. Bernie y Cecily oyeron a Alex bajar los peldaños de dos en dos y, acto seguido, aterrizar en el rellano con ambos pies a la vez, lo que envió a las dos mujeres una suave sacudida sísmica.

—Oh, cielos —gimió Bernice con una vaga sonrisa.

—A eso es a lo que me refiero —dijo Cecily, y puso una expresión de dolor para resumir toda la tensión que sentía por tener a Alex dentro de la casa.

—¿No podías dejarle coger al niño por un ratito?

—No —repuso Cecily.

—Bueno. Francamente, dadas las circunstancias... hay mucha hostilidad en Alex. Tú la ves, ¿no, querida?

—Lo que me gustaría es que Bobby la viera.

Alex estaba en el garaje momentos antes de la cena, limpiando su bici y aplicando un poco de aceite a la cadena, cuando Bobby irrumpió en el interior, aún vestido con sus pantalones caquis de la oficina del *sheriff* y el apero negro de la canana. Se inclinó contra la mesa de trabajo con los brazos cruzados hasta que Alex, en cuclillas, le envió una mirada por encima del hombro.

—¿Cómo va eso, Twig?

Alex encogió ligeramente los hombros y luego señaló hacia la casa con la punta de la barbilla.

Bobby encendió un Lucky y soltó el humo.

—Sí. Lo sé. También a mí me pone de mala leche. —Sonrió, alentador—. Pero creo que los dos podremos aguantar a la madre de Cece por unos días.

Alex volvió a encoger los hombros.

—Hoy me ha llamado Berk Swift. Dijo que habías estado en su casa, usando la piscina, cuando nadie estaba allí, salvo los mozos de las caballerizas.

Alex asintió, indiferente.

—Me dijo que no es que le importase gran cosa que usaras su piscina, pero que si tenías un accidente y te ahogabas nadie iba a poder ayudarte, y se verían involucrados en el asunto.

Alex se levantó, cogió el cepillo que estaba al otro lado del banco y un recogedor y barrió el serrín del suelo de cemento donde se había derramado el aceite. Podía dejar su ropa interior y las toallas usadas en el suelo del baño, pero era meticuloso en cuanto a dejar limpio el garaje, las herramientas colgadas en los lugares adecuados y ni un clavo suelto por ningún lado. Era su lugar, el de Bobby y el suyo.

Bobby tendió el Lucky a Alex; el chico le dio una calada y se lo devolvió.

—No quiero que se convierta en un hábito —le avisó Bobby, rutinariamente—. Medio paquete al día, eso es todo lo que me permito. Te pido una cosa: el verano acabará en un mes, así que, a no ser que ellos te inviten, mantente alejado de la piscina de los Swift.

Alex le dedicó una sonrisa cínica.

—Lo sé; nada como Tarzán, así que ahogarse no es la cuestión. ¿Sabes?, había pensado que tal vez podríamos levantarnos pronto, mañana por la mañana, y pasar el día en el río Tennessee, en un bote.

Alex miró de nuevo hacia la casa: Cecily, su madre y Rhoda Jenks merodeaban en la cocina, riendo de algo.

—Solo tú y yo —susurró Bobby—. ¿Te parece bien?

Alex levantó el pulgar, luego se llenó ambas manos con varios puñados de serrín que sacó de un barril y los esparció por el suelo, allí donde había estado trabajando. Parecía feliz.

Bobby apagó el Lucky en una lata de Folger's que había sobre la mesa de trabajo. Medio paquete al día y nunca se fumaba los cigarrillos enteros.

—A cenar —dijo—. Dios, podría comerme los cuartos traseros de una vaca apenas chamuscada.

A mitad de la cena, Bobby recibió una llamada que le obligó a ausentarse de casa. Un accidente en el que se había visto involucrado un camión cargado de cerdos había inmovilizado el puente sobre el Yella Dog, la parte de la autopista a mitad de camino en dirección a Memphis, y había una víctima mortal: dado que Luther Tebbetts estaba en la tercera luna de miel de lo que Cecily llamaba su «carrera romántica», era necesaria la presencia de Bobby.

Tras la cena, Cecily amamantó a Brendan, que todavía tomaba del pecho, en el cuarto del niño, en tanto Alex y Bernice comían pastel de melocotón en el porche delantero. Bernie mantenía un animado diálogo acerca de esto, lo otro y lo de más

allá, aunque en buena parte estaba hablando para sí misma. Era lo de menos, porque nunca le había molestado el sonido de su propia voz. Alex asintió un par de veces mientras comía su postre, pero evitaba mirarla.

Denny Limber, un primo segundo de Alex, llegó en bici con su mejor amigo, Jess Robinson, tal y como Denny acostumbraba a hacer un par de veces al mes, empujado por su madre, que tenía lástima de Alex. Iban al cine Gem, donde proyectaban *Montaña roja*, una película de vaqueros protagonizada por Alan Ladd. Alex no vaciló en acompañarlos. Rara vez se perdía una película de vaqueros y Alan Ladd era uno de sus actores favoritos. De tener voz, quería que fuese la de Alan Ladd, aquel agradable y masculino timbre de barítono. Alan Ladd no era alto, pero era de los que siempre hablaban muy en serio. Alex corrió escaleras arriba para cambiarse de camisa y coger cincuenta céntimos del alijo donde escondía su asignación semanal.

Tan pronto acostó a Brendan en la cama, Cecily salió para seguir con su cena. La llegada de la noche levantó una brisa suave, que desperdigó en el cielo su mercadillo de estrellas. Entre los altos álamos blancos y los nogales en el patio lateral, Cece había visto los relámpagos típicos de una tormenta de verano. Estaban muy al norte: no se esperaban lluvias en los alrededores.

Madre e hija pasaron juntas media hora, cotilleando y recordando cosas sin ninguna hilación entre sí, evitando tocar los asuntos más delicados. Luego, Bernie, cuya actividad diaria concluía a las nueve y media, se excusó y subió para darse el segundo baño del día.

Cecily enjuagó su plato en la cocina, lo dejó en el escurridor del fregadero y subió las escaleras de atrás para echar un vistazo a Brendan. Las vaporosas cortinas de su ventana se hincharon con el viento, que había sido lo bastante consistente como para enfriar la casa. Los relámpagos se antojaban cada vez más próximos, más prolongados, y ahora se les habían unido los truenos. Brendan dormía con un conocimiento tan restringido del mundo que aquello no podía inquietarle. Cecily se dirigió a su dormitorio, preguntándose si Bobby pasaría la mitad de la noche fuera, sintiéndose un tanto irritada por ello. Y, además, había planeado levantarse pronto para hacer con Alex una excursión en bote, lo que seguramente les ocuparía todo el día. El disgusto empezaba a fundirse en resentimiento cuando, súbitamente, oyó un golpe.

Abrió la puerta y encontró a su madre en el pasillo, vestida únicamente con un camisón de encaje rosa y una apretada reddecilla, con la mano en la garganta y un aspecto entre enfermizo y desmayado de puro terror.

—¡Cecily, ooooh, Cecily!

Por lo visto, no era capaz de decir nada más. Entre crecientes gestos de frenesí, urgió a Cecily a que la siguiese por el pasillo hasta el cuarto de baño que había entre el cuarto de Alex y el suyo. Respirando con angustia cuando llegaron allí, Bernie hizo una seña a su hija para que entrase en el aseo, mientras ella se apoyaba en las jambas de la puerta, todavía aferrada con una mano al cuello. Forzada por aquel gesto, la

sangre se le acumulaba en las mejillas, como un pastel al que se le estuviese decorando con un pincel de repostería. Cecily paseó una mirada por aquel aseo vigorosamente iluminado sin saber qué esperar, pero todo parecía en perfecto orden.

—La bañera —musitó Bernie con una errática sacudida de la mano—. Mírala.

Cecily inspeccionó la bañera, su superficie de porcelana levemente rajada y sus ribetes de hierro azul, allí donde la pátina se había desportillado; después de aquello, volvió la vista a su madre con absoluta confusión.

—Mamá, no...

—Está resbaladiza. Resbaladiza. Alex quería...

Cecily se reclinó sobre una rodilla junto a la bañera y miró su fondo con más atención. El tapón estaba puesto. Bernice la había llenado un par de centímetros.

—... que me rompiese el...

Alargó un brazo y pasó un dedo por el fondo de la bañera. Sucio; no, viscoso por algo. Bastaba con añadir un poco de agua y...

—¡Gracias a Dios que no se me ocurrió llenarlo del todo antes de meterme! Me podía haber golpeado la cabeza y ahogarme.

—No me lo puedo creer —murmuró Cecily lentamente, frotando el pulgar contra el índice, sintiéndose atónita e inquieta. Tenía que ser vaselina. E impregnaba completamente el fondo de la bañera.

Bernice se sentó con las piernas abiertas en el retrete y anunció:

—Me voy a poner histérica.

—No, mamá, no te vas a poner histérica; por favor, trata de no montarla.

—¡Quiero irme a mi casa! ¡Quiero estar en mi propia casa! ¿Cómo voy a quedarme aquí un solo minuto más? Ese jovencito es un maníaco y me matará mientras duermo. Siempre he tratado de ser amable con ese pobre infeliz ¡y mira cómo me lo agradece! —Bernie comenzó a golpear con los talones el suelo de azulejos, al tiempo que agitaba las manos—. ¿Por qué me haces esto, Cecily? ¿Es que no me quieres? ¿Cómo puedes permitir que esto ocurra?

Cecily ya había tenido que vérselas con otros arranques parecidos. Si tocaba a Bernice durante aquellos trances, su madre la aporrearía sin parar, presa del frenesí, dando a entender de aquel modo que todo lo que estaba mal en su vida era culpa de Cecily, por ser una hija tan imperfecta.

—¡Debería matarme y acabar con todo! Sería lo mejor para todo el mundo, ¿no es precisamente eso lo que estás pensando?

La histeria carecía de lógica; continuaría hasta consumirse, después de que los vecinos hubieran oído aquello, preguntándose qué demonios pasaba. Cecily se incorporó con gesto triste, llenó hasta la mitad una jarrita de agua y se la echó a Bernice en plena cara.

—Lo siento —dijo, y dejó a su madre farfullando de pura rabia para ir directa a la habitación de Alex. Sería un milagro que Brendan no despertase.

No tuvo que mirar demasiado. El tarro de vaselina, casi vacío, estaba en el fondo

de la papelerera de Alex junto a su escritorio, cubierto de pañuelos que había utilizado para limpiarse las manos.

Cecily se quedó donde estaba, mirando aquello durante tanto tiempo como necesitó para que la incredulidad se desaguase en una cólera sorda que le hizo martillar el corazón. No supo decir cuánto tiempo. Pero cuando regresó al cuarto de baño, su madre, desplomada y vomitando en el suelo con el camisón totalmente desaliñado, ya se hallaba en las últimas etapas de su ataque, gimoteando incontrolablemente. Aquella llantina decaería en sollozos y gemidos, y, con ayuda de un sedante, Cecily esperaba que cayese dormida en un profundo sueño para el resto de la noche.

Puso a Bernie en pie y la ayudó a alcanzar la habitación de invitados.

—No tienes ni idea de lo que una siente al llegar a vieja y ver que ya no te quieren.

—No eres tan vieja y sabes que te quiero.

—No, no, ¡no puedo quedarme aquí! —gritó Bernice, mirando alrededor con expresión lunática.

—Claro que puedes. No debes preocuparte por Alex. No va a pasar la noche en casa. Ni ninguna otra noche, si puedo evitarlo.

—Bob le protege.

—Eso se acabó. Incluso Bobby tendrá que admitir que hay algo que no anda del todo bien en su hermano.

—Tú y Brendan sois todo lo que tengo en el mundo.

—Lo sé, mamá. Deja que te ponga el pijama.

—¿No vas a dejarme? ¿Te quedarás aquí conmigo? Tengo miedo, Cecily.

Cecily también tenía miedo, pero no podía permitírselo. Era su turno de ejercer como madre, de ser la valiente.

Bernie empezó a calmarse cuando Cecily la ayudó a ponerse el pijama.

—Eres un cielo. Siempre has sido buena conmigo. Nunca me he arrepentido de no haber tenido más hijos, porque ninguno hubiera significado para mí tanto como tú. Eres una bendición.

—Sí, mamá —musitó Cecily, con la mente en otra parte.

—¿Sería demasiado pedirte que me hagas una taza de té? Quiero tomar mis pastillas.

—Claro que no.

—Estoy tan nerviosa. Y pensar que... ¿Tanto me odia como para haber deseado que resbalase y me rompiese la crisma, o me fracturase la cadera? No soy una jovencita. Eso es lo que más temo, vivir lo que me queda de vida como una lisiada indefensa en su sillita de ruedas. Y la carga que eso significaría para ti... —A pesar de su artritis, Bernice asió con fuerza la muñeca de Cecily—. ¿Sabes?, he oído que los chicos que padecen graves... trastornos mentales hacen cosas malvadas o peligrosas, pero luego no recuerdan nada. Sufren de amnesia. Bueno, ¿recuerdas

cuando Alex escaló la torre de la wdok? A saber qué se le pasó por la cabeza. Pregúntale por la vaselina en la bañera y te aseguro que negará saber nada de ello. Por la amnesia. —Bernice exhaló un gemido luctuoso al meterse en la cama y posar su desaliñada toca en la almohada. Cecily estiró la sábana, la alisó sobre el pecho de su madre y se retiró de su lado. Bernie acometió un último esfuerzo por agarrar su mano—. ¿Adónde vas?

—Abajo. A hacerte té y llamar a mi marido. Me da igual el accidente de la autopista, quiero que Bobby venga a casa ya mismo.

—¿Y no es hora de que Alex vuelva del cine?

—Depende —respondió Cecily, sintiendo que el pulso le subía de nuevo; un fogonazo de luces destelló en sus ojos, esa bisutería de la migraña que amenazaba otra vez con irrumpir—. Volveré en cinco minutos. Cerraré la puerta del dormitorio, mamá. No te levantes a menos que te sientas mal del estómago.

—Deja la lámpara encendida ¿y puedes poner la radio que he traído? Ted Weems y su orquesta van a tocar desde el hotel Drake de Chicago, justo tras las noticias de las diez. Recuerdo tantas cosas del hotel Drake. Tu padre y yo pasamos allí nuestra primera noche juntos después de casarnos. —Cerró los ojos, sonriendo quedamente—. Los hombres y sus prisas —dijo—. Pero todo eso termina muy rápido; por otro lado, pasé unos días estupendos.

Cecily pasó por la habitación de Alex para recoger de la papelera el tarro de vaselina. Se apresuró a bajar las escaleras para cerrar la puerta de entrada.

Aquella casa que tanto adoraba, de pronto, parecía maldita, impregnada de una amenaza mortal; al cerrar, Cecily no sabía si estaba dejándola fuera o dentro. Reprimió las lágrimas, que ya le empezaban a aflorar cuando se dirigía hacia el teléfono, situado sobre el arcón del vestíbulo central. Una vez allí, se aclaró la garganta y trató de calmar la voz antes de hablar con Arlinda Kellum, la recepcionista nocturna de la oficina del *sheriff*.

—Dígale a Bobby que venga a casa lo más rápido que pueda.

—¿Está usted bien, señora Gambier? Si se trata de una emergencia, puedo hacer que Tuck u Owen estén allí en un santiamén.

—Es un asunto familiar. Lo único que quiero es que venga Bobby.

Luego, fue a la cocina.

La llave que cerraba la puerta de atrás colgaba de un gancho junto a las llaves de su cupé Plymouth. En los dos años que habían vivido en West Hatchie, Cecily jamás había atrancado las puertas. La cerradura de aquella casa era vieja y la llave no giraba. Quizá algo de aceite... pero entonces tendría que salir al garaje, que estaba a unos veinte pasos. La velocidad de su corazón la mareaba. Giró la llave frenéticamente en la cerradura inmóvil. Bien, no solo no giraba; ahora tampoco podía sacarla.

A su espalda, oyó que se abría la puerta de la nevera.

Levantó la vista y vio a Alex reflejado en el cristal de la puerta de la cocina, cogiendo una botella de leche del estante superior.

Había estado todo ese tiempo en la casa —¿dónde?, ¿en el sótano?— y ella no lo sabía.

Tenía dos opciones: o enfrentarse a él —Alex miraba la papelera que ella había llevado abajo— o abrir la puerta, salir de la casa y esperar a Bobby en el patio. Y eso era lo mismo que largarse a todo correr de su propia casa por culpa de aquel... chico que, en primer lugar, no formaba parte de la casa.

Cecily permaneció junto a la puerta, con la mano en el pomo.

—Sí, lo he encontrado —dijo. Desde el interior de la cabeza, el rubí de la migraña le enviaba sus destellos como los espejos de un faro, tan dolorosamente que entrecerró los ojos.

Alex la miró con expresión vacía y luego volvió a mirar la papelera, todavía con la puerta de la nevera abierta, la botella de leche en la mano y una mancha de la barra de chocolate que debía de haber comprado en el cine en una comisura de la boca.

El teléfono sonó.

Bobby, pensó Cecily. Su mera presencia, incluso al otro lado de la línea telefónica, tan lejos de la casa, le infundió de valor.

—Pon esa leche donde estaba y lárgate de aquí —le ordenó Cecily, dando un paso hacia Alex—. Es Bobby quien llama. Y voy a decirle lo que has hecho... Largo. Ya. No me importa adónde vayas. ¡No quiero volver a verte!

Los labios hojaldrados de Alex se abrieron por la sorpresa. Se apresuró a negar con la cabeza; luego se encogió de hombros, confuso y a la defensiva.

Cecily, espoleada por el timbre del teléfono, siguió avanzando por la cocina como si fuera a abalanzarse sobre él y Alex retrocedió, mirando lleno de consternación su acalorado rostro. En la planta de arriba, Brendan dejó escapar un lamento, probablemente inquietado por algún sueño: por lo general, el niño dormía hasta que se mojaba los pañales. Pero Cecily concluyó otra cosa:

—¿Estabas en la habitación del niño? ¿Qué le has hecho a Brendan?

Alex encontró aquella nueva acusación —si bien la otra seguía resultándole todo un misterio— desconcertante y el nerviosismo de Cecily y su exhibición de incoherencia le dieron pánico. Se volvió hacia la pizarra que había en la pared al lado de la nevera, haciéndose con el lápiz que colgaba de una cuerda, y comenzó a garabatear algo en el cuadernillo fijado a la pizarra. En su apuro dejó caer la botella de leche. Parte de su contenido se derramó entre los pies desnudos de Cecily. Ella siguió caminando hacia el teléfono del vestíbulo. Había llegado a la puerta cuando Alex se interpuso y tiró de ella para hacerle retroceder a la cocina. Quería que leyese la nota que había arrancado del cuadernillo, pero Cecily se zafó, presa del mismo pánico que él, y le dio un fuerte bofetón en la boca, que le rompió el labio inferior. La sangre afloró de la herida, pero aun así Alex no la soltó, hasta que Cecily le gritó en

la cara:

—¡Si te atreves a hacerle daño a mi madre o a mi hijo, te mataré!

Su furia le hizo tambalearse y aflojó el apretón de sus dedos. Cecily se alejó de Alex e irrumpió en el vestíbulo, golpeándose el dedo gordo contra la jamba de la puerta. Saltó dos veces, cayó de rodillas sobre el arcón y, por fin, levantó el auricular de la horquilla del teléfono vertical.

—¿Cecily?

—Bobbbyyyyy.

—¿Qué pasa?

Ovillada junto al arcón, miró llena de terror por encima del hombro, pensando en lo peor: Alex con un cuchillo o un punzón en la mano en lugar del lápiz, tratando de acallarla. Pero no le vio en la cocina. La puerta de atrás seguía abierta. Oyó a su madre en el vestíbulo del piso superior. Cecily sintió que la cabeza le iba a estallar:

—Bobby —sollozó—, es Alex. Se ha vuelto loco esta noche. Ha intentado matar a mi madre. Y... me ha puesto la mano encima. Bobby, ¡Alex me ha puesto la mano encima!

A primeras horas de aquella noche de sábado, Mally Shaw había tenido compañía: un hombre de mediana edad (bien entrados los cincuenta sería más apropiado decir) cuyo único propósito era cortejarla. Su nombre era Herschel, pero toda la vida le habían llamado Morritos de Cerdo. Mally y él eran familia, aunque de una forma vaga que, la verdad, Mally nunca se había preocupado de aclarar. En la comunidad de color, Morritos de Cerdo tenía un estatus: era lo que se llamaba un acaparador. Hasta hacía poco tiempo, había trabajado como cartero, y así había ganado un buen sueldo, hasta que el detrimento de las arcas federales provocaron su jubilación. Entre sus varias posesiones se contaban una granja, treinta panales de abejas, árboles frutales, un pozo, una casa de buena construcción llena de muebles de la marca Sears Roebuck y un Oldsmobile último modelo. Su última esposa había fallecido dos años atrás; sus hijos mayores habían emigrado a las grandes ciudades y se había quedado solo. Morritos de Cerdo tenía una cara ancha, gomosa como un neumático deshinchado y una sonrisa que parecía una verja de pinchos. Llevaba presentes a Mally tales como pezuñas de cerdo en vinagre o trozos de panal con miel y tocaba el banjo para ella cuando acudía a visitarla. Mally copiaba con buena letra las cartas que él escribía a su desperdigada familia con un lápiz de carpintero y le servía pastel de especias.

No había ni la más remota posibilidad de que fuera a casarse con él, en el caso de que Morritos de Cerdo sacase a colación la pregunta, ni con él ni con nadie, pero tras aquellas visitas, Mally se sentía con el ánimo un poco por los suelos, desorientada por los vacíos que había en su vida.

Mally acababa de ver que las copas de los árboles, casi inmóviles durante la mayor parte de una semana de calor asfixiante, ahora se mecían suavemente. El cielo

descargaba relámpagos tras los árboles, como disparos en una emboscada. Truenos. La lluvia no tardaría en aparecer y sería una tormenta de las que hacían historia. Mally sintió el efecto de la caída de presión barométrica en mitad de las cejas. Envolvió lo que quedaba del pastel de especias y lo guardó en la panera; acto seguido, fue al baño para lavarse y se sentó en el borde de su bañera de hojalata para depilarse las piernas.

La ventana de la habitación de Mally estaba vibrando y el sauce de afuera se revolvía. La radio Crosley se hallaba cargada de energía estática, al igual que su pelo cuando se lo cepilló: su apariencia le resultó lúgubre, reflejada en el ennegrecido espejo del vestidor. Se puso un pijama de algodón y un quimono, de esos que se adquirirían en el barrio chino, que su padre le había comprado cuando acudió a una convención médica en San Francisco, justo después de la guerra.

Se dirigió a la parte delantera de la casa para cerrar las ventanas y bajo un rocío de electricidad atmosférica descubrió a Alex Gambier en el porche, respirando pesadamente como si acabara de completar el *Tour* de Francia, su joven rostro convulso de pensamientos adversos.

Tenía que ser hoy, se dijo Mally. ¿Pero no era lo que ella había pedido?

—Será mejor que subas la bici al porche si vas a entrar —exclamó, tratando de no sonar como si se estuviera haciendo la víctima.

Acudió a la cocina y volvió a desenvolver el pastel. El pastel cayó junto con un buen vaso de leche, que Alex bebió sin respiración, sentado en el sofá de bambú al borde de un cojín, de tal manera que éste se curvaba hacia arriba sobre su espalda. Puso un gesto de dolor cuando la leche bañó el corte que había hinchado su labio inferior. Mally le sirvió un segundo vaso de leche y volvió a cubrir la jícara con una estopilla. Se había sentado frente a Alex, mientras la proximidad de los truenos estremecía los retratos enmarcados de la pared.

Cuando Alex se sintió saciado y parecía lo bastante calmado como para describir los sucesos que otra vez le habían hecho escapar a toda prisa a su casa, Mally le dio la tabla de cortar el pan, su cuadernillo y un lápiz. Alex se colocó la tabla entre las rodillas y se inclinó sobre el cuaderno varios minutos, como si se hubiera empeñado en componer otro cuento épico. Escribía con tal vehemencia que rompió por dos veces la punta del lápiz. Mally deseó tener un Chesterfield, pero debía de andarse con cuidado en la manera en que se gastaba el dinero, pues no tenía proyectos inmediatos de trabajo.

Súbitamente, Alex le tendió el cuaderno y se levantó, paseando de un lado a otro con zancadas impacientes. Afuera, el aire parecía haberse detenido durante medio minuto. Las primeras gotas de la lluvia, enormes como peniques, se derramaron entonces sobre el tejado. Mally dedicó una mirada reflexiva a Alex antes de comenzar a leer la página y media que el chico había escrito.

—Si tienes que hacerlo —dijo, consciente de la cantidad de leche que había engullido—, puedes ir a mi cuarto de baño. Te empaparás hasta los huesos ahí fuera.

No bien había terminado de hablar, el viento irrumpió en el valle, trayendo con él un ensordecedor diluvio.

Mientras Alex estaba en el baño, Mally leyó todo lo que el chico había querido contarle. Luego puso el cuadernillo boca abajo en la mesa ovalada que había junto a la silla y pensó, Dios misericordioso, ¿qué está pasando en esa casa? En su opinión, Cecily Gambier había abofeteado a Alex en la boca sin razón alguna. O eso, o Alex estaba mintiendo descaradamente y su intención era gorronearla, a la vez que buscaba un poco de simpatía allí donde podía encontrarla. Lo que contradecía buena parte de lo que Mally, por puro instinto, presentía sobre el carácter del chico.

No tuvo tiempo de pensar en ello. Escuchó el bufido de un coche al aproximarse a la casa. Los brillantes faros estaban casi en lo alto de su porche. Tenía nuevos visitantes.

Bobby Gambier bajó las escaleras tras echar un vistazo a la bañera, rematada con sus patas de ogro, que había en el aseo de invitados, para ver por sí mismo su fondo, que había sido untado cuidadosamente para dejarlo resbaladizo (la escasa cantidad de agua que Bernice había dejado correr en la bañera se había desaguado lentamente). Se había cortado la electricidad en toda la casa, así como de un extremo a otro de la calle; la tormenta, que se había abierto camino para acabar con el calor, si es que no ponía también fin a la sequía, aún los estaba acribillando veinte minutos después.

Cecily y Bernice estaban en el salón, donde Bobby había encendido una lámpara de gas. Cecily mecía al inquieto Brendan, ocultando su rostro de los relámpagos. Las dos mujeres miraban a Bobby, que no se había sentado. Su rostro estaba serio.

—Nunca hubiera creído eso de Alex.

—¿Y no he intentado avisarte? —repuso Cecily, demasiado minada emocionalmente como para añadir un tinte de reproche a sus palabras. Aquello era una simple exposición de los hechos.

Bobby se dio la vuelta para abandonar el salón.

—¿Adónde vas?

—A encontrar a mi hermano, Cecily.

—¿Y nos vas a dejar solas aquí?

—Les Owen estará en el coche patrulla, mientras yo esté fuera.

Bernie puso una mano en el brazo de su hija mientras Bobby salía a la calle.

—Estaremos bien, querida. Esto es ahora entre Bob y Alex. Acabemos con ello esta noche, por el bien de todos.

Cecily, con el cerebro embotado de dolor, tendió a Brendan a los brazos de su madre, se dio la vuelta y hundió la cara en una almohada adornada con borlas. Así Brendan no se alteraría más, pues no tendría que escuchar los sollozos de su madre.

Bernice sacudió al bebé contra su pecho, recorriendo el salón con una mirada calma ante los sobrecogedores fognazos de los rayos, pensando en la mejor manera

de disponer aquellos muebles para acomodar su pequeño piano de cola. Ya no podía tocarlo; pero podía enseñar a hacerlo, y había observado que Brendan tenía unas manos prometedoras, suficientes para hacer de él un buen pianista. Si empezaba con el niño lo bastante pronto, ¿quién podía decir lo lejos que llegaría en las competiciones?

4

Diez de los grandes Los perros leopardo de Catahoula Cierta tipo de crimen

Dos hombres, tocados con sombreros y enfundados en sendas gabardinas, salieron del coche en el jardín de Mally Shaw y, encorvados para evitar la embestida de la lluvia, mientras sujetaban con fuerza los sombreros para que no saliesen volando, corrieron hasta los peldaños de la casa.

Mally miró a través del ventanuco ovalado de la puerta de entrada, que estaba cubierto por una cortina opaca, y, al fulgor de los relámpagos, vio el Pontiac Eight que la había obsequiado con aquella breve visita dos noches atrás. Cogió el rifle, que era casi tan alto como ella. Con la otra mano echó la cadena de la puerta y se retiró de ella unos pasos.

Oyó el traqueteo de las botas en las tarimas del porche.

—¡Mally Shaw!

—¿Quién anda ahí, y qué es lo que quieren?

—¡Lamento molestarte a esta hora de la noche, Mally! ¡Soy Leland Howard! Tengo que hablar contigo.

—¡Quítese el sombrero —replicó Mally—, pero quédese donde está! Tengo un rifle.

—De acuerdo, Mally, de acuerdo. No hay razón para alarmarse. Como he dicho, solo quiero hablar contigo.

Ella ya conocía aquella voz, pero quería verle la cara. Cuando se despojó del sombrero y asomó la ondulada cabellera rubia que, en buena parte, un vanidoso cepillado había alisado hacia atrás, Mally retiró un extremo de la cortina para dedicarle una mirada más atenta. La lluvia le corría por el rostro, las gotas caían de la punta de su nariz de sabueso. No había forma de evitar mojarse ahí fuera. Mally no podía decir nada acerca del otro hombre, aquel tipo alto que había a la espalda de Leland Howard, escorado, quizá observando los útiles caseros apilados en el porche. Y la bici azul y blanca, más propia de un chico.

—¿Quién está con usted, *Mr.* Leland?

—Oh, no es más que mi hombre, Jim Giles. Me sirve de chófer la mayor parte del tiempo.

—Haga que vuelva al coche y que espere allí.

—Claro que sí, Mally. Cualquier cosa que sirva para calmarto.

Cuando volvió la cabeza para hablar con Jim Giles, Mally echó un rápido vistazo por encima del hombro. Alex Gambier no estaba a la vista; la puerta del baño del

pasillo que daba a la cocina estaba todavía cerrada.

La luz de la única lámpara que había en el salón principal, protegida con una pantalla metálica pintada en el juguetero estilo fin de siglo, y adornada de unas hileras de abalorios tallados, se había tornado en un vago naranja, como si el fino cable que la conectaba al tendido eléctrico rural que recorría la autopista 19 estuviera a punto de soltarse del poste.

—¡Mr. Leland, preferiría que viniese en otra ocasión, si es tan importante! — Empezaba a estar nerviosa; se preguntaba por qué no se había avenido a aparecer el jueves por la noche, ¿o había sido su hombre el que lo había hecho, ese tal Giles, en el Pontiac, y había aguardado en silencio para observarla en el porche?

—¡A mí también me gustaría poder hacerlo, Mally! Pero tengo que estar en Knoxville mañana por la tarde. Seguiré haciendo campaña por allí la mayor parte de la semana que viene. Solo te pido unos minutos de tu tiempo, después de que hemos venido hasta aquí con este aguacero. —Abrió la gabardina y se llevó una mano al interior—. Traigo algo que necesito que me firmes.

Jim Giles había abandonado el porche y rondaba por el jardín, su silueta recortada por los faros del Pontiac. Mally prendió su atención nuevamente en Leland Howard, pero no se sentía más tranquila con todo aquello. Vio un sobre blanco en sus manos.

—¡Esto es tuyo, Mally! Lo que tengo aquí son mil dólares en dinero líquido que mi padre dejó en el cajón del escritorio de su despacho, en la hacienda. ¡Supongo que te dejó este dinero por todos los buenos cuidados que le diste, sin tener que esperar hasta que terminasen los trámites con el testamento!

Mally entrecerró los ojos cegada por la luz y, cuando los abrió, se encontró en la oscuridad, en más de una manera. ¡Mil dólares! Priest Howard nunca le había dicho ni una palabra acerca de ello.

Leland, el hijo desheredado, abrió el sobre para hacerle ver, en cuanto el cielo relampagueó de nuevo, lo que sin duda eran diez bonos del Estado por valor de cien dólares. Pero, aun así, Mally encontró aquel regalo caído del cielo difícil de creer. Le quedaban sesenta y ocho dólares y algo de cambio en la lata de café Chase and Sanborn que guardaba en la habitación de atrás bajo unas tarimas, allí donde reposaba el hornillo de leña metálico. Apenas daba para un mes, y siendo especialmente frugal. Además, pronto tendría que hacer un par de cursos para renovar su certificado de enfermera y en eso se le irían cincuenta dólares.

Leland Howard pasó el pulgar por la piedra de su encendedor metálico, tan abollado que parecía habérselo llevado con él a la guerra. Protegiéndose de la luz, su cara carnosa, pero atractiva, parecía cualquier cosa excepto amenazadora. Su sonrisa y sus benévolo ojos azules no envidiaban un penique de la buena suerte de Mally.

—Así que, si tuvieras la amabilidad de firmar un recibo por el dinero, podré seguir mi camino.

—¡Mr. Leland, la electricidad se ha ido; voy a la cocina a buscar una lámpara de parafina!

—Ve, Mally —contestó Leland Howard, echando la tapa a la enorme llama del encendedor y poniéndose de nuevo su sombrero. Bajo la arremetida de la lluvia, el tejado del porche goteaba sin tregua por algunos lugares.

Mally regresó con la lámpara, que titilaba en la oscuridad y por pura intuición, justo antes de quitar la llave de la puerta, tuvo un instante de arrepentimiento por no haberse demorado en ponerse antes algo de ropa. Pero aún estaba embelesada por la visión del dinero guardado en el sobre. No pensaba con la claridad con la que hubiera debido pensar. En primer lugar, ¿cuándo había tenido Priest Howard las fuerzas para levantarse de la cama y bajar las escaleras hasta su estudio? ¿Por la noche, cuando Mally estaba allí? No parecía muy probable.

El granizo apedreó el tejado y golpeó las ventanas en la cara norte de la casa. Leland Howard puso un pie en el interior cuando Mally retrocedió para dejar la lámpara de parafina en la estufa Franklin, que se agazapaba en una esquina de la habitación principal. La cenefa de su sombrero se dio contra la parte inferior del marco de la puerta, inclinándolo en su cabeza.

Leland mostró una sonrisa y se quitó el sombrero una vez más.

—Yo seré alto, pero el viejo Bolsillos se habrá tenido que llenar la frente de moratones no pocas veces al pasar por la puerta.

Mally no contestó; simplemente se quedó junto a la estufa, apretando el escote de su quimono verde lima con una mano.

Leland cerró la puerta a su espalda y recorrió la casa con una mirada. Tanto él como Mally eran muy conscientes de la presencia del rifle. Mally lo había dejado apoyado contra un extremo del sofá de bambú para ir a la cocina. La sonrisa de Leland se ensanchó aún más y cogió el rifle, repasándolo con ojo de experto.

—Una buena antigualla para disparar a los pájaros —dijo; luego abrió el cañón y sacó los dos cartuchos, que guardó en el bolsillo de su gabardina—. No quería que hubiese un accidente mientras estoy aquí —continuó, dedicando a Mally lo que parecía un guiño; o quizá uno de sus ojos había comenzado a entrecerrarse por la angustia y la furia acumuladas. Colgó el sombrero en el cañón y apoyó de nuevo el rifle en el sofá donde lo había encontrado.

Mally supo que había sido una verdadera estúpida por haber dejado entrar a Leland en su casa. Peor aún, el dinero que había blandido ante sus ojos no era más que un señuelo; se quedaría en su bolsillo. Ella sabía muy bien por qué había venido.

Cuando corrió a refugiarse en la parte de atrás de la casa, tras cruzar la puerta de la cocina, se percató de que para ser un tipo tan grande, Leland no carecía de velocidad y buenos reflejos: la cogió y la llevó de nuevo a la habitación principal, asiéndola de un codo, casi levantándola del suelo. Mally tropezó contra la estantería: las tazas de té y las pequeñas figuras que la decoraban temblaquearon en las repisas.

—¡No me ponga las manos encima, *Mr.* Leland!

No la soltó:

—Mally, me parece que tienes unas ideas un tanto equivocadas acerca de mí.

Dejemos esto claro de una vez, hablemos como seres civilizados. Si te muestras comunicativa conmigo, si me dices lo que quiero oír, dejaré aquí los mil dólares y seguiré mi camino.

Leland aproximó hasta él el cuerpo de Mally. Su aliento era un suave susurro, como de seda china, mezclado al olor del güisqui; Mally detectó también un leve fulgor de excitación en sus ojos azules.

—Vaya, estoy poniendo perdido el suelo de tu salón. Quiero que permanezcas sentada en este sofá mientras me quito la gabardina; ya he entrado suficientemente en calor. Y no intentes huir de mí otra vez. Desde su posición, James tiene el ojo puesto en la casa. Es un auténtico hijo de puta, pero yo no voy a hacerte ningún daño.

—Entonces, suélteme —musitó Mally.

Con aquella desagradable mano callosa, Leland presionó con más fuerza los nervios de su codo, y Mally dejó escapar un sollozo. Luego la soltó, y con la palma de la otra mano la empujó suavemente hacia el sofá. Mally se sentó, frotándose el codo para aliviar el dolor. ¿Que no iba a hacerle ningún daño, de veras era eso lo que pensaba? Y su mano había estado posada en uno de sus pechos. Mally seguía asustada, pero no amainó el tono de su voz.

—No me escaparé. Pero no tenemos nada que decirnos, *Mr.* Leland.

—¿Ah, no? —Leland se frotó su robusta mandíbula, que en unos cuantos años sería más bien paposa, mientras sonreía débilmente, recorriendo de nuevo y con ojos absortos los confines de la pequeña habitación. Solo estaban ellos dos y aun así, parecía atestada. Pero encontró espacio por el que pasear y se detuvo frente a Mally para ofrecerle gentilmente un caramelo de una bolsita arrugada que llevaba en el bolsillo de su abrigo. Mally negó con la cabeza. Leland desenvolvió uno para él. Hizo una bola con el celofán y la dejó caer al suelo.

—¿Sabes, Mally? Siempre me he preguntado si William se voló los sesos dentro de la casa, o si tuvo la cortesía de ahorrarte tamaña visión...

—Fue en su camión —contestó Mally tras unos segundos. Había aparcado tras el asador, y fue a las tres de la mañana. Por supuesto, ella escuchó el disparo. Supo que era William, supo que al fin lo había hecho, al levantar de un respingo la cabeza de la almohada. El odio por Leland Howard, que había tenido el cuajo de mencionar el triste final de William, creció en su pecho como una quemadura producida por un hierro al rojo.

—¿Alguna vez has sabido su receta secreta para la salsa de costillas? Creo que estaba flambeada de una forma especial, Mally, tuve esa impresión las dos veces que tomé un plato de las costillas que cocinaba William. Su receta para la salsa te supondría un buen dinerito en estos días.

—Nunca la escribió.

—Oh, qué mala suerte. —Mientras paseaba de un lado a otro del salón, Leland atrapó de un zarpazo la tablilla de escribir de la mesa ovalada que había junto al sofá. Mally pensó en Alex Gambier, encerrado en el cuarto de baño, y se preguntó si la

había oído cuando levantó la voz a Leland Howard; deseó con todas sus fuerzas que Alex tuviera el buen juicio de no aparecer justo ahora. Leland echó un vistazo atento a las palabras que había escritas en la pizarra, pero no había luz suficiente para leer con claridad.

—Es una carta que estaba escribiendo a mi padre —dijo Mally, amable. La sangre le latía en las sienes.

Leland asintió y dejó la pizarra en la mesa. La miró con ojos nublados mientras chupaba el caramelo pegado a sus muelas.

—¿A qué se dedica ahora el viejo Ramses, ejerce como médico en Nashville?

—No, enseña en Meharry.

—He ahí un hombre negro que ha tenido el coraje de hacer algo por sí mismo: las cosas como son. —Leland aflojó de un tirón el nudo de su corbata—. Agobia un poco esto —comentó. Mally estaba a punto de ahogarse en aquel sitio tan cerrado (la sangre hirviente de él, la desesperación de ella) a pesar de la calma con que estaba sentada junto a él, mirándole a los ojos.

Leland se enjugó la frente con un pañuelo, lo guardó y sacó una petaca de plata con la tapa dorada. La inclinó con largueza para dar cuenta del güisqui que, como Mally se figuró, ya había estado trasegando la mayor parte de la noche.

—Ha sido un día duro, Mally —dijo, como si estuviera disculpándose por beber delante de ella.

—Sí, señor, lo sé —respondió, aunque sus palabras apenas resultaron audibles.

—No es que vaya a echar de menos a ese viejo cabrón. No tienes ni la menor idea de lo que significa crecer a la sombra de alguien con los huevos y la mala hostia y la absoluta corrupción de mi padre. —La boca se le deformó, igual que la de un chiquillo al que se le hubiera gastado una broma cruel, como si estuviera a punto de llorar—. ¡Y las intrigas en las que ha estado enfangado durante el año pasado! Verme ascender en el mundo de la política nacional sin su ayuda... joder, eso es lo que más odiaba de mí; no le pedí ayuda ni una sola vez. Cuando se acabó el dinero de mi madre, no hice más que coger lo que quería y necesitaba de él. Sabía que se enteraría, pero me daba igual; pues, ¿qué podía esperar que hiciera, excepto cubrir mis pufos en el banco? Tú me entiendes, ¿a que sí, Mally? —Su expresión, a un tiempo, rogaba y exigía su comprensión—. La debilidad de Priest Howard, y eso es algo que siempre supe, era tener un buen nombre. Nunca hubiera permitido que nada ni nadie lo manchara con la deshonra. Eso le hacía, a él y a su puto banco, una víctima propiciatoria. Oh, pero tú ya sabes todo esto. Seguro que te lo confesó alguna vez, qué coño, cientos de veces, mientras estaba postrado en su lecho, sabiendo que su vida se había acabado, pero resuelto a joderme la mía. Estaba al acecho, ¿eh? Esperó hasta que yo ya estuviese a puntito de disfrutar de los frutos de mi éxito.

—*Mr. Leland...*

—No pasa nada, Mally. No estoy aquí para ganarme tu simpatía. Tú también has pasado lo tuyo, puedo darme cuenta de ello, joder, por eso quería ayudarte con un

poco de dinero. Escaso, como creo que es estos días. Mi dinero, pues sé que papá Priest era demasiado roñica como para recompensarte. Así que aquí tienes otra vez...

Sacó el ahora húmedo sobre con el dinero y lo dejó caer en la pizarra.

—Es tuyo y solo tuyo. Cógelo, siéntelo, cuéntalo, nena. Hay diez de los grandes. ¡Vamos, coño! Lo único que tienes que hacer para justificar que ese dinero sea tuyo es entregarme lo que mi puto papi te dejó en tus manos para asegurar mi ruina.

Mally permaneció inmóvil como un muerto durante la irrupción de múltiples fogonazos, como el flas de un contingente de cámaras en la escena de un accidente de tráfico mientras el olor de la sangre era aún fresco y fuerte. Un accidente en el que ella se hubiera quedado atrapada entre los hierros, buscando con ojos embotados el advenimiento de algún rescatador.

Leland Howard se pasó el dorso de la mano por la boca, mirándola en silencio, aparentemente perplejo de su falta de gratitud.

—¿Mally?

—*Mr. Leland...*, la verdad es que no sé de qué me está hablando.

—Copias de las cuentas alteradas, a eso me refiero. Las cuentas de inversión que he manipulado durante un año, por valor de treinta y cinco mil dólares, para que pudiera librarme de su banco y sus garras y disfrutar de una vida libre. Y supongo que ya habría preparado su propia versión de lo que le hube robado y cómo lo hice. Soy un ladrón, como acertadamente me calificó en su última hora, cuando tú estabas a nuestro lado, sin perderte una palabra de aquello.

—¡Pero *Mr. Leland*, él nunca me mencionó lo que usted hizo! No era asunto mío...

—Coño, no me trates como si fuera idiota. No había nadie tan próximo a él en sus últimos días. Ni Sax... Sax estaba lejos, en el otro lado del estado, trabajando en los concesionarios que Rose Heidi había heredado. Pero claro, papá nunca hubiera dejado mi destino en manos de Sax, por la sencilla razón de que Sax nunca hubiera tenido los cojones de contrariarme. ¿Burnell? No, él es un buen hombre, incapaz de esconder a su mano izquierda lo que hace la derecha. No, él te eligió a ti. Eres brillante; has recibido una educación. Eras como un ángel para ese cabrón de los huevos. ¿Pero por qué ibas a saber de qué iba la cosa? Sospecho que te daría unas instrucciones muy sencillas. Coge este paquetito, guárdalo por mí. Cuando me haya ido, envíalo a la oficina del banco, allí podrán estudiarlo. O a la primera página de los diarios de Nashville.

La boca de Leland salivaba excesivamente, por el fervor con que imaginaba todas las opciones que el viejo habría barajado para su eventual defenestración. Se limpió de nuevo la boca, con un brillo opaco en sus ojos azules.

—Eso es. El Banner, el Tennessean, o el Press-Scimitar, convenientemente dirigido a ese reportero especializado en escándalos de la vida política que todos tienen. ¡Cualquier mierda de periódico publicaría la historia! Y eso me pondría el culo en la parrilla.

Se acercó más al sofá donde Mally permanecía intentando no encogerse de miedo y se inclinó con una sonrisa.

—Pero no lo has enviado, ¿verdad? Porque eres demasiado lista y tu curiosidad natural te hizo abrir el paquete. Oh, sí. Esta tarde, en el cementerio, tuve la clara impresión de que me estabas mandando un mensaje.

La engañosa luz, el revoloteo de sus pestañas, eran signos que Leland había interpretado como un acuerdo entre conspiradores.

—El Señor es testigo de... —comenzó Mally.

—Vale ya, Mally. —Leland no iba a aceptar más excusas.

—¡Pero es que no es cierto! —Mally se lamió los labios—. No sé nada. Ni quiero nada de usted. No estoy conspirando en su contra, *Mr. Leland*. No quiero su dinero. No hay —tuvo que acariciarse la garganta para forzarse a soltar las palabras— nada con lo que pueda hacerle daño. Por favor, créame.

—Mally. —Silabeó su nombre. El rostro más cerca del suyo, enrojecido, brillante. Mally podía olerle. Talco, loción capilar Vitalis, la acidez de su sudor. Y algo aún más fuerte, vil, una enfermedad que no podía nombrar. Una enfermedad del alma. Y por encima de todo, el almizcle masculino que su sangre hacía hervir. Mally se empapó de terror. La tensión entre ambos había adquirido un nuevo tono. Ambos lo reconocieron al mismo tiempo.

—Solo dime qué es lo que buscas, Mally. —Su voz confiada, persuasiva, propia del político—. Lo que sea. Soy un tipo amable y de buena voluntad. Y podría hacer mucho por una mujer lista y bonita.

Levantó los ojos, mirando su propio rostro en el neblinoso reflejo que brindaba el retrato militar, enmarcado, de William Ulysses Shaw, también conocido como Bolsillos Altos. Había sido tomada antes de algún momento de la guerra, horrible y ya para siempre ineludible; aquella visión detuvo la maquinaria emocional de Leland tan abruptamente como la bala de un rifle puede detener un reloj de bolsillo. La confianza que había en el rostro del hombre de la fotografía inspiró en Leland que su lujuria tomase una desviación hacia la malignidad, un deseo salvaje de desfigurar algo que William había mantenido sagrado, aunque ya nunca lo sabría.

Leland volvió a mirar a Mally, componiendo un pequeño asentimiento y una sonrisa astuta. Su rostro estaba ahora a unos centímetros del de ella.

—Entiendo. Lo que quieres es que nos conozcamos mejor antes de llegar a un acuerdo, ¿no? De acuerdo. También yo he pensado en ello, Mally. No has tenido un hombre que te cuidase en mucho tiempo. ¿Cuánto? ¿Desde que William se saltó la tapa de los sesos? —Puso una mano en el muslo de Mally. Las palabras ya no eran más que un susurro—. La buena noticia, Mally es que mi culebra blanca, y puedes preguntárselo a quien te dé la gana, es tan grande como la culebra negra de cualquier tipo de color al que hayas cabalgado.

Mally dejó caer una mano a la muñeca de Leland y tiró. En su obscena excitación, Leland resultaba fuerte como un toro. Los dedos apretaron más arriba, en el interior

de su suave muslo.

—Se lo juro sobre la Biblia, *Mr. Leland*. Me iré esta noche. Jamás volveré a Evening Shade.

—No, Mally. Eso no funcionará. Te necesito demasiado, ahora que me has puesto tan cachondo. Echa un vistazo... no, por aquí abajo, cariño. —La cogió de la muñeca y arrastró su mano hacia él mientras se inclinaba, subrayando el bulto de sus pantalones. Su boca se aflojaba mientras obligaba a que Mally lo palpase. Ella vio la punta de su lengua, coloreada de un naranja brillante por el caramelo que había comido—. Chica, vamos a estar tan bien juntos... El sillón no es lo bastante grande para los dos; ¿tienes un dormitorio en la parte de atrás? ¿Están las sábanas limpias, Mally? Me gusta que las sábanas estén limpias. Desnúdate ya, o por Dios que —se rebañó de nuevo aquel desagradable exceso de saliva que anidaba en su boca— te arrancaré el camisón yo mismo. Cielo. Dulce puta marrón.

Mucho después de que hubiera dejado de llover —Alex no sabía cuánto tiempo había transcurrido— vio que Leland Howard y Mally Shaw abandonaban la casa por el porche delantero. Muy juntos, cogidos del brazo, a lo que parecía: Mally llevaba puesto un vestido y se había calzado las sandalias, pero bajaba con cierta torpeza los peldaños, como si estuviera medio dormida.

La última vez que los vio fue cuando se marchaba de la casa, subrepticamente, por la puerta de atrás. El humillado cuerpo de Mally estaba sobre la cama, con las preciosas almohadas que ella misma había hecho, los brazos oscilando sin fuerza, inútiles, mientras él la embestía; Mally tan solo aceptaba aquello con los ojos cerrados y ambos cuerpos sudaban a chorros. Alex se había quedado atónito por la impresión de lo que había visto antes de correr hasta el excusado de la calle, a diez metros de la casa, y se ovilló en su interior, respirando aquel aire fétido, mientras la lluvia irrumpía en el interior del retrete a través de las muchas fisuras de las baldas.

Se había quedado frente a la puerta del dormitorio el tiempo suficiente para ver que aquello no estaba bien y supo sin ninguna duda que a Mally la estaban violando. Antes de aquello, había escuchado suplicar a Mally, entre los restallidos de la tormenta. Mally le había llamado «*Mr. Leland*». Alex sabía de quién se trataba, pues su rostro estaba en al menos dos paneles publicitarios elevados en las afueras de la ciudad. Lo que hacía que todo aquello aún resultara peor, pensó Alex mientras temblaba y se mordía una uña hasta hacerse sangre, era que no había nada que pudiera hacer para ayudarla.

Cuando la lluvia amainó, Alex salió con cautela del excusado y se encaminó hacia el asador, siempre protegido por sus inevitables tablones, y se escondió de nuevo, tras aquel estercolero de cemento que todavía emanaba un débil olor a carne quemada hasta el tuétano. El hombre que había acompañado a Leland Howard a la casa de Mally fumaba en el interior del Pontiac, con la puerta del conductor abierta y

los pies en el estribo. Alex pudo ver el perfil de su rostro mientras daba caladas al cigarrillo. Parecía un tipo tosco, de campo.

El hombre salió del Pontiac y se deshizo del cigarrillo al oír que la puerta mosquitera se abría con un gemido en el porche. Se reunió con Leland Howard y Mally a mitad de camino, oculto bajo un emparrado de robles que aún espolvoreaban algunas gotas de lluvia. Leland sacó algo del bolsillo de su abrigo, se lo puso en la boca y succionó con un ruido.

—Mally se viene conmigo a la granja —dijo Leland—. Cogemos su coche. Mally está histérica. O no recuerda lo que queremos saber o no quiere hablar. Pero se pondrá bien. Mientras tanto ve a la casa y a ver qué puedes encontrar. Eso sí, no pongas todo patas arriba.

Leland hizo girar a Mally en dirección a su viejo Dodge. Casi la llevaba a rastras, como si estuviera borracha o herida, o asustada de muerte. No hizo un solo ruido. El otro tipo regresó hasta el Pontiac y cogió una enorme linterna del maletero.

Alex se agachó un poco más mientras Leland, pacientemente, conducía el lento Dodge por el asador hasta la autopista. Hubiera querido haber visto el rostro de Mally, pero no tuvo valor para mirar. Tenía la carne de gallina. Sentía náuseas en la boca del estómago.

El tipo de la linterna permaneció durante un buen rato en casa de Mally. Alex se quedó donde estaba porque la otra posibilidad era alejarse de allí a pie, y no iba a abandonar su bicicleta. Su labio inferior estaba hinchado y agrietado. Trató de pensar en aquella escena que tuvo lugar en la cocina, cuando intentaba beberse un vaso de leche y el demonio, encarnado en la figura de Cecily Gambier, descargó su furia contra él. No tenía ni idea de a qué había venido aquello. No había estado ni cerca del cuartito de Brendan, solo había ido a casa después del cine y se había quedado un rato en el sótano organizando su caja de aparejos, porque él y Bobby...

De pronto, aquellos pensamientos saltaron a esa otra escena que jamás en su vida iba a olvidar, por mucho que viviera. Mally violada y sobre ella el cuerpo escarpado de Leland Howard, con aquel pene como el que blandía Popeye o Dagwood o Mandrake el Mago en los cómics para adultos que algunos chicos hacían circular en la escuela e incluso ofrecían a chicas de cierta clase para que les echasen un vistazo, como si las reacciones que mostrasen pudieran proporcionar una evaluación certera del deseo que tenían de experimentar. Alex se preguntaba qué aspecto tendría Francie Swift desnuda de la cabeza a los pies y cómo se estaría dentro de ella. Sintió que le hervía la entrepierna. Pensaba en el sexo tras un vertedero, mientras observaba el furtivo rayo de la linterna en casa de Mally, otra violación más ante la que él nuevamente se mostraba inerme. Tenía que hacer saber a Bobby lo que había ocurrido, ¿pero se molestaría su hermano en escucharle, después de que Cecily le llenara la cabeza sobre la presunta infracción cometida por Alex? Estaba desesperado por llegar a casa y meterse en la cama, ¿pero y si Cecily había conseguido ya lo que se proponía, y si le había contado a Bobby una mentira tan grande como para que ya

no le volviesen a permitir entrar en la casa? Lo más grave de todo era que a Alex, al principio, le había gustado Cecily, o al menos, antes de que el nacimiento de Brendan cambiara las cosas, incluido su propio estatus. Y Alex no creía que fuera una mentirosa.

Se quedó dormido con la espalda apoyada en el falso revestimiento de ladrillos del asador, y soñó que pasaba una soleada tarde en la piscina de los Swift. Francie también estaba allí, el pelo rubio echado hacia atrás, embrujándole con su suave forma de hablar. Retozaban ociosamente, pero Alex se sentía avergonzado; no sabía cómo, había perdido su traje, y su gigantesca erección se empeñaba en asomar por encima del agua. Sin embargo, Francie la miraba llena de felicidad; pensaba que era la cosa más bonita del mundo, y quería...

—¿Adónde vamos? —preguntó Mally, rompiendo su silencio tras más de veinte kilómetros en coche. Leland Howard había llevado el peso de la charla, haciéndose el simpático, disfrutando probablemente del sonido de su propia voz. O quizá era uno de esos tipos que no podían mantener el pico cerrado más de diez segundos, embebidos de observaciones y opiniones y, por supuesto, de un favorable y jactancioso enfoque acerca de su propia y única persona. («Tengo mis defectillos, Mally, Dios sabe que sí; pero ¿quién de entre nosotros está libre de pecado? Cuando llegues a conocerme mejor, comprenderás que soy un buen tipo»). Antes de abandonar el asfalto y tomar un camino de cabras, lleno de curvas y surcos —una flácida y oxidada alambrada de espinos en un lado, un pútrido cenagal en el otro—, Leland había dejado pasar unos minutos para tratar de que Mally comprendiese que ella no había inspirado ningún mal sentimiento como para que él no pudiera controlarse, como un niño que mojara la cama. En una palabra, Mally sabía que iba a violarla de nuevo, solo era cuestión de dónde y cuándo. Para él, no suponía ninguna diferencia que Mally estuviera sangrando un poco, pues le había venido la regla unos días antes del asalto. A algunos hombres les gustaba aquello.

Aquel abrupto sendero era letal para su viejo Dodge. Pensó que el radiador estaría goteando de nuevo y, de hecho, el capó barbotaba humo. Podría saltar en marcha y lo más seguro es que no sufriría ningún daño. Pero Leland la había obligado a desprenderse de sus sandalias en cuanto se introdujo en el coche. Si tenía que huir corriendo, él tendría toda la ventaja.

—La granja —enunció, respondiendo a su pregunta— fue la herencia que me dejó mi madre; me fue legada una vez alcancé la mayoría de edad. No creo que tuviera más de dieciséis meses cuando fue aniquilada por la epidemia de gripe durante la Gran Guerra. Para mí, la culpa es del viejo; el mal clima en Washington, D. C., donde cumplió sus servicios durante la guerra, no era el más adecuado para ella.

Mally no sentía ninguna lástima. Su madre había huido de Atlanta en los primeros estertores de la Depresión junto a un saxofonista, y nunca más había sabido de ella. Aquello hirió en lo más hondo a su padre que desde entonces no pudo sentir nada

salvo amargura hacia las mujeres y las relaciones amorosas. A veces Mally no estaba segura de si él la amaba. Ramses nunca olvidó sus deberes con ella, aunque un poco a su manera, pues jamás oyó de sus labios una palabra que se pareciese ni remotamente al cariño. A pesar de lo cual, Mally no podía evitar echarle de menos terriblemente.

—He arrendado la mayor parte de los terrenos —prosiguió Leland—. No es más que un lugar al que voy y vengo de vez en cuando, y no lo uso más que durante buena parte de la temporada de codornices. Pero a los perros los dejo aquí. ¿Te gustan los perros, Mally?

Mally le miró; por la expresión de Leland, no se diría que sus pensamientos estuvieran puestos en los perros, sino en lo que todavía había entre ambos, esperando a que se le pusiese de una vez el punto final. Se vio a lo lejos una granja, un establo alto con un tejado picudo sobre las puertas del pajar, un lago en el prado. Había unos cuantos álamos alrededor de la casa, con sus hojas volteadas por el frío aire nocturno. El fuerte aguacero caído había dejado charcos y un falso lustre de salud en decenas de acres de raquíticos maizales.

Leland aparcó el Dodge cerca de la entrada principal de la casa y dejó el motor en marcha. A la luz de los faros, Mally vio los enjutos perros merodeando alrededor de la caseta, a la vera del cobertizo. Corrían y saltaban, haciendo vibrar la verja que los cercaba, por suerte protegida con cadenas. Pero la mayor parte del tiempo permanecían en silencio, lo que los hacía mucho más temibles. Eran sombras en blanco y negro, moteadas de marcas blancas. A causa de sus orejas caídas y los rabos cortados, a Mally le recordaban a unos pointers que vio en cierta ocasión, pero los ojos de los perros que ahora tenía ante sí aparecían tintados de un gélido azul. Aquellos ojos pálidos y vivos, la potencia de sus largas piernas y profundos pechos, y sobre todo el hábito de su silencio, le comunicaron un perceptible escalofrío.

—Son catahoulas, perros leopardo —dijo Leland, orgulloso—, unos perros de presa españoles que alcanzaron las costas del golfo en alguna de las primeras exploraciones, hace tres siglos. Los indios catahoula del territorio de Luisiana se hicieron con un par y los cruzaron con lobos. Hoy por hoy, se les cría para rastrear jabalíes en los pantanos. En realidad rastrean cualquier cosa que sea capaz de moverse, Mally, y no hacen ni un ruido. Tienen olfato de sabuesos.

Sacó otro caramelo. Había estado chupando caramelos desde que se incorporó para sentarse en el borde de la cama, desnudo y ordeñado hasta los huesos, cuando, lejos ya de verse tentado otra vez por la embriagadora oscuridad de Mally, o conmovido por el lustre de sus lágrimas o la leve oscilación de su cabeza, descolgada en el borde de la cama junto a él, le dijo bruscamente que se pusiera sus ropas. Esta vez le ofreció un caramelo, pero ella apartó la vista. Leland, sin más, desenvolvió el dulce, que resultó ser de lima, no de sus favoritos. De todas formas, se lo embutió en la boca, en un lado del arco iris que se pintaba sobre su lengua.

—Tengo que ir a la parte de atrás de la casa, para encender el generador eléctrico y prender así las luces. Sal del coche si quieres. Mira los perros más de cerca. —Hizo

una pausa para subrayar lo que iba a decir después—. Y deja que también ellos te echen un buen vistazo. —Hizo aquel ruido de succión que Mally había aprendido a odiar, saboreando su caramelo. Observándola. Ella le miró con la suficiente expresividad como para hacerle saber que entendía muy bien lo que quería decir con aquello. Leland asintió—. Te agradezco que seas lo bastante comprensiva como para no causarme ningún problema.

—No. No quiero causarle ningún problema.

—Vaya, me gusta cómo suena eso. Todavía hay cosas que pulir en nuestra relación, pero creo que va a marchar a las mil maravillas para los dos. ¿No es así, Mally?

Tras unos segundos Mally asintió:

—Sí, señor.

Leland enarboló una petulante sonrisa de político, con todos los votos necesarios en el bolsillo:

—¿Por qué no me llamas Leland a partir de ahora?

No quiso esperar la respuesta de Mally. Se pasó el dorso de la mano por la boca, como si el caramelo estuviera haciéndole salivar otra vez, y salió del coche, rodeando el costado de la casa para llamar jovialmente a los perros. Eran tres. Tenían nombres femeninos, Tootsie era uno de ellos, según advirtió Mally. Los catahoulas corretearon por el pasillo de cemento, sintiendo la proximidad de verse liberados del aburrimiento, la libertad sin límites de la caza inminente. Mally sintió que se le encogía el corazón cuando cruzó los brazos sobre sus pechos doloridos. Pensando en lo que tenía que hacer cuanto antes a Leland. Preguntándose si tendría el valor de hacerlo.

Bobby Gambier entró en su casa a las dos menos cinco de la mañana. La electricidad todavía no había vuelto. Unos farolillos ardían en el salón y el pasillo inferior. Su familia y su suegra, supuso, se habrían ido hacía mucho a la cama. Cogió la lámpara que titilaba sobre el baúl de cedro y siguió su curso hasta la cocina, abrió la nevera y sacó una cerveza.

Se sentó a la mesa con la botella en una mano, mirando la llama de la lámpara y su reflejo en la chimenea. Luego vio la papelera de Alex en una de las sillas que rodeaban la mesa. Tras un par de minutos alargó un brazo para cogerla y dedicó un atento vistazo a lo que había en su interior sin entretenerse en tocar nada: el corazón reseco de una manzana, con aquel par de semillas que le miraban como los ojos de un ratón, las mondas de algún lápiz, tacos de hojas amarillentas sobre las que había algo escrito, pañuelos grasientos y un tarro casi vacío de vaselina. Bobby se levantó, abrió el cajón de un armario, donde almacenaban varias bolsas de comida del Piggly Wiggly, y vació el contenido de la papelera en una bolsa de papel, que acto seguido dobló por el borde superior un par de veces. La puerta de la cocina no se abría; había una llave ensartada en la cerradura. Salió por la puerta delantera y depositó la bolsa de papel marrón en el asiento trasero de su coche patrulla, que anteriormente había

sido de su padre; de hecho, era casi nuevo la noche en que el fuego sepultó en el sótano al *sheriff* Robert, bajo un cargamento de vigas carbonizadas; el mismo fuego que, poco después, mató por fin a la madre de Bobby, tras varios días en estado de coma y envuelta como una momia, como para facturarla de una vez junto a los ángeles, en un cuarto del hospital baptista de Memphis. El Packard había estado aparcado en el garaje que había junto a la casa, pero los bomberos, un contingente de esforzados voluntarios, lo llevaron a la calle antes de que el fuego lo devorase también.

La luz volvió al vecindario mientras Bobby aún estaba en el camino que daba a la calle. Cuando regresó a la cocina, Cecily estaba allí, con los codos sobre la mesa, sosteniendo un paquete de hielo contra el lado derecho de su cabeza.

—Te he oído llegar —musitó—. No puedo dormir.

Bobby la besó y percibió el olor a vómito de su aliento.

—¿De los malos?

—Sí. Bobby, ¿has...?

—Ni rastro de él. —Sacó una bolsa de patatas de la panera, y se sentó en la mesa, frente a ella. Cecily apenas podía abrir los ojos, que parecían ahogarse bajo el dolor de cabeza. Se bebió el resto de la cerveza, mirándola compasivamente.

—Alex volverá, ¿no?

—Claro.

—¿Pero cuándo?

—Dime qué te ha hecho, Cece.

—Me cogió. Del brazo.

—¿Eso es todo? —prosiguió Bobby, engullendo patatas.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé, creo que Alex quería llamar mi atención. Yo ya estaba bastante atacada, sabes cómo me...

—Pero no te hizo daño.

—Bobby, ¿cuál es la diferencia? Es lo que hizo allí arriba lo que importa. Eso fue deliberado. Como si hubiera perdido por completo la cabeza.

Bobby apartó la bolsa de patatas y rodó la botella de cerveza entre las manos.

—¿Qué hora es ahora? —preguntó Cecily.

—Las dos pasadas.

—Todo está cerrado, incluso los billares. ¿Adónde ha podido ir?

—No lo sé. ¿Te importa?

—Por favor, no te pongas en ese tono. Tenemos que hacer algo con él. Por él. Sé que Alex no es un mal chico, pero tiene esos... impulsos inapropiados con los que puede herir a alguien o quizá también a sí mismo, y debemos hacer algo por él cuanto antes.

—¿Qué es lo que tu madre ha dicho de todo esto?

—Cuando se calmó y lo hablamos, estuvo de acuerdo conmigo. Si es cuestión de dinero, mamá me ha dicho que no lo pensemos más. Está dispuesta a firmar un cheque mañana mismo para conseguir ayuda profesional, ya sabes, cuidados psiquiátricos en un buen sitio, no ese horrible manicomio que hay en Bolívar.

Bobby dejó la botella y se frotó el escozor de los ojos con los nudillos, sintiéndose dominado por un horrible sentimiento de incompetencia y miedo por su hermano.

—Si me quieres —dijo Cecily— y quieres a Brendan, tienes que hacer lo correcto.

—Primero debo encontrar a Alex.

—¿No estarás pensando en salir otra vez?

—No. Los chicos del turno de doce a ocho están buscando a Alex. Quizá se presente él mismo en casa. Qué diablos, no lo sé. Vamos a la cama, Cece.

—Siento náuseas, ¿sabes? Y también me ocurrió esta mañana. Bobby, no estoy del todo segura, pero puede que esté embarazada otra vez. —Se rió, luego sorbió por la nariz, mirándole con expresión indefensa, buscando su amor. Los ojos de Bobby ya no estaban tan apesadumbrados, solo sorprendidos y un poco perplejos. Padre por segunda vez.

—Oye, para, ¿vale? —dijo Bobby, sonriendo y parpadeando para evitar una lágrima.

—Mira quién hab...habla.

Bobby se levantó para arrodillarse a su lado y acunarle la cabeza en el hueco del hombro.

Mally alcanzó a Leland Howard en la parte derecha de la cabeza, embistiéndole con el extremo del pesado atizador de hierro de la chimenea. Le había estado dando la espalda, sudorosa y desnuda, mientras devoraba un cigarrillo. No se la había follado esta vez en la cama —no estaba seguro de la condición de las sábanas—, sino sobre una manta tirada sobre algunos cojines del sofá del salón. Justo antes de que le golpease, Leland tenía una optimista mirada de satisfacción, y resoplaba con la cabeza ladeada hacia el techo, sin duda feliz de sus energías y la inanimada docilidad de ella. Estaba seguro de que la había dejado agotada, mientras Mally yacía allí, con una mano lacia descolgada sobre su pubis. Mirando la chimenea de ladrillo.

Sin más, Mally alargó un brazo y levantó el atizador cubierto de hollín de la hilera de útiles de la chimenea, lo giró mientras se encorbaba con un giro felino y se estiró con un certero balanceo. Años atrás, William le había enseñado a golpear una bola con el bate. Por lo visto, en aquello funcionaban los mismos principios. Oyó un fuerte ruido a carne, pero no el subyacente estallido mortal de los huesos de aquella mollera en apariencia tan dura. El golpe provocó que Leland se tambalease de lado y el cigarrillo voló de sus dedos. Cayó sobre una rodilla, después se apoyó contra el

muro que había junto a la chimenea, incapaz de enfocar los ojos, cerrándolos mientras Mally se agachaba de nuevo, tensa y salvaje, con el atizador levantado y listo para otro golpe.

Pero Leland ya estaba noqueado y el único sonido que oyó fue un ligero pedo que escapó de su cuerpo mientras le vencía la inercia, con las rodillas dobladas, la cabeza justo en el ángulo entre la pared y el costado de la chimenea.

Primero fue la andanada de adrenalina, luego el corazón golpeando con furia, por último, el contenido de su estómago subiéndole a la garganta. Mally vomitó a chorros, y un minuto después estaba aún tan mareada que tuvo que sentarse en el sofá sin cojines para recuperarse, el miedo rebullendo aún en su cabeza. ¿Qué pasaría si lo había matado? Miró el verdugón azul que asomaba a un centímetro de la sien de Leland Howard, la sangre manando de su oreja en el lado en que le había golpeado. Luego observó su pecho, que palpitaba con un ritmo superficial. Bajó la mirada a su propio cuerpo, que yacía con las rodillas abiertas, la semilla de aquel cerdo manchándole la cara interior de los muslos como leche agriada, la sangre y sus flujos viscosos. Sintió nuevas náuseas y pensó que iba a vomitar otra vez; era como si su dolorido estómago tratara de darse la vuelta como un calcetín.

En la cocina mojó un trapo y se sostuvo en la encimera mientras se limpiaba. Quería tumbarse en alguna parte y dormir, simplemente eso: dormir. En su lugar, dejó la toalla ensangrentada en el fregadero, abrió otra vez el grifo y trató de restañar el amargor de su boca bebiendo directamente de él, se enjuagó y escupió tres veces.

Cuando regresó al salón, una de las piernas de Leland se estaba moviendo, y uno de los ojos se había entreabierto, como un fragmento de cielo azul en su rostro grisáceo. Mally solo sentía el terror que la embargaba. Leland la estaba mirando, pero no como si supiera quién era ella o qué le había ocurrido a él. Mally había tenido que atender suficientes víctimas de accidentes durante sus prácticas en el hospital como para saber que se debía recorrer un largo trecho hasta estar del todo consciente y poder valerse de uno mismo, lo cual la ayudó a calmarse.

Se vistió rápidamente mientras Leland Howard continuaba removiéndose inútilmente y emitía gruñidos de dolor. Aprisa, Mally buscó en su chaqueta y sus pantalones en busca de las llaves del coche. No las encontró. De nuevo le sobrevino el terror. La cabeza de Leland se descolgó y sus ojos se abrieron de par en par, pero permanecían inseguros de lo que le rodeaba.

Mally dio con el dinero del sobre que Leland había esgrimido ante sus ojos, vaciló, luego cogió uno de los billetes, suficiente para llegar a Nashville y a la seguridad que representaba la casa de su padre. Estaría a salvo al menos durante unos días, mientras decidía lo que debía hacer.

Si no podía conducir su coche, entonces él tampoco podría conducirlo para salir tras ella.

Afuera, perforó varias veces una de las viejas ruedas delanteras con un cuchillo del pan que había cogido en la cocina. Se puso las sandalias, guardó el cuchillo y

corrió por el sendero de la granja, intentando calcular la distancia que habría hasta la autopista. No sería mucho más de un kilómetro. Mally estaba en forma y tenía la impresión de que podría cubrir aquella distancia, incluso esquivando los charcos de lodo, en menos de diez minutos. No le cabía la menor esperanza de que pasase por el lugar algún medio de transporte, un autobús, y menos a aquella hora de la noche. Lo único con lo que podía contar era con encontrar refugio en alguna cabaña de las granjas de los alrededores, con que alguna persona se aviniese a darle cobijo.

Las estrellas se habían borrado del cielo y la noche estaba en calma, salvo por el apresurado resuello de su respiración y el palmoteo de las sandalias que calzaba. La fría brisa transportaba el fuerte y salvaje olor del campo y el agua estancada, e incluso el suyo propio, el olor del calor humano y de ese vaho que solo el hocico de un sabueso podría captar. Mally divisaba la luna asomando por la comisura del ojo, al nivel de los árboles, que se agitaban como espantapájaros a lo largo de aquel cenagal dominado por la presencia de los búhos. Aun cuidando cada paso que daba, Mally cayó por dos veces y se llenó de lodo. Saboreó un trago de sangre procedente de su lengua. Tuvo que detenerse, toda vez que la granja ya había quedado muy atrás, para coger algo de aire; se inclinó y se apoyó en las rodillas, pero el miedo la embargó mucho antes de lo que había imaginado.

Mally miró atrás una vez y no vio nada, miró de nuevo al reanudar su carrera y vio a los perros catahoula persiguiendo su rastro, corriendo el doble de rápido de lo que ella jamás lo haría, calzada con aquellas sandalias rebozadas en lodo. Los perros no emitían ni el menor ruido; se sabía que estaban ahí solo por el gélido brillo lobuno de sus ojos, donde se coagulaba el vívido reflejo de la luna y eso era lo más terrorífico de todo.

Tras dejar atrás una alambrada enmarañada, divisó en el pasto que quedaba a su izquierda un árbol al que podría trepar, con unas vacas bajo sus ramas. Se desgarró la carne al superar la valla, un obstáculo que los perros saltarían con facilidad, y corrió hacia el santuario que el roble extendido le proporcionaba, mientras las vacas, atentas a su miedo y pendientes de los perros que acechaban, comenzaron a avanzar torpemente. Mally tropezó entonces con una raíz ensortijada y cayó sobre un montón de mierda de vaca, lo que le hizo perder el cuchillo. Ansiosa, manoteó en su busca, pero volvió a ponerse en pie de un salto, pensando que con que solo pudiera apoyar la espalda contra el ancho tronco del árbol, entonces...

Alex se despertó con un respingo cuando una cucaracha le pasó por el interior del pie descalzo. Agitó el pie y oyó rugir el motor del Pontiac con una serie de aparatosos bramidos, como si el hombre que lo estaba conduciendo se hubiera vuelto loco. Al dar la vuelta al coche, rebañó el mazacote de grava con el refuerzo de las ruedas. Una piedra saltó por encima de la escombrera, golpeando a Alex cerca de la sien izquierda. El dolor y la injusticia de verse golpeado de nuevo, inesperadamente, le

hizo derrumbarse.

Cuando sintió que se había desahogado bastante y considerándose por fin a salvo, Alex se incorporó para recuperar su bicicleta del porche de Mally. No sabía qué hora era y no veía la luna por ningún lado; parecía estar muy baja entre los árboles, al oeste de la casa. Oyó un coche en la autopista al coger la bicicleta de los peldaños donde la había dejado. La sangre se le heló en las venas; se acuclilló bajo los peldaños, pero el coche pasó de largo. Reconoció en él uno de los achaparrados Ford del 49 de la oficina del *sheriff*, con sus aparatosas luces cromadas girando una vez y otra sobre el parabrisas. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de si Bobby lo estaría buscando. Lo más probable es que se tratase de uno de los agentes novatos en el aburrido turno que abarcaba la madrugada, desde la medianoche hasta las ocho.

Cuando se disponía a montar en su bici, se le ocurrió que no tenía a otro sitio adonde ir. Era plena noche, y estaba a quince kilómetros de la casa en West Hatchie, y por lo menos a un millón de kilómetros de la buena voluntad de nadie. Cansado como estaba, aún podría pedalear hasta casa, ¿pero entonces qué? ¿Le darían una oportunidad para justificarse? Cuanto mayor se hacía, más necesitaba hablar, y más lejana se tornaba esa posibilidad. No lo había intentado en más de un año, incitado por la buena fe de un profesor al que había admirado y al que quería agradar, y al hacerlo se estranguló en una sílaba y, para colmo, en un aula llena de compañeros que sofocaban las risitas. Se puso rojo y cayó como muerto en su silla, furioso, indefenso.

Lo único que alcanzaba a pensar era que había dado un buen susto a Cecily, pero tampoco es que hubiera entrado a la cocina a hurtadillas con el propósito de asustarla.

Pero ahora que lo pensaba: ¿qué hacía su papelería ahí? ¿Qué quiso decir Cecily con eso de, «Lo he encontrado»? ¿Y la expresión de su cara, como si Alex tuviera la costumbre de cagar en su propia papelería? «Es la repera», como hubiera dicho Holden Caulfield. Alex había descubierto hacía poco a Holden, su alma gemela, y aunque el plazo de devolución de El guardián entre el centeno había vencido hacía seis días, Alex lo estaba leyendo por segunda vez.

Fuera cual fuese el problema de Cecily, era problema suyo y a Alex tampoco le reconfortaba mucho, recordando incidentes anteriores que él había precipitado, más o menos inocentemente, que todo se arreglaría cuando pasase el tiempo necesario.

Se volvió para mirar la casa con un rápido vistazo de ira. Esto no se arreglaría. Si alguna vez tenía la oportunidad, una sola oportunidad de devolver a Leland Howard lo que le había hecho a Mally esta noche...

Pero era Bobby quien se ocuparía de eso. Bobby era la ley y la ley era más poderosa que un hombre que no tenía otra cosa que su cara repartida por decenas de paneles publicitarios.

Al pensar en su hermano mayor, en su placa dorada engastada a la camisa de su uniforme, Alex sintió orgullo y hasta confianza en la doctrina de «quedarse sin postre» si se había portado mal^[2].

Bostezó. No sabía si Mally volvería por la noche, pero lo dudaba. Incluso aunque

al final regresase a casa, probablemente no le ofendería saber que había estado allí. Por lo que ya había podido ver, Mally tenía suficientes cosas por las que sentirse ofendida.

James Giles llegó a la granja de Leland Howard y encontró a este sentado en una mecedora del jardín, con aire de haber sobrevivido a un terrible accidente y haberse emborrachado después. Tenía coágulos encostrados en el pelo, sobre la oreja derecha. La pechera de su camisa mostraba manchas de sangre por todas partes. Estaba descalzo, pues se había despojado de los zapatos. En ellos también había sangre, como si hubiera estando toda la noche bailando en un matadero. El quinto de Old Crow que se estaba metiendo entre pecho y espalda estaba casi vacío. Leland tenía la cara sucia y un rastro de lágrimas entre la mugre.

Giles le echó un detenido vistazo y luego miró a los perros en la caseta; no sabía si dormían o si solo estaban apoltronados, como si hubieran pasado todo el día corriendo. Antes de que Leland hablase, Giles ya se había hecho una gélida idea de lo que había ocurrido allí:

—James, James, ¿no ha sido culpa mía! No sé qué hacer, James.

Giles se acercó al hombre que le había empleado y que, de la misma manera, podía enviarle en un abrir y cerrar de ojos de vuelta a la prisión de Brushy Mountain, y apartó una botella de güisqui Kentucky que Leland trataba de coger.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mally me golpeó con un atizador cuando estaba de espaldas y huyó.

—Después de eso.

—Bueno, ella... No sé por dónde se fue.

—¿Le soltaste los perros?

—¡No es culpa mía! No imaginaba que los perros...

—Maldito gilipollas —dijo Giles, en su habitual voz baja y grave, sin ninguna especial emoción en su valoración—. Cuando uno de esos putos catahoula se calienta puede ser bastante cabrón. ¿La negra tenía sangre encima?

—Creo que sí, James, creo que tenía la regla. No pondría la mano en el fuego, pero había un trapo de cocina ensangrentado que puede que usase para retener el flujo. Hice que los perros lo oliesen.

—Maldito gilipollas —sentenció Giles de nuevo. Cogió una cerilla del bolsillo de su camisa y mordisqueó la madera. Aquello le ayudaba a pensar—. Mejor hubiera sido que le hubieras echado gasolina por encima y la hubieras prendido fuego.

—No lo sabía, ¿no podía pensar! —gritó Leland, meciéndose rabiosamente—. No tenía ni idea de que podía salir tanta sangre de un cuerpo humano. Está muerta, James.

—Es bastante probable. —Giles echó un vistazo alrededor y no vio ningún cadáver. Miró al Dodge cercano, y se preguntó por qué Mally se iría a pie. Pero había dos ruedas deshinchadas—. Muéstrame el lugar donde la cogieron.

—No... ¿no puedo volver allí! No puedo ni mirarla otra vez. No sabes lo que esos

catahoulas hicieron una vez que la tuvieron cogida...

—Sí lo sé. —Giles inclinó la botella y la vació de un trago, luego la lanzó sobre el tejado de la casa. Puso una mano sobre el hombro de Leland y le detuvo en seco, presionándole hasta que Leland gimió de dolor—. ¿Vas a parar de menear esa maldita mecedora de una vez? ¿Me escuchas?

—Jesús, tengo un dolor de cabeza tremendo. Creo que tengo que ir al médico; aún veo doble.

—Nada de médicos. —Giles bajó la vista hasta el rombo dorado del reloj Bulova que Leland Howard llevaba en la muñeca izquierda—. Tres, quizá tres horas y media hasta que salga el sol. No querrás que alguien encuentre el cadáver cerca de tu casa...

—¿Qué puedo hacer? No importa, ¡estoy acabado!

—Empieza por levantarte de esa mecedora de abuela. —Al ver que Leland no obedecía, Giles le levantó de la silla por el hombro. Leland comenzó a sollozar de nuevo. Giles le abofeteó el lado de la cara en que no había recibido daños, los dedos punzantes como látigos óseos.

—Todavía eres un hombre. Un hombre importante. No tires todo eso por la borda por culpa de una insignificante negrata.

—¡Pero dirán que la maté!

—No si hacemos las cosas bien. Así que deja de lloriquear. Ve a casa y límpiate mientras cojo un par de lonas. No has matado a nadie. Nadie tiene por qué pensar que esto ha sido un crimen; supongo que no es más que... cierto tipo de crimen. Los perros salieron tras ella; bueno, eso es lo que dirán que sucedió. Una manada de perros salvajes. No es culpa de nadie salvo de ella, por estar en el lugar equivocado esta noche. Nadie te ha visto con ella; eso hace que estés al margen. —Dio a Leland un empujoncito hacia la casa—. Date prisa. Voy a poner dos ruedas de repuesto en el viejo Dodge y matar un cerdo. Te doy veinte minutos y será mejor que estés sobrio para conducir.

—¿Por qué haces esto, James? ¿Por qué me ayudas?

—En dos meses desde mi libertad condicional nunca me has tratado con prepotencia. Imagino que cuando llegues a las altas esferas a las que te diriges, podremos discutir la conmutación de mi pena.

—Así es. Lo que quieras, James. Lo que esté en mi mano...

—No pido demasiado. Quiero estar limpio, simplemente eso. Ahora póngase en marcha, *Mr. Howard*. —Leland había dado ya un par de pasos cuando Giles recordó algo—: Por cierto. No encontré lo que me dijo que buscara en casa de la mujer. Pero dejaremos ese problema para otro día.

En sus sueños, Alex estaba explorando la casa de Mally y encontraba habitaciones que no sabía que estaban allí. Una era idéntica al salón de lectura de la Biblioteca Pública de Evening Shade, donde él pasaba tanto tiempo: estantes de libros de

referencia y un par de mesas de madera de arce protegidas con lámparas de pantalla verde. Una plácida y anciana bibliotecaria apostada tras la mesa, con la mirada distante, escuchando sus libros como un marinero escucharía el mar. Alex hubiera querido arrellanarse con una buena novela de Ernest Haycox o algún folletín de Luke Short de los que aparecían en el *Saturday Evening Post*, pero divisó a Mally entre las estanterías y, en lugar de eso, decidió seguirla.

Se encontró entonces en el interior de una estación protegida por una valla de tablones en Cole's Crossing, donde ningún tren había parado desde antes de la guerra. Recordaba haber estado ahí una vez, cuando tenía tres años. Las máquinas que había varadas allí eran trenes de cercanías cubiertos de hollín, con anticuados materiales rodantes, una mezcla de carrito para equipajes y de vagón de tercera. Solo un puñado de pasajeros, casi todos ellos negros, subían o bajaban de ellos.

En su sueño, estaba mirando el familiar reloj octogonal, engastado con números romanos, sobre la ventanilla donde se expedían los billetes, que se hallaba cerrada. El reloj parecía no funcionar. Bobby estaba en lo alto de una alta escalera, destripando el reloj y vio que la maquinaria tenía entre sus piezas un montón de chicle de color rosa. Bobby no tenía tiempo para hablar con Alex y él se sentía culpable. Aunque Bobby sabía que el chicle no era del chico. Alex no tenía permiso para mascar chicle en casa, esa era otra de las reglas de Cece.

Cecily y Bernice jugaban a las cartas en una esquina del almacén. Cece estaba desnuda, como a menudo lo estaba en sus sueños. Empleaban un ataúd como mesa de juego. La madre de Alex yacía en su interior. Alex estaba furioso con Cece y Bernice. Menuda falta de respeto. ¿Por qué no cerraban la tapa? Podía oler lo que habían puesto en las quemaduras de su madre. Y el humo de carbón que expelía una locomotora negra que había en las vías, lejos de la estación.

Mally Shaw estaba en el andén. Cuando la vio, Mally agitó la cabeza como si estuviera enfadada por algo que él había hecho. Todo el mundo tenía reglas que le incumbían. ¿Era acaso porque se había quedado a dormir en su casa, sin que ella le invitase a hacerlo? Se echó a correr todo a lo largo del andén en dirección a Mally, pero sus pies, al igual que sucedía con los de Wyatt Sexton, no reaccionaban como debían. Adonde quiera que deseara dirigirse, se veía lanzado hacia otra dirección. Mally embarcó en un tren de aspecto lúgubre, mientras él se caía una vez y otra, sintiendo a cada momento que la tristeza lo embargaba. Alan Ladd llegó montado en un poni indio y haciendo restallar las riendas, y le dijo a Alex que por diez céntimos podía cabalgar diez minutos. Alex montó el lomo del poni, pero ahora tenía tres años y estaba asustado. Intentaba agarrarse cuando el poni comenzó a trotar. Pero no había silla, y Alex se resbalaba lentamente del lomo del poni, hacia el bajo vientre del animal, hasta que por fin se cayó...

Alex se levantó del suelo junto al sofá de bambú. Se incorporó, y aunque aún estaba todo oscuro y le lloraban los ojos, vio a Mally en el pasillo junto al dormitorio de su casa, buscándole.

—Se acabó, cielo —murmuró—. Vuelve a dormir. —Se dirigió a su dormitorio y Alex oyó que la puerta se cerró.

Trató de tumbarse de nuevo en los cojines, con las rodillas dobladas de la forma en que antes casi se había sentido cómodo, pero ahora notaba el cuello acalambrado y tenía que ir a orinar.

Cuando pasó junto al dormitorio de Mally, la puerta permanecía aún abierta, aunque él sabía que Mally la había cerrado. La luz de la luna llenaba el pequeño cuarto, untando los relieves de la cama deshecha, haciéndole recordar lo que había visto allí durante la tormenta. Había ropas desperdigadas, las prendas íntimas de Mally.

Cada esquina del dormitorio recibía un baño de luz y Mally no estaba allí.

Bueno, estaría en el cuarto de baño, o en la cocina, o en el porche de atrás, donde por fin Alex decidió aliviarse, haciendo un arco con la meada entre la hojarasca, detrás del tanque de agua, mientras escuchaba pensativamente a las ranas y los primeros staccatos y trinos de los pájaros en los bosques colindantes.

Cuando volvió a entrar en la casa, pronunció por dos veces el nombre de Mally, pero sabía que la casa estaba vacía salvo por él mismo, aunque había visto con toda claridad a Mally durante dos segundos y hasta escuchado su voz. Oyó que la puerta del dormitorio se cerraba. Las habitaciones ocultas en la casa de Mally solo habían existido en la inquietud de sus sueños.

Ahora estaba solo, pero no había estado solo.

«Vuelve a dormir», le había dicho Mally, infundiendo un tono de cariño a su voz.

Alex se frotó la piel de gallina de sus antebrazos.

No eran muchas las posibilidades.

Placer secreto

El tren de las 4.10, procedente de Nashville

Confrontación en Comidas Pee-Wee

Los parroquianos más próximos a la Santa Iglesia de Little Grove eran el viejo Ike Thurmond, su esposa Zerah y sus ocho hijos. Vivían en una granja a menos de medio kilómetro de la iglesia y del cementerio de Cole's Crossing. Ike y dos de sus hermanos, que se habían abierto camino adquiriendo bienes muebles y acciones en el 37, con la ayuda de los préstamos obtenidos de la Administración de Seguridad de Granjas^[3] creada por Franklin Delano Roosevelt, tenían ahora en usufructo un buen terreno a lo largo del valle del Yella Dog. Los dos hermanos habían sacado un buen rendimiento a los ochenta y pico acres de maíz en los buenos tiempos, y gracias al aserradero y a la tienda de maquinaria que también poseían, pillaban lo justo para vivir cuando la lluvia no caía en años de sequía como este.

Ike había comenzado a estirarse en la cama, adelantándose, como siempre —los domingos no eran una excepción—, a sus gallos de raza «dominick^[4]» en unos cinco minutos, cuando oyó algo que no había oído en veinte años: el luctuoso sonido de la vieja campana de hierro de la Santa Iglesia de Little Grove. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la campana sonó que había olvidado por completo su particular cualidad tonal.

Ike medía sus buenos casi dos metros, a pesar de los encogimientos de la edad y el número cada vez mayor de articulaciones poco firmes que le sostenían, y a los setenta años aún mantenía en buena forma sus más preciadas facultades mentales. Así que no creyó que estaba imaginando aquello, ni que estuviera escuchando la campana de otra iglesia, doblando a una gran distancia en esa quietud que siempre había antes del alba. La segunda iglesia más cercana era la baptista de la Nueva Vida, en la comunidad Adair, a poco más de cinco kilómetros siguiendo la línea principal del sur. La iglesia de los blancos. Pero una campana ajada en su oxidado engranaje no tocaba de repente por sí sola, del mismo modo en que él no podía saltar de la cama tan lleno de vida como cuando tenía diecinueve años. Necesitaba una buena provisión de linimento Sloan, aplicado por Zerah, y cuatro paquetes de polvos contra el dolor de cabeza Goody solo para ayudarle a bajar las escaleras en pos de su primera taza de café.

Pero no podía negar que estaba escuchando una campana; si no «la» campana, entonces alguna que doblaba como ella.

De pronto, su mujer alargó un brazo para tocarle con sus dedos fríos y rugosos; a

los cincuenta, los problemas femeninos se reducían a la hipertensión producida por tomar comidas saladas, un problema frecuente entre las mujeres de la comunidad, y a la pérdida de visión a causa de las cataratas.

—¿Qué es lo que oigo, Ike?

—La campana de la iglesia.

—Da la sensación de que está ahí mismo.

—Eso debe ser.

—Pero...

—Lo sé.

—¿Cuánto tiempo lleva sin tocar?

—¿Y qué?, estamos oyendo eso y no hay más que hablar, porque ni yo estoy sordo ni tú estás loca.

Zerah murmuró un lamento suave y lisonjero cargado de fervor religioso que hizo que el ralo cabello de la coronilla de Ike quisiera ponerse en pie.

—¡Dulce Jesús! ¿Acaso no lo ves? —Le aferró con fuerza con las manos.

—¿Qué el Señor ha obrado un milagro por nosotros?

Uno de los chicos más pequeños había aparecido en el descansillo de la puerta, frotándose los ojos.

—La campana de la iglesia me ha despertado.

—Métete con nosotros en la cama —le dijo Zerah—, y vuelve a dormir. ¿Ike?

—Ya voy. —Ike, no tan dispuesto a creer en milagros, dijo aquello con un temblor aprensivo. Las campanas de la iglesia doblaban por muchas razones, pero rara vez en la hora oscura de un nuevo día—. ¿Qué has hecho con mis Goody's?

—Ponte el traje de los domingos —le dijo Zerah, todavía sometida a ese fervor que deseaba ver convertido en un éxtasis capaz de hacerle volar—. Nunca sabes con qué te vas a encontrar.

—Querrás decir «con quién», ¿no? —replicó Ike, con otro temblor que atormentó sus doloridos lumbares.

El sol estaba en lo alto; justo al este de Lexington, Tennessee, según se atraviesa el corazón del estado por el largo y difícil camino a Knoxville, Jim Giles tuvo que detenerse de nuevo para que Leland Howard pudiera vomitar en la cuneta, alfombrada de rastros, que había junto a los dos carriles de asfalto.

Leland Howard volvió a subirse al Pontiac Eight gris, como el fantasma de César, y se sentó casi desgarbadamente con los ojos semicerrados, respirando por la boca. Giles puso el coche de nuevo en marcha. Leland echó una mirada y se estremeció al recibir la primera afluencia de luz solar.

—Mis resacas son muy malas. Esta de ahora es como si me hubieran arrojado por las cataratas del Niágara en un barril lleno de bolas de cañón.

Giles murmuró algo. Estaba mascando una de sus cerillas de cocina.

Leland se maravilló de su calma, de cómo se tomaba las peores cosas sin pestañear, con aquella expresión flemática que rara vez alteraba. Era un tipo de pueblo, de labios gruesos, con la nariz insensibilizada y golpes por toda la cara, los ojos grises profundamente engastados bajo un ceño prominente, el pelo pajizo casi desaparecido excepto donde se rizaba un pico de viuda.

—¿Alguna vez has cogido una así, James?

—No. Nunca he sentido atracción por el alcohol.

—Ya. Juro que dejaré la bebida. Prometo no beber ni una gota más. Sé que lo he dicho antes, por lo general tras algún infernal Mardi Gras^[5], pero esta vez lo digo en serio.

—Le creo, *Mr. Howard*.

—Hacia el este, tendremos el maldito sol de cara durante sus buenas seis horas. —Leland ajustó la almohada que llevaba bajo el cuello con una serie de golpecitos—. ¿Cuándo crees que la encontrarán, James? ¿No la habrán encontrado ya, verdad?

—Quién sabe. ¿Qué importa eso?

Leland se protegió los ojos con una mano, como si buscase adentrarse en la visión futura, y miró de reojo a Giles.

—Entonces... ¿crees que nos vamos a librar de esta?

—No veo por qué no. Lo que debe hacer ahora es sacarse todo eso de la cabeza. Intente dormir un poco.

Leland hizo un gesto de dolor al tragar. ¿Dormir? ¿Con lo nervioso que estaba? Y la garganta la tenía seca como arena. Pero si tomaba un trago de agua o de café de uno de esos termos que llevaban, la próxima vez que el Pontiac diese un salto en aquella autopista abollada sus tripas lo echarían todo. Mejor sufrir la sequedad por ahora.

Se preguntó qué facciones de muerto diabólico tendría a estas horas. Pero nada podría ganar al aspecto con el que Mally Shaw se le había aparecido, la visión que se le había presentado de sus restos a la luz de la linterna, aquellos miembros asomando por la lona a la vera del cementerio. James Giles ya se disponía a utilizar al catahoula del que se habían hecho acompañar y verter la jarra de litro de sangre de cerdo. Su propósito, como sugirió con su tensa y sardónica sonrisa, era hacer aquello aún más real, de manera que nadie, ni siquiera los agentes del orden, acostumbrados a bregar en las peores escenas de accidentes automovilísticos, pudiera soportar la visión de aquello por mucho tiempo.

Con el pecho ardiéndole de una pasión que estaba cerca de la veneración, Leland dijo:

—No sé qué hubiera hecho sin ti, James.

Giles abrió la ventanilla y arrojó su cerilla mascada al viento, y se hizo con otra que sacó del bolsillo de su camisa.

—Está bien, *Mr. Howard*.

Leland cerró de nuevo los ojos y trató una vez más de ponerse cómodo.

—Lo que quiero que hagas, después de que me dejes en Knoxville, es que vuelvas a Evening Shade, y te quedes por allí durante un tiempo, con los oídos bien abiertos. No te preocupes por mí; uno de los voluntarios de la campaña podrá ejercer como chófer durante unos días. Luego volveré a Nashville, para el gran mitin que se celebrará en el Partenón antes del martes, en la semana de las primarias. Nos encontraremos allí.

Tras unos momentos, Giles contestó:

—De acuerdo, *Mr. Howard*.

—Por supuesto, si algo ocurre...

—No creo que haya problemas. ¿Qué vueltas le van a dar al hecho de que una negra haya sido destrozada por unos perros salvajes, cuando hacía una visita a la tumba de su marido?

—Soy de los que tienden a preocuparse, James.

—Ella está con el Señor en estos minutos.

—¿Sueles ir con regularidad a la iglesia, James?

Volvió a mostrar aquella sonrisa sardónica de nuevo:

—No. Y tampoco creo en la vida después de la muerte. No era más que un modo de hablar.

—Cada día aprendo algo nuevo de ti, James. Oye, a veces me he preguntado... Tienes cuarenta y dos años...

—Cuarenta y tres.

—¿Alguna vez has estado en problemas por una mujer?

—No voy con mujeres, *Mr. Howard*.

—¿Salvo por alguna ocasional visita a la casa de putas, no?

—Nunca he puesto un pie en una casa de putas. La clase de coños que tienen no es de mi agrado.

—Ojalá yo pudiera mantenerme apartado de las casas de putas, eso es lo que digo. Podrían ser mi debilidad más letal. ¿Pero entonces qué haces, y perdona que pregunte, cuando te pica, si no te gustan las mujeres?

—También están los chicos —repuso James Giles.

—¿Los chicos?

—No me refiero a mocosos. Chicos. Los que han crecido suficiente pero aún no se afeitan. Quizá lo hagan una vez por semana. Esos son los que me gustan, *Mr. Howard*.

—Oh. —Leland apartó la vista, y su mente saltó de aquel tema delicado con la premura con que las pulgas abandonan a un perro muerto.

—Hay una parada de camiones más allá —dijo Giles—, a este lado del río. Si no recuerdo mal, no cierran nunca. Me comería un plato de mazorcas de maíz y una taza de café solo, con jamón frito y toda esa comida de grasa jugosa que ponen de acompañamiento.

El estómago de Leland se estremeció solo con pensar en tanta grasa.

—Yo puedo pasar sin desayunar, así que para donde mejor te parezca, James.

—Bueno, de acuerdo, señor.

Alex Gambier se comió el resto del pastel de especias que había hecho Mally y buena parte de la leche como desayuno. Remoloneó en su casa hasta las ocho y media del domingo, hasta que al fin, sintiéndose cada vez más impaciente, se subió a su bici y pedaleó hasta el pueblo, con la intención de regresar más tarde para averiguar si había regresado bien a casa y si había algo que pudiera hacer por ella. Por otra parte, estaba seguro de que Bobby querría hablar con Mally tan pronto como él le contara a su hermano lo de la violación.

Había pedaleado un par de millas junto a la autopista cuando el coche de la oficina del *sheriff* se puso a su altura y el agente que conducía le hizo señas para que se detuviese.

El agente era Skip Stallworth, pariente de Alex por parte de madre. Skip era rollizo, llevaba el pelo cortado al rape y se tomaba la más nimia autoridad demasiado en serio. Seguía tirándose a chicas de instituto y, obviamente, también lo había hecho con alguna la noche pasada: en su cuello había chupones recientes, como si se los hubiera hecho un vampiro sin dientes.

—Tu hermano nos dijo que si nos encontrábamos contigo por la mañana, te lleváramos directo al juzgado, porque quería hablar contigo.

Aquello no era lo habitual, pues Bobby no trabajaba los domingos, ni siquiera si Luther Tebbetts estaba fuera de la ciudad.

Alex forcejeó con su bici para meterla en la parte de atrás del Ford y se sentó junto al agente en el asiento delantero.

—Cuánto tiempo —murmuró Skip—. Te he visto por el pueblo alguna que otra vez. ¿Sigues sin hablar? ¿Y qué es lo que tienes, por cierto? ¿Es uno de esos tar-tar-tar-tamudeos que no quieres que nadie oiga?

Alex miró de reojo a su primo.

—Tendrías que pasar del tema —aconsejó Skip, sonriendo abiertamente y apretando el acelerador a fondo, porque le gustaba conducir rápido y ponerles la entrepierna de corbata a los otros conductores, incluso cuando no había ninguna emergencia a la que responder—. Vale, tú mantén la puta boca cerrada, haz que las pobres chicas se apiaden de ti, pero te garantizo que el único culo que podrás pillar alguna vez estará lleno de enfermedades venéreas, si no de plumas. —Silbó una tonadilla, y añadió letra—: «Llévatelo, no lo quiero; dormí toda la noche con mi mano encima». Por cierto, Bobby está de un humor de perros, así que yo me andaré con cuidado.

Alex echó una mirada a Skip.

—Bueno, como para no estarlo, si ha venido a trabajar en domingo. Esta mañana han hallado un cuerpo en Cole's Crossing. No está demasiado claro si se trata de un

vagabundo que ha caído bajo un tren de mercancías o que ha sido despedazado por perros salvajes. Ahora que reparo en ello, en la centralita dijeron que probablemente era el cuerpo de una mujer. —Devolvió a Alex la mirada—. ¿Alguna vez has visto un muerto? Coño, se me había olvidado. Sacaron al viejo *sheriff* Bob de tu casa quemada unos años atrás. Eso sí que debe haber sido una visión para no olvidar.

Alex cruzó los brazos y miró a través del parabrisas, donde había marcas de bichos estrellados. Por pura diversión, Skip hizo gruñir el cuentakilómetros del Ford hasta ponerle a los noventa que alcanzaron a la entrada del pueblo, donde la autopista se estrechaba en una curva que cruzaba de parte a parte las depuradoras de agua, y tuvo que aminorar. También trató de ver si conseguía hacer que Alex se estremeciera, pero no hubo reacción. Los ojos de Alex estaban casi cerrados y su pulso era tranquilo. No tenía miedo de que máquinas ni suceso alguno pudieran matarle. Alex se había encarado al Dixie Traveler, y para él esto era una minucia. Saber que Skip se hubiera cagado en los pantalones —de haber tenido el cuajo de estar en las vías, en primer lugar— llenaba a Alex de un placer secreto.

La oficina del *sheriff* y la cárcel del condado se encontraban en los sótanos del juzgado, donde la luz diurna era espolvoreada por el tamiz de las ventanas, reforzadas con alambre fino, situadas prácticamente al nivel del suelo: la mitad inferior de las ventanas se hallaba circundada por unos respiraderos alineados sobre la grava.

Bobby Gambier no iba de uniforme; bebía café y hablaba por teléfono desde el despacho de los calabozos cuando Alex descendía los peldaños desde el acceso que había en el garaje. Sin hacer un solo comentario ni darle una pista de cuál era su humor, Bobby señaló a Alex la oficina. Se reunió con él un par de minutos más tarde y cerró la puerta tras él.

—¿Has desayunado? —quiso saber, sentándose en el borde de su abarrotada mesa y sorbiendo café, mientras contemplaba a su hermano pequeño con una mezcla de recelo y escepticismo; no le gustaba el papel que debía asumir en aquel momento.

Alex asintió.

—¿Eso del labio te lo hizo Cecily?

Alex se llevó la mano al dolorido e inflamado labio inferior y puso una ligera mueca de dolor.

—Bueno, lamento que te lo hiciera y ahora mismo seguro que ella también. Ya conoces a Cece; suele dejar que las cosas se le vayan de las manos muy fácilmente. Y no lo digo por suavizar la gracia que hiciste para que aquello sucediese.

Alex se encogió de hombros y agitó la cabeza, aún sin tener ni idea de qué demonios pasaba.

—En el nombre de Jesús, Twig, ¿de dónde sacaste esa estúpida idea, untar de vaselina el fondo de la bañera? ¿Estaba en alguno de los libros de esa biblioteca a la que...?

Alex saltó de la silla al tiempo que la puerta de la oficina de Bobby se abría. Un agente asomó y dijo:

—Ya está preparada su llamada a Nashville.

Bobby hizo un gesto hacia Alex —«quietecito»—, pasando por alto la expresión furiosa y desencajada del chico, y se sentó tras la mesa. Cogió el auricular del teléfono con labios tensos, y se inclinó en un viejo almohadón de paja que usaba como respaldo, con muelles asomando por los lados.

—¿Mr. Val Gene? Soy... ¿eh?, ah, doctor, entiendo, y Val John es como usted... bueno... me llamo Bobby Gambier. Soy el ayudante del *sheriff* de Evening Shade. Sí, así es, era mi padre. La razón por la que le he telefoneado esta mañana es... en fin, me temo que no tengo buenas noticias con relación a su hija, Mally Shaw.

La expresión de Alex cambió de nuevo al clavar la mirada en Bobby, abría y cerraba una mano a la altura del costado, y entreabría los labios como si quisiera vocalizar el nombre de Mally; en un momento, su rostro pareció helarse de terror. Bobby no lo miró. Tenía los ojos clavados en el secante de su mesa, salpicado de arañazos y manchas de tinta, donde se aglutinaban garabatos, nombres, números de teléfono, pero su mente estaba totalmente sumida en las dificultades de dar una mala noticia en una llamada telefónica. Remolcó la silla giratoria para acercarla a la mesa y cogió una estilográfica sin tapa.

—Sí. Por desgracia ha sido así. Mally fue, eh, hallada sin vida a primera hora, cerca de la Santa Iglesia de Little Grove, en el cementerio que hay allí, ¿conoce usted el...? No, no fue asesinada. Pero lamento decir que aun así, se trata de algo terrible, por lo que sabemos de ello. Parece que Mally fue atacada por una manada de perros salvajes cuando se disponía a visitar la tumba de su difunto marido, William. No sé cómo expresarlo más... Eh... el motivo por el que creemos que Mally acudió allí a aquella hora tan temprana es el vasito con flores que llevaba; las hallamos desperdigadas, y... ¿Cómo dice? No, nosotros... bueno, no entiendo por qué me pregunta eso, le aseguro que no es muy agradable que... En fin, si de veras siente la necesidad... Sí. Entiendo que quiera satisfacer su... No, desde luego que por nuestra parte no sería mayor problema hacerlo, yo mismo me encargaré de ello. Sí. Hum... Claro. Aún están en ello. Godsong y Wundall son los únicos hombres de color que asumen... De acuerdo, buscaré sus números de teléfono en unos... No, no puedo decirlo con seguridad. Tendrá que preguntárselo usted mismo.

Bobby dejó de garabatear, como reacción a la corriente de aire que procedía del pasillo; aunque solo habían pasado unos minutos de las nueve de la mañana, ya habían encendido los enormes ventiladores verticales que había en cada uno de los extremos del pasillo. Se avecinaba otro día de calor abrasador. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par. Alex se había marchado.

Cecily entró en la cocina, donde Bobby y Brendan parecían tener ciertos desacuerdos

sobre las bondades de las zanahorias Gerber que Bobby intentaba meter en la boca del bebé:

—Alex está ahí fuera —dijo—, en la calle, dando vueltas en círculos con su bicicleta y mirando hacia la casa. ¿Qué vas a hacer?

Con el meñique, Bobby rebañó una baba de saliva y zanahoria de la barbilla de Brendan:

—Hablar con él —respondió—. Siempre que no decida salir corriendo cada vez que lo intento. —Volvió a probar con las zanahorias; Brendan le puso mala cara—. ¿Es siempre tan difícil hacer que coma?

—Tienes que jugar un poquito con Brendy cuando toca legumbres. El mejor sistema es mezclar las zanahorias con compota de manzana.

—A mí también me gustan más de esa forma.

—No has dicho ni una palabra de mi vestido nuevo.

—Es genial. ¿Cómo se llama ese tejido?

—Organdí.

—¿Qué llevará tu madre esta mañana a la iglesia, arpillera y ceniza?

—Ja, ja. Me encantaría que vinieras con nosotras. Todo el mundo piensa que eres un pagano.

—Me arrepentiré en mi lecho de muerte, Cece. —Bobby giró la tapa de un tarro de compota para niños—. Vale, Cara de Moco, prueba esto.

—Bobby, preferiría que no le llamas eso.

—Y yo preferiría que no le llamas Brendy. Parece el nombre de un chiquillo que se ha apuntado a clases de baile.

Por esta vez, Cecily dejó pasar aquello. Su madre la llamó desde la parte delantera de la casa:

—¡Cecily, quedan seis minutos para las once! ¡Cuando llegemos nuestro banco de la iglesia estará ocupado!

Bobby se levantó para dar un beso a Cecily. Le gustaba el perfume que llevaba puesto aquella mañana: emanó de su nuca cuando el ventilador sobre la encimera del fregadero giró hacia ella.

—¿Dónde dices que iréis Bernie y tú después de la misa?

—A una visita. Llevaremos la cacerola que hice y algunas revistas a Midge Prechter; ya sabes lo de su cadera, no se le cura. ¿Estás seguro de que no me necesitarás hasta, digamos, las tres?

—Ajá.

—Un poco de zanahorias y compota, y conseguirás que se lo coma —le recordó Cecily, dándole un besito al niño en la frente, allí donde había logrado no mancharse con comida.

Bobby sonrió y dio una palmada a Cecily en el trasero con la mano que tenía limpia.

—¿Vas a decir algo a tu madre sobre nuestra suspicia?

—Sospecha.

—Ya lo sé; también yo he ido a la escuela. Es solo la jerga sureña rural que tengo que hablar en el juzgado. Lo último que querrías es que un jurado pensara que eres más listo que ellos. Tienes que ser tú quien les dirija a la conclusión a la que quieres que lleguen.

—No, no quiero decirle nada de otro bebé. Esto es entre nosotros, en caso de que sea verdad. Bobby, ¿vas a dejar entrar a Alex en casa cuando yo esté fuera?

—Sí.

—Pues ten los ojos abiertos, ¿quieres?

—Claro.

—¿Y vas a decírselo tú a él?

—Bueno, las cosas han llegado a ese punto, ¿no crees?

—Sé lo duro que te resulta esto, Bobby. Pero no es culpa tuya. Sabes que Alex se lo ha estado buscando.

Alex observó a Cecily y su madre alejarse en el Plymouth de su mujer, en lugar de ir a pie las cuatro manzanas que separaban la casa de la iglesia metodista, cuyas campanas y las campanas de otras tres iglesias que se repartían por el pueblo doblaban para dar las once. Era una llamada de atención a los retrasados y un recordatorio a la escasa hueste de dudosos reincidentes que había en la comunidad de que su pereza o su incredulidad no serían pasadas por alto.

Ni Alex ni Bobby Gambier frecuentaban demasiado la iglesia a raíz de la cruel muerte de sus padres. Así eran las cosas.

Bobby salió con un Brendan recién limpio y los pañales cambiados y le dejó gatear en la hierba. Puso una bota en una de las ruedas pintadas de la carretilla, cubierta con rosas trepadoras, que había en cada lado del camino. Estaba fumando, para agravar aún más sus felonías espirituales en el día del Señor.

Alex aparcó su bici contra las rejas de la verja y se acercó a él, apestando a sudor seco. Bobby le ofreció una calada.

—Y ahora pasa adentro y lávate. Cámbiate de ropa, anda, y no lo dejes todo hecho un desastre. Te esperaré en el porche; tenemos pendiente una conversación muy seria.

Alex agitó la cabeza, juntó dos dedos y los alzó, señalando con la barbilla hacia la casa. Brendan caminó tambaleándose hacia él y se cayó sobre un tobillo; luego intentó ponerse otra vez en pie, ayudándose en la pierna de Alex.

—¿Por qué debería ir contigo? —preguntó Bobby.

Alex le miró fijamente. Porque sí.

Bobby se encogió de hombros y miró a Brendan.

—¿Quieres cogerle?

Alex asintió.

—Os lleváis bien, ¿eh? —Alex levantó a Brendan y se lo cargó en los hombros. Bobby les siguió a la casa y subió con ellos las escaleras. A Alex se le estaban

cansando los hombros. Le tendió el niño a Bobby y se dirigió al cuarto de baño. Bobby levantó y bajó a Brendan por unos segundos, algo que nunca hacía cuando Cecily estaba mirando, y después le puso boca arriba. Ambos rieron—. ¿Recuerdas cuando te decía que se te saldrían los ojos si te hacía eso? —le dijo Bobby a Alex—. Y tú ibas y me creías.

Alex tenía otras cosas en la cabeza. Ya en el cuarto de baño, señaló la bañera, luego se señaló a sí mismo y negó vehementemente con la cabeza.

—Así que no lo hiciste.

No.

—Supongo que habrá sido Rhoda, entonces, o si no el Anticristo.

Alex cogió un bote de polvos de talco de una repisa y se arrodilló para derramar el talco en uno de los azulejos rectangulares. Escribió en el talco con el índice: «Fue ella misma, idiota».

Brendan quería bajarse y jugar también con el talco. Como por reflejo, Bobby se lo echó sobre un hombro, sujetándole por los tobillos; había olvidado que Brendan casi acababa de comer.

—Bernie, quieres decir.

Alex levantó la vista y asintió.

—Apenas puedo esperar a contarle esta a Cecily. «Ey, Cece, tu mami engrasó la bañera para resbalar y romperse la mollera». —Bobby hizo una mueca al terminar de hablar, y apartó la vista de Alex, para mirar a través de las ventanas abiertas que había sobre la bañera, más arriba de lo que, por lo general, llegaban a volar los mosquitos. Alex conocía la expresión que había en la cara de Bobby. Se incorporó y se limpió las manos en los pantaloncitos, se desabotonó la bragueta y se quedó junto al retrete. Miró otra vez a Bobby, mientras este silbaba.

—No, supongo que no lo haría por eso —concluyó Bobby, meciendo a Brendan adelante y atrás, como un péndulo. Brendan chilló de placer hasta que vomitó. Bobby lo volvió a poner vertical y limpió la boca de Brendan en la manga de su viejo jersey, una sudadera del Instituto de Evening Shade. Así que clases de baile, pensó Bobby. Por encima de mi cadáver; será jugador de *rugby*.

Alex tiró de la cadena y dejó caer sus pantalones. Como hacía en verano, no llevaba ropa interior.

—Es más grande que la última vez que la vi —comentó Bobby—. Estás a punto de ganarme, ¿lo sabías?

Alex sonrió un poco tímidamente, se quitó los mocasines de una patada y se despojó de su polo.

Bobby sostuvo a Brendan contra el pecho y le hizo unas carantoñas.

—No me vuelvas a llamar idiota o te pegaré una patada en tu blancuzco culo. Ya me imaginé que sería Bernice. Te conozco lo suficiente como para saber que no eres capaz de hacer eso e incluso Cecily tendrá que admitir que su madre tiene muy mala leche.

Brendan avanzaba por el porche apoyándose en su andador cuando Alex salió, comiendo un sándwich de carne que se había preparado en la cocina. Bobby estaba sentado en una silla de jardín, con la espalda vuelta hacia los peldaños de cemento pintado para evitar que Brendan se cayese desde el porche. Alex se sentó en una mecedora y miró a su hermano.

—No hay nada que pueda hacer —dijo Bobby—. Porque eso nos pone a ti y a mí contra Cecily y Bernice, y no voy a permitir que eso ocurra.

Alex masticó lentamente, tragó, miró los tablones del suelo y se encogió de hombros, desalentado.

—Pero Bernie no se va a quedar en mi casa para siempre, ya he decidido que sea así.

Alex pareció aliviado, de momento.

—Pero también he decidido otra cosa —añadió Bobby—. Y es sobre ti. Ya no eres un chiquillo. En pocos años serás todo un hombre. No sería un buen hermano para ti si no hubiera pensado en ello. Tú y yo nos entendemos bien, ¿pero cómo te vas a entender con las demás personas? ¿Escribiendo cada cosa que sientes o pretendes decir? Es más fácil pasar de ello, ¿no?, ignorar a cualquiera que te mira de la forma incorrecta. Bueno, vas a cumplir catorce años. Aquí vienen las malas noticias: la vida se te hará más dura. Ya deberías haber aprendido el lenguaje de otros que ni oyen, ni hablan. Hay muy buenas escuelas donde podrían enseñarte el lenguaje de los signos. La más próxima está en Louisville. Quiero que vayas allí, Alex, porque de otro modo no tendrás la más mínima oportunidad en esta vida. Y tienes que formar parte del mundo, tienes que intentar mejorar cada día, no dejarte llevar, sin más, y viviendo en el borde de las cosas. No hablas, pero te pueden ocurrir montones de cosas mucho peores que esa. El chico de Forney debe pasar el resto de su vida enchufado a un pulmón artificial porque no puede respirar por sí mismo. Comparado con él, tienes suerte. Puedes oír, correr, jugar a la pelota. No estás aislado ni de dos terceras partes del mundo, así que aún menos de todo el mundo. Alex, el mundo espera que dejes de mostrar tu resentimiento por haber recibido malas cartas una vez. Si está en mi mano, y así es, lo que Cecily piense o quiera no forma parte de mi decisión: vas a saltar a la arena y enfrentarte a la vida.

Alex permaneció con la cabeza gacha, los labios entreabiertos, respirando por la boca. Luego clavó en Bobby una mirada cargada de miedo, aversión y desamparo. Levantó ambas manos y comenzó a agitar los dedos en una parodia del lenguaje de los signos, sonriendo con amargura. Bobby lo miró fijamente, hasta que Alex se vio obligado a apartar la vista.

—Te asusta que te llamen «bobo». Pero la única manera de que superes ese miedo consiste en compartir tus temores con otros como tú. Vas a ir a Louisville, Alex. Iremos juntos al colegio el lunes de la próxima semana, te apuntaré y te quedarás allí.

Bobby miró a Brendan, que se combaba sobre su andador con los ojos cerrados.

Hora de la siesta. Bobby lo cogió y lo metió en la casa, echando una mirada a Alex, a la parte de atrás de su cabeza. No podía evitar sentirse un poco agitado; comprendía a Alex, pero más le aliviaba haber soltado aquello. Ahora, era el turno de que Bernie rellenase el cheque, que creyese que había ganado algo. Pero la respuesta podía estar en estos momentos en el vientre de Cecily. Iban a necesitar mucho más espacio en la casa, todo el espacio del que dispusiesen, pues era allí donde verían crecer a sus niños y niñas. Bernice podía pasar el resto de sus días con hombres y mujeres de su edad, una vez que su artritis se hubiera desarrollado tanto como para que ya no lograra comer por sí misma ni cepillarse los dientes sin ayuda.

Cuando bajó de nuevo tras dejar a Brendan en la cuna, Alex ya no estaba: se había marchado a alguna parte en su Schwinn azul y blanca. Pero Bobby ya se había esperado aquello. Su hermano tenía cosas en las que pensar, una realidad a la que enfrentarse. Crecer un poco. Bobby sonrió (He estado equivocado, pero ahora he arreglado las cosas), tomó una profunda bocanada de aire y vio un trozo de papel pillado bajo uno de los limpiaparabrisas del coche patrulla Packard que había en el sendero. Bajó los peldaños y cruzó el césped para coger lo que para Bobby era un mensaje obvio: «Que te jodan», probablemente.

El papel había sido doblado en varios pliegues para que cupiese en el bolsillo trasero de Alex. Era un folleto de propaganda de la campaña electoral que habría arrancado de un poste del teléfono, en uno de cuyos lados sonreía satisfecho el rostro de Leland Howard. «¡Da un salto adelante con Leland!». Bueno, mucho se hablaba acerca de aquel joven candidato entre los holgazanes y los entendidos que se reunían en el juzgado en un año de elecciones, y el consenso era que Howard resultaba prometedor, y si alguna vez un sureño nacido después de la reconstrucción tenía una oportunidad de ser elegido presidente, entonces...

Bobby le dio la vuelta al folleto. En el lado en blanco del anverso, Alex había escrito con una cera de color rojo:

¡¡Vi como violaba
a Mally Shaw anoche!!
¿qué vas a hacer?

Junto con otros pasajeros, Ramses Valjean salió del tren de las 4.10 procedente de Nashville en la terminal de la estación de Frisco, a dos manzanas de la plaza del juzgado. Ramses llevaba una pajarita de lunares rojos con un traje azul oscuro, de zapa, que parecía colgar de él como si su peso hubiera pegado un buen bajón en las últimas semanas. Llevaba los pantalones prendidos a unos tirantes rojos. Su sombrero de paja era estilo años veinte, de color crema, con el ala curva y el fieltro ancho y negro. No tenía mala vista, pero aun así, calzaba una de esas gafas de ciego, de cristales pequeños y redondos y tan oscuros como la tinta china, concebidos para encajar en las cuencas de los ojos. El delgado cuerpecillo de Ramses estaba rematado por una cabeza leonina, en la cual lucía una barbita con un penacho de canas. Llevaba

una maleta de cuero en una mano y un maletín médico negro en la otra.

Dejó la maleta en el andén de la estación, se quitó las gafas, y se frotó los ojos, sensibles al humo del carbón, con el pulgar y el índice, mientras esperaba, como un hombre relevante, al aluvión de plañideros que habían ido a aguardar el tren para recogerle. Había parientes de todas las edades, como la prima segunda de Mally, Verona, con su propia cohorte de vástagos, amigos como Herschel Morritos de Cerdo Burdett, y un hijo de uno de los propietarios de la funeraria, un tipo rollizo, atildado y joven llamado Dorsey Wundall, igual de bien vestido que Ramses, si bien en un tono más sombrío.

Había estado fuera mucho tiempo, desde principios de los años treinta. Reconoció enseguida la mayor parte de las caras y algunas otras después de mirarlas dos veces. Un par de tías-abuelas se asieron a las mangas de Ramses entre sollozos, pero ninguna lo abrazó. Ramses no tenía el porte de esa clase de hombres que consienten en recibir abrazos en público.

Les dio las gracias por ir a recogerle. Dorsey Wundall se presentó con las debidas condolencias. Ramses le miró con acritud:

—¿Recibió su padre mi telegrama?

—Sí, señor. ¿Puedo conducirlo a...?

—Primero quisiera ver dónde sucedió. Luego puede llevarme con mi hija.

Ramses tendió su maleta al enterrador y miró con disgusto a otro joven, si bien este permanecía apartado del círculo de luctuosos con expresión impaciente. Llevaba un sombrero de rejilla de copa dura con un distintivo de prensa en la cinta de fieltro, y sujetaba una cámara Speed Graphic con ambas manos.

—Dr. Val Jean, me llamo Eddie Paradise Galphin, del Tri-State Defender. Me preguntaba si podría tomar una...

—Es Val-zhon. No quiero que se me fotografíe. —Ramses se despojó de su sombrero de paja, como si fuera a escudar su rostro en el caso de que el joven ignorara sus deseos. Sin sombrero, mostraba una cabeza recargada de cabellos peinados con grasa y teñidos de negro, recortados al estilo «Ellington^[6]».

—Bueno, en ese caso, si pudiera hablar con usted unos minutos acerca de...

—No.

—Es un día de luto —terció el joven Wundall hacia el hombre del Defender—. Muestre algo de respeto por un padre desconsolado.

—Eso, respete su privacidad —saltó una de las viejas tías.

Unos cuantos plañideros acompañaron a Ramses y a Wundall al coche fúnebre, un Cadillac, como para protegerle de las restantes indignidades que parecía suscitar la mera presencia de un periodista. Eddie Paradise Galphin permaneció en el andén de la estación fumando un cigarrillo; cuando Wundall se alejó con Ramses en el vehículo de la estación, Galphin corrió a su coche, una antigualla de dos plazas y asientos reclinables, y los siguió.

El agente del *sheriff* Olen McMullen había estado de servicio en la Santa Iglesia

de Little Grove desde cerca de las nueve y media de la mañana, a fin de que la gente que atendía el servicio del domingo, y más tarde los morbosos cotillas habituales, se mantuvieran lejos de la hondonada del cementerio, allí donde, al amanecer, el cuerpo de Mally Shaw había sido descubierto por Ike Thurmond. McMullen estaba cansado, hosco y aburrido a más no poder mientras esperaba el relevo. Había leído hasta tres veces las páginas deportivas del Tennessean del domingo. Buena parte de la sección de deportes se consagraba a las Olimpiadas, que estaban a punto de arrancar. A poca gente en Evening Shade le importaba algo las Olimpiadas; ¿y dónde estaba Finlandia, al fin y al cabo?

La procesión de los dos coches, un encerado Cadillac y una descacharrada antigualla conducida por Eddie Paradise Galphin, de profesión cazanoticias, llegó al lugar y ambos coches aparcaron en el margen del Yella Dog que daba a la iglesia, no muy lejos del Dodge de Mally Shaw. Wundall, el director de pompas fúnebres, permaneció junto al Cadillac mientras Ramses, que portaba una bolsita de papel marrón, emprendió camino por el sendero de grava hacia la verja del cementerio. No había muro alguno rodeando el cementerio, solo un par de puertas de hierro forjado con los goznes oxidados y sueltos.

El agente McMullen rebañó el sudor de su frente otra vez con un pañuelo mugriento y avanzó despacio para interceptar al padre de Mally a unos pasos de la verja.

—¿Qué puedo hacer por usted, abuelo?

Ramses se detuvo y su mandíbula barbuda se levantó a la manera de un caballo pura sangre enfrentado a un jamelgo desfondado.

—Soy el doctor Valjean. Mi hija, según se me ha dado a entender, fue encontrada aquí, esta misma mañana, con el cuerpo destrozado, a tenor de las investigaciones preliminares, por unos perros salvajes. Tengo el permiso del *sheriff* en funciones Bobby Gambier para echar un vistazo al área en cuestión.

—Oh, eh, sí... he oído que vendría. Pero debo advertirle que no es una bonita...

—Soy doctor. Patólogo. Actualmente imparto clases en la Facultad de Medicina de la Universidad de Meharry y en los años anteriores he ejercido como jefe de plantilla en el Hospital Hubbard de Nashville. Podría decirse que he visto casi cuanta visión horrible pueda presentársele a un ser humano. ¿Alguien más, aparte del personal que preserva la ley y el orden, ha pasado por aquí desde que el cuerpo de Mally —aquí vaciló, aunque por un instante— fue retirado?

—No, eh, señor —respondió Olen McMullen, la primera vez en su vida que le decía «señor» a un negro. Y miró a su alrededor con cierto sentimiento de culpabilidad, como si tuviera miedo de que alguien le hubiera oído.

Ramses observó la sudorosa cara encarnada del agente y sonrió, comprensivo.

—Hace mucho calor, ¿verdad? ¿Ha permanecido aquí mucho tiempo?

—Prácticamente todo el puñetero día —respondió McMullen.

Ramses abrió su bolsa marrón:

—Bueno, entonces es una suerte que me haya parado en el mercado que había en el camino. ¿Gusta una Coca-Cola, o quizás un zumo de uva?

—Ohhhh... claro, me lo tomaría encantado. ¿Ha dicho uva?

—Sí. —Ramses le tendió la botella de zumo al agente, se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un enorme cuchillo, con mango de asta de ciervo, que contenía, además de las dos hojas afiladas, un surtido de útiles, entre los cuales destacaba un abrebotellas. Quitó los corchos a las dos botellas y los dos hombres bebieron juntos. McMullen suspiró de gozo, hasta que se relajó el hosco fruncimiento de sus cejas.

—Es muy amable de su parte, doctor.

—El placer es mío. —Ramses sacó del bolsillo su reloj de oro. Era un poco antes de las cinco de la tarde. Como mucho, calculó que eso le dejaba una media hora antes de que necesitase buscar aislamiento y refugio. Cerró el reloj—. Ahora, si me permite...

—Claro. —McMullen echó una mirada a la carretera—. ¿Quién es el de la cámara?

—Un representante de la prensa. Si tuviese la bondad de pedirle que mantenga las distancias por el momento, mientras estoy... ocupado en mi soledad piadosa, entonces aceptaré que tome una fotografía de mí al lado de la iglesia. Creo que eso satisfará su manía por, eh, «conseguir la historia».

—Descuide.

Ramses dejó su Coca-Cola cuando el agente marchó hacia la carretera. Se despojó de la chaqueta, la dobló y la dejó en el asiento delantero del coche del *sheriff*, que seguía aparcado junto a la verja. Ascendió la suave inclinación del ancho sendero que se desaguaba en el camposanto. No tardó en reparar en dónde había tenido lugar la carnicería, y eso que todavía le quedaban unos diez metros para llegar al sitio preciso: una lápida con el césped levantado estaba manchada de una sangre densa que aún atraía a las moscas.

Ramses se aproximó al lugar, y por unos minutos permaneció inmóvil, moviendo tan solo su cabeza, como si inspeccionase cada centímetro de aquel truculento escenario. Oyó el silbido de un tren; al instante, un enorme mercancías pasó con estruendo a unos treinta metros al norte del cementerio. Sintió que el suelo temblaba bajo sus zapatos. Cuando el tren pasó por fin, se percató de que había un chiquillo pedaleando en su bicicleta a lo largo del andén de la estación abandonada de Cole's Crossing.

Devolvió la atención al escenario de la muerte de Mally; lentamente, comenzó a caminar de un extremo a otro, unas veces apoyándose en una rodilla para echar un vistazo más atento, otras, aspirando el aire todo lo que daban de sí sus pulmones, o separando cuidadosamente los jirones de hierba con que se topaba. Por decirlo así, su mente se había sumergido en un estado de observación clínica, que obligaba a Ramses a reprimir toda emoción. Vio coágulos de sangre, insectos, trozos de vestido.

Había un vaso con flores marchitas, esparcidas no muy lejos del lugar en el que asomaba la lápida bañada en sangre. Para una mirada adiestrada como la suya, aún era posible decir en qué lugar había yacido el cuerpo de Mally y en qué postura. Alrededor de la hierba pisoteada y las glebas de barro seco había huellas de pezuñas y pisadas de hombre, mejor dicho, unos cinco o seis hombres diferentes. Había una sandalia mordisqueada entre un revoltijo de hierbas y rastros, a cuatro o cinco pasos del vaso y las flores.

Ramses estaba de espaldas a la verja y al agente, que permanecía con el hombre de la funeraria y el periodista. Sacó unos guantes de algodón blanco y empezó a recoger trocitos y pedazos de cosas que despertaban su interés. Envolvió cada una de ellas por separado en unos pañuelos de papel, que también había comprado en la tienda e introdujo todo aquello en la bolsita marrón.

Antes de abandonar el lugar, Ramses cogió la sandalia de Mally, asiéndola por una tira arrancada. El cuero estaba moteado de sangre. Lo que a Ramses le interesaba era lo que había visto en la suela. Sacó la sandalia del cementerio y se reunió con el agente McMullen, que bajaba por el camino.

—¿Puedo preguntar por qué esto no fue trasladado junto con los restos de mi hija?

—Probablemente lo pasaron por alto esta mañana.

—Si usted considera que puedo hacerlo, agente, me gustaría llevármelo.

—Teniendo en cuenta que pertenecía a su hija, no veo por qué no. —McMullen miró a la bolsa de papel doblada en la otra mano de Ramses, pero no dijo nada más. Le producía curiosidad, sin embargo, que Ramses aún se tomara su tiempo para examinar las huellas de ruedas que había dentro y fuera del sendero de grava.

Ramses recogió su chaqueta del coche del *sheriff*.

—Gracias por su amabilidad, agente.

—Bueno, lo que ha sucedido es ciertamente horrible y lo lamento mucho. Manadas de perros como esos han sido un problema por estos pagos desde que era un niño. Mataron a una anciana en Palermo, unos... cuatro, cinco años atrás, creo que fue. Hay que rastrear su pista y matarlos a tiros.

Ramses asintió, con aire fatigado, como si el calor y el horror de lo que le había ocurrido a Mally le hubieran derribado las defensas. Caminó con dificultad hacia arriba y allí hizo una seña a Eddie Paradise Galphin. Mantuvo con él una breve conversación. McMullen les observaba y se le pasó por la cabeza la idea de que había negros decentes; no como esos negratos de medio pelo con los que se había topado en Evening Shade, o haciendo el servicio militar. Si algo los diferenciaba a la mayoría de ellos, era lo mismo que diferenciaba al polvo y el barro, al menos en opinión de McMullen; pero Ramses había venido a turbar esa plácida ecuación que reposaba en el cerebro del agente, y no se sentía demasiado feliz al sospechar que ahora tendría que vivir con ello hasta el fin de sus días.

Todos los comercios de Evening Shade cerraban los domingos, salvo la heladería

Tropical Breeze, que solo abría los veranos, y Comidas Pee-Wee, ambos situados en el lado de la carretera opuesto al de la fábrica de ladrillo, donde ochenta y tantas personas de la localidad estaban empleadas haciendo ropa interior de la marca Hanes. Pee-Wee casi nunca cerraba, salvo el día de Navidad; ocupaba dos habitaciones en la parte de atrás de su café, y si tenías hambre a las dos de la mañana, podías dar la vuelta a la manzana y dar unos golpecitos en la puerta trasera, y si él te conocía y sabía que podías darle algo de cháchara con los cotilleos del vecindario como recompensa por sus servicios, Pee-Wee no vacilaba en levantarse y hacerte un café.

Todas las comunidades del sur con más de un semáforo tenían un Pee-Wee o un Shorty, y la gran mayoría respondían al perfil: un tamaño a lo Mickey Rooney, unos charlatanes natos, y en el caso del Pee-Wee de Evening Shade, un conocedor insaciable de todo cuanto merecía la pena disfrutar en este mundo: desde la pesca a la caza, pasando por la política y los deportes de una u otra temporada, sin olvidar las fanfarronadas y los mitos de las proezas sexuales masculinas.

Eran cerca de las seis de la tarde. Alex casi había terminado de dar cuenta de una grasienta hamburguesa de queso con mostaza y ketchup cuando Bobby llegó al local, haciendo sonar la campanilla de la puerta delantera. Saludó con un grito a Pee-Wee, que llevaba prendido a la cintura un delantal con aspecto de haber padecido un auto de fe, y el viejo Pee-Wee, entretejido en un apestoso humo de fritanga tras el mostrador, le devolvió un idéntico saludo. Su cara era la de un feto malhumorado. Bobby ocupó el reservado de su hermano y se sentó frente a él, una mesa garabateada con iniciales y circundada por sillones de respaldos altos, y echó otro vistazo por el café para comprobar quién andaba por allí y, sobre todo, quién parecía predispuesto a estar atento a cualquier cosa excepto a sus propios asuntos. Pero la clientela de Pee-Wee la componían casi por completo familias con niños pequeños, algunos de los cuales eran simples llorones o gateaban felices bajo las mesas. A excepción de una sonrisa o un saludo con la mano, nadie prestó mayor atención a Bobby.

Aquel domingo, Pee-Wee había puesto a Sara Sundeen a atender las mesas; trabajando codo con codo con él, tenía a un anciano palafrenero negro llamado, oscura mente, True Willie Nebraska, que le pasaba las hamburguesas y las Coca-Colas por un ventanuco que impedía que la clientela lo viera^[7]. Los negros comían su menú en mesas de picnic, en una apacible arboleda rodeada de arcos y castaños, emplazada entre el establecimiento de Pee-Wee y el Tropical.

—¿Qué te apetece comer, Bobby? —le preguntó Sara. Tenía cincuenta años, año arriba o abajo, pero aún conservaba una belleza enjuta, a pesar de la piel fruncida de las bolsas de los ojos, que parecían cicatrices de una vacuna puesta en el lugar equivocado. En el pasado, había tenido un lío con el padre de Bobby, entre otras cosas que este también sabía sobre ella.

—Café solo; veamos, eh, tostada de queso en pan integral. Tengo que cenar en casa, aunque un poco más tarde.

—¿Habéis cogido ya a esos perros salvajes?

Alex dejó de comer, con la boca llena de un bocado de su hamburguesa, y levantó los ojos para mirar a su hermano.

—Señor, ¡me produce escalofríos! Pobrecilla. Era muy bonita. Y tenía estudios.

Bobby, reflexivo, miró la cara de Alex, aquella bola de comida en su mandíbula, que se negaba a tragar.

—He oído que estuvo cuidando de Priest Howard en sus últimos días. ¿Pero qué podía estar haciendo en el cementerio cuando ni siquiera había salido el sol?

—Nadie lo sabe. Puede que fuera algo que le gustaba hacer. Hay tranquilidad a esa hora, no hay nadie alrededor que pueda molestar.

—Bueno, eso sí. Que Dios la bendiga y la guarde.

Cuando se quedaron solos, Alex empujó uno de sus cuadernos de espiral por la mesa de fórmica hacia Bobby y siguió comiendo. Un batido de chocolate con leche de malta y patatas fritas acompañaban a la hamburguesa.

Bobby leyó la historia de la violación de Mally Shaw y su rostro cambió a una expresión más bien lúgubre.

Antes de que pudiera hacer preguntas, Pee-Wee se acercó a Bobby para brindarle su típica visita de cortesía.

—¡Ad-lay! —sentenció con una mueca desdeñosa en la boca, resumiendo así el punto álgido de la política nacional en la semana anterior y su propio disgusto por la decisión de los demócratas de quién iba a encabezar su programa político en noviembre—. Seguro que el viejo «Cowfever» tenía sus buenos apoyos, pero quien siempre ha calentado a Truman es Stevenson. Ad-lay contra un héroe de guerra, receta segura para perder la Casa Blanca.

—Pee-Wee, sabes que tienes que proporcionar cuanto antes un entierro decente a ese viejo delantal que llevas puesto antes de que lo declare alteración del orden público.

—¡Y un carajo!

—¿Qué tal le va a tu hijo con su nueva esposa?

—Supongo que hacen un buen matrimonio. Ya llevan once días juntos y ella no le ha abandonado más que un par de veces.

—Tienes la parrilla otra vez ardiendo.

—¡True Willeh! ¡Echa un poco de harina encima, jodido inútil! Perdona el lenguaje de los mayores, Alex. Bobby, ¿sabes por qué bucear es como follar con una mujer alta?

—No tengo ni idea.

—Porque da igual lo grande que sea tu tanque, ¡nunca llegarás completamente al fondo!

—Dilo por ti, Pee-Wee. Tu exmujer le contó a Cecily que tenías menos donde coger que un banjo sin cuerdas.

Pee-Wee se rió con satisfacción.

—¿Y cómo iba ella a saberlo? Sus bajos eran más estrechos que el ombligo de un

mosquito. Que me maten si casi no voy a la quiebra de tanto comprar lubricantes para darme un poco de gusto el sábado sabadete. —Guiñó un ojo—. Discúlpanos de nuevo, Alex, esto no era para tus tiernos oídos.

Cuando Pee-Wee volvió a su faena, Bobby miró a Alex y le preguntó:

—¿Qué estabas haciendo anoche en casa de Mally? ¿También querías tirártela?

Era su tono airado, más que aquella acusación fuera de todo contexto, lo que alertó a Alex; Bobby estaba profundamente alterado por lo que había leído. Tranquilo, Alex negó con la cabeza, aunque sus mejillas se habían sonrojado, y miró a Bobby hasta que este apartó la vista. Bobby miró el cuaderno que había bajo su mano derecha.

—Vale, eso ha estado... Sé que Mally Shaw no era, eh..., pero bueno, ¿qué os traíais entre manos tú y Mally?

Alguien echó una moneda a la gramola para escuchar a Hank Snow: Rhumba Boogie.

Alex se arrellanó en el reservado, limpiándose los dedos en un pañuelo de papel, sin apartar los ojos de Bobby.

Bobby levantó de nuevo la vista, incómodo:

—Esa, eh, historia tuya...

Alex negó otra vez con la cabeza, con toda parsimonia, los labios apretados.

—Vale. Oíste y viste la mayor parte. Mally le... dejó... entrar en su casa cuando debería haber tenido más cabeza. Después, una cosa llevó a la otra, y tú seguías escondido. Probablemente fue lo único inteligente que hiciste aquella noche. Voy a decirte algo. La reputación que tiene ese tío es la de haber sido una especie de Pájaro Loco con un buen par de huevos. Aquí te pillo, aquí te mato. ¿Y qué quieres que haga? ¿Arrestar a Le... a quien ya sabes? ¿Sabes dónde llegaría haciendo eso? Coño, ya eres mayorcito para saber cómo van las cosas, Alex. La violación no es algo que se pueda probar así por las buenas, y si encima es a una neg... mierda, olvídale. Incluso de estar viva, Mally no se atrevería a abrir la boca en su favor. A mí me pondrían en la calle en menos que canta un gallo, con una familia a mi cargo, y en seis meses me iría un día a pescar y nunca más volvería a casa. A menos, quizá, que los bloques de cemento que me pusieran en los pies dejaran escapar mis huesos. Así es como se las gasta un tipo rodeado de amigos que han apostado fuerte por su futuro.

Alex estaba muy quieto y sus mejillas ardían, haciendo que sus ojos se aguasen un poco por el ardor de su decepción y su consternación. Entonces alargó la mano para coger el cuaderno, pero Bobby lo retiró de su alcance.

—Ah-ah. Esto me lo quedo yo, ya me libraré de él cuando pueda. Dime una cosa: ¿hay alguna posibilidad de que alguien te viese anoche en casa de Mally?

Alex se medio levantó de su asiento para intentar arrancar su cuaderno de las garras de Bobby.

—Siéntate —dijo Bobby, con voz tajante—. Me mato por cuidar de tu bienestar y todo lo que tú haces es pensar de qué otro modo puedes ponerme las cosas más y más

difíciles. ¡He dicho que te sientes, gilipollas!

Los doloridos labios de Alex temblaron. Había tanto dolor y desilusión en los ojos de su hermano que, durante un momento, Bobby tuvo que apartar la vista de él.

Sin previo aviso, Alex se metió el dedo índice de la mano izquierda hasta la garganta, se provocó una arcada y vomitó encima de la mesa y de Bobby, mientras Sara Sundeen se acercaba con la taza de café y la tostada de queso.

Alex terminó de potar y se escabulló del reservado antes de que Bobby, que observaba aquella hamburguesa sin digerir desperdigada por su pechera, se recobrara de su asombro:

—Oh, vaya —murmuró Sara, alargando una mano al trapo que llevaba prendido al cinturón—. Quitaremos eso de la cuenta.

6

De sombras y fantasmas

En esta hora azul,
bajo la enjorada cúspide del cielo,
en este escenario de tiempo suspendido
conocido como la iglesia de Little Grove,
peregrina este chico,
con más angustia de la que un joven
debe conocer.
El sol se derrumba al oeste como un corazón
inflamado de nostalgia,
untándole en oro y pintándole un halo
contra la ventana de la iglesia.
El viento sopla en la lengua materna
del exiliado. La noche que se eleva
lo encuentra preparado una vez más
para recibir como merece al Dixie Traveler.
Es la hora sin mácula
entre el cedazo veraniego de mediodía
y el abrigo de los sinsontes,
hora de encuentros y reencuentros,
—de idas y vueltas—
de sombras y fantasmas que ilustran
la retina oculta, y en que el rocío
se reúne con los sables de la hierba,
Pálidas hermanas, hermanos pálidos,
se levantan para la ocasión
de la estrecha morada de los muertos,
sepulcros del destruido
cáliz.
Hace doblar la campana su lengua oxidada. Pero él,
cuya codicia alcanza donde no llega el gesto,
cuya sed es el paso valiente, no alcanza a oír
nada más allá del Dixie Traveler
y su trueno de acero. Su pulso
crece, en su mente rebullen
las palabras de un *blues*:
Si no tienes lo que se te pide,

esa falsa locura,
no habrá amor que perder ni ganar.
Le alumbra el foco
del Traveler; y el chico examina su luz
con la profunda mirada
del monje extático. La noche sella
el mundo. Las estrellas
envejecen, lentamente.
El tiempo suspendido. Lágrimas en su tumba
(él lo sabe) que se acomodarán en ella
como una lluvia melancólica. ¡Oh,
corazón veleidoso! Ya solo confía
en el éxtasis, ese espejo solemne
que refleja hacia dentro.
El Traveler está aquí, y es
hora de que lo aborde.
Da un paso al frente y pone un pie
en el brillante raíl para recibir
a su Titán:

—Un paso adelante.

—Alex Gambier, ¿qué demonios creías estar haciendo?

De espaldas, desde donde estaba tumbado, a unos cinco o seis metros de los raíles ahora vacíos, entre la grava, atontado como si hubiera sido arrancado de las ruedas del tren que pasaba por el golpe de las alas de un ángel colérico, Alex parpadeó para aclarar su nublada visión y miró los ojos de Mally Shaw, que estaba de pie ante él, con las manos en las caderas y el ademán de ir a regañarle. No tenía alas, pero sí cólera para dar y tomar. La luna, las estrellas, esparcidos en los lugares señalados, se volvían para él más y más visibles sobre los cuadrados hombros de Mally, y más brillantes alrededor de su cabeza, como una corona.

Lo primero que pensó es que estaba muerto; después imaginó que debía estar soñando. Pero, según los curas, los muertos no conocían dolor alguno. Y respecto a que aquello fuera un sueño, a uno no le dolían las raspaduras de los codos cuando estaba soñando.

—Venga, pierde la vida así, ¿y para qué? No sabes lo que yo daría por salir de aquí aunque solo fuera un día, incluso una hora; lo que daría por respirar otra vez el aire puro, comer maíz de la propia mazorca, goteando de mantequilla derretida... Nunca pensé que fueras tan idiota.

—¿Salir de dónde? —preguntó Alex, que oía el lejano traqueteo del vagón de primera del Dixie Traveler al cruzar el largo puente sobre el Yella Dog; después, con algo más de retraso, oyó sus propias palabras, con toda fluidez, en su mente, aunque

la voz no le resultaba familiar. A duras penas, se apartó del balasto que cubría el arcén extendido a la derecha de las vías, alejándose así de esa jugarreta de su imaginación, la aparición que su cerebro intentaba hacer pasar por Mally Shaw. De hecho, no había hecho un trabajo tan malo: Mally se le mostraba en perfecta forma, sin mácula, como un viejo obelisco, sin las sangrientas dentelladas de los perros, enfundada en un vestido azul oscuro con un estampado de flores que él ya le había visto llevar anteriormente: Alex sentía que movía el cuerpo, pero la cabeza le daba vueltas; intentó dar media vuelta y cayó de nuevo. Oyó entonces la risa de Mally.

—Oh, chico. Mejor que te lo tomes con calma durante un ratito, hasta que recuperes el equilibrio.

—Pero deberías estar... en la Tierra Prometida —dijo aquella voz que debía ser la suya.

Mally miró a su alrededor con divertido escepticismo:

—Pues a mí me parece que no, cabeza de chorlito —replicó. Su expresión se serenó—. ¿Cuánto tiempo necesitas para hacerte a la idea?

—Bueno, si no estás muerta...

—Oh, Dios. Estoy más que muerta. Eso ya no tiene remedio.

Alex intentó incorporarse, pero su cabeza no estaba preparada para el esfuerzo; cayó de culo cuan largo era.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí? —gritó Alex, exasperado.

Mally le miró durante un buen rato.

—La verdad es que no lo sé. Pero lo que es seguro es que tiene que ver contigo, Alex. Y también, quizá, con algún asunto mío que aún no he dado por finalizado.

Jean Veljean en el *Pegasus*
Un nuevo pistolero en el pueblo
Más que una obsesión

Eddie Paradise Galphin había acabado de vomitar bajo los tilos alineados tras la puerta trasera de la casa de pompas fúnebres Godsong y Wundall, y ya casi había dado cuenta de su cigarro cuando Ramses Valjean salió del local —un piso bajo construido en madera—, se desembarazó del maletín médico y de la cámara Speed Graphic de Eddie, y se quedó inmóvil en el acceso para vehículos, frotándose los ojos, que los tenía irritados. Se había puesto el sol, pero el cielo todavía recibía luz a la altura de las copas de los árboles. La poca brisa que había para hacer soportable el advenimiento de la noche agitaba las hojas de los árboles sobre sus cabezas; de algún pasto vecino llegaba el olor a heno recién cortado.

Eddie dio unos pasos hasta él, casi alardeando de petulancia, aunque fuera dirigida al hombre que le había visto correr desde la habitación en la que el cuerpo de Mally Shaw yacía en toda su consumida repugnancia, tendida sobre una mesa de zinc; pero Eddie iba a quitarse esa imagen de la cabeza. Iba a... Claro. En unos seis meses, si tenía suerte.

—¿Cuánto tardará en revelar las fotografías que hemos tomado? —le preguntó Ramses.

Ese «hemos tomado» sonaba demasiado generoso; con el corazón lleno de pánico, y a punto de echar las tripas por la boca, Eddie había logrado sacar una sola foto en la dirección señalada por Ramses antes de desprenderse de su cámara y salir de aquella habitación, sobrecargada de una mórbida atmósfera, a la carrera. No tenía ni idea de cuántas fotos más había sacado Ramses. O el uso que ahora harían de ellas. ¿Su propia hija? Si no fuera un individuo tan entero, con el que además debía tratar, y para colmo médico, Eddie podría haber alimentado oscuras sospechas acerca de ese Ramses Valjean.

—Tengo mi propio cuarto de revelado, así que tan pronto como vaya a casa...

—¿Está usted casado, Eddie? —Ramses pareció tambalearse momentáneamente, como sacudido por un céfiro repentino, y posó una mano en un poste de la valla que circundaba el sendero de grava. Por fin le estaba alcanzando también a él, pensó Eddie, con una punzada de simpatía. Eddie había pasado la mayor parte de las últimas cuatro horas con el enigmático Dr. Valjean en el cementerio de Little Grove, acto seguido, visitando la granja de Ike y Zerah Thurmond, para recalar por fin en aquella parada en la funeraria. Eddie, el voluntarioso chófer; Ramses podía haber utilizado el viejo coche de Mally, pero nunca había aprendido a conducir.

—¿Casado? Ni de lejos. No con lo que paga el Defender. No solo escribo para él, también tengo que repartir periódicos para cuadrar las cuentas. Pero así es el periodismo, y por algo tienes que empezar. —Como, por ejemplo, escribir artículos diarios sobre la vida y los sucesos de Evening Shade, tales como el relato de la muerte de Mally Shaw. Media columna, eso por descontado, y quizá un artículo en dos columnas para la edición de mañana. Pero Eddie, tras haber conocido al padre de la chica haciendo el seguimiento de la noticia, acogió el presentimiento de que allí se estaba gestando una auténtica historia, algo que, una vez tuviera todos los cabos atados y bien atados, allanaría el terreno para conseguir un puesto con sueldo fijo como reportero de plantilla y dejar de ser un modesto corresponsal a tiempo parcial. Y no necesariamente en el Tri-State Defender. Eddie tenía la mente puesta en Chicago y en ese Olimpo del periodista negro: el gran diario Defender de Chicago. Lo único que tenía que hacer era mantenerse cerca de su fuente.

—Dr. Valjean, parece que no se encuentra bien. Claro que, dadas las circunstancias, ¿quién podría culparle? ¿Tiene un sitio en el que quedarse, mientras permanece en Evening Shade?

—No me he parado a pensar en ello ni un momento, Eddie —dijo Ramses, aferrándose al poste de la valla con una mano y alzando la vista a las estrellas, mientras respiraba profundamente, como si intentase inhalar una o dos de ellas—. Me quedaré por esta noche en casa de Mally, si es que sabe usted dónde queda. Mientras tanto, tengo otras cosas que hacer. El *sheriff*, ¿cuál era su nombre? Gambier. Debo verle, aunque estoy seguro de que no lo encontraré en la oficina.

—Vive en West Hatchie. Ejercerá como *sheriff* en funciones mientras Luther Tebbetts esté fuera de la ciudad, cosa que sucederá hasta la semana que viene o así. Si tuviera que elegir, mejor trataría con el *sheriff* Bobby que con el viejo Lute.

—En tal caso, ¿puede llevarme hasta su hogar?

—De mil amores —repuso Eddie con una sonrisa gentil.

Con Ramses en el asiento trasero del biplaza rojo y Eddie conduciendo, la conversación se hacía difícil, pero Eddie trató de animarla, mirando hacia atrás y levantando la voz para que Ramses pudiera oírle por encima del ruido provocado por un silenciador defectuoso en el motor.

—¡He vivido aquí toda mi vida! ¡Pero no recuerdo a ningún Valjean que viviese en la ciudad!

—El nombre de mi padre era Russell.

—Evening Shade está plagado de Russells. ¿Cómo es que terminó por llamarse Valjean?

—Cambié mi nombre tras adoptar Francia como país natal. Si se aviene a conducir más despacio, no tendré dificultad en escucharle sin que tenga que dirigirse a mí mediante gritos.

—¡Oh, de acuerdo! —Eddie rebajó la velocidad a unos reposados cuarenta kilómetros hora—. ¿Así que ha estado en Francia? ¿Cuándo fue eso, durante la Gran Guerra?

—Mucho antes. Consumí catorce de mis primeros treinta años en París.

—¿Me toma el pelo? Apuesto a que ahí hay toda una historia.

—Sí, así es, Eddie.

—Se cambió de nombre y todo. Pues oiga, si no le importa que le pregunte...

—Interrogue —respondió Ramses, sacándose un insecto de alas diáfanas de la barba.

—¿De dónde viene eso de «Valjean»?

—De una célebre novela que leí, o me enseñé a mí mismo a leer en francés, cuando era grumete a bordo de un barco de la marina mercante. Les Misérables. Me identifiqué muy estrechamente con el infortunado héroe de la novela de Hugo. ¿La ha leído?

—No. ¿Cuándo sucedió lo de...?

—Cuando tenía quince años, me enamoré de la idea de echarme al mar. —Hablar parecía ser algo que, al menos en aquel momento, Ramses necesitaba. Las palabras le ayudaban a respirar con propiedad, lo cual era útil para evitar que los tentáculos del dolor encontrasen su camino más allá de la empalizada que había erigido con la última inyección de morfina. Y el lenguaje inspiraba recuerdos que reemplazaban otros recuerdos, los de la trágica hora que había pasado en la funeraria—. Yo era uno más en una bandada de hermanos que no tenían apenas otra cosa que lo puesto, y el único mar que había conocido nunca era un mar verde de hileras de maíz, en un año de buena cosecha. Mi padre me dijo que no podía dejarme ir, de modo que escapé, así de simple. Primero por el río Misisipi, y de ahí a Nueva Orleans, subido en una gabarra. Esto fue en 1906. Yo era un muchacho guapo, aunque vestido con harapos, pero, con todo, me las ingenié para salir adelante. Sobreviví en los muelles hasta que llamé la atención del capitán Jack Marsh del Pegasus. Sucedió que se trataba de un hombre educado, poseedor de una pequeña biblioteca en cuatro idiomas, que tenía a bordo de su bajel, y a la cual se me permitió en cierta ocasión el acceso durante mis cuatro largos viajes a bordo del Pegasus.

Ramses se detuvo ahí, rememorando aquello como si no hubiera pensado en el capitán Jack en mucho tiempo, un hombre que tenía, añadidas a la educación, ciertas tendencias que Ramses no dudaba en satisfacer a cambio de las enseñanzas que recibía. Ya sabía que el mundo consistía en dar y recibir. El capitán nunca abusó de él. La vergüenza o la culpa no entraban en los cálculos de Ramses, al menos, en lo tocante a su valía personal. Era cosa de los cuerpos, algo que incluso la mayor parte de las veces encontraba gratificante.

Ya cerca del retiro, pasando el crepúsculo de su vida junto a su mujer, lejos de cualquier salida al mar, Jack Marsh entregó a su grumete, convertido ahora en un jovencito maduro de diecisiete años que hablaba francés, a una descendiente de la

línea fundadora en Marsella. Aquella joven dama aplicó su propio barniz educativo para pulir a su mascota negra. Cuando se comprometió con un rico anciano, recomendó a Ramses a un primo, un médico parisino y drogadicto que se enamoró de él, y le dejó el porvenir asegurado en su testamento; aquella suma de dinero cayó en manos de Ramses solo ocho meses más tarde, cuando su benefactor se vio separado de varias partes de su anatomía tras un accidente en moto. La herencia era suficiente para permitir una existencia decente y llevar a Ramses a estudiar en la Facultad de Medicina de la Sorbona.

Podría no haber dejado nunca Francia, pero el deseo de presentarse ante sus conciudadanos en toda la dignidad de su nuevo estatus impelió a Ramses a regresar a los Estados Unidos en 1920. Necesitaba un cambio radical de vida y de escenario tras servir en el Cuerpo Médico del Ejército Francés durante dos años y medio, en los que nunca abandonó el campo de batalla.

Acostumbrado a la liberalidad de las actitudes raciales en el París cosmopolita, para Ramses viajar al oeste de Tennessee fue como verse de pronto en una colonia penal. Una semana más y ya nunca volvería a poner los pies allí, se prometió Ramses. Pero durante una visita a Nashville, donde debía impartir una serie de conferencias en la Universidad de Medicina de Meharry, Ramses se topó con una fuerza irresistible, que respondía al nombre de Dawn Bird Hollins.

Alex Gambier avanzaba lentamente por el andén de la decrepita estación de Cole's Crossing, cuerdo, pensó, pero con una aprensión nerviosa palpitándole en el corazón. Mally Shaw estaba a su lado, imposible de tocar, pero aún resultaba una presencia reconfortante, como el alma de un santo. Su propia y misteriosa luz la dibujaba a la perfección contra la espesa oscuridad que les rodeaba.

—¿Y no puedes marcharte de aquí si así lo quieres?

—No hay modo de saberlo —repuso Mally, con la apesadumbrada expresión perpleja que había tenido de vez en cuando, cuando estaba viva.

—¿Lo has intentado?

—Oh, sí. El cementerio de Little Grove es lo más lejos que he llegado.

—¿Pero qué es lo que te detiene?

—Nada que pueda explicar. No es como darse contra un muro. No hay nadie con una señal de «*stop*», como la de los agentes que se apostan en los cruces donde hay un colegio. Simplemente, siento la necesidad de dar la vuelta.

—O sea que has estado en el cementerio...

—Una vez que retiraron mis restos, sí.

—¿Y hay algo ahí que yo, eh, no pueda...?

—No, cariño. Solo hay un montón de cadáveres reducidos a polvo, que visten las bonitas ropas con las que los envolvieron para su descanso. Sus almas ya han sido retiradas, incluso el espíritu de mi William; espero que ya no esté tan atormentado...

—Bueno, y dónde han...

—Este lugar es un cruce entre mundos, es todo lo que sé hasta el momento. Quizá ya debería estar en otro sitio, en lugar de ir arriba y abajo por este andén en tu compañía, porque no parece que entiendas que ya ha pasado tu hora de irte a la cama.

Alex resopló.

—Me tiro levantado montones de noches. Y esta es... quiero decir, no quiero irme. Estás aquí; es lo más increíble...

—¿No irás a mearte otra vez en los pantalones, verdad? —bromeó Mally.

—Demonios, no. ¡No te rías de mí! Tenemos que llegar al fondo de este asunto.

—Vale. Estoy dispuesta a ello si tú lo estás, y además, tampoco tengo otra cosa que hacer.

—Pensaba que no podías marcharte de aquí por la misma razón que no puedes tocarme y que tampoco yo puedo tocarte a ti.

—No lo sé —consideró Mally, encogiéndose de hombros, como si hubiera perdido todo interés en ese fenómeno. Había otras cosas que despertaban su interés, solo con mirarse a sí misma—. Me pregunto de dónde he sacado este vestido. Y Alex, ¿te has fijado? Las uñas de mis pies y de mis manos están pintadas de maravilla.

—Ya me he dado cuenta.

—Bueno, y también me preguntaba, ¿qué es lo que Alex piensa o recuerda de mí, o... quiere que yo sea para él? ¿Es este el aspecto que voy a tener cuando esté contigo? Y eso que nunca me has visto con las uñas de los pies pintadas. —Sonrió pícaramente—. ¿Te gusta que las mujeres, o sea, las chicas, lleven pintadas las uñas de los pies? ¿Es guapa la esposa de tu hermano? ¿No será que estás pillado con ella?

Alex pareció incomodarse.

—Ya se me ha pasado.

—Oh, claro.

—A veces solía pensar en ella cuando tenía...

Mally cortó su confesión con un ademán de la mano.

—No tienes por qué ser completamente sincero conmigo, Alex. Los chicos son los chicos y no hay que avergonzarse por ello.

Cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño como si acabase de recorrerla un escalofrío o percibiese algún sentimiento de alarma, y arrojó una mirada por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Mejor que nos apartemos de la vía. Viene el tren.

Alex también miró alrededor.

—¿Qué tren?

—Hay uno, pero no parará aquí. Dependerá de quién esté esperándole.

Volvió el rostro a un lado y se apretó con más fuerza, cerrando los ojos. Aquello duró al menos diez segundos. Luego pareció relajarse y miró a Alex.

—Estaba en lo cierto. No había nadie con billete para ese tren.

Alex sonrió.

—Anda ya. ¿Acaba de pasar un tren?

—Querido, hasta el momento, este lugar ha estado transitado de trenes toda la noche, y eso sin contar el Dixie Traveler que estuvo a un pelo de pasarte por encima.

—Pero te lo dije, lo tenía controlado. Iba a pasar corriendo por delante en el último segundo. La cosa depende de lo bien que calculas la velocidad y la profundidad de percepción y...

—Y si da la casualidad de que calculas el tiempo un poco mal, aún te quedaría la posibilidad de calificarlo como una bravuconada, la muerte de un héroe, ¿no? Oh, Alex. No tengo la más mínima duda de que eso estaba en tu cabeza. Lo demás no era más que un barullo de pensamientos equivocados y malos para tu alma, los recuerdes o no.

Alex corroboró su opinión del asunto con un mero encogimiento de hombros. Sabía el estado en el que se encontraba en aquel momento. El dolor permanecía en su corazón, pero la morbosidad había desaparecido merced a la intensa emoción de estar con Mally, esa extraña e inquietante sensación de optimismo que le hacía sentirse como si estuviera entrando y saliendo de un sueño. No quería pensar en nada que no fuera estar allí con ella, el asombro y el placer de oír su propia voz. Pero, como no podía ser menos, cada vez que miraba a Mally recordaba lo mucho que odiaba a Leland Howard.

—Le dije a Bobby que habías sido violada en tu propia casa. Pero Bobby respondió...

Mally asintió, comprensiva:

—Respondió que no iba a remover el avispero, pues qué importaba al fin y al cabo, si ya estaba muerta y qué sentido tendría que también él muriese por mí...

—Sí, pero cuando le diga lo que ocurrió en la granja de Howard...

—Oh, no puedes hacer eso, Alex.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

Mally le dedicó esa mirada suya, profunda y pensativa, que remató en una compungida sonrisa.

—Se me ocurren un par de buenas razones. Por ejemplo, ¿de dónde vas a decir que has sacado esa historia?

Alex sentía una pesada quemazón en la garganta que ya le resultaba familiar, como si hubiera tragado un puñado de sal gorda. Luchó por que le saliesen las palabras, aunque había hablado con fluidez momentos atrás.

—¿N-no p-podría Bo-bby...?

—¿Hablar conmigo? —Mally miró a Alex con una mirada de enternecedora simpatía—. ¿Cómo? ¿Le arrastrarás hasta la estación y le dirás: «Ahí está Mally, como te dije; escucha lo que tiene que decir y luego vete a arrestar a *Mr.* Leland Howard?». —Sonrió—. No puedes hablarle a tu hermano de Mally Shaw, pues todo lo que alguna vez verá de ella son los despojos que reposan en la funeraria. No

puedes mostrarme al *sheriff* Bobby ni a nadie. Parece que tú y yo tenemos un acuerdo especial, Alex. Quizá sepamos alguna vez cómo suceden estas cosas, o cómo ha pasado al menos en esta ocasión... ¿quién sabe lo que durará nuestro «acuerdo»? Oh, y hay otra razón por la que no puedes contar la verdadera historia de cómo ocurrió mi muerte: para ti, las cosas no han cambiado. En cuanto esta noche te vayas de aquí, aún serás incapaz de pronunciar una palabra, no importa lo mucho que necesites hacerlo.

—¡No digas eso! ¿Por qué coño piensas que lo sabes todo?

Mally se encogió ligeramente y cruzó nuevamente sus brazos desnudos.

—Está llegando otro tren. Quizá sea este. —Se apartó unos pasos de Alex y retrocedió—. No. A lo mejor es que aún es pronto para mí. Pero hay mucho tráfico esta noche en el cruce.

—¿Qué quieres decir con «tráfico»?

—Hay más personas en la estación, enjambres de tipos que están pasando al otro lado. Apenas soy capaz de distinguirlos. Me ignoran. Supongo que todos somos forasteros en todas partes, da igual en qué mundo nos encontremos.

Alex sacudió la cabeza, contrito, mirando de un lado al otro del andén, que se mostraba vacío a sus ojos. Mally estaba llorando. Oyó ladrar a un perro; el vello de los brazos se le puso de punta y su piel se le erizó.

—Tenemos que pensar qué hacer con respecto a Leland Howard.

—Ahora ya no me importa.

—¡Ese canalla asqueroso te soltó los perros! Merece ser... me da igual si Bobby está tan asustado como para no hacer nada; ¡lo haré yo mismo!

Mally le miró con preocupación.

—Estás cansado, Alex. Has pasado por muchas cosas este fin de semana. Y sería bastante difícil sobrepasar lo que ya he sufrido. ¿Me dejas descansar? Es hora de que los dos nos tomemos un respiro.

Alex se limpió el sudor que había bajo sus ojos, pestañeando. Mally perdía definición, como una imagen desvaída en una ventana sobre la que golpea la lluvia.

—No estoy cansado —dijo, enfurruñado—. No quiero que te vayas. No te veré nunca más.

—Bueno, no podemos estar seguros de que no sea cierto. Pero, por el momento, por favor, deja que me vaya.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo hacer esto por mí misma. Vete. Dame la espalda, aléjate. No mires atrás.

—No, Mally.

—Hasta mañana por la noche, entonces. Estaré esperando aquí cuando regrese el Dixie Traveler. Mantente lejos de él, ¿me oyes? Pero deja que su energía penetre hasta la médula de tus huesos. Es la única forma en que será más probable que me encuentres de nuevo.

—No...

—Y Alex...

—¿Qué? —replicó el chico, al borde de la desesperación.

—Casi nadie termina su vida equilibrando cuentas. O te llevas más de lo que mereces, o, como la mayoría de los tipos, menos que eso, y peor todavía. No hay nada que puedas hacer a *Mr. Howard* que no termine él mismo por hacerse.

Bernice Clauson entró en la cocina, donde Bobby y Cecily se obstinaban en cuadrar las cuentas del mantenimiento de la casa y en rellenar los cheques para las facturas del primer día de mes:

—Un hombre negro ciego se acerca a casa por el camino de entrada —dijo—. O al menos creo que es ciego. Tiene puestas esas gafas que llevan los ciegos. Le acompaña un joven, y tiene una cámara.

Cecily miró a Bobby, que se encogió de hombros y se levantó para dirigirse a la puerta principal.

—Hola, Eddie —saludó Bobby mientras salía al porche, reconociendo al hombre del *Defender* de *Evening Shade*. Un pálpito le indicó que el viejo era el padre de Mally Shaw, ese tipo de Nashville que tenía nombre francés. Llevaba gafas oscuras, eso era cierto, y el traje que vestía era demasiado grande para él.

—¿Dr. Valjean? No puedo decirle lo mucho que lamento lo de Mally; todo el mundo la quería en *Evening Shade*. Es una tragedia terrible.

—Gracias, *sheriff* Gambier.

—Solo *sheriff* en funciones, para el resto de la semana y la que viene. Eddie, ¿estás escribiendo un artículo? Ya sabes que no me importa que se me fotografíe si es con el uniforme puesto.

—Sí, señor, *sheriff* Bobby, pero lo de llevar la cámara siempre conmigo se me ha convertido en un hábito.

—Una noche calurosa. ¿Quieren pasar a tomar un vaso de agua?

Por lo común, Bobby nunca hubiera tenido ese gesto; los negros no hacían visitas sociales a los Gambier y si quedaba por hacer algún trabajo oficial, aunque fuera en un horario distinto al laborable, era domingo por la noche, y no quería tenerlos rondando demasiado tiempo. Pero, dadas las circunstancias, Bobby sentía que el Dr. Ramses Valjean merecía una mínima cortesía, aunque no fuera lo habitual en él.

Sin embargo, Ramses rechazó el ofrecimiento con una cortante sacudida de cabeza.

—Bien, en ese caso, ¿en qué cree que puedo ayudarle?

—He venido a pedirle que me acompañe a la funeraria *Godsong* y *Wundall* —dijo Ramses.

—¿Por qué habría de hacerlo, Dr. Valjean?

—Para ver el cuerpo de mi hija.

—Ya lo he hecho esta mañana.

—Déjeme suponer que no ha visto todo lo que hay que ver; por supuesto, era

imposible que lo hiciese, señor, llevando más lejos dicha suposición y atreviéndome a opinar que carece usted de un conocimiento adecuado en patología.

—¿Adónde quiere llegar?

—Entre otras cosas, y aun cuando no quepan dudas acerca de que fuera destrozada por los perros, a que Mally no pudo ser asesinada allí donde su cuerpo fue hallado.

—¿Y cómo es eso? —inquirió Bobby; un segundo atrás se había sentido somnoliento, pero ahora se le había encendido una luz de precaución en la cabeza.

—Verá, resulta tan obvio que su cuerpo fue desplazado desde otro sitio, y que se acometió un gran esfuerzo para dar la impresión de que Mally había sido atacada en el cementerio de Little Grove (un lamentable esfuerzo, debo decir), que me asombra que nadie en la oficina del *sheriff* haya cuestionado lo que no es sino un intento de engaño.

—Espere un minuto. —Bobby echó una mirada a Eddie, cuyos ojos estaban abiertos de par en par, como si estuviera oyendo la teoría del Dr. Valjean por primera vez—. Yo mismo estuve en Little Grove. No he visto nada que respalde esa especulación. El lugar ha sido pisoteado por unos perros y había sangre por todas partes. Trozos de la ropa de Mally y...

Ramses asintió.

—Sí. Restos de su cuerpo. He encontrado lo que pudo haberles pasado por alto a sus agentes.

—Pero qué le da razones para sospechar...

—Puedo probar lo que sospecho, si fuera tan amable de acompañarme a la funeraria, y si tiene voluntad de aceptar la veracidad de mis observaciones.

Eddie miró a Ramses y luego a Bobby como si no pudiera creer que aquello estuviera pasando; a Bobby el rostro se le había quedado de piedra, como si hubiera sido retado a un duelo por el nuevo pistolero que había en la ciudad, un tipo que posiblemente le despreciaba. ¿Un sujeto de color, despreciándole a él? Eddie había olvidado respirar.

—Iré con usted —respondió Bobby. Miró a Eddie—. Eddie, vete a casa.

—De acuerdo, *sheriff* Bobby.

—Una palabra de esto en los periódicos del Estado, el más mínimo susurro que me llegue al juzgado, y te enterarás de lo que vale un peine.

—Oh, no, no no no. Puede contar conmigo.

—Ya estás tardando.

—Vale, me voy —replicó Eddie, volviendo sobre sus pasos por el sendero, con una mirada de disculpa dirigida a Ramses. Pero Ramses parecía haber dejado de prestarle atención.

—Necesito sentarme —comentó Ramses con voz tranquila, y lo hizo sin permiso, justo allí, en el segundo peldaño del porche, despojándose de sus gafas de ciego con unos dedos trémulos. Sus globos oculares eran amarillos como la yema de un huevo.

Alguna oculta catástrofe de la carne había surcado las arrugas de su rostro, aquel hermoso y adusto semblante de anciano; aquello le dio un respiro a Bobby, antes de volver a casa para decir a Cecily adónde iba.

Cuando Bobby vio la mano de Ramses Valjean dirigirse al cierre de la puerta delantera del lado del copiloto del coche patrulla Packard, estuvo a punto de decir algo así como, No llevo a hombres negros en el asiento delantero de mi coche por la ciudad. Sin cólera, solo la declaración fortuita de un hecho irrefutable, como si comprendiese que Ramses estuviera ofuscado por los sucesos del día y no se hubiera dado cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Pero oyó en su cabeza la forma en que sonaba aquello antes de que las palabras asomasen a sus labios y, curiosamente, pensó en cómo sonaría aquello también para Ramses. Nunca en su vida había pensado Bobby dos veces en cómo se dirigía a los negros, ni le había importado un carajo lo que alguno de ellos pensara de él. Porque, excepto por un par de suboficiales criados en Harlem y que aún exhibían esos andares sincopados que a los tipos del sur incluso les divertían y podían pasar por alto, Bobby jamás había conocido a un solo hombre negro que necesitase instrucciones acerca de quién era él o cómo le habían educado para que se comportase. Eso le hacía sentir incómodo. Ramses Valjean era un médico y había adquirido distinción en su campo, lo cual, en opinión de Bobby, le daba derecho a un respeto mayor del que merecían el aprendiz de granjero medio o el conserje del juzgado. Y su hija había sido víctima de una muerte cruel.

De modo que lo que Bobby dijo, mientras Ramses abría la puerta del coche, fue:
—Preferiría que se sentase detrás, Dr. Valjean.

Tras unos segundos, durante los cuales se quedó inmóvil, Ramses respondió:
—Como usted desee. —Ni siquiera titubeó al decirlo.

Tampoco es que hubiera mucha inflexión en su voz educada, ni el menor rasgo de petulancia. Pero Bobby sintió como si le hubiera reprendido. Le hizo sentirse un poco idiota.

—Siempre he encontrado más fácil hablar a un hombre cuando estoy, más o menos, cara a cara —añadió Ramses—. Y obviamente usted está interesado en lo que tengo que decir.

Inútil negarlo. Era domingo por la noche, los Gambier estaban, como siempre, un poco cortos en fondos bancarios para pagar las facturas y nuevamente tendrían que canjear unas cuantas obligaciones del Estado antes de tiempo. Alex le estaba poniendo de los nervios, y ahora Ramses Valjean había aparecido casi de la nada, arrojando un cuerpo extraño, de tamaño y complejidad desconocidos, en la puerta de su casa. Estaba inquieto y al mismo tiempo ansioso de escuchar algo más sobre aquello.

Bobby dijo cansinamente:

—Vale, acabemos con esto —y movió ligeramente la cabeza, concediendo a Ramses permiso para ocupar el asiento delantero con él.

La mujer a la que Leland Howard llevó a su hotel en Kingsport, el Fort Henry de Tennessee, era una trabajadora voluntaria de su campaña, una pertinaz divorciada que se ganaba la vida en las Oficinas Administrativas del condado de Sullivan. Estes Kefauver, amigo y mentor de Leland, se la había recomendado encarecidamente si lo que buscaba era una noche de entretenimiento. Su nombre era Bitsy Beauregard. Tenía treinta años largos, un metro sesenta de estatura, cabello rubio platino y una deslumbrante hilera de dientes prominentes que le impedían cerrar la boca, lo cual le confería un aire de insaciable avidez. Su conversación consistía en un caudal de palabrería chabacana y no se calló ni siquiera al quitarse las bragas. Sus caderas alojaban un peso extra, pero sus pechos poseían un precioso tono rosado, y eran firmes como frutas de cera.

Bitsy demostró tener una ardorosa imaginación sexual, pero, para mortificación suya, Leland era incapaz de seguirla. Su cabeza y su sangre sufrían un incommovible letargo. Cada vez que los sudorosos esfuerzos de Bitsy parecían a punto de alcanzar un desenlace, Leland pensaba en lo que había tenido lugar entre él y Mally menos de veinte horas atrás y su pene se deslizaba sin fuerzas de la fiera opresión de Bitsy.

Como Leland tenía sus fobias y nunca hacía sexo oral, Bitsy decidió dejar la *suite* fingiendo una jovial despreocupación por aquella pifia de polvo. Pero era obvio que estaba lo bastante caliente como para sentirse al borde del paroxismo. Nunca en su vida había dejado Leland insatisfecha a mujer alguna, merced al tamaño de su pene y al ardor de sus energías; este simple fallo, que Leland pretextó en los rigores de la campaña electoral, consiguió deprimirle. Solo le quedaba la esperanza de que Bitsy no mencionase aquello la próxima vez que intimase con Estes.

No tenía estómago ni para tomar un trago. Imaginó que un baño caliente le relajaría lo bastante como para poder conciliar el sueño. Abrió los grifos y volvió la espalda a la bañera para echar una lúgubre meada, y cuando miró de nuevo a la bañera, vio que las cañerías habían escupido un agua mohosa, del color de la sangre con que Mally le había embadurnado la noche anterior. Aquella visión suscitó que su corazón le diese tal golpe que a punto estuvo de caer desmayado.

Leland vació la bañera. Al divisar su imagen en el espejo de una puerta de armario que estaba entreabierta, se detuvo y la observó fijamente, como si él mismo fuera un caso de identidad equivocada, en lugar del tipo único que siempre había creído. Respiró por la boca mientras regresaba con paso arrastrado a su habitación. El corazón le percutía como un timbal. El lado de su cabeza donde Mally le había golpeado le dolía furiosamente. Cuanto más aire tomaba, más hambriento de oxígeno se sentía. Cayó cuan largo era sobre la cama con dosel. Sentía pánico. ¡Necesitaba un doctor! Pero a pesar del dolor, tuvo la precaución de no llamar a recepción. Se

correría la voz. Al día siguiente, aquello saltaría a los periódicos. Leland Howard enfermo. Todo el mundo pensaría en un ataque al corazón. Su hombre, Jim Giles, ya estaba nuevamente camino a Evening Shade. El director de su campaña estaba en Oak Ridge con el relaciones públicas de su campaña. No había nadie a quien pudiera llamar para pedir ayuda.

La sangre enturbiaba sus oídos. Su corazón no se sosegaba.

Una llamada a la puerta. Leland se puso en pie trabajosamente y se envolvió en una bata.

En el pasillo había una mujer de mediana edad. De color.

—Todo el mundo sabrá lo que hiciste —dijo.

Leland retrocedió, apartándose de la puerta.

—¿Qué?

La mujer parecía asustada, temerosa de él. Leland aún olía al perfume y al coño de otra mujer.

—¿No quiere que le prepare su cama?

Esta vez Leland la oyó correctamente:

—No. No, ya estaba medio dormido.

—Perdóneme por haberle molestado entonces, senador.

—No importa.

La mujer ya se hallaba a mitad de pasillo cuando Leland decidió cerrar la puerta.

Le había llamado «senador». Se sintió revivido, arrancado del bache en el que un segundo atrás había estado sumido por aquella expresión de respeto. ¡Bien, tenía pie y medio en ello, y todo el mundo lo sabía! Quedaba poco más de una semana para que todo acabase. Su rival principal más cercano le seguía a doce puntos en las encuestas. Se hundía como un bote de remos lleno de fisuras. No importaba un carajo a quién quisieran presentar en noviembre los republicanos. Ahora tenía vía libre, todo iba según el guión previsto, no había nada por lo que preocuparse.

Todo salvo por lo que Mally había sabido de él, y lo que ella había hecho con la información que el viejo le entregó para dar una lección de humildad a ese hijo al que nunca había querido.

De vuelta en la cama, Leland trasegó tres aspirinas ayudándose de una Coca-Cola que ya estaba tibia.

La búsqueda preliminar en la casa de Mally, a golpe de linterna, no había dado ningún resultado, pero sabía que Jim Giles estaba en lo cierto. Incluso una casa tan pequeña como la de Mally tenía resquicios que podrían usarse como escondite; sería necesario dismantelarla tablón por tablón para encontrar los documentos incriminatorios.

Giles había dado con una solución ideal y Leland estuvo de acuerdo inmediatamente.

En algún momento, se quedó dormido con la visión reconfortante de las llamas propagándose en su cabeza, los restos de Mally Shaw colocados en lo alto de la pira,

haciendo que todos sus problemas potenciales se desvanecieran con el humo.

A medio camino de la funeraria, un súbito dolor le golpeó con toda fiereza y Ramses Valjean se dobló en mitad de una frase, como si un perdigón se le hubiera enterrado en las tripas.

—¿Qué pasa? —preguntó Bobby.

Ramses le hizo un gesto para que se detuviese en el arcén.

—Me duele.

—¿Qué es?

—Cáncer. Mi maletín médico. Morfina.

Tanto su maleta como su maletín médico estaban en la parte de atrás del coche patrulla. Bobby ayudó a Ramses a salir del asiento delantero y dar la vuelta hasta la puerta de atrás, y le echó una mano para entrar. Ramses se despojó de su chaqueta y se remangó la camisa, mientras Bobby buscaba su batería de ampollas de morfina en el maletín. Había dos docenas. Se puso delante para bloquear la visión de quien pasara por el lugar, mientras Ramses se apretaba una cuerda de goma alrededor del brazo, justo bajo el codo desnudo, y lo sostuvo fuertemente entre los dientes. Se inyectó la dosis; después dobló el torso durante un par de minutos, sin fuerzas y con las piernas temblorosas.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso? Me refiero a la morfina.

—Unas tres semanas. Antes de eso, ingería pastillas de codeína. Ocho, luego doce al día.

—¿Dónde está el cáncer?

Fue la primera vez en un todo aquel rato que Ramses lograba tomar una inspiración profunda.

—En el páncreas. —Levantó la vista; la morfina le pintaba estrellas en las pupilas.

Bobby no pudo evitar conjugar un gesto de dolor. Ramses sonrió ligeramente.

—No puede operarse, por supuesto. Pero tiene la virtud de ser rápido. —Bajó la manga de su camisa, y se abotonó el puño—. Gracias por su paciencia y su cortesía. Ya podemos seguir.

—¿Cuánto durarán los efectos de la dosis?

—Unas cuatro horas como mucho. Aunque la duración se hace más corta a cada día que pasa.

Bobby cerró la puerta de atrás y Ramses caminó sin ayuda hasta el asiento delantero.

Bobby tardó todavía en poner en marcha el motor. Unos cuantos coches pasaron por el camino.

—¿Cuánto cree?

—Tres meses en el mejor de los casos. O en el peor.

—¿Lo sabía Mally?

—No se lo había dicho. No hubiera podido hacer nada por mí hasta que el fin hubiera estado cerca, una cuestión de un par de semanas.

—¿Le importa si le pregunto cómo era su relación con Mally?

—Cordial. Pero ella se sentía más próxima a mí que yo a ella. ¿No deberíamos ponernos en camino? Les comuniqué a los hombres de Godsong y Wundall que estaría de regreso; nos esperan.

Bobby arrancó.

—Por desgracia —se lamentó Ramses—, carezco de la capacidad normal de sentir apego por nadie. Incluso por mi propia hija. Dejé la mayor parte de su desarrollo en manos de mi familia política en Nashville y regresé a Francia cuando Mally cumplió diez años. No nos volvimos a ver de nuevo hasta que estuvo en su segundo año en Fisk.

La morfina había relajado la lengua de Ramses, despojándole de esa inhibición que, por regla general, hubiera mostrado a la hora de revelar algo de sí mismo a un agente de la ley blanco, al que doblaba en edad y, para colmo, conocía desde hacía tan solo media hora. Pero ese era el punto fuerte de Bobby: formaba parte de su naturaleza invitar a la confianza, desentrañar los secretos incluso de gente que tendría los mayores motivos para fingir y ocultarle información.

—¿Y qué hay de la madre de Mally?

—¿Quiere decir si estábamos unidos? Solo en un sentido mórbido. Era más que una obsesión. La inevitable maldición de un hombre que no puede amar, es tener la mala fortuna de toparse con una fille méchante como Dawn Bird Hollins.

—No hablo el idioma francés, pero signifique eso lo que signifique, no suena nada bien.

—Dawn Bird era una privilegiada, para ser de nuestra raza. Medio «chocktaw», fue adoptada por una prominente familia de Nashville. Era una de tantas bellezas despreocupadas, brillante pero sin disciplina, displicente y a menudo loca. Como yo, también ella era incapaz de amar. Yo era orgulloso y demasiado arrogante como para creer que podría importarme alguna vez en un sentido más profundo. En el tiempo en que transcurría nuestro *affaire* maudite, creí que estaba manteniendo las distancias. Lo creí así incluso cuando más me consumía.

—¿Cuánto duró aquello?

—Obsesiones así duran toda la vida —sentenció Ramses, con una amarga sonrisa de devoto—. «Lamentos solitarios, pasiones desoladas, horas de dolor», por citar a un compañero en el dolor cuyo nombre he olvidado. El mes que viene se cumplirán veintiún años desde la última vez que vi a Dawn Bird. Aunque regresé a Francia durante la Depresión, me levantaba cada día con la expectación de que ese día volvería conmigo.

—De modo que fue ella quien le abandonó.

—Sí, una vez que me hubo explicado, bastante razonablemente en su opinión, que

si no me abandonaba, no tardaría en matarme mientras dormía. Sin duda actuaba según el consejo de su guía espiritual, algún demonio oculto en la oscuridad que nos rodea. Oh, para entonces había otro hombre, sin interés real para ella. Quizá ese tipo durmiera bien durante su relación, pero tengo mis dudas.

Antes de retirar la lona que cubría el cuerpo en la mesa de autopsias, Ramses ofreció a Bobby un pequeño bote azul de Vicks. Bobby se restregó un pegote bajo la nariz y le devolvió el bote. Ramses anestesió del mismo modo su sentido del olfato. Soplaban dos potentes ventiladores en la ventana que asomaba al lúgubre sótano, donde el rajado suelo de cemento, repintado varias veces en diversos tonos de verde, descendían por todas partes hasta un sumidero central.

—Por cierto —comentó Ramses, mirando por encima del hombro—, ¿qué ha sido del coche de Mally?

—Lo trasladamos al depósito municipal del condado, la chatarrería Starke's. ¿Había algo en su interior que fuera a necesitar?

—No. Creo que encontré todo lo importante cuando examiné el Dodge la primera vez.

—¿Qué buscaba?

—Pruebas de que Mally no había conducido su propio coche a Little Grove.

Bobby asintió, sombríamente curioso:

—No vi la necesidad de revisar cada centímetro del vehículo. Lo único que necesitaba saber era si las llaves seguían en el contacto.

—He etiquetado los frascos de cristal alineados sobre esa mesa de allí. El frasco de litro contiene trocitos de materiales que he quitado del freno y el pedal de embrague del Dodge, así como de las alfombrillas delanteras y traseras. Parecen ser goma seca, mezclada con basura de campo y abono de vaca. Había también dos envoltorios de caramelos Brach. Ese es el sobre número uno. La colilla del cigarrillo que hallé en el cenicero tenía marcas de pintalabios, probablemente de Mally. Sobre número dos.

Bobby recorrió con una mirada aquellos objetos que reposaban sobre la mesa, y cogió el frasco de litro; tenía parte de una etiqueta de mayonesa Hellman's adherida al cristal, por lo demás limpio.

—La corteza más grande de goma, extraída del acelerador, alberga una huella que puede haber sido hecha por un refuerzo de acero para el pie. Hay también huellas de puntadas resistentes que no coinciden con las puntadas de la suela de la sandalia de Mally, que está envuelta en una estopilla en el extremo de la mesa.

Bobby desenvolvió la sandalia y la encontró endurecida por el mismo material que Ramses había recogido en el tarro de mayonesa.

—En el segundo frasco encontrará unos trocitos de barro que contienen fragmentos de hierba y rastros de la parcela del cementerio de Little Grove, donde

fue descubierto el cuerpo de Mally. Presentan un aspecto muy diferente al de la mezcla de goma y estiércol.

Bobby respiró hondo.

—Da igual la atención con que decida examinar la sandalia, en ella no encontrará ni rastro del barro presente en el cementerio, lo cual sería el caso si Mally hubiera luchado por su vida para escapar de una manada de perros salvajes.

El rostro de Bobby se estaba calentando. No sabía si estaba enfadado con Ramses Valjean, por dedicarle ese tonillo cortante y crítico con el que parecía aleccionarle, o con él mismo, por haber demostrado tan desastrosa capacidad de observación en el escenario donde había tenido lugar una muerte.

—¿Son esas sus razones para pensar que Mally fue trasladada hasta allí?

—Hay otra prueba de lo que he llegado a considerar un hecho. Durante su investigación, ¿se tomaron fotos?

—Ese es el procedimiento que seguimos cuando hay una muerte, accidental o no. Aún no han sido reveladas.

—Yo también hice que Eddie Paradise Galphin tomase una cuantas fotografías. —Ramses alzó una mano al ver que el rostro de Bobby cambiaba a una expresión airada. Estaba tan cargado de sangre que hasta las raíces de su cabello parecían fuego —. Solo como precaución, por si algo en la documentación del condado se torcía. No es para entregarlas a ninguna cadena de noticias.

—Por su bien espero que no, Dr. Valjean. ¿Qué más había ahí de lo que yo deba estar al tanto?

—No piense que le estoy ofreciendo mis hallazgos como una forma de reproche. Comprendo muy bien cuál ha debido de ser su reacción cuando llegó al cementerio esta mañana temprano. Una multitud de huellas de pezuñas en tierra blanda, y sobre esta, un cuerpo despedazado, y la sangre... No creyó necesario mirar mucho más allá para dar con la causa de la muerte de Mally.

—¿Va a decirme ahora que no fueron los perros?

—No. Eso es lo que me desconcierta. Mally fue despedazada por un buen número de perros, grandes y feroces. Allí, en el frasco más pequeño, hay un colmillo roto que extraje de una de las heridas más profundas entre las que interesaron a sus costillas. Pero eso no pudo suceder, como he dicho, en Little Grove. Oh, alguien llevó allí un perro. Pero solo uno. Estoy seguro de ello, tal vez con una correa corta, con el fin de pisotear la tierra antes de que el cuerpo de Mally fuera... arrojado.

—¿Un perro?

—Cada una de las huellas de pezuñas que he encontrado es exactamente del mismo tamaño.

Dicho aquello Ramses dio media vuelta, y dobló la lona hasta la cintura de Mally.

—Como ya debe haber observado, el desgarró que presenta este lado de la garganta, el que ha arrancado la carótida izquierda, fue el responsable de la pérdida de sangre. —Encorvándose sobre ella, pareció extraviarse por unos momentos.

Cuando se irguió y buscó con la mirada a Bobby, sus ojos amarillentos expresaban distanciamiento; por fin regresó su tono académico—. ¿Recuerda la muestra de sangre que había por la superficie de la lápida más cercana a donde el cuerpo fue hallado?

—No. Quiero decir, no había ninguna muestra.

—Su ausencia es significativa. La sangre salta rítmicamente de una arteria, mientras el pulso la empuja a través de una ruptura. En una superficie relativamente lisa y vacía, como lo sería una lápida de caliza, esto formaría un inconfundible dibujo. Nuestras fotografías le mostrarán que la lápida en cuestión estaba cualquier cosa excepto bañada en sangre, tan limpia como el agua que se vierte de un cubo. Creo que los análisis demostrarán que la sangre tiene un origen animal, no humano. Lo único que se nos ofreció a la mirada en aquel pequeño punto del cementerio era un puro montaje. ¿Por qué?

Bobby asintió, mirando una canilla que goteaba sobre un fregadero; las traqueteantes aspas de la ventana le estaban poniendo de los nervios. Y el rostro del cadáver de Mally, esa masa gris y arcillosa, con oscuros coágulos por todas partes, la visión de unos huesos cerca de un agujero en la piel, donde antes había habido una oreja...

—Ya está bien, cúbrala de nuevo, Dr. Valjean; ¡por amor de Dios, cúbrala de una vez! ¡Y si no le queda ni una pizca de amor en el alma y no quiere llorar por ella, entonces déjesela a aquellos que la conocían mejor, déjeles el llanto a ellos!

Pee-Wee Cobb se hallaba desnudo, salvo por su ropa interior, y escuchaba al anunciante de los Cards, Harry Caray, en una retransmisión atrasada, mientras estudiaba las estadísticas de las Ligas Mayores de béisbol en Noticias deportivas de la tarde, cuando Bobby llamó a la puerta de atrás de Comidas Pee-Wee.

—Bobby, ¿has oído hablar de esa estríper hermafrodita con un solo brazo que trabaja en Naw'luns y se hace llamar Huevos de Milo?

—Debe tenerlo difícil —dijo Bobby, sin poder formular una sonrisa, aunque Pee-Wee soltó una risotada. Luego añadió—: Necesito una botella, Pee-Wee.

—¡Claro! Di lo que te apetece, ¿Dickel o Beam?

—Dickel.

—¿Quieres beber dentro?

—No. Vengo con alguien.

Pee-Wee miró por encima de Bobby para ver la oscura silueta de Ramses Valjean, de pie junto a un par de bidones de basura con capacidad para cincuenta litros.

—¿Quién es ese?

—El padre de Mally Shaw. Pee-Wee, no nos has visto a ninguno de los dos esta noche.

Pee-Wee ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿He oído a alguien? No, debe de ser el silbido de un búho. — Desapareció durante un par de minutos y regresó para dar a Bobby un quinto de gisqui y unos vasitos de plástico que le tendió por la puerta mosquitera.

—Ando un poco corto esta noche —murmuró Bobby.

—Págame el martes. —Alertado por algún matiz en el rostro de Bobby, se corrigió—: El martes de la semana que viene, quiero decir.

Tras compartir la mitad del quinto de gisqui y nada de charla bajo las estrellas, Bobby levantó la vista de la mesa de picnic que había en la pérgola para negros, propiedad de Comidas Pee-Wee, y le dijo a Ramses:

—Encontrar un cuerpo y no informar sobre ello puede ser un pecado mortal, pero no es algo a lo que se pueda aplicar la ley. Coger un cuerpo de un sitio para llevarlo a otro distinto y tratar de encubrir lo que has hecho es un delito grave. Alguien ha tenido que asumir un gran riesgo.

—¿Por qué? —Los ojos de Ramses parecían ámbar al brillo del cigarro que estaba fumando.

—No lo sé. Sírvase otro, Dr. Valjean.

—Si no le importa, señor. Y también, si no le importa... Ramses, por favor.

—Siendo medio francés, le hubiera imaginado un bebedor de vino.

—Solo puedo presumir de ser francófilo y, sí, siempre vino con una buena comida. Pero para una bebida casera, y fuerte, requiero la presencia de *Mr. Dickel* o *Mr. Daniels* de Lynchburg.

—Un gran «amén» por eso —repuso Bobby, saboreando su habano, que Ramses había extraído de una pitillera de viaje que llevaba en su maleta de cuero. Las hojas de los avellanos tiritaban sobre sus cabezas, y solo débilmente podían seguir el curso del partido de béisbol que emanaba de la radio de Pee-Wee. Este se había apartado discretamente de ambos, ocultándose a su vista tras las persianas cerradas de sus dos cuartos. El partido parecía estar en el período extra, pero Bobby había perdido la noción del tiempo.

—Quiquiera que moviese a Mally necesitó ayuda. Eso es a lo que le estoy dando vueltas en la cabeza. Un hombre no puede haber hecho todo eso, ¿y adónde fue después? Dejó el coche allí, así que iría a pie, y Cole's Crossing está lejos de cualquier parte como para llegar en autoestop.

—Tal vez fueron dos hombres. Dos vehículos, uno de los cuales bien podía ser una ranchera. Pero pregunto de nuevo, ¿con qué motivo iban a moverla?

—No fueron perros salvajes. Fueron los perros de alguien, que se habían soltado y atacaron a Mally. Así que se trata de un caso de negligencia.

—¿Quién tiene perros con ese potencial para atacar a seres humanos?

—¿Quién no? Hasta los mejores perros, encerrados el tiempo suficiente, pueden volverse salvajes si se ven libres y algo les incita a atacar. Como una mujer asustada,

que también va a la carrera.

—¿Huyendo de los perros? ¿O de hombres?

—¿Tiene alguna razón para sugerir eso? —preguntó Bobby ásperamente.

Ramses había dejado su cigarro; su cara, su expresión, ya no resultaban legibles en la oscuridad.

—No. Aún no.

—Quizá deba ir a casa de Mally, antes de hacer nada, y echar un vistazo por ahí.

—Iré con usted. Habrá efectos personales de los que deshacerse. Creo que Mally era la dueña de la casa, con lo cual tendrá que pasar por los trámites de autenticación.

—¿Dónde planeaba pasar la noche?

—Eddie Paradise Galphin fue tan amable como para ofrecerme su casa mientras permaneciera en Evening Shade.

—Oh, ¿eso hizo? ¿Y en la casa de su madre? Un hatajo de chavales ocupan las habitaciones, lo mejor que podrá obtener será un colchón tirado en el porche. En sus condiciones... En cualquier caso, me gustaría que estuviera lejos de Eddie durante un par de días, no confío en su ambición.

—Supongo que podría pedir asilo para pasar la noche a uno de nuestros párrocos locales.

—Oh-oh...

—No soy un hombre religioso. Encontraría difícil aceptar la hospitalidad de un párroco y tener que participar en rituales inspirados en un texto «sagrado» concebido a partes iguales de mitos, superstición e ilusiones. ¿Es usted religioso, Bobby?

—Depende del día. Y no me llame Bobby en lugar alguno donde sea posible que alguien le esté escuchando.

—Pensé que habíamos forjado algo entre nosotros, al calor de esta botella de buen gisqui.

—Bueno, sí y no. —Tuvo la idea de que Ramses estaba sonriendo—. Bebo con no importa quién y no importa dónde cuando me da la gana, y eso no es asunto de nadie. Le respeto a usted como hombre y lamento su pérdida, incluso aunque ni usted mismo sepa lo mucho que ha perdido, y lamento lo de...

—¿Mi destino? —sugirió Ramses.

—Eso también. Solo respéteme por ser quien soy y quien debo ser. —Bobby tomó otro trago—. Mi padre fue *sheriff* durante veintitrés años y a él le llamaban Robert. Manda huevos, a mí me llaman Bobby.

—Entiendo.

—Los colchones son muy finos en los calabozos, pero en un domingo por la noche no hay lugar tranquilo.

—¿Es ahí donde quiere que vaya, Bobby? ¿Pasar la noche en comisaría? —Saltaba a la vista la diversión que había en la voz de Ramses.

—No —respondió Bobby—. A decir verdad, no tengo ni la menor idea de qué hacer con usted.

Bobby se deslizó al interior del lecho conyugal con la esperanza de que Cecily no se despertase, pero rodó sobre su costado y puso el dorso de una mano laxa en su mejilla, acariciándole por un momento.

—Pensé que te había oído hablar con alguien.

—Así es. Tenemos compañía. Solo por esta noche.

—Oh. ¿Quién?

—Ramses Valjean. No tenía ningún otro sitio adonde ir.

Tras unos segundos, Cecily dijo:

—Has hecho muy bien, Bobby. —Olió su cabello—. ¿Cigarros?

—Oh-oh.

—Tu aliento. ¿No estarás borracho?

—He estado peor.

—Solo tomas bebidas fuertes cuando algo te preocupa en exceso. ¿Es nuestro dinero?

—No. Habrá una partida en comisaría en un día o dos.

—Bobby, ¿sueles perder al póquer?

—Intento que no sea así. —Cerró los ojos, sintiéndose más y más cómodo contra su piel—. Que esté así tiene que ver con Mally Shaw.

—¿Hay algún problema con lo que le ha ocurrido? —murmuró Cecily. Podía tener ciertas dotes de clarividente a aquella hora tardía, en el crepúsculo de la semivigilia, cuando los cabos de los nervios físicos flotaban a la deriva en su cuerpo tendido, como medusas en un mar en calma.

—Se está revelando como un gran problema y no sé cómo manejarlo.

Cecily respiró hondo y tras un minuto, Bobby pensó que lo mejor sería dormir acurrucado contra ella, el camisón levantado sobre la belleza marfileña de su pequeño trasero.

—¿Cómo lo hubiera manejado Luther, de estar aquí?

—¿Luther? Se hubiera cruzado de brazos hasta que el problema desapareciese por sí mismo.

—¿Y desaparecerá alguna vez, Bobby?

—Eso creo.

—Entonces quizá sea eso lo que debes hacer. Cruzarte de brazos y esperar.

Magia novedosa
Un hombre baldío
Noche en el *Expreso Serpiente Negra*

Alex despertó en la hamaca de macramé del cenador que había en la parte trasera de la casa de Francie Swift, una residencia de dos plantas estilo colonial, fabricada en ladrillo, cuando Francie propinó a la hamaca un empujón. Vestía pantalones de montar y su segundo mejor par de botas, y una camisa azul y blanca a cuadros, de mangas cortas. Bajo su brazo izquierdo sostenía un casco de montar y una fusta de cuero.

—¿Has pasado la noche aquí? —preguntó, sin sorpresa, como si estuviese acostumbrada a toparse con chicos semisalvajes por el lugar todo el tiempo.

Alex bostezó, luego asintió. El sol se hallaba en lo alto desde hacía una media hora; la luz que se derramaba a través de la rejilla de las campanillas horadaba un entramado de cálidas motas en su cara y sus largas y bronceadas piernas.

—¿Por qué? ¿Tienes problemas en casa?

Francie se hacía acompañar de su viejo perro, una bola de pelusa tan blanca como la nieve, cuya garganta entonó un leve gruñido cuando Alex se incorporó y puso los pies desnudos en el suelo del cenador. Los pantalones mostraban una semierección. Si Francie se había dado cuenta, no debía resultarle una novedad: tenía tres hermanos. Con catorce años, su propia sexualidad ya se había despertado, pero todavía permanecía agazapada, como un conejo en su madriguera.

Alex levantó la vista hacia ella, y sintió en el corazón ese agradable vuelco que azota al que se descubre embelesado. Francie tenía el cabello largo hasta los hombros, y se le había aclarado por el sol. A su rostro ovalado lo salpicaban unas pecas diminutas, que daban toda la impresión de que le habían vertido Coca-Cola a través de una mosquitera. Alex deseaba contarle todo. Pero las palabras, que solo horas atrás habían brotado sin esfuerzo de su lengua, no se avenían ahora a mostrarse. En lugar del habla, solo consiguió emitir unos ruidos estrangulados; así que también había dejado atrás la novedosa magia del lenguaje, cuando dio la espalda a Mally en Cole's Crossing. Un nuevo error: la decepción casi le hizo desfallecer y se mordió el labio, irritado e incapaz de mirar a Francie.

Francie alargó la mano para acallar a su perro con un par de golpecitos del dedo índice en su hocico.

—Mi familia está en Bowling Green. No volverán hasta mañana por la tarde. Puedes utilizar la ducha del cobertizo. Te prepararé algo de desayuno. No tendrás tantas picaduras de mosquito si duermes esta noche en el porche. A menos que

decidas volver a casa...

Alex negó con la cabeza.

—Voy a dar clases en Tigertown hoy por la mañana. Si quieres mirar... Probablemente te resulte aburrido. ¿Sabes montar?

No.

—Tenemos poca ayuda esta semana. Así que si quieres echar una mano puedes limpiar las sillas. Hay montones de botas por aquí; seguro que podrás encontrar un par que te valga.

Alex volvió a levantar la mirada. Francie hizo un movimiento con la cabeza. Llevaba el cabello recogido en dos coletas, dividido por una línea tan recta que parecía haberla dibujado con una regla. Sus ojos celestes nadaban entre motas de sol. Había una expresión de humor en su mirada.

—No creas que voy a darte el desayuno, si resulta que tienes alergia al trabajo. Vamos, guapo, ponte en marcha. Lávate. —Hizo como si fuera a pisarle los dedos de los pies con la bota. Alex saltó de la hamaca y dedicó a Francie su mirada ladeada y desdeñosa mientras se embutía los mocasines. Con total gravedad, ella le clavó la punta de su fusta en mitad del pecho. Ambos estaban a punto de sonreír. Alex fingió alarmarse y corrió por el cenador, y algo más allá, tras saltar un desnivel de tres metros, aterrizó hábilmente sobre pies y manos, para salir después a la carrera. Antes de llegar al cobertizo compuso una difícil voltereta en el aire, todavía a la carrera, y añadió un giro sobre el suelo para divertir a Francie. Se imaginó que ella aún estaría mirando.

Ramses Valjean iba a lavarse los dientes cuando la puerta del baño se abrió y Bernice Clauson se dispuso a entrar, con el sueño aún nublándole los ojos, el dobladillo de su transparente camión azul flotando alrededor de sus tobillos. Llevaba un vaso de agua en la mano izquierda.

Con la otra mano en el pomo de la puerta, Bernice se detuvo y dio un respingo al ver a Ramses, vestido únicamente con una camiseta interior y unos pantalones de los que colgaban un par de tirantes rojos, inclinado sobre el lavamanos. No se hubiera visto tan sorprendida de haberse topado con un cocodrilo de tres metros.

—Buenos días —saludó Ramses—. Usted debe de ser *Mrs.* Clauson.

Bernie dejó caer el vaso, que tenía su dentadura superior en una solución líquida, sobre el suelo de azulejos. Su mano voló a cubrir el vacío de encías que asomaba en su boca abierta, al tiempo que barbotaba un grito de horror. Reculó hacia el pasillo, cerrando la puerta.

Ramses miró el perlado juego de dientes que había en el suelo azul, entre los trozos de cristal. Dejó el tubo de pasta dentrífica, se aferró al lavamanos con ambas manos, y se convulsionó de la risa que había reprimido hasta que el esfuerzo le provocó un ataque de tos.

Mientras se dirigía a la casa de Mally Shaw en el coche patrulla, Bobby recibió un mensaje de la centralita.

—Bobby, Francie Swift ha telefonado para decir que Alex ha pasado la noche en su casa, pero que no lo supo hasta que se levantó esta mañana, si no, hubiera llamado antes.

—¿Está aún ahí?

—Francie me pidió que le dijese que había desayunado, que estaba trabajando en el establo y que se encuentra bien, no debe preocuparse por él.

—Gracias, Deb.

Ramses le estaba mirando.

—Alex se está convirtiendo en un dolor de cabeza —dijo Bobby—. Hemos tenido una pelotera porque pensábamos mandarle a una escuela en Louisville donde podrán ayudarle. En un par de meses cumplirá catorce años, pero se niega a crecer. Probablemente le he malcriado. Nuestros viejos murieron en un incendio, ¿lo mencioné anoche? Sea como sea, depende mucho de mí, y ya no sé cómo manejar la situación.

—Yo sería el último que podría dar consejos sobre cómo ser padre o un padre sustituto. Mally siempre me lo puso fácil, me perdonaba por la desatención que le mostré. Me pregunto por qué.

—Tenía un gran corazón. Quizá siempre supo que estaría ahí cuando más le necesitase. Nunca le hizo daño a propósito, eso es lo que ella me contó.

—Una ausencia voluntaria puede llegar a ser el daño más doloroso que quepa infligirse. El silencio emocional. Su hermano es incapaz de hablar, pero está loco porque le comprendan. Por cierto, escribe muy bien. ¿Lleva un diario?

—No sabría decirle. No meto la nariz en su habitación. A veces me muestra los cuentos que escribe. La mayor parte son de vaqueros. Quizá sea esa la manera en que aparta de su cabeza lo que le aflige.

—Espero conocer a Alex, ahora que he dormido en su cama y he experimentado a través de sus posesiones y la impronta de su alma lo que es ser un muchacho. Crecí trabajando en la granja de mi padre, un trabajo tan esclavizador como un siglo atrás lo hubiera sido verme arrastrado y encadenado a un barco. Nací con el rencor de un viejo y una voluntad de hierro. Para la sociedad negra, mi padre era un subversivo; se había ganado su destino y las mulas que poseía siendo el negro de un blanco. Yo siempre sentí vergüenza de él.

De nuevo les interrumpió la radio. Habían encontrado un negro de unos cuarenta años muerto en una acequia, aparentemente, por causas naturales. En su caja de rapé se habían hallado restos de cocaína. Se llamaba Lindell Jones.

—¿Causas naturales? —preguntó Ramses.

—Por aquí la cocaína y la intoxicación etílica se consideran causas naturales.

—Es lo común cuando se trata de hombres negros. O de mujeres.

—Los bajos fondos apestan a cocaína. Desde la guerra, buena parte procede del norte. No hay mucho que podamos hacer.

—Es otra forma de esclavitud. —Ramses se sumió en el silencio, mirando por la ventana.

—Mire, si Luther saca algún dinero de ello, ni lo sé ni quiero saberlo.

Ramses miró de nuevo a Bobby.

—A usted no le importa gran cosa el respeto a la ley, ¿verdad?

—Lo que me importa es la ley. Es por eso por lo que me estoy dejando la piel acudiendo a la universidad nocturna.

Al llegar al asador cercado por los tablones, Bobby se desvió a la derecha para abandonar la autopista 19 y fue recibido por la visión de Eddie Paradise Galphin, que esperaba repantigado contra su polvoriento biplaza rojo.

—Maldita sea.

—No puedo sino admirar su tenacidad.

—Si sale del coche patrulla por el asiento delantero, Eddie creerá que me ha echado usted un maleficio.

—Compórtese como si supiera cuál debe ser mi posición. Cuente conmigo, jefe.

—Sí, pero usted se habrá marchado de aquí en un par de días.

—Aunque no hasta más allá de las Puertas de la Eternidad...

—Bromea usted sobre las cosas más sobrecogedoras.

—Es cuestión de tener cierta perspectiva sobre lo inimaginable.

—Tengo que tratar con mi gente, y no puedo permitirme que nadie me mire con recelo.

—Le entiendo por completo, jefe.

—¿Por qué cuando dice «jefe» suena a algo parecido a «capullo»?

—Lleva años de práctica —reconoció Ramses.

Ramses sonrió, y Bobby sonrió también, aunque ligeramente, pero luego puso una cara diferente al salir del coche, para tratar debidamente con Eddie Paradise Galphin.

—Me está empezando a cargar, Eddie.

—Solo quiero ser de ayuda en las tribulaciones del Dr. Valjean —replicó Eddie sinceramente, retorciéndose las manos—. ¿Qué le ocurrió anoche, doctor? Le estuve esperando hasta pasados treinta minutos de...

Bobby avanzó hasta poner un pie entre los de Eddie, lo que le obligó a enderezarse contra el costado de su vehículo.

—¿Aún deseas llegar a Chicago, Eddie?

—Bueno, yo...

—Puedo arreglarlo. Antes de que te des cuenta estarás en Chicago, desnudo como el día en que naciste, metido en un vagón congelador de la vía ferroviaria de Illinois. ¿Alguna vez has visto a un hombre con los globos oculares congelados, Eddie?

—No, señor.

—Por no hablar de su polla.

—O-ooooh...

—Lindell Jones ha aparecido muerto en la acequia que hay junto a la plantación Lovell. Ahí te espera tu historia. No aquí.

—Sí, señor.

Cuando el biplaza de Eddie Paradise Galphin había desaparecido en la autopista, Ramses dijo:

—Un ejercicio interesante en cuestión de relaciones públicas.

—Tienen que creer que harás exactamente lo que dices que harás. Cuanta más imaginación pongo al concebir un castigo, más rápido se vuelve del dominio público. Nunca he golpeado a un hombre negro con una porra. Eso no causa impresión. Para los blancos, una porra siempre funciona.

—¿Y ese impresionante revolver que lleva al cinto?

—Es un 44. Soy bastante bueno en el campo de tiro, pero nunca he disparado a un hombre y espero no tener que hacerlo nunca.

Dentro de la casa comprobaron que la electricidad estaba cortada. Bobby encontró el origen del problema en la autopista y radió para que trasladasen allí un camión de servicio público.

Cuando regresó a la casa, Ramses Valjean estaba junto a las ventanas del cuarto principal. Allí había buena luz. Ramses leía una página de los cuadernos de Alex.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó Bobby, aunque el aspecto de aquel cuaderno le resultaba familiar, y tuvo un pálpito.

—Un cuento que su hermano escribió cuando estaba en quinto curso. Me pregunto cómo Mally dio con...

—Puede que fuera el mismo Alex quien se lo diera.

Ramses cerró el cuaderno.

—¿Se conocían?

Bobby se encogió de hombros.

—No desde hacía mucho. Mally le prestó bastante ayuda cuando Alex estropeó su bicicleta por los alrededores de la casa. Le lavó y le puso yodo en las heridas. — Ramses no dijo nada—. Alex había tenido problemas en casa por algo que resultó que no había hecho. Debió venir buscando el apoyo de Mally. Era una mujer condenadamente buena, siempre ayudando a la gente, creo.

—Sí, así era ella. Había una dulzura en su carácter que no podía proceder ni de mí ni de su madre. Pero las flores también aparecen de pronto, incluso en tierra pedregosa.

—He pedido que venga un técnico de mantenimiento; darán la electricidad ahora mismo. He de ir a trabajar.

—Claro.

—Aquí estará un poco aislado. No me he dado cuenta de si hay línea telefónica en la casa. Pero la tienda de Mallard está a poca distancia de aquí, según se va a la ciudad. Tiene un teléfono de pago. Si necesita ir a alguna parte, llame y vendré yo mismo o enviaré a un agente por usted.

—Solo tengo que ir a Godsong y Wundall para hacer los últimos trámites para mañana.

—¿Va a quedarse aquí esta noche?

—Estoy seguro de que sabré acomodarme, una vez me haya puesto al corriente en los asuntos de Mally. Supongo que podré averiguar esto por mí mismo, pero tal vez usted sea capaz de decírmelo. ¿Tenía un amante?

—No lo sé.

—Antes de que se vaya, ¿por qué no echa un vistazo a su dormitorio?

Bobby avanzó por el pasillo hacia el dormitorio de Mally, y se quedó junto a la puerta por unos momentos; después entró en el cuarto y levantó la persiana de la ventana al completo, para tener una mejor visión del aspecto en que se hallaba la cama. Volvió al salón.

—Alguien se propasó con ella. O quizá fueron...

—No, no creo que fuera más de un hombre. A juzgar por las condiciones de los tejidos blandos de su vulva y su vagina, solo puede haber una conclusión: Mally fue forzada, quizá repetidas veces. También había pequeñas hemorragias en los vasos sanguíneos de la cara interior de sus muslos: moratones producidos por dedos, como si el hombre que la forzó le hubiera aferrado los muslos para abrirlos de par en par mientras la violaba. Por cierto, tenía las manos grandes. La violación, o violaciones, ocurrieron mucho antes de que los perros hiciesen presa en ella.

—Examinó las partes de...

—Examiné los restos de una mujer muerta —repuso ásperamente Ramses—, en pos de la verdad que ella ya no podía darnos.

—De modo que fue violada aquí, y luego se la llevaron a otra parte, donde murió. Después fue movida de nuevo.

Ramses levantó su puño derecho y lo abrió lentamente. En su interior había un papel de celofán arrugado.

—Encontré uno en el suelo junto al sofá, dos más en el dormitorio. Los mismos envoltorios que había en el Dodge de Mally. Al hombre le gustan los caramelos.

—O Mally tenía debilidad por el azúcar.

—Hasta ahora no he encontrado ningún caramelo en la casa, ni los había en su bolso o en su coche.

Bobby dejó escapar una lenta bocanada de aire.

—Mejor que me entregue esos envoltorios. Los pondré con las otras... evidencias que llegarán por la mañana de la funeraria.

—¿En qué parte de la ciudad se pueden encontrar caramelos Brach?

—En la tienda de Reaves Rexall y probablemente en el todo a cien. Lo comprobaré primero allí, pero mucha gente...

—Compra caramelos. En efecto. Pero usted busca a un hombre blanco, rubio, de un metro noventa de altura, que calza un cuarenta y tres y probablemente ha comprado sus caramelos en los últimos tres días.

—¿Cómo demonios...?

—El asiento delantero del Dodge había sido desplazado hacia atrás casi por completo. Mally era de compleción menuda; dudo que hubiera podido maniobrar su vehículo con el asiento en esa posición. Deberé asumir que quienquiera que condujo el coche hasta Little Grove tuvo suficiente juicio como para no dejar sus huellas por todas partes.

—¿Rubio?

—Durante el coito perdió unos cuantos vellos púbicos; tres para ser exactos, pegados con sangre o semen a las partes pudendas de Mally y a su propio vello púbico, que es bastante basto comparado con el nórdico...

—¿Por qué no le entrego mi placa, simplemente, Ramses, y acaba lo que yo no he tenido el cuajo de hacer de entrada?

—No hay necesidad de sentirse insultado o desairado, Bobby. Mi experiencia procede de haber trabajado durante muchos años para el Departamento de Policía de Nashville, en algunos de sus casos de homicidio más complicados. Aquí no he hecho más que empezar por lo necesario. La auténtica labor de detective es cosa suya. Encuéntrale, Bobby. ¿O sabe ya de quién le estoy hablando?

Bobby no pudo responderle. Su garganta estaba tan tiesa como un puño.

—¿Es intocable, Bobby? —preguntó Ramses con voz calmada.

—Nadie... es intocable, después de una cosa como esta.

—Solo le he dado información. Lo que no tiene son pruebas.

—Lo sé.

—Entonces arriesga mucho, si va a seguir con esto. ¿Seguirá con esto, Bobby?

—Por el amor de Dios, ¿qué espera que diga?

Ramses asintió; acto seguido, recorrió con la mirada el cuarto principal de la casa de Mally, pero detuvo su exploración en la pared atestada de fotografías que había tras el sofá, atraído por una imagen suya junto a una joven Mally, que le cogía de la mano y le sonreía. En la foto, su rostro sin barba aparecía adusto, como si se hubiera visto obligado a participar en aquello en un papel de cómplice involuntario.

—Ya sé que soy un hombre baldío —sentenció Ramses por fin—. Un hombre que mira de frente el «horreur d'une profonde nuit», «el horror de la noche profunda», como dijo Racine. Pero lo que usted tiene ante sí es el resto de su vida. —Sonrió—. Pruebe a hacerlo ahora mismo, Bobby, eche un vistazo al espejo de su alma. ¿Cómo se siente? ¿Cómodo? ¿O seguirá llevando su vida de aquí hasta el final, como le dijo a Eddie, igual que un mal traje?

Jim Giles, el hombre de Leland Howard, tomó su almuerzo en el HobNob Café de

la plaza del juzgado: era el Especial del Lunes, que consistía en un bistec demasiado hecho en su salsa, unas patatas trituradas y un plato de tomates guisados con verdura india, todo por ochenta y cinco céntimos. Bebió otras dos tazas de café solo, que había estado bebiendo sin cesar durante las últimas treinta y seis horas mientras descabezaba no más allá de un par de horas de sueño durante el trayecto en coche. Toda esa cafeína le tenía el cerebro bullendo como un fluorescente a punto de fundirse, y su corazón se crispaba con cada latido. Aun así, no le importaba estar al margen de la campaña por un tiempo. Los políticos divertían a Giles, pero de un modo lúgubre: todos esos candidatos con bocas como rifles, cargadas con su alijo de mentiras de doble filo.

Tras el almuerzo salió a unirse en el resplandor del mediodía, una cerilla de cocina adherida a una esquina de la boca. Se detuvo bajo un dosel de chapa oxidada sobre el arcén, cubriéndose los ojos con una mano, como si hubiera que distinguir allí algo especial que convirtiera aquella plaza del juzgado en algo muy diferente de muchas otras de las que había en Dixie, pero la única diferencia parecía residir en la calidad de su mantenimiento, su desgano orgullo cívico. Todo precisaba de ser barrido o regado. Algunas begonias y cinias se sofocaban bajo el polvo, contritas en un par de zanjias atestadas que daban a la fachada de la corte, con sus rechonchos ladrillos amarillos. Aquí y allí, los almacenes mostraban sus escaparates rajados, ventanales que los comerciantes carecían de fondos para cambiar. Vio a niños aferrados a sus helados —tenían aspecto de chiquillos bien aseados, en cualquier caso—, entre ellos, un desgarrado chico rubio que empujaba su bici Schwinn azul y blanca con una mano, manteniendo el paso con una chica todavía más rubia que él que arrastraba una *scooter* Cushman nueva con el motor parado. Giles no sabía quiénes eran —no conocía un alma en Evening Shade—, pero la bicicleta le sonaba de algo. Había visto una como ella en el porche de Mally Shaw durante la tormenta del sábado por la noche. Le faltaba una pieza del reflectante rojo del guardabarros trasero.

Giles se sacó la cerilla de la boca, avanzó tres pasos hasta llegar al nivel de calle, donde escupió, esperó que un camión cargado de paneles le adelantase, y luego corrió de varias zancadas por la ancha calzada de cemento, parcheada con sus culebras de asfalto, reptando como medusas por todas partes, y se apostó tras los desprevenidos jóvenes. La chica parecía estar llevando todo el peso de la charla. Luego, como si se hubiera quedado seca de tanto hablar, se detuvo para beber un trago de una fuente de granito, emplazada en el arco de sombras que había en el parque, en los alrededores del juzgado: los árboles que allí crecían, totalmente anodinos, conferían un aire de mayor desencanto a la ciudad, aquellas pútridas mimosas y roñosos sicomoros, en lugar de esos robles que se arraigaban profundamente al suelo con su grandeza centenaria.

Giles echó un buen vistazo al reflectante de la Schwinn. De acuerdo, le faltaba una pieza. Fue en ese momento cuando el chico se volvió casualmente y le descubrió

a diez metros de él sin poder ocultar la sorpresa, o la consternación, que iluminó su rostro. Giles no cambió de expresión; el chico bajó de inmediato la vista a sus raspados mocasines, donde se había soltado un cordón, y después a la chica, inclinada tan atractivamente sobre la fuente de agua con su blusa sin mangas y sus bermudas. Pero la jovencita no captó la atención de Giles por mucho rato, de modo que siguió examinando al chico. Se volvió abruptamente cuando la chica acabó de beber. Giles cruzó la plaza hasta donde había aparcado el Pontiac Eight. Había visto lo suficiente para darse cuenta de que los problemas de Leland Howard en Evening Shade habían empezado a multiplicarse.

En su oficina, emplazada en los sótanos del juzgado, Bobby Gambier volvía las páginas de un cuaderno que olía a vómito, el cual había guardado previamente bajo llave en un cajón de su escritorio. La puerta de la oficina estaba cerrada, impidiendo así que el aire circulase entre las ventanas abiertas y los enormes ventiladores que había apostados en el pasillo. Sudaba profusamente mientras leía una y otra vez la descripción que Alex había dejado escrita de la violación de Mally, un suceso que más tarde, durante aquella misma noche, había desembocado en algo impronunciable, en un lugar en el que tal vez no hubo testigos. Aún no lo sabía.

Cuando acabó la guerra, Bobby había cumplido con su país sirviendo en una nación derrotada: las ratas recorrían sus ciudades, y las poblaciones de las afueras, roídas hasta los escombros y hediendo todavía a fuego de artillería, eran recorridas de un extremo al otro por las pisadas de los tanques. Hacia aquellas poblaciones intentaban escapar los miembros de menor escalafón que componían los Escuadrones de la Muerte de las ss y los máximos dirigentes de los campos de concentración, haciendo escasear los recursos que sus superiores precisaban para huir al otro lado de las fronteras. Bobby había visto los rostros de quienes fueron capturados y embarcados rumbo a Heidelberg, convenientemente encadenados: rostros estólidos e impasibles, ojos que habían contemplado lo inhumano y corazones que no sentían nada. Había la misma sensación de culpa en las tropas de las ss de la que había en los perros pastores, animales entrenados para desmembrar a los prisioneros mediante una simple orden, a veces por puro divertimento.

No conocía a Leland Howard, pero Bobby no podía imaginarle mirando de brazos cruzados cómo los perros (¿sus perros?) destruían a Mally. Pero si había una explicación para la forma en que Mally había muerto, él era el único que podría darla.

Cuando terminó de leer, Bobby arrancó las páginas del cuaderno de Alex y prendió una cerilla. Las páginas se arrugaron como fantasmas demoníacos en el fondo de su papelera de metal, y se redujeron a cenizas, que Bobby removió con el extremo de otra cerilla. Luego se arrellanó en su silla con las manos entrelazadas detrás la nuca, mirando el lento aleteo de una polilla en el interior del urinario que había engastado a la pared.

Al menos, Alex estaba ahora a salvo.

En el andén de Cole's Crossing, tras el paso nocturno del Dixie Traveler, Mally le dijo a Alex:

—¿Así que tienes novia? ¿Cómo se llama?

—Francie. No es exactamente mi novia. Me dijo que podía quedarme en su casa de nuevo esta noche si así lo quería. Cuando sus viejos lleguen a casa, será otra historia.

—Pero tú le gustas.

—No creo que a Francie le resulte muy diferente que no le pueda hablar, tal y como te estoy hablando a ti... en este lugar.

Alex levantó la cabeza bruscamente y lanzó una mirada asustada a algo o alguien que ya se había desvanecido antes de que su cerebro hubiera podido asimilar qué era lo que habían visto sus ojos. Por un momento, a Mally pareció turbarle su aprensión, pero tras unos instantes, sonrió:

—Bueno, es bonita, ¿no?

—¿Francie? Ajá. En cualquier caso... Francie dice que le gusta llevar el peso de la conversación porque la mayoría de la gente no tiene nada en la cabeza, aunque ve en mis ojos que soy más serio. —Las mejillas de Alex enrojecieron—. Dice también que es un alivio estar con alguien que le presta atención y no le está diciendo siempre, «Francie, cierra el pico». —Alex respingó como si hubiera chocado con algo, invisible pero tangible, que flotaba en el aire, y dio un salto hacia el muro de la estación: su imagen se reflejó en un trozo de cristal roto que sobresalía en el marco de la ventana—. ¿Sabes?, es muy divertida. Se burla de su caballo, Tigertown. Dice que solo tiene tres modos de andar: trote, tropiezo y caída. Cosas así; nunca me había reído tanto.

—Por cierto —comentó Mally, admirando las galas de su vestido de noche, tanto el traje de seda china, sin mangas, de color azul oscuro como la pulsera de oro que ceñía su muñeca derecha—, gracias por el vestido y las joyas. Pero de verdad, no necesito esto. —Alzó su mano izquierda. Llevaba un reloj de correa de oro que parecía de Bernice Clauson—. Nunca podría permitirme algo de esta clase, eso te lo aseguro.

Alex echó una mirada a los pies descalzos de Mally.

—Oh-oh...

—No importa. No creo que vaya a clavarme una astilla.

—Eh... ¿Qué me dices de un par de botas de montar como las que Francie...?

—¿Con este vestido? No, gracias.

—Aún no pillo cómo, quiero decir de qué forma...

—Me vistes en tu mente antes de que yo... llegue. De otra manera, ¿quién sabe qué aspecto tendría?

—¿Quieres decir muerta?

Alex se mordió su agrietado labio inferior, apartando la mirada de Mally, porque

no le gustaba comprobar que no respiraba. Le hacía difícil también a él tomar aire.

—Eso creo, Alex. Muerta y más muerta a cada rato que pasa.

Alex podía ver a Mally a la perfección, como si ella misma crease la serena luz que la envolvía, brillando a través de su piel y no sobre ella, esa clase de luz que emiten las lámparas de papel; por otra parte, había en el cruce una oscuridad profunda como Alex jamás había conocido. Era como estar en el mismísimo borde del universo, en la frontera de su abismo sin rostro.

Alex sintió, más que vio, la agitación que preludiaba una aparición en el interior de la estación. Miró a través del espeso enjambre de cables que cubría una de las ventanas rotas, y al instante desvió la mirada. Puede que estuviera en su mano vestir a Mally, pero no así a las otras almas que se apiñaban allá adentro, ansiosas por verle.

—El tren va a llegar —observó Mally.

—¿Otro de esos trenes fantasma? —dijo Alex con una sonrisa nerviosa.

Mally le miró con gravedad:

—Hay también gente blanca esperando a embarcar en el tren, Alex.

—Lo sé, yo... —Su labio estaba sangrando; nunca se curaría si no lo dejaba en paz— puedo verlos. Mientras estés conmigo, no tendré nada de lo que preocuparme, ¿verdad?

—Oh, Alex. Quizá no sea tan buena cosa que estés tan cerca de un cruce. —Miró hacia un lado, al final de la vía—. No te preocupes por el aspecto de este tren. Da un paso atrás, Alex, contra el muro del almacén. No querrás que te arrastre, ¿no?

Hizo lo que le dijo, con el corazón agarrotado en su pecho, aunque no vio nada, ni en un lado de la vía ni en el otro. Pero podía sentir otra vez la opresión contra su cuerpo. De pronto ahí lo tenía, como una explosión silenciosa: las chispas saltaban de las enormes ruedas de la locomotora, que chirriaban contra los raíles de metal, y un foco helado como el ojo de un reptil brillaba en lo alto. Luego oyó un débil lamento, pero no procedía de una garganta humana.

Mally se había puesto delante de él, escudándole con su cuerpo suavemente iluminado, aunque no percibía aquel cuerpo, la piel de Mally sobre la suya. Solo se sentía protegido.

—Cierra los ojos y cúbrete los oídos. ¡Hazlo ahora!

Varias almas aparecieron desde el interior de la estación. Alex sintió como si la suave temperatura del andén hubiera descendido hasta la temperatura de congelación. El lamento, aunque se cubría los oídos con todas sus fuerzas, había alcanzado el tono agudo de los cataclismos. Sintió una desesperación tan infinita que rompió en lágrimas y, lentamente, cayó de rodillas. Cuando estas tocaron los rugosos puntales del andén, todo sonido, todo movimiento espectral, llegó a su fin.

Mally se había apartado de él. Alex levantó la vista para ver los últimos vagones de un tren que en parte era acero negro y, ¡oh, Dios!, en parte era una serpiente acorazada que se deslizaba por la curva de Half Mile, abalanzándose a una herida roja que cicatrizaba en el cielo, tan terrible como un corazón abierto de par en par. Duró lo

que un par de parpadeos de los deslumbrados ojos de Alex.

—¿Se van al infierno? —sollozó.

—No hay cielo o infierno, cosa que yo siempre sospeché, a pesar de la catequesis y el Antiguo Testamento y esos predicadores que usaban el fuego del infierno para aumentar sus ganancias. Lo que hay más allá son otros mundos, algunos mucho mejores que... el que acabo de dejar, y otros que... bueno, no puedo decir con certeza qué son. Es como cuando en tu mundo unos tipos van a Palm Beach y otros a Pittsburgh. Pero Alex: en el gran orden de las cosas, poco importa lo mal que lo hayas hecho en la ordalía de la vida; tienes que vivir de nuevo, igual que si hubieras de repetir curso. La diferencia es que la siguiente vez tu profesor se va a comportar de un modo más estricto, y el nuevo colegio no tendrá ese bonito recreo, y no habrá almuerzos gratis. Repite otra vez y se te hará aún más difícil realizar tus deberes.

Mally miró hacia un lado, allí donde el cielo ya no destilaba su luz fulminante. De nuevo, todo se había encapotado de oscuridad.

—Esos tipos que acaban de partir hacia el oeste han fracasado persistentemente, eran gente que holgazaneaba o pasaba de puntillas por la vida, o hizo verdadero daño a otra gente. El curso que deben repetir, allí donde han sido llevados, será muy parecido a una escuela de gladiadores. —Observó a Alex con esa característica mirada ladeada de su cabeza, la astuta tranquilidad de sus ojos pardos, su expresión irónica y punzante; ese sabio pliegue de su sonrisa—. Quizá sería mejor que no volvieses por aquí. Estoy verdaderamente preocupada de que tengas... ¿cuál es la palabra?... demasiada afinidad con el cruce y con lo que aquí sucede. Como dijiste, algo te ha estado arrastrando hasta este lugar durante casi toda tu adolescencia, y hay... ciertas fuerzas que intentarán aprovecharse de ello. No, no me pidas que te lo explique. Has podido morir aquí al menos dos veces, que yo sepa. Bueno, Alex. Sea la hora que sea, esa chica tan mona con la que andas te estará esperando y quizá esté preocupada de que no hayas aparecido aún.

—¿Me estás diciendo que ya no estarás aquí cuando venga? —estalló Alex, poniéndose en pie.

—No. No estoy diciendo eso. Porque probablemente no depende de mí. El acuerdo o la atracción que parecemos tener el uno por el otro, su poder, es más fuerte por tu lado.

—Pero necesito verte, Mally. ¡Porque no hay nadie más a quien pueda hablar!

—Cielo, el lenguaje no solo consiste en las palabras. Ya lo habrás comprobado hoy y no dudo de que sabes de qué estoy hablando.

—Ella cambiará —respondió Alex, adusto—. Tarde o temprano Francie pasará de mí, como hace todo el mundo.

—Oh, cielos. No me vengas con esa actitud o me plantearé saltar al siguiente tren que pase, me da igual donde vaya.

Los ojos de Alex titilaban de nuevo.

—¡No puedes hacer eso, Mally! ¡Tienes que ayudarme a meter a Leland Howard

entre rejas porque Bobby no tiene el coraje de hacerlo!

—Ya te dije que...

—¡Pero esa debe ser la razón, Mally! ¡Que yo esté aquí y tú estés aquí es porque, nos guste o no, no podrás descansar hasta que ese bastardo encuentre lo que se ha buscado!

Pensativa, Mally se cruzó de brazos. Su silueta había comenzado a perder sustancia: la luz ámbar de precaución latía en el puente sobre el Yella Dog, allí donde su corazón debía de estar. Su poder para atraer y atrapar a Mally estaba sujeto a una dinámica que Alex no comprendía mucho mejor de lo que podía entender sus propias subidas y bajadas emocionales.

—Si estás en lo cierto —dijo Mally— podría quedarme aquí por mucho tiempo. Porque ese tipo no está recibiendo lo que merece... al menos allí, en tu mundo.

—¿No puedes ayudarme?

—¿Me aparezco en el tribunal como el fantasma de Banquo durante el banquete? ¿Apunto con un dedo acusador al hombre que me violó? Ya sabes que no puedo... — Mally calló, mientras se apagaba un poco más, lejos de la percepción de Alex—. Hum. Se me olvidaba algo. Alex, en su lecho de muerte, Priest Howard se incorporó para llamar «ladrón» a *Mr. Leland*.

—¿Y qué quiere eso decir?

—*Mr. Leland* trabajó en un banco de la ciudad durante muchos años, hasta que se consagró a la política. Estaba encargado del Departamento de Fondos de Inversiones.

—¿Eso qué es?

—Manejaba las cuentas de los clientes del banco, esos que tenían un buen montón de dinero del que poder desprenderse. Evening Shade es un territorio pobre, pero siempre hay granjeros y hombres de negocios que ahorran y ahorran y no gastan mucho e invierten en acciones y bonos o dejan que un inversor del banco lo haga por ellos. Un tipo listo como *Mr. Leland* podría haber hecho alguna trampa con unas cuantas de esas cuentas y meter así dinero en su propio bolsillo; de ser paciente y no muy avaricioso, su robo no tendría por qué descubrirse en mucho tiempo.

—¿Pero el viejo Howard le pilló?

—Bueno, era su banco.

—¡Mally, ya no te veo! No te vayas aún.

—No depende de mí. Solo sigue pensando en cómo era yo, igual que si estuvieras mirando un viejo retrato. Mientras tanto, déjame pensar en esto. *Mr. Howard* me dio algo unos días antes de fallecer. ¿Pero qué...?

—¿Qué tren cogió?

—No era el mejor, pero estaba lejos de ser el peor. Alex, tienes que ser fuerte y mantener tu mente bien enfocada en mí, estoy intentando...

—Te dio algo. Una carta, o...

—No. Era una llave. Una llave que, según me reveló *Mr. Howard*, desentrañaría ciertos secretos que había llegado la hora de contar.

—Pero dónde... qué hiciste con...

—No lo sé.

—¿Te entregó una llave que según te dijo era importante y no sabes qué hiciste con ella?

—No llevamos tantos recuerdos más allá del cruce. Somos juzgados en el mismo instante en que morimos y no es necesario pensar más acerca de cómo actuamos o cómo fuimos en nuestra vida pasada. Es como haber tenido un largo sueño. ¿Cuánto recuerdas de tus sueños, no cuando te despiertas, sino un día o dos después?

—No lo sé. ¡Tienes que decirme dónde está la llave!

—Era de unos dos centímetros. De acero, no de hierro. Hum... Y ahora está enterrada... ¿o no la enterré? —Alex golpeó con el puño contra el muro de la estación, exasperado—. ¡Alex, estoy intentándolo!

—¡Apenas te veo!

—Aguenta. Piensa en mí. ¿Te resultaba bonita, Alex? ¿Tuviste un flechazo conmigo como lo has tenido con Francie? Recuerda. Tráeme de vuelta.

—¡Mally! —gritó.

—¡Ah! Fue el día en que hice las conservas con Verona. Hacía tanto calor. Se estaba derritiendo.

—¿Derritiendo? ¿El qué?

—La parafina, claro.

—¿Qué estabas preparando?

—Tomates —respondió Mally.

¿O había dicho patatas? Alex no estaba seguro y un momento después, Mally había escapado a su abrazo desesperado: la luz de las estrellas rielaba en el lugar que Mally había ocupado, en un ángulo del viejo techo de la estación. La noche en Cole's Crossing había vuelto a la paz absoluta: el cielo estaba tan calmado como la superficie de un espejo donde se reflejase una porción de la profusión de maravillas que albergaba el universo. La noche destilaba su sosegada benignidad, sólo acompañada por el rumor de las ranas vigilantes que se apostaban a lo largo de las empujadas riberas del río Yella Dog, cuyas aguas perseguía el semblante de la luna.

—Oh, mierda —dijo Alex, o trató de decir. Pero con la desaparición de Mally, su fluidez verbal se había evaporado; la laringe seguía tan corroída como una vieja cerradura de hojalata. Alex sintió que algo acariciaba su mejilla, un ligero roce, un toque tenue, el recuerdo de un beso. No sucedió nada más, pero Alex permaneció en aquel desvencijado andén, junto a la estación vacía, que ahora solo parecían utilizar fantasmas animados y desanimados, y allí siguió hasta que apareció el siguiente tren, un mercancías que levantaba un auténtico terremoto, cargado hasta los topes de ganado, tolvas y vagones abiertos que transportaban maquinarias nuevas para la recolección y tanques de nitrato que la luz de la luna recorría con su uña de plata. Un tipo inmóvil fumaba en la puerta entreabierta de un vagón de Rock Island, pero no había en él nada de sobrenatural. El mercancías rodaba a una velocidad sedante de

sesenta kilómetros por hora.

Alex recogió su bicicleta y pedaleó por el camino, más allá de la Santa Iglesia de Little Grove, más allá de la ranchera que había aparcada en el arcén, con el remolque circundado de estacas y en su interior una piara de cerdos; no había visto aquel vehículo —su guardabarros de acordeón y la cabina vacía— una hora atrás, cuando llegó para hacer su visita nocturna a Cole's Crossing; prestó poca atención al pasar a su lado. Lo más probable es que, en alguna parte, una pareja joven, tendida sobre una manta bajo el tejido fluvial de las sombras, estuviera haciéndolo; Alex no tenía tiempo para localizarlos, acercarse a ellos en silencio y disfrutar de un buen espectáculo de mete-saca, y si alguna vez tenía opción a hacer aquello con Francie Swift, oh, chico, bajarle las bragas hasta las rodillas y los tobillos y hundir la nariz en ellas y olerlas, Jesús, qué maravilla, pero aquello no era más que una fantasía nocturna, cuando la luz de la luna penetraba por la ventana de su cuarto y se derramaba en su entrepierna desnuda; con una mano aferrada al grueso manillar de su Schwinn, las piernas pedaleando tan rápido que hacía saltar la grava del suelo, Alex no reparó en la punta roja de un cigarrillo al otro lado del camino, bajo la humilde, pero acogedora sombra que proporcionaba el marco de un pórtico ojival, a las puertas de una iglesia que no levantaba dos plantas del suelo; el joven Alex pedaleaba más y más rápido porque estaba excitado, y no solo a causa de su naciente vida sexual.

Parafina. Tomates.

Supo entonces lo que Mally había hecho con la llave que le fue confiada.

9

Cócteles

Fugas

Un santuario falso

—¿Va a volver esta noche? —preguntó Bernice Clauson—. Se cuentan tales cosas en la ciudad... No imagináis la de habladurías que hay.

—Me pregunto quién empezó a hacerlas correr —comentó Cecily, sentada en la cocina con la blusa desabotonada y Brendan adormilado en un pecho, pero todavía mamando.

—Las cosas se saben en una ciudad pequeña como Evening Shade, especialmente las cosas más desagradables. Hoy en el mercado me he enterado de que hay cierta... bueno, «hostilidad», por llamarla de alguna manera. Los Gambier tienen a un negro viviendo en su casa...

—Un doctor negro que se ha educado en la Sorbona.

—... como invitado. —Bernie bajó la vista para mirar a través de sus lentes el solitario con el que se entretendría hasta que llevaran a Brendan a la cama, tiempo que ella y Cecily aprovecharían para jugar a la «cesta». Pero el niño se obstinaba en no separarse del pezón—. Incluso Rhoda cree que a Bobby se le ha ido la cabeza.

—No pareces tú, mamá. Vamos, Brendy, ya has tenido bastante; es hora de irse a la camita, tigrecillo.

—Ejem. Soy de Wisconsin, un estado mucho más civilizado que este, pero tal y como el destino y un desgraciado matrimonio me han obligado a hacer, he pasado la mejor parte de mis últimos quince años en Evening Shade. Me considero por encima de las actitudes de intolerancia, pero de verdad, querida, uno debe ser sensible a las costumbres del lugar que le ha adoptado. Lo que digo es que no resulta apropiado invitar a ese hombre, a pesar de sus trágicas circunstancias, y por supuesto nadie me avisó de ello. Por lo menos, ¿no podría Bobby haber tenido el buen juicio de ofrecer al doctor Valjean el sótano, un lugar perfectamente adecuado, en lugar de meterle en la habitación que hay junto a la mía? Cuanto más lo pienso, más me parece un acto de malicia.

Cecily empleó los dedos para separar a Brendan de su pezón, lo que causó un somnoliento alboroto:

—En verano el sótano resulta demasiado sofocante.

—Pues que sude.

—Volverá a Nashville mañana o el miércoles. Mientras tanto, ya te lo he dicho, usa nuestro cuarto de baño, y este tema ya me está cansando, madre. Voy a llevar a Brendan a su habitación.

—Algunas de las habladurías que han llegado a mis oídos han sido, ejem, bastante feas.

—No me dan miedo las habladurías. Bobby es el *sheriff* de Evening Shade, al menos hasta que Luther vuelva de su viaje de bodas. Para entonces los cotilleos cesarán; la gente encontrará otras cosas con las que escandalizarse. Madre, ¿de dónde ha salido esa reina roja?

—Ganar es más divertido que perder.

Cecily había subido la mitad de las escaleras con Brendan en el hombro cuando varios vehículos cruzaron a toda velocidad por West Hatchie, dos de ellos sin silenciadores en el motor, y tuvo tiempo de oír unas voces burlonas un poco antes de que algo se estrellase contra el porche y la mosquitera. Se dio la vuelta y bajó las escaleras; se topó con su madre, que estaba en el rellano. Bernice tenía una mano en la boca: el blanco de los ojos parecía dos pequeñas lunas llenas.

—¡Dios mío! ¿Los has oído? ¿No estaban gritando «amantes de los negratos»? ¿Y qué es ese olor?

—Es mierda, madre. Esos idiotas han vaciado sus intestinos en alguna parte y luego han tirado su mierda por todo el porche. Coge al bebé.

Cecily estaba temblando cuando tendió a Brendan para que Bernice lo cogiese.

—¡Oh, me voy a poner histérica! —gimió Bernie.

—Y cuándo coño no —repuso Cecily, bruscamente.

Bernice retrocedió, totalmente confundida. ¿Cecily, hablándole con aquel tajante tono de voz?

—Pero... qué vamos a hacer si vuelven otra vez.

—Llamaré a la centralita ahora mismo para que venga un agente hasta que regrese Bobby a casa de la escuela nocturna. Luego limpiaré el porche y la mosquitera con aguarrás.

—¿No debería ver Bobby lo que...?

Cecily se limpió las lágrimas que resbalaban por sus mejillas con las yemas de los dedos.

—No quiero que el doctor Valjean vea el porche sucio. O que sepa lo que ha ocurrido, si eso es posible. Porque es mi invitado en mi casa. Y si hay alguien en esta comunidad a quien eso no le guste, por mí puede meterse el torno de una excavadora hasta el fondo del culo.

Quince exquisitas ampollas de morfina, alineadas como un candelabro en miniatura en la mesa oval, tatuada por las quemaduras de incontables cigarrillos, en el cuarto de estar de la casa de Mally. Quince ingeniosos ornamentos de vidrio, con sus férreos contenidos para hacer que el dolor se detenga. Como caramelos incoloros, pensó, escogiendo otro y alzándolo hacia la luz de la lámpara, protegida por una pantalla de metal pintado; hizo girar la ampolla entre los dedos oscuros, pulgar e índice. Tenía la

jeringuilla en la otra mano. El bulto de la vena, ahíto como un gusano bajo el codo del brazo estrangulado por la goma. Un par de motas de sangre en su piel brillante. El aire de la sala está cargado y hacía calor en ella, pero su sudor era frío. Ya había roto y exprimido tres de las piezas que componen su alijo de ampollas. Le quedaban otras catorce hasta la siguiente inyección, pero no llegará hasta el final de su precioso candelabro: un sueño permanente, libre de dolor y de remordimiento, le atraparé antes de que consiga hacerlo. Es médico. Sabe dónde está el límite del organismo en su tolerancia hacia la todopoderosa morfina. Su voluntad sufrió un apagón hace una hora; ahora siente un penetrante entumecimiento cerca del corazón. Pero el corazón humano es un rebelde muy poderoso. Como último asidero en el orden del mundo, va suministrando diligentemente el refresco de un narcótico —el exceso lo convertirá en veneno— a esa parte del cerebro que gobierna al corazón.

Su antebrazo está apuntalado en el brazo del sofá de bambú. La aguja de la jeringuilla oscila sobre la vena hinchada. El resto de la casa de Mally está a oscuras, pero ha escuchado otra vez ese ruido. Curioso. No puede localizarlo. Un ruido como de algo que salta. Como una tapa que alguien arranca de un tarro de conservas envasado al vacío. Antes de eso, pensó que había oído el gemido del entarimado. ¿En la cocina? ¿Buscando comida? El sigilo oscurece la atmósfera de la casa como una red de telarañas, como ratones furtivos. Pero el merodeador, si es que lo hay, no tiene aparentemente más interés en Ramses Valjean del que Ramses tiene en él. No va a volver a ponerse en pie. El asunto no exige investigación alguna y de todas maneras su muerte ya está a la vuelta de la esquina.

Levanta sus ojos una vez más (¿cuántas veces lo ha hecho ya esta noche?) a la pared abrumada de fotografías y en especial al retrato de esa incauta Mally de ocho años, con su vestido de lazos, que sonrío al rostro indiferente de su padre, sin saber a tan inocente edad que un hombre puede verse embrujado por su futuro tanto como por su pasado. Murmura otra vez, Perdóname, ¿pero qué sentido tiene esperar? ¿Solo por ver cerrado el ataúd de Mally, sucumbiendo al abrazo de la tierra? Lo único ahora que merece alguna atención es el marchito vértice de la jeringuilla, con el que busca perforar la vena sacrificial.

El primer cóctel molotov, una botella de Royal Crown llena de gasolina y embutida hasta el cuello con restos de algodón ardiendo, irrumpió a través de una de las ventanas medio abiertas de la salita, prendiendo al instante una cortina de volantes y dejando una hilera de fuego propia de un asedio en el entarimado de pino, mientras rodaba hasta la vecindad del sofá de bambú y envolvía también en llamas el mueble, casi al lado del cuerpo lacio y semiinerte de Ramses.

Su pie, por puro reflejo, arremetió contra la flameante botella, alejándola de sí, pero esparciendo el fuego en todo lo que puede arder: la falda de flecos de otra mesa, algunas revistas guardadas en un cubo de carbón... El esfuerzo de dar una patada a la botella hizo que Ramses resbalase del sofá al suelo. Perdió la jeringuilla, pero consiguió ponerse de rodillas en el hervidero de calor y humo que crecía a su

alrededor, y hacerse con un manojito de ampollas de morfina de la mesa, que introdujo en un bolsillo del abrigo.

El porche delantero recibió un nuevo cóctel lanzado a través de la puerta mosquitera y que explotó contra el tambor de hierro de la lavadora de Mally; al instante, el porche entero y la pared delantera de la casa estaban siendo devorados por el fuego. En su interior, Ramses, a cuatro patas y con la cabeza bamboleándose como la de un perro enfermo, retrocedió a pesar de su anterior resolución de no vivir un día más. La amenaza del fuego desbocado que casi lame ya su cara apagó toda actividad cerebral, a excepción de las más primitivas respuestas de peligro: debe salvar la vida, obedecer ese imperativo natural, a pesar de lo que su dramática melancolía haya logrado sustraer de su alma.

No puede correr. Apenas puede tenerse en pie. Se bambolea ciegamente por un lado y por otro, las manos separadas en las jambas de una puerta, las rodillas a punto de combarse, sintiendo más que viendo hacia dónde ir, a través del resplandor naranja de otro cóctel, que han arrojado al vestíbulo desde el porche trasero. Tentáculos de humo, llamas crepitantes, las viejas maderas explotan al arder en el calor abrasador.

El chico le agarra por detrás. Le arrastra hasta la cocina por el irregular suelo de linóleo. Deja a Ramses mientras arranca de un tirón una sección de linóleo y sigue tirando desde el suelo hasta las inmediaciones del fregadero. Luego coge un hacha y la descarga contra las tablas, la furia en su rostro, agachándose cuanto puede, al tiempo que nuevas llamaradas atraviesan la ventana. Toda la casa está ahora envuelta en llamas: una erupción de humo producida por un cúmulo de escombros ardientes asoma sobre el tejado y varios nimbos de humo blanco reptan a través de las pálidas ramas de los árboles de los alrededores. El chico abalanza la hoja del hacha una vez y otra, las astillas vuelan y él aparta el rostro. Por último, se deshace del hacha y abre un hueco a patadas en el suelo astillado para ayudar a Ramses a pasar por él; se arrastra después sobre él en aquel espacio ínfimo y, aferrándose a la solapa del abrigo de Ramses, tira de su cuerpo como un nadador, a través de incontables despojos y esa nube de vapor caliente que surge de debajo de la casa, tira de él y levanta a Ramses con más fuerza de la que Ramses hubiera pensado que poseería un chico tan delgado. Con una tos pesada y exhausta, le deposita en la seguridad del jardín, flanqueado por varios postes por los que se encaraman las judías y las coles, y no puede sino doblarse por la mitad, las manos aferradas a las rodillas sucias, sufriendo arcadas, mientras tras ellos la casa tiembla como un feroz espejismo.

—Tú debes de ser Alex —dijo Ramses cuando por fin pudo hablar.

El chico le miró con ojos brillantes, sujetándose la garganta con una mano, aún ahogándose al tratar de respirar.

—¿Por qué, Alex? No merecía la pena salvarme.

Alex siguió observando a Ramses, incrédulo.

—¿Qué hacías en casa de Mally? ¿Qué buscabas?

Alex recorrió la casa con una mirada: la mayor parte había sido consumida con tal eficacia que a primera vista no parecía haber otra cosa que montones de ceniza esparcidos sobre ennegrecidas islas de estufas, lavadoras y fregaderos. Sacudió la cabeza con desaliento, y se pasó el dorso de la mano por una mejilla llena de manchas. Su otra mano, según vio Ramses, estaba quemada.

—Te has herido.

Alex puso un gesto de dolor, y sacudió de nuevo la cabeza. No importaba.

—Supongo que no sabrás... quién es el responsable de esto.

No hubo respuesta. Pero Alex echó una rápida mirada alrededor, como buscando sospechosos. Los coches se habían detenido en la autopista. La gente salía de ellos. Una casa incendiada era un invencible gratificador de multitudes.

—Pido disculpas por mi falta de gratitud. Arriesgaste tu vida por mí. Déjame ayudarte con esa quemadura. —Ramses se incorporó sobre un codo, el de ese brazo que aún estaba amarrado con una goma elástica—. Pero no puedo. Mi maletín médico estaba en la casa.

Voces procedentes del camino: «No lo sé. Creo que allí vivía una negrata».

—Alex, si me apoyo en uno de esos postes, creo que estaré en condiciones de incorporarme.

Alex arrancó un poste del suelo y ofreció la mano que no tenía quemada para que Ramses se pusiese en pie.

—Iba a matarme —sentenció Ramses, aflojándose el nudo de la goma por encima del codo y desprendiéndose de él como de una pálida sogá. Miró a Alex, que le había dado la espalda para arrodillarse y echarse agua de una tubería de irrigación en las quemaduras—. He aceptado otro deber. Sin que se me solicitase, huelga decirlo. Pero, aun así, es un deber. Nunca compensaré la fe que Mally tenía en mí, pero es posible que pueda hacer algo por ti, Alex. Quizá eso agradaría a Mally, en el caso de que pudiera saberlo.

Alex levantó el rostro. Ramses se sintió intrigado por aquel cambio de expresión que habían manifestado los ojos del chico con la sola mención del nombre de Mally. Ramses se tocó el cuello con dos dedos.

Alex sacudió la cabeza hoscamente, la sostuvo bajo la espita por unos segundos, se enjuagó la boca reseca, escupió, y por último miró a Ramses con renovada desconfianza.

—Tendré que mirar tu historial médico, claro, antes de hacer ninguna sugerencia.

Alex se lamió el dorso de su mano quemada, se encogió de hombros y se pasó el dedo índice por el cuello, un drástico gesto con el que poner fin a aquello, coge tu sentido del deber y lárgate. Se levantó, apoyándose en una rodilla, y descendió por la cuesta hacia la bici que había dejado en el jardín. Ramses le siguió, encorvándose sobre su maltrecho poste, aún perplejo, pero sintiendo un perverso sentido de felicidad, extraño en alguien que recientemente había renunciado a los restantes

meses que le quedaban de vida.

—¡Ha habido hombres que sufrieron graves heridas en batallas terribles, Alex, y sobrevivieron a peores lesiones que la que tú has sufrido! Me entregué en cuerpo y alma a ellos durante la Gran Guerra. Darme la espalda no arregla nada. Conozco a los chicos desbocados, a los rencorosos, Alex. He sido uno de ellos toda mi vida y no tengo la menor intención de dejarte ir. ¡Lucharás en la batalla que te obstinas en evitar! —Casi sin resuello, incómodo, Ramses tropezó y estuvo a punto de caer. Alex levantó la bicicleta del suelo y se montó sobre la marcha, pedaleando con la mayor temeridad en dirección a la autopista. Ramses le miró marcharse. Sus labios esbozaron sus palabras finales, pero apenas se escuchó a sí mismo.

»Lucharás por ti y por mí, Alex.

—Con respecto a la casa en la que estaba interesado... Pensé que debía decirle que esta noche ha ardidido hasta los cimientos.

Había pasado la medianoche y Leland Howard estaba solo en el centro de Knoxville, asomado a la calle recién llovida, en la semioscuridad, febrilmente encorvado sobre un teléfono frente a un escritorio y de espaldas a la pared, recibiendo las noticias de Jim Giles, en el punto más bajo de su vida, mientras su otro yo, con quien estaba temporalmente fuera de contacto, el exuberante cazavotos envuelto en su traje color crema y la piel electrizada por las tormentas de aplausos que había generado en cinco diferentes mítines durante el día, hubiera sol o lluvia, ese sonriente Leland Howard, ocupaba mientras tanto las cuatro paredes de carteles electorales clavados en las oficinas regionales de su cuartel de campaña.

Leland, el histérico fugitivo (en su cabeza) se limpiaba los huecos interdentes con su palillo de oro, respondiendo con gruñidos y extremadamente sensible a lo que se decía en aquella charla a larga distancia: había decenas de aburridas operadoras telefónicas a aquella hora de la noche, y aunque su nombre no había sido mencionado, no se fiaba de quién pudiera estar escuchando al otro lado. En cualquier parte. En todas partes.

—Por cierto, me he asegurado de que el chico estuviera en la casa, no sé si habrá perecido en el fuego.

—Ah. ¿Hay posibilidades de que haya escapado antes de que empezara a arder bien?

—Cuando cogí el coche para largarme, su bicicleta estaba tirada en el césped. La siguiente vez que pasé por allí, la casa se había volatilizado entre el humo. La bicicleta ya no estaba allí. Había una multitud curioseando mientras los voluntarios daban cuenta de lo que aún ardía. Tal y como yo lo veo, lo más probable es que alguien haya cogido esa bici con tan buena pinta y se la haya llevado.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que... ya sabes, los investigadores puedan decretar con seguridad que...?

—Si hay un cuerpo, aparecerá cuando las cosas se hayan enfriado lo suficiente como para echar un vistazo.

Leland se clavó el palillo bajo la lengua y puso un gesto de dolor.

—Así que creo que debo saber —continuó Jim Giles— si aún está estudiando mi propuesta.

—Estoy en ello. Bueno, si la... propiedad en la que estamos interesados ya no está en condiciones de venderse, no habrá problemas en que vayas a Nashville y me esperes allí. Pero si él, quiero decir, si surge algo que afecta directamente a mis intereses...

—¿Nos ponemos en contacto?

Leland reprimió un estornudo —se había resfriado en la feria del condado de Jefferson durante un repentino aguacero— y saboreó la sangre que se fundía en la punta de su lengua.

—No será necesario. Arregla las cosas a tu manera. Ya sabes que tengo absoluta confianza en tu buen juicio.

—Es algo que aprecio de veras. Bueno, que duerma bien, señor.

Leland colgó el auricular del teléfono, con los dientes apretados en el palillo inmóvil. Varios envoltorios de celofán de caramelo anegaban el escritorio que había ante él. Sentía la garganta áspera y tembló. Escalofríos. El ritmo vertiginoso de los dos últimos días de campaña, en un área montañosa de Tennessee, le había hecho sentir náuseas la mayor parte del tiempo. Las aspirinas eran lo único que aceptaba tomar para combatir el dolor de cabeza que se le había asentado desde que Mally Shaw le golpeará con las pinzas de la chimenea; a última hora del día había estado mascando una aspirina cada veinte minutos junto con un caramelo. Las encías y la lengua le ardían, pero nada tanto como el ardor de su estómago. No podía aguantar la comida. Alguien había dejado una hamburguesa medio comida, cargada de pepinillo y ketchup, en una papelería cercana. El olor recrudeció sus náuseas. Había moscas.

¿Por qué no acababa todo de una vez? ¿Había logrado Jim Giles ocuparse de aquel chico que parecía haberles visto con Mally Shaw? Daba igual lo mucho que tratase de apartar la muerte de Mally de su cabeza para concentrarse en ganar las elecciones, siempre parecía surgir algo para distraerle, para distorsionar su percepción del éxito que con tanto ahínco se había esforzado en conseguir. Un chico quemado en una casa quemada. ¿Dónde iba a acabar todo aquello, cuando Mally estuviera por fin bajo tierra? Leland necesitaba, merecía, estar en paz.

Una mosca rozó su sudorosa frente. Escuchó el débil ruido de un trueno sobre el centro urbano de Knoxville. Su hotel estaba tres calles más allá. En aquel preciso instante, pasados quince minutos de la medianoche según su reloj, Leland carecía de las fuerzas necesarias para caminar hasta allí. Y estaba lloviendo.

Se cubrió la cara con las manos por unos momentos, luego cruzó los brazos sobre la mesa y dejó caer sobre ellos la cabeza.

Unos minutos después, cuando empezaba a pasar de un sueño pesado a otro de

carácter febril, sonó el teléfono. Alargó la mano hacia él sin abrir los ojos, y se llevó a tientas el auricular al oído.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres ahora? ¡No me cuentes nada más, no quiero saber nada! Solo haz tu trabajo.

Nadie respondió. El único sonido que oyó fue el distante tañido de la campana de una iglesia. La campana de «la» iglesia, mejor dicho, la que doblaba cuando huía del cementerio de Little Grove en la ranchera de Jim Giles, con su abollado guardabarros izquierdo. «Son ardillas», enunció Giles con un conato de diversión al ver la expresión aterrada de Leland. «Las ardillas que anidan en el campanario lo hacen, consiguen que las campanas hagan eso».

Pero no era una ardilla lo que estaba afuera, en la calle, bajo la lluvia, sacudiendo el pomo de la puerta cerrada de la base de su campana, intentando entrar. Leland no sabía a qué, o a quién, estaba mirando. Alguien semioculto bajo un largo y brillante paraguas negro.

Leland colgó el teléfono y se frotó los ojos, que sentía cargados. Cuando se levantó de la silla giratoria, la náusea se asentó en su estómago, bullendo como una marea helada. Aferró el borde de la mesa con ambas manos mientras el pomo seguía traqueteando. Quienquiera que fuese no se había molestado en llamar, como si no esperase que hubiera alguien dentro a aquellas horas. La lluvia salpicaba el vidrio de la puerta. A su lado, a la izquierda, se alzaba el escaparate de un almacén, con el toldo plisado extendido.

Una mosca zumbó en su oído al pasar a su lado; Leland la espantó. Tenía la nariz congestionada y debía respirar por la boca. Aquellas pesadas bocanadas que pugnaban por aspirar aventaban una chispa de pánico. Cogió un abrecartas y rodeó lentamente el escritorio. El lado de la cabeza que tenía hinchado le palpitaba. La herida que Mally le había infligido no se veía bajo su cabello ondulado. Había pasado todo el puñetero día sonriendo y aún conservaba la voz. Se moría por echar un sueño, pues al día siguiente tenía que afrontar otra prueba de resistencia, otro giro más en la montaña rusa de la política, aunque este le enviaría directo al Senado de los Estados Unidos. Unas gotas para aliviar el enrojecimiento de los ojos, la barbilla bien alta y la sonrisa constante, como la de un hombre poseído por el desquiciado *glamour* de su misión... pero ¡maldita sea!, ella había resuelto que no volviese a descansar.

Leland avanzó por aquel enorme cuarto en sombras, obstaculizado por su caprichoso laberinto de mesas y de teléfonos que le daban la impresión de estar sonando en aquel mismo instante; la silueta que se dibujaba tras la puerta seguía haciendo girar el pomo, mientras se ocultaba tras el paraguas. El abrecartas con el que Leland se había armado le asomaba entre los dedos medio e índice del puño. Estaba a dos pasos de la puerta. Terminemos con esto de una vez. Una furia ciega se le había instalado en el cerebelo, venciendo al terror paralizador. Otro paso. Rac... rac... Alargó la otra mano y retiró el cierre, aferró el pomo y abrió la puerta de par en par.

Se topó con el paraguas, que llenó el espacio de la puerta cuando la mujer tropezó en el umbral. Blandía su extremo como si fuera un sable en pleno duelo. Leland contraatacó con el abrecartas y rasgó la tela, luego arrancó el paraguas de la mano que lo asía. La mujer retrocedió, asustada, hasta la pared que había tras la puerta.

Era una mujer de la tribu apalache, de mediana edad, raída como un cepillo viejo, pero todavía tocada con cierto modesto atractivo.

—¡Jesús, ten piedad!

—¿Quién es usted? —preguntó Leland, confuso. No era ni el rostro ni la figura que había esperado encontrar.

—El señor del hotel me dijo que viniese a limpiar aquí cuando acabase con la ropa. Me dio tres dólares. Me dijo que la puerta estaría abierta y que no habría nadie. ¿Me va a apuñalar con eso que tiene ahí? ¡El Señor es mi pastor! Me llamo Leona Tuggle, señor. Necesito esos tres dólares como no puede ni imaginar.

—Oh, no, yo no iba a... —Leland dejó caer el abrecartas al suelo—. Era... pensaba que se trataba de otra persona. —Se aclaró la garganta—. Está bien. Lo lamento.

La mujer volvió su congestionado rostro hacia los carteles que empapelaban las paredes.

—Yo le conozco.

—Sí. Vale, soy yo. —Descubierto, encogió los hombros, curiosamente avergonzado por el hecho de verse ante una mujer que pertenecía a otro estado.

—Bueno. Encantada de conocerle. Parece que me ha rajado el paraguas; ¿ve esta raja de aquí?

Una ignorante, no hay duda, pensó Leland. Pero tenía ese brillo fervoroso de entusiasmo preternatural, de sabiduría nativa, en sus ojos verde lima.

—No tiene tan mal aspecto. Le diré qué, Leona: le daré un dólar a cambio.

—¿Un dólar? —Se frotó la frente, calculando—. ¿Y ganaré los otros tres dólares una vez que haya hecho mi trabajo?

—Ese era el trato, ¿no? —Leland se echó mano al bolsillo y sacó suficiente cambio, tal vez incluso diez centavos de más, que tendió a la mano de Leona, extendida, pero indecisa.

Tan pronto como sus dedos entraron en contacto con su palma, la mujer tembló, consternada, y entreabrió sus delgados labios. Le faltaban varios dientes, otros estaban doblados. De nuevo se apretó contra la pared. Sus ojos parecían aún más pálidos, casi transparentes, como si hubieran perdido la visión de este mundo. A Leland aquella expresión le puso la carne de gallina.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Las monedas resbalaron de la flácida mano de Leona y rodaron por el suelo.

—No. ¡No! ¡No me toque otra vez!

—¿Estás loca? No pretendo comprar tu asqueroso culo.

La cabeza de Leona cayó hacia atrás. Algo, una súbita sacudida, estremeció su

cuerpo.

—Ella le está esperando. Espera a que llegue al Cruce. No sé qué significa eso, pero veo dolor en ella por lo que usted le ha hecho. ¡La destrucción viene a por usted!

—¡Oye! Espabila, mujer.

—Veo el Juicio Final.

Quiso agarrarla, sacudirla, pero le aterraba la forma en que se mecía contra la pared, la cabeza bailando de un lado a otro. La miró con los párpados entrecerrados, como si la sangre le hubiera subido a los ojos.

—No he hecho nada. No fui yo, ¿entiendes? ¿Entiendes, bruja de mierda?

Al momento, Leland se vino abajo. Con un lamento casi inaudible, se echó mano a la cartera y sacó los billetes que guardaba en ella. Leona, liberada por fin de aquella fuerza poderosa que la había arrojado contra el muro, cayó al suelo, con los ojos abiertos, sin parpadear.

—Desde el trono de Jesús caerá al ávido pozo de llamas eternas.

—¡Vamos, coge esto, cógelo, es todo lo que llevo encima, y vuelve a las montañas de las que procedes! No vuelvas a abrir la boca sobre esto. No digas mi nombre a nadie. ¡Ocurrió y ya está! No es culpa de nadie. ¿Me oyes? No tenía por qué huir. No puedes responsabilizarme. ¡No es puñetera culpa mía!

Pasó por encima de ella y salió a la calle, mirando a su alrededor como una fiera salvaje. Vio el rótulo de neón que coronaba la cornisa de su hotel, allá en las brumosas alturas. En el interior del cuartel general desde el cual Leland Howard preparaba su asalto al senado de los Estados Unidos, Leona Tuggle estaba ahora de rodillas, recogiendo el dinero que Leland le había tirado. No lo hacía aprisa. Un dólar por su silencio; si le traicionaba, otro dólar por verla muerta. Ella lo sabía. Su postura, excepto por la desnudez, era exactamente la que Leland había obligado a poner a Mally en la granja la última y fatal vez que la montó. Coño, una negra era patrimonio exclusivo de un blanco y siempre había sido así. Mally lo sabía. Todo el mundo lo sabía.

En la habitación de su hotel recordó por fin una superstición que le había contado una tía abuela medio loca, quien, según se decía, también estaba en contacto con los espíritus. De modo que no se acostó hasta que hubo empleado su navaja multiusos para cortar convenientemente unos calzoncillos de seda en pedazos. Con los trozos de tela cegó las espitas y los desagües del lavabo y de la bañera, a fin de que nada de naturaleza ultraterrena pudiera visitarle a través de aquellas populares puertas de ingreso al equívoco santuario de los vivos.

Con todas las luces de la habitación encendidas, Leland resbaló al fin hasta un profundo sueño, tumbado sobre el costado, con las rodillas contra el pecho y agarrando su flácido pene con una mano, tal y como un bebé agarraría su sonajero.

—Está aquí —enunció Francie Swift, un momento después de abrir la puerta

principal a Bobby Gambier. Un momento después añadió, a la defensiva, en mediación de Alex—: ¿Está metido en líos? No me ha dicho una sola palabra. — Estaba recién bañada, cubierta ligeramente por un quimono de algodón, y sostenía en su bronceada mano un cepillo de concha.

—Aún no lo sé, Francie. ¿Están tu padre o tu madre en casa?

—No. Están negociando la venta de unos caballos en Kentucky. Hank está arriba, en su cuarto; no sé dónde ha ido Cotton esta noche, probablemente se habrá perdido por ahí con la ganadora de *Miss Watermelon Festival*. Por favor, pase. Creo que Alex se ha quedado dormido. Le he dejado usar la hamaca del porche.

Bobby la siguió por la sala de estar de la casa colonial, atestado con su mobiliario francés y sus antiguas pinturas de caballos enmarcadas en oro, hasta el porche lateral. El suelo era de cemento pintado, la chimenea de piedra y había una mesa de billar, y una mesa para jugar a las cartas circundadas por seis sillas de respaldo curvo. Tendido cuan largo era, Alex dormía en una hamaca de la esquina; tenía la mano derecha vendada y le colgaba cerca del suelo.

—¿Se lo has hecho tú? —le preguntó Bobby a Francie.

—No es la peor quemadura que he visto. Tenía las cejas bastante chamuscadas, por no hablar de sus ropas. Le tiré todo a la basura, incluso sus mocasines. ¿No lleva ropa interior en verano? El pantalón corto y la camisa que lleva ahora son de Fuller, pero no los echará de menos: está de socorrista en el campamento para gente sin recursos de Reelfoot hasta que el colegio empiece de nuevo. ¿Sabe usted lo que le ha ocurrido a Alex?

—Estaba en medio del incendio de una casa en la que no se le había perdido nada. Los ojos de Francie se abrieron de par en par.

—¡Oh, no!

—No fue Alex quien la quemó, según un testigo de confianza.

El murmullo de las voces hizo que Alex diese un respingo en sueños. No abrió los ojos.

—*Sheriff*, ¿quiere que le prepare algo de beber?

—No, eh, muchas gracias, Francie. Perdona por haberte molestado a esta hora.

—No pasa nada. —Echó una larga mirada al chico en la hamaca—. ¿Va a llevarlo a casa?

—Bueno, yo, eh...

—¡Está bien aquí! De verdad. No nos importa. Quiero decir, no es más que esta noche.

—Bueno, si estás segura de que no es una molestia... Hemos tenido muchos follones en casa en los últimos dos días. Ya conoces a Alex.

—Le conozco desde que de pequeños íbamos a la catequesis —murmuró Francie en voz baja—. Quería jugar con todos los juguetes que yo tenía. Ni de lejos imaginaba que se iba a convertir en un chico tan grande. Por el tamaño de sus pies y sus manos, se diría que puede crecer unos diez o quince centímetros más, ¿verdad?

—No lo dudaría.

—¿Quiere que me vaya para que pueda hablar con él? —dijo Francie, mirando a Bobby a los ojos, pero cruzándose de brazos, como indicando que no pensaba hacerlo —. ¿Cómo lo hace, si no le importa que se lo pregunte?

—¿Me traes ese cuadernillo y el lápiz que hay en la mesa de cartas?

Bobby llevó una silla de mimbre hacia la hamaca y encendió una lámpara de pie para iluminar a Alex. Se había duchado y no tenía ni rastro de hollín. Francie le tendió a Bobby los útiles de escritura y se quedó junto a la silla, peinándose lentamente los cabellos rubios, que ondeaban, brillantes, como telarañas en un bosque en plena alborada.

Bobby dio un empujoncito a su hermano.

—¡Eh, colega! Tengo que hablar contigo.

Alex se tensó y le clavó la mirada.

—¿Pudiste ver al tipo que esta noche tiró las bombas incendiarias a la casa?

Veía reflejarse en el vidrio translúcido de la puerta exterior la mano de Francie, con el cepillo suspendido unos centímetros sobre su cabeza, la concha oval flotando allí como un tercer ojo interrogante.

Alex hizo un ligero gesto negativo con su mano vendada.

—¿Te pilló por sorpresa?

Un asentimiento.

—Ramses Valjean me ha dicho que estabas en la cocina de Mally Shaw buscando algo cuando la casa se empezó a incendiar. ¿Qué era y cómo supiste de ello?

Alex cerró los ojos, resuelto a seguir durmiendo. Bobby empujó la hamaca. Frunciendo el ceño, Alex se estiró lentamente y se incorporó, lamiéndose los labios agrietados. Francie le había dado vaselina. Puso los pies en el suelo, uno detrás de otro y la buscó con la mirada. Suspiró y cogió el cuadernillo con una mano. Con la que tenía vendada cogió el lápiz y garabateó torpemente, y después mostró a Bobby la página.

—¿Mally te lo dijo? ¿Te dijo qué?

Alex escribió una palabra: «Llave».

—¿Qué llave? ¿Cuándo te dijo que la buscaras?

Alex contempló las luces del porche que había sobre su cabeza y se encogió de hombros.

—¿Dónde se supone que estaba esa llave?

Otra palabra: «Cocina».

—Mally tenía una llave que significaba algo, y quería que alguien más aparte de ella lo supiese por lo que pudiera ocurrir. Eso significa... ¿qué? ¿Que tenía miedo, pero no te dijo una palabra sobre el valor que tenía esa llave? ¿Era de un candado? ¿De una caja de caudales, de la consigna de una estación?

Alex, poniendo un gesto triste, negó con la cabeza.

—¿Para qué crees que es? Vamos, Alex.

Esta vez Alex escribió dos letras, luego le tendió el cuaderno boca abajo a Alex para que Francie no pudiera divisarlas. Acto seguido hizo un gesto de rechazo, un brusco movimiento con las manos que significaba: «eso es todo».

Bobby supo que las letras del cuadernillo eran probablemente dos iniciales. Arrancó la hoja, la dobló y se la metió en el bolsillo de la camisa. Alex levantó la mirada y se encontró nuevamente con los ojos de Francie. Sonrió con gesto inquieto. Se estiró otra vez en la hamaca, dando la espalda a Bobby.

—Vale, colega. Entiendo. Te veré mañana en el funeral. Mejor que primero vengas por casa y te pongas otra ropa.

Francie caminó con Bobby hacia la puerta de entrada, sin apartar los ojos de él.

—¿Es algo malo, *sheriff*?

—Creo que así es, Francie.

—¿Pero Alex estará bien?

—Sí.

—No le veo muy seguro.

—Siempre le he cuidado del mejor modo que he sabido hacerlo, Francie.

—Pero le veo muy preocupado...

Salieron al paseo pavimentado con losas de piedra. Bobby se detuvo para contemplar aquellas propiedades emplazadas en la cima de la colina. En su mayor parte no era sino un vasto prado abierto circundado por una valla blanca, y unos viejos árboles aislados, heridos por la sacudida de los relámpagos. No había árboles en las cercanías de la casa. Se preguntó si, tras el incendio, alguien habría seguido a su hermano hasta allí. Había una familia de color junto al pozo de la casita provisional que había en la parte de atrás, pero Francie, con catorce años, era en aquel momento la mayor de la casa. Decidió apostar un agente y un coche patrulla en la puerta del hogar de los Swift para el resto de la noche, sin decir nada a Francie de aquella disposición.

—Están sucediendo algunas cosas. Es asunto de la ley, no puedo hablarte de ello. Francie asintió.

—A lo mejor sí que puede decirme algo sobre una cosa...

—¿Sobre qué, cielo?

—Sobre la voz de Alex. Muchos chicos dicen que no habla porque quiere que la gente sienta compasión de él.

—Fue difteria, Francie.

—¡Oh!

—Con mucho esfuerzo, tal vez alcance a pronunciar algunas palabras. Quizá se le pueda medio entender. Pero no lo sabemos con certeza y ningún médico ha sido capaz de decírnoslo.

—Odio pensar que...

—Forma parte de su vida. No que se olvide de ello, sino que trate de superarlo, a pesar de tener tantas cosas en contra. Que es al fin y al cabo lo que todos hacemos

para superar los baches. —Miró los peldaños que conducían al sendero de grava y se dio la vuelta—. ¿Francie?

—¿Sí, señor?

—Esta noche Alex salvó la vida a un hombre. Esa casa se convirtió en un infierno antes de que el uno o el otro hubieran tenido alguna esperanza de salir de ahí. Esto es lo que me ha contado el doctor Valjean, el padre de Mally Shaw, que se encontraba en la casa clasificando los efectos personales de Mally. Alex tuvo que abrir a hachazos un agujero en el suelo de la cocina para sacar al doctor Valjean de allí antes de que se desplomase el techo. Quería que lo supieras.

—Gracias. Me alegro de que me lo haya dicho. Alex probablemente no me hubiera dicho una sola palabra. —Francie le miró con seriedad: sus ojos azules parecían dos signos de puntuación en el libro abierto de su juventud—. Voy a sentarme junto a Alex un rato más. Por si necesita algo. La mano le duele mucho, pero no lo admitiría. Ya sabe, es fuerte, a su manera. Aunque nadie más que usted y yo lo veamos.

Antes de recogerse para la noche, Bobby condujo hasta los escombros de la casa de Mally Shaw; era su segunda visita en dos horas. A decir verdad, aquello no era más que un acre yermo, con un puñado de arbolitos quemados coleando alrededor de los cimientos de ladrillo. Una capa de humo flotaba sobre la casa, suspendida en la noche sin viento. El camión de bomberos seguía estando a mano, mientras los últimos restos de madera ennegrecida y llameante eran reducidos o sofocados a hachazos.

Bobby no salió del Packard, sino que reclinó el asiento para relajarse, fumó un cigarrillo y escuchó la última media hora de Dewey Phillips en la WHBQ de Memphis. Red, Hot and Blue. «La previsión del tiempo para mañana es de fuertes vientos, seguido de faldas levantadas, seguidas de Phillips». Menudo personaje. Y la música era *Rhythm & Blues* del bueno. Cuando Phillips salía de antena, Bobby recorría a tientas las emisoras que aún seguían emitiendo. Nueva Orleans, Del Río, Texas. Un evangelista radiofónico se trabajaba a su invisible manada como un ratero entre un montón de gente en pleno carnaval. Bobby pensaba en el significado que podía tener aquella llave que Alex había tratado de encontrar por todos los medios. Según Ramses, Alex estaba en la cocina, destapando las latas de judías o tomates en conserva cuando una persona o personas desconocidas..., pero ya volvería sobre aquello. Bobby dibujó en su mente una pequeña llave, sumergida en una capa de unos dos centímetros de tibia parafina antes de que Mally hubiera cerrado a cal y canto una de las latas. Allí estaba a salvo. Debía de ser vital para Mally que la llave estuviera bien guardada. Quizá, de alguna manera, había sido capaz de amasar una pequeña fortuna o poseía alguna reliquia valiosa. Bobby no lo creía así, a tenor de las circunstancias que habían sucedido a la muerte y entierro de Priest Howard.

Priest Howard, pensó Bobby, dando un respingo con una intuición policial que le

resultó del todo convincente. ¿A quién se hubiera podido confiar el viejo en sus últimos días, además de a su abogado (y a este tampoco demasiado), si no era a Mally Shaw, que pasó casi cada día junto a su lecho de muerte, con las manos diestras, la rectitud, esa convicción vocacional que poseían los mejores enfermeros? Un hombre podía enamorarse de una mujer así, al margen de su edad o de las insuficiencias de la carne. ¿Qué pasaría si Priest tenía un secreto que revelar, un secreto que podía devastar el futuro de un hijo al que nunca había querido? Un secreto cerrado bajo llave, pero que su astuta lengua podía deslizar cuando nadie reparase en ello, para compartirlo con una mujer que había sido más amable con él de lo que lo fueron cualquiera de las esposas que había tenido.

Y Leland sabía, o intuía, las intenciones de su despiadado padre. Aquella misma noche, no bien Priest Howard había sido instalado en su flamante y remodelado mausoleo, Leland se puso a rondar a Mally Shaw. Podía ser una coincidencia, podía ser que los favores sexuales fuesen todo lo que se le había pasado por la cabeza. Sexo, casi con total seguridad; ¿qué podía hacer Mally?

Leland obtuvo la diversión que buscaba, pero después se llevó a Mally. Si conocía la existencia de la llave y lo que esta podía sacar a la luz, era obvio entonces que aquello le estaría causando una gran ansiedad. ¿Y si Mally ya sabía a las claras qué había en la mano de cartas que el padre de Leland había repartido antes de morir? Si Mally no le había dado la llave, entonces Leland debió de tomarse su tiempo para «persuadirla». No tenía intención de herirla salvo en su moral. Era mejor conseguir que su resolución se minase entregándola a un par de buenos tipos que le darían lo suyo durante una semana, allá en el corazón del bosque; después la compensaría con algo de dinero y le mostraría el camino hasta la estación de autobuses.

Pero algo fue mal; Mally murió y Bobby sabía dónde había ocurrido aquello.

Y en cuanto a la posibilidad de dar con la llave...

Bobby miró a través de su polvoriento parabrisas a la casa, una costra negruzca que aún escupía humo, e imaginó un montón de latas explotando bajo aquel intenso calor.

No se esperaban lluvias según la previsión del tiempo. Aun así, por la mañana sería posible rastrear entre los carbones, tamizar las cenizas.

Era improbable que encontrase la llave. Y si aparecía alguna, lo más probable era que no se pudiese determinar para qué clase de cerradura estaba hecha.

Sin duda, las bombas incendiarias habían sido usadas con ese propósito. A lo mejor Mally no le había revelado a Leland dónde ocultaba la llave, así que este hizo arder la casa. Ella ya no iba a necesitarla más. Y otro punto a favor de Leland Howard, que hasta ahora había sobrevivido a la última voluntad de su difunto padre: eludía los cargos de homicidio involuntario y estaba doce puntos sobre sus rivales en las encuestas del fin de semana. Un salto a la gloria con una sonrisa y un irónico adiós con la mano.

Pero a estas alturas Alex Gambier podía ser una momia achicharrada y envuelta

en una lona, porque Leland Howard no parecía tener suficiente a la hora de cubrir su rastro.

Había ciertas cosas a las que uno debía enfrentarse, pensó Bobby, no sin un regusto de miedo en el fondo de la lengua. A pesar de tener tantas cosas en contra. Ansiaba ver el rostro de su esposa en la almohada y a su hijito a la luz de la luna, tendido en su cuna.

También podía tomar una cerveza.

Arrancó el coche patrulla y condujo a casa.

Naipes con las esquinas dobladas

Los fantasmas no sueñan

Robert Mitchum lo hizo

A las exequias de Mally Shaw, celebradas a las once de la mañana del martes en la Santa Iglesia de Little Grove, asistieron muchas personas: amigos y parientes de la difunta además de un puñado de viejos que no conocían a Mally de nada pero que tenían tiempo de sobra, y siempre disfrutaban de un buen funeral cuando se trataba de alguien del vecindario.

Algunos parroquianos con inclinaciones artísticas, los pocos que tenían algo de talento, habían pintado tantas escenas bíblicas sobre las ventanas de la iglesia que el sol apenas penetraba al santuario. Como no podía ser menos, el ataúd de Mally estaba cerrado y flanqueado completamente por flores. Bobby y Cecily Gambier estaban sentados junto a Ramses Valjean, que resistió estoicamente la lectura de un pasaje de la Biblia, un himno, un solo de soprano entonado por Jadie, la hija mediana de Ike y Zerah Thurmond, y dos panegíricos, el último pronunciado con entrañable dolor por el antiguo pretendiente de Mally, *Mr. Morritos de Cerdo Burdett*, mientras tocaba su banjo, de forma que casi nadie pudo entender lo que decía; no obstante, la elocuencia de su dolor se bastaba por sí sola para hacerse comprender y las lágrimas rodaban por todas las mejillas, del primero al último de los ciento veinte asistentes que alojaba la iglesia. Ramses mantuvo los ojos secos, pero estaba tenso, y no hacía más que sudar y pensar que ya iba siendo hora de meterse el segundo chute de morfina del día.

En opinión de Bobby, Alex Gambier se había comportado con mucha displicencia al no asistir al funeral, aunque también concibió la idea de que tal vez Alex prefería mantener la distancia en alguna parte, afuera. No porque se opusiese a aquello, sino para proteger sus sentimientos. En tanto el ataúd de Mally era transportado al espacio habilitado a la vera del reverdecido lugar de descanso de su marido William, Bobby miró alrededor, pero no pudo divisar a Alex. Claro que se opone a ello, pero bien se puede atribuir a la rabia, pensó Bobby.

Tras una rápida ceremonia al pie de la tumba, cayeron de ambos lados del dosel unas cortinas de malla; allí descansaría el ataúd hasta que los sepultureros vinieran a enterrar a Mally cuando refrescase la tarde. En el sendero, Bobby le hizo una seña a Eddie Paradise Galphin, que había guardado las distancias con el grupo. Bobby, Eddie y Ramses mantuvieron una conversación con las cabezas pegadas. Eddie asentía y asentía y trataba de no suscitar la impresión de que le acababan de ofrecer una pepita periodística de oro puro.

Bobby regresó al trabajo y Ramses retornó a la casa de West Hatchie para

descansar por un rato en su vaina de morfina.

Una y diez de la tarde.

Jim Giles estaba sentado en su ranchera con las ventanas bajadas para beneficiarse de la suave brisa que corría, leyendo las tiras cómicas del Memphis Commercial Appeal del domingo mientras disfrutaba mascando una lujosa porción de tabaco. Utilizaba un vaso de Hopalong Cassidy con la tapa mellada que había encontrado en una papelera metálica a modo de escupidera. Mantenía el ojo avizor en la plaza del tribunal y la fachada de mármol negro de los almacenes Dunkel's. El chico al que el día anterior había visto allí, y que tendría que haber ardido hasta la muerte en la casa de Mally Shaw aquella misma noche, paseaba por Dunkel's con su amiguita. Salvo por una mano vendada, daba la impresión de que no le había resultado una experiencia tan mala.

La reaparición del chico había despertado en Giles, hombre de poca imaginación, una sensación inquietante, para complicar todavía más esa lenta, pero implacable noción, entre la consternación y la ira, de que nada parecía estar marchando como debía. Leland Howard le había prohibido librarse de los perros catahoula cuando el instinto de Giles demandaba que era precisamente eso lo que debían hacer. En su reciente y críptica conversación telefónica con Leland, había recibido la impresión de que a éste se le había ido la olla por completo y que estaba más que asustado. Desolado, le intentó explicar a saber qué profecía anunciada por una bruja pueblerina. La opinión de Giles era que *Mr.* Howard necesitaba poner tierra de por medio entre las mujeres y él al menos durante una semana. Pero había tenido que ir tras ese coño después de un fatigoso e inacabable día en la tribuna, encendiendo los ánimos con su retórica. Como siguiese a ese ritmo con todo lo que ya tenía encima, el día siguiente a las primarias iba a necesitar una camisa de fuerza y una ducha fría para aclararse las ideas.

Para bien o para mal, Jim Giles le comunicó diligentemente las noticias, tal y como habían sucedido. Pero era cosa suya asegurarse de que el siguiente informe que le diera contribuyera a poner paz en todas las preocupaciones de *Mr.* Howard.

Era una cuestión de tiempo y lugar, reflexionó Giles, dejando a un lado las tiras cómicas del periódico para mirar a un maldito pajarraco de cola curva que se estaba cagando en el techo de su ranchera. Era un tipo cuidadoso, pero resuelto. Un chico que había conseguido escapar a las bombas incendiarias en una casa de cartón se merecía un respeto. Pero ya se le presentaría otra oportunidad. Después de eso, el chico estaría muerto y no habría modo de rastrear su muerte hasta Jim Giles, el hombre del senador electo.

Apretó el claxon, pero aquel insolente pájaro se negaba a volar. Otra de esas menudencias que hoy tampoco marchaba como debía. De haber estado en otro lugar, un poco más privado, no se lo habría pensado dos veces en sacar su pistola de doble

cañón del colgador que había detrás de él y volatilizar a aquel pájaro en una nubecilla de plumas ensangrentadas.

Giles escupió un jugo marrón en el vaso de Hopalong Cassidy y sintió que su pulso se aceleraba. Tenía poca tolerancia por las cosas que le cabreaban. Por no decir ninguna.

Tras sopesarlo y comprar un par de elegantes sandalias blancas en el departamento de mujeres de los almacenes Dunkel's, Francie Swift localizó a Alex en el otro pasillo, vestido con la camisa nueva y los mocasines que había comprado y cargado a la cuenta de Bobby. Alex miraba embelesado el conjunto que formaban una bordada blusa común y una falda vaquera en uno de los maniqués de la tienda.

Francie apareció tras él y dijo, bromeando:

—¡Oh, me has recordado que mi cumpleaños es en dos semanas!

Alex se volvió para mirarla, nervioso.

—Estoy segura de que eso me sentaría genial, si fuera de mi talla.

Alex sonrió, sonrojándose, y se encogió de hombros.

—Este año no voy a dar una fiesta, solo estará la familia y quizá... alguna otra persona que yo decida invitar. Quizá hagamos una cena en casa. ¿Qué te parece, Alex?

No estaba seguro de que la invitación a cenar fuera para él.

Francie le tendió su bolsa de la compra y quiso aclararle sus intenciones acerca del cumpleaños deslizándole un brazo dentro del suyo.

—Mi talla es la treinta —dijo—. ¿Quieres que comamos algo? Hoy invito yo.

De camino a la granja de Leland Howard, en la esquina noroeste del condado, Bobby le dijo a Ramses Valjean:

—¿Solía ir Mally a la iglesia?

—Probablemente sí. No por influencia mía, desde luego.

—No es usted muy creyente...

El rostro de Ramses estaba fatigado y sudoroso. El aire que se colaba por las rendijas de las ventanas era lo bastante caliente como para hacer té. Las nubes en el horizonte eran tan lisas como si hubieran sido hechas con tiza. Los árboles asediaban el serpenteante camino: a lo lejos se divisaban los campos, el algodón en hileras hinchadas de blanco, el verde brillante de la soja. Un tractor con una cortadora rotativa estaba limpiando una acequia de riego. Dejaron atrás un camión maderero que circulaba despacio; la radio barbotaba la voz de Hank Williams, como un fantasma atrapado en las ondas: Long Gone Lonesome Blues. Atravesaron senderos flanqueados por establos cuyos costados desportillados anunciaban los iconos de las necesidades básicas del campesino: Prince Albert, Martha White, Aunt Jemima^[8]. Había dos radios en el Packard, una para trabajar y otra para divertirse. El sol vertía una luz parpadeante a través del parabrisas dividido, como una película aún por rodar.

—Dios estará fuera del mapa, pero uno debe tener algo a lo que agarrarse.

—Sí, eso es cierto —replicó Ramses, indiferente. Había tenido los ojos cerrados la mayor parte del camino.

—¿En qué cree, entonces?

Ramses se removió como si aquello le incomodase, y Bobby pensó que se había sentido molesto; pero Ramses sonrió:

—Creo en la santidad de mi profesión. Creo en el doliente y trágico corazón humano, en un bello destino para el que lo merezca, en la vastedad del alma humana y las apuestas en Hialeah, que pagan veinte a uno. Creo en la sugestión de que los ojos oscuros significan más problemas que los azules, que el amor es un monstruo de Frankenstein hecho mediante la unión de partes inverosímiles. Creo en la perfección de los cielos, en la divinidad de William Shakespeare, en los placeres del ego y en largos viajes en tren con mujeres gitanas que me dan baños de espuma y acarician mis testículos como las polillas roen una manga de lana.

Bobby mostró una sonrisa perpleja y dijo:

—Espero que el cuello de esa camisa de trabajo que le he prestado no le esté apretando mucho el cuello, Ramses.

—Na' de'so, jefe Bobby. Pero'l mono debería ciñirse un poco má a la'ntrepielna.

—Es lo mejor que he podido conseguir en tan poco tiempo. El marido de Rhoda es unos cinco o seis centímetros más bajo que usted. Recuerde que debe llevar ese viejo sombrero bien bajado en su cabeza, por si alguien de por aquí se para a mirarle dos veces. El cabello a lo Harlem no va con esa ropa.

—El arte del disimulo es parte de mi herencia —dijo Ramses en su voz normal—. ¿Nos queda mucho para llegar?

—Buscamos el Camino de la Ginebra. Solía rondar por aquí antes de la guerra junto a mi padre, para disparar a las codornices del pasto de Edgar Moody en esos días frescos que había antes de Acción de Gracias.

—Se llevaba muy bien con él, ¿verdad?

—Sí.

—Me ha hecho una pregunta.

—De acuerdo, su turno.

—¿Qué es lo mejor que su padre le enseñó?

—Que hiciera un hueco en mi vida para la gente que me quiere.

—¿Y el segundo?

—Si la jodes, apechuga.

—Parece que fue un buen hombre. ¿Qué clase de *sheriff* era?

—Salvo porque le gustaba demasiado darle a la botella, nunca la jodió.

—Usted tampoco lo hará.

—Cuando Leland Howard regrese a Evening Shade, vendrá con la segadora.

—Si uno sabe lo que le espera, ya tiene media batalla ganada.

—Espero que así sea.

—La otra mitad depende de si uno quiere entrar en combate.

Un familiar biplaza rojo estaba aparcado junto a una inclinación del Camino de la Ginebra y la carretera llena de rastros y rodadas que conducía al hogar de Leland Howard. Eddie Paradise Galphin se inclinaba contra el guardabarros del coche. Anticipando su nuevo y superior estatus en su selecta profesión, se había permitido un puro. Bobby redujo la velocidad antes de dar la vuelta e hizo una seña con los dedos tres veces hacia Eddie, que respondió tocándose a su vez el borde de su canotier de paja. Quince minutos.

La superficie cultivable de los terrenos de Leland Howard había sido arrendada en usufructo a un viejo conocido del lugar llamado Claude T. Long. Este contaba con la ayuda de un hijo retrasado de mediana edad, al que habían colgado el mote de Sabueso porque su cara estaba salpicada de marcas de nacimiento, motitas que iban del tamaño de una moneda de diez centavos a la de un dólar. Claude tenía una puntería muy precisa en el tiro al pavo, su mayor reclamo para convertirse en gloria local. También tenía un nieto que se había casado con la actriz integrante de una pareja de comediantes negros, Jamup y Honey, que trabajaban en el Grand Ole Opry; de modo que en la familia había ese toque de aristocracia que procedía del mundo del espectáculo.

Claude y Sabueso se encontraban frente al establo, haciéndole unos pequeños ajustes al motor de un viejo tractor de cultivo John Deere. Claude volvió la cabeza cuando Bobby y Ramses salieron del coche patrulla Packard, y le dijo a su hijo:

—Dale a la llave otra media vuelta y quédate ahí hasta que te diga que pares. — Era un tipo alto, escuálido, con una pierna más corta que la otra, lo cual siempre daba la impresión de que caminaba de lado en una colina inclinada—. ¡Que me aspen. Bobby Gambier!

Claude se desembarazó de su sombrero marrón de fieltro, estriado de manchas de sal, y espantó unas cuantas moscas que se obstinaban en perseguirle. Lo cierto era que su olor hubiera atraído hasta a los buitres, de haber permanecido el rato suficiente sin moverse.

—Me parece que no te he puesto los ojos encima desde que los chicos de Husley se dieron de tiros por lo que ocurrió con aquella poco fiable esposa de Elroy. Oí que Fuzzy se marchó un par de meses atrás, ¿es así?

—Ahora Fuzz conduce un enorme camión para la P.I.E., en algún lugar de Little Rock.

—Mejor trabajo del que el viejo Elroy le hubiera podido ofrecer nunca, con nariz rota o sin ella. Pero bueno, tampoco es que alguna vez hubiera sido un tipo demasiado guapo. ¿Y qué te trae por aquí?

—Venía a echar un vistazo a esos perros de Leland Howard de los que he oído hablar.

—¿Los catahoulas? —Ramses ya se acercaba a la alambrada de la perrera, donde los perros se habían congregado nada más llegar el coche patrulla. Uno gañía, los otros dos permanecían en silencio, pero alerta. Sus ojos tenían un deslumbrante brillo torvo en la creciente sombra angular que el establo precipitaba a sus espaldas.

—Quiero comprarme otro perro. El viejo Rusty ha hecho honor a su nombre y ya no puede ni arrastrarse^[9].

—Que recuerde, tu padre siempre se inclinaba más bien por los perros de caza, ¿verdad?

—Siempre teníamos un par por casa.

—Bueno, pues en ese caso, si estás buscando un perro que sirva para todo y que además valga como cazador, esa perra de pelo corto alemana que tiene Lovett Moody acaba de parir una buena camada en su casa de Hapsworth. No me malinterpretes, los catahoulas son unos perros preciosos y de apariencia sólida, siempre y cuando no te asusten sus ojos de lobo. Si una noche te cruzas con uno suelto te puedes cagar por la pata abajo. Pero no sirven para mucho, si no es para rastrear jabalíes. Mira cómo se quedan ahí plantados, observándonos. Es el asesino natural que llevan dentro. Se requiere una sangre especial para perseguir jabalíes, si ese deporte te gusta.

—Lo practico de vez en cuando.

—No son cachorritos, no señor, como un perro de caza de buen talante lo es cuando no está a la que salta. No me acerco a esos tres excepto cuando les tengo que dar de comer o de beber. Mejor que le digas a tu negro que no acerque demasiado los dedos al candado de la alambrada.

—Ramses, el hombre dice que no te acerques mucho.

—Sí señó', lo he oí'o.

—Pero bueno —dijo Claude—, si te parece, puedes dar una vuelta y mirar lo que te venga en gana, Bobby.

—Gracias, Claude. No pretendía apartarte de tus tareas. ¿El chico bien?

—Bueno, me hace compañía desde que mi mujer se fue al cielo con Jesús. Y el muchacho no es que le dé muchas vueltas a la cabeza. De vez en cuando se pone de los nervios porque no logra recordar dónde está su madre.

Bobby se acercó a Ramses mientras Claude regresaba junto al tractor de cultivo John Deere. Ramses casi estaba a un paso de la alambrada y de los perros, que parecían sonreírle, agrupados, mientras le vigilaban. Era una peculiaridad de su raza. Bobby había estado leyendo sobre los catahoulas en la biblioteca, tras el funeral de Mally.

—¿Qué ha visto hasta ahora?

—La caseta ha sido lavada a presión no hace mucho. Los perros también, o eso parece. Pero el mediano tiene aún varios mechones apelmazados y enmarañados en el pecho de algo que podía ser sangre. Si estos son los perros, entonces tendrían que quedar restos de sangre en sus pezuñas. Habría que anestesiarlos antes de hacerles un examen completo.

—¿Qué más estamos buscando?

—Un incisivo inferior derecho roto a la altura de la encía.

—Eso despejaría las dudas.

—Sí.

Bobby se aproximó a la alambrada y le dio un par de patadas. Uno de los catahoulas retrocedió sin hacer ruido, pero los otros le miraron con señorial desdén. Bobby sacudió la cabeza.

—De acuerdo, voy a entrar ahí.

—¿Qué? Esos perros no son nada amistosos.

—Quiero verles gruñir. Hacer que abran la boca para que pueda contarles los dientes.

—Los tres podrían atacarle sin previo aviso si pone un pie ahí.

—Eso será si notan que tengo miedo de ellos. He estado rodeado de perros toda mi vida; sé cómo tratarlos.

—Bobby...

—Si estoy equivocado, cúbrame con la pica para el ganado que le di en el coche antes de que me arranquen un brazo.

Bobby se acercó a la puerta de la verja que había al final de los diez metros de la perrera. Dos de los perros le miraron; el otro continuó observando a Ramses. Bobby tomó aliento y abrió la puerta, y luego entró. Con aquello se había ganado la atención de los tres perros. Soltó un fuerte silbido. En el tractor de cultivo, Claude Long volvió la cabeza. Bobby se agachó, silbando muy suavemente dos notas idénticas. Los perros se acercaron con la misma suavidad en su dirección y Ramses se movió con ellos a lo largo de la alambrada, con una mano en la pica que guardaba en el profundo bolsillo de su mono. Bobby sonrió, con las manos relajadas, visibles entre las rodillas.

Uno de los perros leopardo, más oscuro que los otros y con uno de los ojos de color marmóreo, avanzó en primer lugar, pero se mantuvo a unos tres pasos de él, al acecho, olisqueando. Bobby permaneció atento a sus movimientos, pero no volvió la cabeza. Los perros eran muy altos y con Bobby agachado, los tres estaban casi al nivel de sus ojos. La perra que tenía los ojos de distinto color llegó a unos centímetros de su hombro izquierdo, y se detuvo. Los otros perros también se detuvieron. Estaban sonriendo, aunque no lo bastante, a juicio de Bobby, como para ver su dentadura al completo.

La perra que tenía a la izquierda posó su hocico contra su antebrazo, un roce ligero; luego le rodeó y se unió a sus hermanas.

Bobby siguió sin moverse.

Uno a uno, los perros se tumbaron; el calor les había hecho aflojar la lengua y estaban aún lo bastante cerca como para que Bobby pudiera oler su aliento.

Fue entonces cuando la perra que tenía un ojo marmóreo bostezó y Bobby vio el incisivo roto.

Bobby se incorporó lentamente, retrocedió, se topó con la puerta de la verja y

salió del cercado. En el tractor, Claude Long golpeó su sombrero de fieltro contra un muslo, una especie de saludo, y volvió a trabajar.

—¿Ahora qué? —inquirió Ramses.

—Haré que lleven a esos perros a la perrera municipal. Si la sangre de Mally está en alguno de ellos, lo sabremos en tres días.

—¿Puede obtener una orden para registrar la casa?

—No podría aunque lo intentara. Waddy Winship me mirará por encima de sus gafas y dirá, «Pero Bobby, no hay causa probable. Supongamos que Leland se llevó a una negra hasta ahí para pasar un buen rato la noche del sábado. ¿Y? Ni eso lo sabes, de hecho. Se me ocurren mil razones por las que Mally Shaw podría haberse perdido por esos pagos para escapar después como una loca de los perros de caza de Leland. Un trágico accidente, sin duda, ¿pero dónde está la prueba de que se trata de un crimen?».

—Hay pruebas de que fue desplazada para encubrir que los perros la mataron. Eso es un delito grave; eso es lo que usted me dijo.

—Unos envoltorios de caramelo, la huella de una bota y un vello púbico es todo lo que tenemos para demostrar que hubo un contacto entre ellos. Intente siquiera conseguir que el gran jurado se plantee si emprender una acusación. Ramses, estamos hablando de Leland Howard. Ese tipo tiene poderosos apoyos, relaciones, avales del grupo político que posee el estado de Tennessee, es dueño de mi trabajo y hasta de mi propio culo, si me apura.

—No creí que fuera a tener miedo.

—No tiene nada que ver con el miedo. La política es una baraja de cartas, Ramses. Tiene ases y reyes, y tiene peones, como yo; si nos dan un naipe con las esquinas dobladas o demasiado bajo, podemos darnos por acabados. Una hora después de que me presente en el tribunal de Waddy pidiendo una orden de registro, alguien descolgará un teléfono y acto seguido me darán el retiro.

—Está diciendo...

—Estoy diciendo que en este asunto se requiere un poco de mano izquierda, si quiero ser eficaz y que se me permita continuar haciendo lo que mejor sé hacer.

Levantaron la vista hacia el camino al ver la llegada de Eddie Paradise Galphin en su biplaza rojo.

—¿Y esa es su idea de tener mano izquierda? —murmuró Ramses con una media sonrisa.

—Quizá —repuso Bobby, tratando también de sonreír.

La doble puerta de entrada a la estación de Cole's Crossing ya no estaba cerrada con tablones, tal y como había sucedido durante años. Alex se percató de aquello tan pronto como abandonó la carretera y descabalgó su bici, clavado dolorosamente entre las vías sin apenas resuello, hasta que recuperó el aliento. Luego, tras asir la bicicleta

por el manillar, la arrastró sobre los baches de balasto hasta uno de los extremos del largo andén de la estación. Las mallas metálicas habían desaparecido de las anchas ventanas que se apostaban a ambos lados de la entrada; docenas de fragmentos de cristal habían sido reemplazados por un nuevo ventanal de vidrio brillante, en el que no había ni rastro de hollín.

La estación también podía alardear de su reciente mano de pintura, una pátina uniforme color verde manzana con abundantes adornos grises, que resplandecía como si la pintura aún no se hubiera secado.

Con todo, no había una luz por ninguna parte, descontando los rayos rojos de una lámpara que el jefe de estación hacía oscilar con aparente descuido hacia adelante y atrás, mientras miraba a Alex acercarse con su bicicleta. Se trataba de un hombre larguirucho con una sobresaliente nuez y una sonrisa que mostraba lo que sin duda era una hilera de dientes postizos. Llevaba su gorra con una escasa visera bien encasquetada sobre la coronilla.

—¡Hola! —saludó el jefe de estación—. ¿Vienes a ver a Mally?

Alex dejó su bici entre las vías porque sabía por sus visitas anteriores que no podía llevarla más allá de ese punto, un par de pasos sobre el nivel de las vías. Con la mayor facilidad, podía dejar atrás la luz de la luna, los ruidos de las criaturas nocturnas y el embriagador calor de las noches de verano propias del condado, e incluso ese extraño firmamento, más bien un vacío, que se ofrecía al otro lado de la vía; su bici no podía ir con él.

Alex decidió que él tampoco iría; al menos, aún no. Nunca antes había visto al jefe de estación. Que estuviera ahora ahí no significaba necesariamente algo bueno.

—No pasa nada, vamos, ven aquí —le urgió el jefe de estación, mirando por encima del hombro la estación remodelada—. ¿Te gusta lo que hemos hecho al viejo lugar? Así resulta mucho más alegre, ¿verdad? Al cuerno con aquella escombrera.

Alex hizo el esfuerzo de aclararse la garganta, que la tenía seca. Pero mientras permaneciera allí donde se encontraba, en su lado de la vía, sabía que seguiría sin hablar. En el lado de los otros... asintió cautamente, mientras el jefe de estación volvía la cabeza para mirarlo nuevamente con aquella invariable sonrisa de oreja a oreja. La luz roja continuó segando la negra oscuridad.

—Mally aparecerá en un ratito. Mientras tanto, ¿no sientes un poco de curiosidad? ¿No quieres echar un vistazo ahí dentro? Todo es tal y como siempre fue, tal y como lo recuerdas. Encenderé unas cuantas luces para ayudarte a encontrar el camino.

Alex negó con la cabeza. El jefe de estación le miró con aire indulgente.

—No debes temer nada, Alex. Solo hay unos cuantos amigos, esperándote. Muchachos jóvenes como tú, chiquillos ansiosos por conocerte. —Dio un paso hacia el borde del andén e hizo oscilar la lámpara sobre las vías, como un señuelo. La luz sonrojó la cara de Alex—. ¿Qué me dices, amigo? Únete a nosotros.

A Alex no le gustaba aquella luz; era como una bola que le daba dolor de cabeza.

En la periferia de su resplandor, a cada larga oscilación, vio unas siluetas borrosas, una hilera de caras alargadas en las que se dibujaba el dolor y el temor. Alex apartó la vista y cerró los ojos, intentando alejar de su cabeza todo salvo la imagen benévola de Mally.

Cuando miró otra vez, la estación volvía a mostrarse tan desvencijada y ruinoso como siempre. El jefe de estación había desaparecido. En su lugar, Mally estaba allí, vestida con la blusa rústica y la falda vaquera que había escogido para ella en los almacenes Dunkel's esa misma tarde. Mally no acarreaba ninguna lámpara. Al igual que las veces anteriores, le iluminaba la tenue luz que cubría la superficie visible de su piel, un resplandor naciente y húmedo.

—Alex, te lo dije —se lamentó Mally, con amargura—. Tienes que mantenerte lejos de aquí. Ya están empezando a venir por ti.

Alex se sentía tan feliz de verla que saltó con audacia al otro lado de la vía, sin mirar primero. No era una buena idea. Los trenes pasaban constantemente por aquel lugar sin estrellas donde Mally habitaba, trenes que nunca anunciaban su presencia hasta que prácticamente se te habían echado encima. Se movían aprisa, como el chasquido de un látigo, pero sin hacer mucho ruido, siempre que no tuvieran previsto detenerse en Cole's Crossing para recoger a alguien. Desde luego, nadie se bajaba allí.

—Pero quería verte —repuso Alex, subiendo los peldaños hasta el andén—. Y de todos modos siempre están ahí dentro. Se asoman. Apenas son más que unas sombras. No dan miedo, salvo sus ojos, a veces... Son ojos que no expresan nada. — Todavía feliz, se movía alrededor de Mally, mientras ella le seguía con la mirada. Alex se revolcaba en los placeres del lenguaje, barbotando palabras, hasta que Mally no pudo por menos que sonreír.

—Tienes mucho que aprender. ¿Qué te ha ocurrido en la mano?

—Han quemado tu casa anoche mientras buscaba la llave.

Mally pareció perpleja al saber que alguna vez había tenido una casa.

—¿Quién lo hizo?

—Debe haber sido Leland Howard y esa serpiente que le sirve de chófer. Arrojaron cócteles molotov por las ventanas. Oh, y también lo vi en la ciudad.

—¿A Leland Howard?

—No, al otro, el tipo que acudió a tu casa con Howard la noche en que te... ¿pero es que ya no recuerdas nada, por los clavos de Cristo?

Mally se encogió de hombros.

—Me resulta todo tan... lejano ahora, Alex. Lo siento.

—Bueno, pues casi me matan, a mí y a tu padre. No me enteré de que estaba en la casa hasta que... Mally, no me dio tiempo a dar con la llave. Y ya nunca la encontraré, así que se nos tiene que ocurrir otro modo para... para despellejar a esa sabandija —concluyó, escarbando una vez más en el alijo de su memoria, en busca de las palabras que conformaban el rico idioma leído en mil páginas de historias del

oeste.

—¿Qué llave?

—¡Mally, para ya, ya sabes de qué te estoy hablando!

—Te lo dije... todo me resulta demasiado lejano.

—¡Pero solo has estado... tu funeral fue hoy! Allí —dijo Alex, con un cortante movimiento de su brazo, señalando hacia el cementerio de Little Grove.

—¿Ah, sí? ¿Estuviste en él, Alex?

—No. Odio los funerales. De cualquier modo, sabía que te vería esta noche; puedo verte cuando se me antoje, ¡así que no estás verdaderamente muerta, Mally! Para mí nunca lo estarás.

—¿No tendría yo algo que decir al respecto?

—¿Qué significa eso?

—Alex, el poder que ejerces sobre mí está creciendo, pero esto no está bien, ¿no te das cuenta? El cruce no es un lugar maligno, pero tú puedes hacer que lo sea aunque solo sea por medio de tus pensamientos. Me estás... trayendo hasta aquí por tus propias razones. Eso es egoísta.

—¿Así que soy egoísta? ¡Estoy intentando ayudarte a ajustarle las cuentas al hijoputa ese que te hizo esto!

—No quiero herir tus sentimientos. Pero ahora estoy bien, de verdad. Lleva un poco de tiempo acostumbrarse a estar muerto. Ya no odio a Leland. Le compadezco, como mucho, pero en este lado eso forma parte del pasado. Cuando estoy contigo apenas recuerdo qué fue exactamente lo que me hicieron, y cuando no estás aquí, pues qué puedo decirte, cielo, salvo que los fantasmas no sueñan. ¿Me escucharás ahora? Lo que trato de hacerte entender es que me estás devolviendo a este lugar una vez y otra, desde otro lugar en el que debo estar, y cuando haces eso te haces daño a ti mismo. ¿Sabes lo que te está suponiendo saltar a este Lado, noche tras noche, solo para hablar conmigo? Pues más de lo que imaginas, Alex, y tengo miedo por ti.

Alex no la entendía o no quería hacer el esfuerzo de entenderla. Se sentía de maravilla estando allí. Dio la espalda a Mally y reparó en que un tren se había deslizado hasta allí mientras ellos hablaban. Un resplandor aerodinámico, entretejido de jadeantes vapores blancos, revestimientos en plata y azul, embrujadoras luces en los vagones de primera clase, y la felicidad en los rostros de quienes embarcaban desde Cole's Crossing. Jóvenes o viejos, todos ellos habían llegado al final de su recorrido.

El corpulento conductor volvió la cabeza para mirar interrogativamente a Alex y asintió señalando hacia la puerta abierta de un vagón.

—¿Esperas este, chaval?

Por unos instantes, Alex se imaginó abordando el vestíbulo, entrando en aquel fabuloso vagón. Y aquello no tenía por qué ser algo malo; ¿por qué no unirse a ellos? ¿Qué había de bueno en la vida que dejaría atrás? Había tenido mala suerte y no es que contara con mejores perspectivas. Luego sintió la consternación de Mally y su

desaprobación; el tren de plata se disolvió ante sus ojos como el vaho de una ventana helada y reparó en que lo que miraba era la pendiente por la que se desaguaban las vías, y unos hombres que caminaban con linternas: su bici seguía donde la había dejado, pero su cuerpo estaba allí, roto en pedazos e iluminado por varios rayos de luz, que reptaban sobre la sangre esparcida en el balasto gris. Apartó la mirada de aquella escena y miró a Mally cara a cara, estupefacto, casi contrito.

—Ahora es cuando pillas lo que quiero decir, Alex Gambier... Has estado a punto de irte. Pon un pie en uno de esos trenes y automáticamente serás hombre muerto en el otro lado. Ni esta es tu hora ni tampoco tu lugar. Da un mal paso allí donde todavía no se te espera y te costará un montón de vidas y de duro esfuerzo volver a estar donde estás ahora. Insisto: vuelve a casa. Sal de aquí mientras aún puedas hacerlo.

La fuerza negativa que Mally ejercía tensó la piel en el cráneo de Alex; sintió su deseo de irse. Pero esta noche no le iba a facilitar a Mally que se marchase. Tal y como le dijo que debía hacer, Alex concentró su mente y su corazón en ella y se sintió embriagado por la energía que había en su pecho, como una tormenta contenida. Mally bulló ante sus ojos, hasta que al cabo se volvió a asentar en su forma física, vestida con el conjunto de la sección para señoras de los almacenes Dunkel's y mostrando una expresión atónita.

—No tenías por qué tirar tan fuerte —se quejó Mally. Bajó la vista a sus pies—. Vaya, se me han pintado de azul las uñas de los pies mientras estabas en eso —dijo maravillada.

Alex sonrió, un poco petulante:

—No quiero ir a casa aún. Tengo poderes, Mally Shaw.

—¿Qué más puedo decirte? No es por mí por lo que quieres vengarte, Alex.

—¿Por qué está tan mal que me preocupe? A nadie más le importa una mierda. Y menos que nadie a...

—Oh-oh... Casi te cuelas, ¿verdad? Porque las cuentas que quieres saldar con Leland Howard es en realidad un asunto entre tú y tu hermano Bobby. Has estado tan enfadado porque pensabas que te había dejado tirado otra vez...

—¿Y qué si es así?

Mally se apartó de él, se cruzó de brazos, los volvió a descruzar, y alzó la cabeza unos instantes, intentando controlar la agitación, o posiblemente rebañar algo de inspiración.

—Vale. Quizá podamos llegar a un acuerdo, Alex.

—¿Sí? ¿Sobre qué?

Mally le miró.

—Digamos que si puedo ayudarte a ajustar esas cuentas que tan importantes son para ti, hacer que las cosas vayan mejor entre tu hermano y tú, ¿me prometes retomar la vida que te pertenece y crecer hasta convertirte en el hombre que sé que puedes llegar a ser, y dejarme marchar de una vez por todas? Porque la verdad, no me necesitas ni la mitad de lo que tú te has empeñado en creer, Alex.

Se tomó su tiempo antes de contestar.

—¿Y dar su merecido a Leland Howard?

Mally asintió.

—Decías que tus poderes no llegaban tan lejos.

—Unamos esfuerzos entonces y pensemos en cómo hacerlo. Quiero decir, si es que estamos de acuerdo... —Mally le miró a los ojos, desafiando sus dudas.

—Solo si las cosas salen como tú dices —repuso Alex con renuencia, hambriento de que, fuera cual fuese el plan que trazaran para lograr la caída de Leland Howard, aquello funcionase, aunque la perspectiva de no volver a ver a Mally de nuevo le resultaba agónica.

Mally dio otro paseo, embebida en sus pensamientos, asintiendo para sí misma.

—¿Alex?

—¿Qué?

—Tal vez deberíamos hacer que la próxima vez que te vea fuese una gran ocasión. Me gustaría llevar un vestido rojo. Rojo brillante. De seda. Y muy ceñido.

—Vale.

—Y perlas. Y también pendientes.

Alex sonrió; Mally estaba disfrutando de aquello.

—Claro. ¿Por qué?

—Bueno, todo está muy borroso en mi mente, ¿sabes?, pero la verdad, no creo que tuviese mi mejor aspecto la última vez que me vi con *Mr.* Howard.

—¿La última...? No te... ¿que te viste? ¿De qué estás hablando?

—De ajustar las cuentas, cielo. Es de lo que estamos hablando, ¿no es cierto?

La doble puerta de entrada a la estación de Cole's Crossing ya no estaba cerrada con tablones, tal y como había sucedido durante años. Alex se percató de aquello tan pronto como abandonó la carretera y descabalgó su bici, clavado dolorosamente entre las vías sin apenas resuello, hasta que recuperó el aliento. Luego, tras asir la bicicleta por el manillar, la arrastró sobre los baches de balasto hasta uno de los extremos del largo andén de la estación. Las mallas metálicas habían desaparecido de las anchas ventanas que se apostaban a ambos lados de la entrada; docenas de fragmentos de cristal habían sido reemplazados por un nuevo ventanal de vidrio brillante, en el que no había ni rastro de hollín.

La estación también podía alardear de su reciente mano de pintura, una pátina uniforme color verde manzana con abundantes adornos grises, que resplandecía como si la pintura aún no se hubiera secado.

Con todo, no había una luz por ninguna parte, descontando los rayos rojos de una lámpara que el jefe de estación hacía oscilar con aparente descuido hacia adelante y atrás, mientras miraba a Alex acercarse con su bicicleta. Se trataba de un hombre larguirucho con una sobresaliente nuez y una sonrisa que mostraba lo que sin duda

era una hilera de dientes postizos. Llevaba su gorra con una escasa visera bien encasquetada sobre la coronilla.

—¡Hola! —saludó el jefe de estación—. ¿Vienes a ver a Mally?

Alex dejó su bici entre las vías porque sabía por sus visitas anteriores que no podía llevarla más allá de ese punto, un par de pasos sobre el nivel de las vías. Con la mayor facilidad, podía dejar atrás la luz de la luna, los ruidos de las criaturas nocturnas y el embriagador calor de las noches de verano propias del condado, e incluso ese extraño firmamento, más bien un vacío, que se ofrecía al otro lado de la vía; su bici no podía ir con él.

Alex decidió que él tampoco iría; al menos, aún no. Nunca antes había visto al jefe de estación. Que estuviera ahora ahí no significaba necesariamente algo bueno.

—No pasa nada, vamos, ven aquí —le urgió el jefe de estación, mirando por encima del hombro la estación remodelada—. ¿Te gusta lo que hemos hecho al viejo lugar? Así resulta mucho más alegre, ¿verdad? Al cuerno con aquella escombrera.

Alex hizo el esfuerzo de aclararse la garganta, que la tenía seca. Pero mientras permaneciera allí donde se encontraba, en su lado de la vía, sabía que seguiría sin hablar. En el lado de los otros... asintió cautamente, mientras el jefe de estación volvía la cabeza para mirarlo nuevamente con aquella invariable sonrisa de oreja a oreja. La luz roja continuó segando la negra oscuridad.

—Mally aparecerá en un ratito. Mientras tanto, ¿no sientes un poco de curiosidad? ¿No quieres echar un vistazo ahí dentro? Todo es tal y como siempre fue, tal y como lo recuerdas. Encenderé unas cuantas luces para ayudarte a encontrar el camino.

Alex negó con la cabeza. El jefe de estación le miró con aire indulgente.

—No debes temer nada, Alex. Solo hay unos cuantos amigos, esperándote. Muchachos jóvenes como tú, chiquillos ansiosos por conocerte. —Dio un paso hacia el borde del andén e hizo oscilar la lámpara sobre las vías, como un señuelo. La luz sonrojó la cara de Alex—. ¿Qué me dices, amigo? Únete a nosotros.

A Alex no le gustaba aquella luz; era como una bola que le daba dolor de cabeza. En la periferia de su resplandor, a cada larga oscilación, vio unas siluetas borrosas, una hilera de caras alargadas en las que se dibujaba el dolor y el temor. Alex apartó la vista y cerró los ojos, intentando alejar de su cabeza todo salvo la imagen benévola de Mally.

Cuando miró otra vez, la estación volvía a mostrarse tan desvencijada y ruinosa como siempre. El jefe de estación había desaparecido. En su lugar, Mally estaba allí, vestida con la blusa rústica y la falda vaquera que había escogido para ella en los almacenes Dunkel's esa misma tarde. Mally no acarreaba ninguna lámpara. Al igual que las veces anteriores, le iluminaba la tenue luz que cubría la superficie visible de su piel, un resplandor naciente y húmedo.

—Alex, te lo dije —se lamentó Mally, con amargura—. Tienes que mantenerte lejos de aquí. Ya están empezando a venir por ti.

Alex se sentía tan feliz de verla que saltó con audacia al otro lado de la vía, sin mirar primero. No era una buena idea. Los trenes pasaban constantemente por aquel lugar sin estrellas donde Mally habitaba, trenes que nunca anunciaban su presencia hasta que prácticamente se te habían echado encima. Se movían aprisa, como el chasquido de un látigo, pero sin hacer mucho ruido, siempre que no tuvieran previsto detenerse en Cole's Crossing para recoger a alguien. Desde luego, nadie se bajaba allí.

—Pero quería verte —repuso Alex, subiendo los peldaños hasta el andén—. Y de todos modos siempre están ahí dentro. Se asoman. Apenas son más que unas sombras. No dan miedo, salvo sus ojos, a veces... Son ojos que no expresan nada. — Todavía feliz, se movía alrededor de Mally, mientras ella le seguía con la mirada. Alex se revolcaba en los placeres del lenguaje, barbotando palabras, hasta que Mally no pudo por menos que sonreír.

—Tienes mucho que aprender. ¿Qué te ha ocurrido en la mano?

—Han quemado tu casa anoche mientras buscaba la llave.

Mally pareció perpleja al saber que alguna vez había tenido una casa.

—¿Quién lo hizo?

—Debe haber sido Leland Howard y esa serpiente que le sirve de chófer. Arrojaron cócteles molotov por las ventanas. Oh, y también lo vi en la ciudad.

—¿A Leland Howard?

—No, al otro, el tipo que acudió a tu casa con Howard la noche en que te... ¿pero es que ya no recuerdas nada, por los clavos de Cristo?

Mally se encogió de hombros.

—Me resulta todo tan... lejano ahora, Alex. Lo siento.

—Bueno, pues casi me matan, a mí y a tu padre. No me enteré de que estaba en la casa hasta que... Mally, no me dio tiempo a dar con la llave. Y ya nunca la encontraré, así que se nos tiene que ocurrir otro modo para... para despellejar a esa sabandija —concluyó, escarbando una vez más en el alijo de su memoria, en busca de las palabras que conformaban el rico idioma leído en mil páginas de historias del oeste.

—¿Qué llave?

—¡Mally, para ya, ya sabes de qué te estoy hablando!

—Te lo dije... todo me resulta demasiado lejano.

—¡Pero solo has estado... tu funeral fue hoy! Allí —dijo Alex, con un cortante movimiento de su brazo, señalando hacia el cementerio de Little Grove.

—¿Ah, sí? ¿Estuviste en él, Alex?

—No. Odio los funerales. De cualquier modo, sabía que te vería esta noche; puedo verte cuando se me antoje, ¡así que no estás verdaderamente muerta, Mally! Para mí nunca lo estarás.

—¿No tendría yo algo que decir al respecto?

—¿Qué significa eso?

—Alex, el poder que ejerces sobre mí está creciendo, pero esto no está bien, ¿no te das cuenta? El cruce no es un lugar maligno, pero tú puedes hacer que lo sea aunque solo sea por medio de tus pensamientos. Me estás... trayendo hasta aquí por tus propias razones. Eso es egoísta.

—¿Así que soy egoísta? ¡Estoy intentando ayudarte a ajustarle las cuentas al hijoputa ese que te hizo esto!

—No quiero herir tus sentimientos. Pero ahora estoy bien, de verdad. Lleva un poco de tiempo acostumbrarse a estar muerto. Ya no odio a Leland. Le compadezco, como mucho, pero en este lado eso forma parte del pasado. Cuando estoy contigo apenas recuerdo qué fue exactamente lo que me hicieron, y cuando no estás aquí, pues qué puedo decirte, cielo, salvo que los fantasmas no sueñan. ¿Me escucharás ahora? Lo que trato de hacerte entender es que me estás devolviendo a este lugar una vez y otra, desde otro lugar en el que debo estar, y cuando haces eso te haces daño a ti mismo. ¿Sabes lo que te está suponiendo saltar a este Lado, noche tras noche, solo para hablar conmigo? Pues más de lo que imaginas, Alex, y tengo miedo por ti.

Alex no la entendía o no quería hacer el esfuerzo de entenderla. Se sentía de maravilla estando allí. Dio la espalda a Mally y reparó en que un tren se había deslizado hasta allí mientras ellos hablaban. Un resplandor aerodinámico, entretejido de jadeantes vapores blancos, revestimientos en plata y azul, embrujadoras luces en los vagones de primera clase, y la felicidad en los rostros de quienes embarcaban desde Cole's Crossing. Jóvenes o viejos, todos ellos habían llegado al final de su recorrido.

El corpulento conductor volvió la cabeza para mirar interrogativamente a Alex y asintió señalando hacia la puerta abierta de un vagón.

—¿Esperas este, chaval?

Por unos instantes, Alex se imaginó abordando el vestíbulo, entrando en aquel fabuloso vagón. Y aquello no tenía por qué ser algo malo; ¿por qué no unirse a ellos? ¿Qué había de bueno en la vida que dejaría atrás? Había tenido mala suerte y no es que contara con mejores perspectivas. Luego sintió la consternación de Mally y su desaprobación; el tren de plata se disolvió ante sus ojos como el vaho de una ventana helada y reparó en que lo que miraba era la pendiente por la que se desaguaban las vías, y unos hombres que caminaban con linternas: su bici seguía donde la había dejado, pero su cuerpo estaba allí, roto en pedazos e iluminado por varios rayos de luz, que reptaban sobre la sangre esparcida en el balasto gris. Apartó la mirada de aquella escena y miró a Mally cara a cara, estupefacto, casi contrito.

—Ahora es cuando pillas lo que quiero decir, Alex Gambier... Has estado a punto de irte. Pon un pie en uno de esos trenes y automáticamente serás hombre muerto en el otro lado. Ni esta es tu hora ni tampoco tu lugar. Da un mal paso allí donde todavía no se te espera y te costará un montón de vidas y de duro esfuerzo volver a estar donde estás ahora. Insisto: vuelve a casa. Sal de aquí mientras aún puedas hacerlo.

La fuerza negativa que Mally ejercía tensó la piel en el cráneo de Alex; sintió su

deseo de irse. Pero esta noche no le iba a facilitar a Mally que se marchase. Tal y como le dijo que debía hacer, Alex concentró su mente y su corazón en ella y se sintió embriagado por la energía que había en su pecho, como una tormenta contenida. Mally bulló ante sus ojos, hasta que al cabo se volvió a asentar en su forma física, vestida con el conjunto de la sección para señoras de los almacenes Dunkel's y mostrando una expresión atónita.

—No tenías por qué tirar tan fuerte —se quejó Mally. Bajó la vista a sus pies—. Vaya, se me han pintado de azul las uñas de los pies mientras estabas en eso —dijo maravillada.

Alex sonrió, un poco petulante:

—No quiero ir a casa aún. Tengo poderes, Mally Shaw.

—¿Qué más puedo decirte? No es por mí por lo que quieres vengarte, Alex.

—¿Por qué está tan mal que me preocupe? A nadie más le importa una mierda. Y menos que nadie a...

—Oh-oh... Casi te cueles, ¿verdad? Porque las cuentas que quieres saldar con Leland Howard es en realidad un asunto entre tú y tu hermano Bobby. Has estado tan enfadado porque pensabas que te había dejado tirado otra vez...

—¿Y qué si es así?

Mally se apartó de él, se cruzó de brazos, los volvió a descruzar, y alzó la cabeza unos instantes, intentando controlar la agitación, o posiblemente rebañar algo de inspiración.

—Vale. Quizá podamos llegar a un acuerdo, Alex.

—¿Sí? ¿Sobre qué?

Mally le miró.

—Digamos que si puedo ayudarte a ajustar esas cuentas que tan importantes son para ti, hacer que las cosas vayan mejor entre tu hermano y tú, ¿me prometes retomar la vida que te pertenece y crecer hasta convertirte en el hombre que sé que puedes llegar a ser, y dejarme marchar de una vez por todas? Porque la verdad, no me necesitas ni la mitad de lo que tú te has empeñado en creer, Alex.

Se tomó su tiempo antes de contestar.

—¿Y dar su merecido a Leland Howard?

Mally asintió.

—Decías que tus poderes no llegaban tan lejos.

—Unamos esfuerzos entonces y pensemos en cómo hacerlo. Quiero decir, si es que estamos de acuerdo... —Mally le miró a los ojos, desafiando sus dudas.

—Solo si las cosas salen como tú dices —repuso Alex con renuencia, hambriento de que, fuera cual fuese el plan que trazaran para lograr la caída de Leland Howard, aquello funcionase, aunque la perspectiva de no volver a ver a Mally de nuevo le resultaba agónica.

Mally dio otro paseo, embebida en sus pensamientos, asintiendo para sí misma.

—¿Alex?

—¿Qué?

—Tal vez deberíamos hacer que la próxima vez que te vea fuese una gran ocasión. Me gustaría llevar un vestido rojo. Rojo brillante. De seda. Y muy ceñido.

—Vale.

—Y perlas. Y también pendientes.

Alex sonrió; Mally estaba disfrutando de aquello.

—Claro. ¿Por qué?

—Bueno, todo está muy borroso en mi mente, ¿sabes?, pero la verdad, no creo que tuviese mi mejor aspecto la última vez que me vi con *Mr. Howard*.

—¿La última...? No te... ¿que te viste? ¿De qué estás hablando?

—De ajustar las cuentas, cielo. Es de lo que estamos hablando, ¿no es cierto?

Hay un no sé qué de solitario en pedalear con fuerza sobre una bicicleta, en ponerte a treinta kilómetros por hora cuando has llegado a un buen trecho, en un sendero apenas frecuentado, al que envuelve la oscuridad de una sofocante noche de verano, cuando solo te alumbra una luz que depende de la fuerza con la que pedalees y la de esa luna ámbar que apenas se hace visible a través de las altas copas de los árboles, a la izquierda del camino, para brindarte un poco de su brillo. Hay un no sé qué de solitario en pedalear sobre ese engrudo de asfalto que casi parece de goma, salvo allí donde la calzada ha sido parcheada, o en esos enormes tramos inundados que hay en el arcén de grava a mano derecha (en dirección norte) que Alex ya casi ha memorizado, después de recorrer tantas veces la misma senda; si pasara por encima de ellos a toda velocidad sufriría un revolcón bastante desagradable. La luz alumbra los ojos de los animales (desde la comadreja al mapache, desde el armadillo a la mofeta), mientras la luna unta con su luz de melaza los trechos delapestoso cenagal que se inclina ladera abajo, a la derecha, ese terreno que el asfalto no recubre con su piel de sapo. Por todas partes hay insectos, claro; los mosquitos no pueden volar a su ritmo, pero esos gorgojos voladores de carcasa dura toman la luz saltarina de su faro como objetivo y a veces viran su curso para impactarle en el rostro o enredarse dolorosamente en su mata de pelo enmarañado. Si se olvida y se respira aunque sea un momento por la boca durante un trecho especialmente duro, puede recibir el impacto de un insecto en sus dientes. Todos saben igual, ese denso y ácido sabor, y hay que escupir mucho para sacárselos de la boca, y la saliva de Alex es escasa; siempre está al borde de la deshidratación cuando logra llegar a la ciudad. No es infrecuente que le den calambres en las pantorillas y que los cuádriceps le ardan, pero no le gusta frenar y odia detenerse. Pide demasiado a su cuerpo, que aún está en pleno desarrollo: Alex levanta pesas en el garaje, y hace abdominales calzando las piernas a un tubo de hierro que ha clavado entre un par de olmos en el patio trasero de su casa, a la que ya no está seguro de poder llamar su hogar.

Los faros de un coche o de un pequeño camión han estado a cien metros de él

prácticamente desde que dejó Cole's Crossing, y ahora han cobrado el aspecto de unas borrosas apariciones en el espejo que lleva en su manillar izquierdo. Ya ha dejado de prestarles atención. En estos momentos está decidiendo, cuando le quedan seis kilómetros para llegar a la plaza del pueblo, dónde va a pasar el resto de la noche. Ha descartado la casa de Francie; sus viejos han llegado de Bowling Green y le tienen por un gamberro. Quizá debería ir a casa, lavarse en el sendero de entrada y acurrucarse en el coche patrulla de Bobby para dormir. Sin molestar a nadie, piensa con amargura, sintiendo crecer una rabia sorda y ardiente en su pecho. Vale, ya no quieren que viva en la casa. ¿Y qué? Podría entrar por la puerta de atrás y pillar algo de desayuno de manos de la amistosa Rhoda, como un vagabundo que simplemente pasaba por allí. Cortarles la hierba para que le den su comida y su paga semanal. No deberles nada. Y luego largarse. Ya casi tiene catorce años. Puede vagabundear por todo el país. Robert Mitchum lo hizo y ahora es una gran estrella de cine (Alex lo leyó en una de las revistas de Francie). De hecho, Robert Mitchum también ha pasado por la cárcel y a la gente no le importa una mierda. Saltar de un mercancías a otro, sin volver la vista atrás...

Pero eso ya vendrá en su momento. Primeramente, él y Mally tendrán que encargarse de Leland Howard. Pero Alex no tiene ni la menor idea de dónde encontrar a ese perro sarnoso y, en el caso de que lo encuentre, de cómo llamar su atención.

Acaba de llegar al puente de treinta metros que se precipita sobre la cañada, con un arroyo casi seco allá abajo. Hay charcos de agua estancada entre algunas rocas, enormes y romas. El puente no está pavimentado. Hay dos tramos de tabloncillos extendidos sobre unos pilares con suficiente espacio entre ellos, y un par de bordillos de madera de veinte centímetros de alto, pero ninguna barandilla a los lados. La carga límite está muy restringida. La mayor parte de los conductores respetan las señales amarillas de aviso mucho antes de cruzar el puente y lo atraviesan en primera.

Así que Alex se pregunta por qué el conductor que ha estado siguiéndole durante tantos kilómetros justamente ahora está acelerando.

La mente asesina de Jim Giles solo pensaba en infligir al acelerador de su destartada ranchera un buen pisotón y, al hacerlo, los largos espejos reflectantes clavados a los postes a ambos lados de aquel peligroso puente le bombardearon con su propia luz. El chico lanzó una mirada a un lado cuando recibió el azote del aire, como un león cargando en una película de tres dimensiones, y perdió el ritmo de pedalada a mitad del puente. La rueda delantera de la bici resbaló en el desgastado tablón del lado derecho y golpeó contra la parte superior de uno de los pilares. El muchacho perdió su sostén y fue impulsado de su asiento cuan largo era, en un salto vertiginoso. La bici saltaba y giraba en una curiosa posición vertical, pero la ranchera pasó sobre ella y la aplastó bajo las ruedas delanteras. El metal retorcido de la bici

arañó los bajos y rompió el depósito de aceite. Giles había cerrado los ojos al recibir el impacto, al tiempo que frenaba en seco, y la parte trasera de la ranchera viró bruscamente sobre los tablones. En aquel momento, lo único que le preocupaba a Jim Giles era intentar que su ranchera no se precipitase por la cañada, así que perdió de vista al chico.

Cuando recuperó el control, no vio al muchacho por ninguna parte.

Cambió a punto muerto, se hizo con una linterna y salió del coche. Mientras sacaba la bicicleta aplastada de entre los bajos del vehículo, oyó que el radiador, agujereado, emitía un silbido, y olió el goteo caliente del aceite. Vale, tócate los huevos. Pero tenía que asegurarse de que aquel lamentable asunto se acabara de una puñetera vez.

Giles caminó lentamente por el lado izquierdo del puente, donde se extendía el bordillo de madera de veinte centímetros de alto. Recorrió con el haz de su linterna algunos árboles secos y vio al chico junto a la rocalla que conformaba el lecho del arroyo. Estaba sentado, sin más, pero no inconsciente. Se sujetaba la nuca. No levantó la vista cuando Giles le recorrió con la luz de la linterna. Había sangre en su rostro.

—¡Eh, muchacho!

Alex levantó la cabeza lentamente, aturdido y quizá con el cráneo roto, pero si algo saltaba a la vista es que la suerte estaba de su lado. Por lo menos, Giles había pensado que los sesos ya se le estarían saliendo por las orejas. Una capa de ramitas secas que se adhería a sus ropas indicaba que algo había frenado su caída. Así que por esa razón estaba todavía vivo; pero Giles no iba a esperar en la ciudad a tener opción a un tercer intento. Iba a ser asesinato en primer grado, al fin y al cabo; pues bien, al infierno con todo.

Giles regresó a su ranchera y palpó con el brazo el interior para coger su rifle Remington del colgador. Los cañones eran de 45 milímetros: el armero los había adaptado a su conveniencia, pero tenían suficiente alcance para hacer el trabajo desde, digamos, una distancia de cincuenta o sesenta metros. Usaría balas de las que se empleaban para tirar a los ciervos. Giles amartilló el rifle, y se disponía a tomar una posición ventajosa —los rayos de la linterna sajaban las sombras de la cañada—, cuando, de improviso, alguien más apareció.

Eran los faros de un coche, todavía a medio kilómetro, en el camino que conducía a la ciudad. No era sino un coche aislado, pero, coño, aquello ya se estaba convirtiendo en una fiesta. Giles se vio iluminado desde atrás por los faros de la ranchera: una ranchera bloqueando el puente, escupiendo humo por el radiador y goteando aceite. Vale, ¡Maldita sea!

Giles corrió de vuelta a la ranchera y arrojó el rifle al asiento de al lado. Precisó de unos segundos valiosos para devolver el vehículo al camino de tablones. Para entonces, el otro coche había llegado al lugar donde el camino se estrechaba, formando un solo sendero, para permitir cruzar el puente. Cambió a marcha atrás y

comenzó a retroceder. Ya está, dejaría que pasasen y mantendría bien oculta su cara. Luego, cuando el puente fuera de nuevo suyo y solo suyo, regresaría y acabaría de una maldita vez con el chico.

Pero se había olvidado por un instante de la delatora bicicleta que yacía aplastada en el puente. Y el motor de la ranchera se había recalentado.

Incluso reventada como estaba, Bobby Gambier reconoció la bicicleta Schwinn de Alex cuando Ramses dijo:

—Parece que ha habido un accidente.

—¡Dios, es Alex! —exclamó Bobby, con el miedo espesándose en su garganta. Se detuvo a unos metros del puente, observando la ranchera que retrocedía del lugar. Oyó el rechinar del cambio de marchas; el conductor tenía problemas con la transmisión. Por lo que parecía, no era capaz de mover aquel humeante vehículo en ninguna otra dirección que no fuese hacia atrás.

—La linterna está prendida bajo el salpicadero —le dijo Bobby a Ramses—. Mire a ver si da con Alex. Debe haber caído bajo el puente. ¡Tengo que averiguar qué tiene que ver ese cabrón de la ranchera con todo esto!

Ramses abandonó el Packard, moviéndose aprisa para un hombre de su edad y en condición terminal. Bobby aceleró el Packard por el tremolante puente hacia la ranchera. Su conductor ya se daba a la fuga, zigzagueando marcha atrás a unos sesenta kilómetros por hora en aquella estrecha franja de asfalto. Bobby le dio las largas del Packard para intentar hacer que se detuviera e incrementar su propia velocidad. *Flash, flash*. Pudo distinguir al conductor, la cabeza medio girada, mientras conducía erráticamente. El humo que rodeaba su ranchera abollada era de un azul negruzco, el color del aceite quemado; Bobby pudo olerlo mientras ponía su Packard casi morro con morro con la esquiiva ranchera Chevy.

El conductor volvió la cabeza hacia Bobby, mostrándole un rostro macabro a la luz de los faros. Se hizo entonces con lo que parecía un rifle de cañones recortados que había cogido del asiento contiguo. Bobby se quedó paralizado del pánico. La ranchera cambió de dirección al resbalar en su aceite y se fue sin control contra el terraplén que había en un lado de la carretera, deteniéndose únicamente cuando se descolgó sobre un tocón medio roído que había caído años atrás. La ranchera se inclinaba sobre su costado unos quince grados, mientras la rueda delantera izquierda giraba sin propósito, ya lejos del suelo.

Bobby y el conductor del Chevy permanecieron inmóviles durante unos segundos, mirándose el uno al otro a través del polvo y el humo que rebullía en el viento. Bobby alargó la mano para coger su Bulldog de 44 milímetros y cañón corto que siempre tenía en el coche y salió por la puerta, agachado:

—¡Soy el ayudante del *sheriff*! ¡Salga de ahí; está arrestado! ¡Quiero verle las manos, las manos!

Lo que vio fue la inclinación de los cañones del rifle cuando la puerta del conductor se abrió con un gemido y media silueta de un hombre tocado con un

sombrero. Bobby se agachó aún más cuando una bala voló parte del parabrisas del Packard y desgarró el asiento contiguo al del conductor. Bobby cruzó como un rayo el guardabarros delantero y disparó dos veces según se arrojaba al suelo, derribando de espaldas al hombre del rifle y haciéndole resbalar más allá de su humeante ranchera, por encima de un espeso lecho de hojas y humus.

Bobby se incorporó lentamente, cogía el revolver con ambas manos y le zumbaban los oídos. La adrenalina se arremolinaba en sus venas. El cielo se había encapotado de aves que huían de las altas enramadas, espantadas por el tiroteo.

—¡Cristo, me ha alcanzado! —chilló el hombre—. ¡No me dispare otra vez, me rindo!

—Levante las manos donde las pueda ver.

—Cristo, no, no puedo hacerlo. Me ha volado el puto hombro. También me ha alcanzado abajo. No me puedo mover.

—Tenía una mano en ese rifle. ¡Tírelo por la cuesta, lejos de usted!

Bobby le oyó gruñir; al rato, el rifle se deslizó un par de metros, tanto como la debilidad del tipo le permitió alejarlo de sí.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor, eso es todo... No tengo nada más encima.

—Me estoy acercando y será mejor que no mienta.

—No, señor. Me ha dado de lleno. No puedo sentir el brazo derecho ni nada por debajo de la hebilla del cinturón.

Bobby cogió el rifle y miró a la cara del hombre que había intentado matarle. Aunque estaba en plena conmoción, aún parecía un tipo duro. Era la mirada del delincuente habitual.

—¿Cómo se llama?

—Giles. Jim Giles.

—¿Se le busca por algo, Giles?

—No.

—¿Pasó por encima de la bicicleta de mi hermano en el puente?

Giles respiraba pesadamente.

—¿Su hermano?

—Eso es lo que he dicho, amigo.

—Había un chico. Se cruzó en mi camino. No lo vi. Fue un puro accidente.

—¿Entonces por qué intentó huir, y me apuntó con ese calibre doce? No me lo trago, Giles.

—La noche está refrescando, ¿verdad? —Sus ojos adquirieron un lustre eléctrico de terror cuando la noción de su propia mortalidad se aposentó en su cerebro—. Estoy helado.

—Va a ir al hospital. Aguante un poco, Giles.

Bobby escuchó a Ramses gritar desde la cañada que había bajo el puente; su voz se propagó en un eco. Bobby le devolvió el grito.

—¡Estoy bien! ¿Ha encontrado a Alex?

—¡Está aquí! Sufre una conmoción cerebral, pero está consciente.

Giles se lamió los labios de nuevo, y su momentánea expresión de perplejidad se concretó en un gesto de puro divertimento.

—Es un chico con suerte. Sí, señor. Infrecuentemente afortunado, diría yo.

Mientras Bobby se duchaba a las tres y media de la mañana, las cortinas de la ducha que cubrían la bañera se abrieron unos centímetros por la mitad y Cecily asomó, con los ojos un poco hinchados por el sueño. Le miró de arriba abajo, pensativa.

—El hombre de mis sueños —dijo—. Que es el único lugar donde más le veo últimamente.

—Esta noche he disparado a un hombre —repuso Bobby.

—¿Oh? —respondió Cecily, sujetando las cortinas muy cerca de la cara para que casi nada de su cabello o su camisón se mojase—. ¿Está muerto?

—Tiene la pelvis desmigajada y el hombro roto. Estaba en el quirófano del hospital, eso es lo último que he sabido de él.

—¿Qué hizo?

Bobby se lo contó.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y cómo se encuentra Alex?

—Me voy a empapar. —Cecily bostezó.

—Ponte un gorro de ducha y entra aquí conmigo.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Cecily cerró las cortinas. A través del vapor, Bobby podía ver sombríamente el perfil de Cecily, mientras se despojaba del camisón y embutía su cabello en el interior del gorro de ducha. Bobby se sintió tan enamorado de ella que casi creyó delirar. En cuanto a su cuerpo desnudo, verlo de nuevo resultaba tan maravilloso como la primera vez. Ahora que recordaba, también sucedió en una ducha, en un motel en las afueras de Jackson, dos meses antes de la boda.

Bobby la apretó contra su cuerpo tan pronto como Cecily metió los pies en la bañera.

—¿Tengo que lavarte eso también? —le preguntó, con la yema de un dedo en la cabeza de su erecto pene.

—No. ¿Estás lista?

—Aún no. Necesito un minuto. Nunca te he visto así, Bobby. Eres todo energía^[10]. ¿Esto es cosa de haber disparado a ese tío? —Alzó la vista hacia él; varias gotas de agua temblaban en sus largas pestañas. Encontraba atractivo aquel nuevo aspecto de su masculinidad.

—En parte, supongo. Fue toda una experiencia, eso te lo puedo asegurar. ¿Te he dicho de quién se trataba?

—¿Mr. Giles?

—El mismísimo hombre de Leland Howard.

—¿Y piensas que atropelló deliberadamente a Alex? ¿Por qué?

—Entre tú y yo —musitó Bobby, cerrando los labios de Cecily suavemente con el pulgar y el índice—. Alex andaba por la casa de Mally Shaw la noche en que Leland Howard la violó. Howard, si no Giles, debió de verle.

—¿Leland Howard hizo qué?

—Y Alex fue testigo de la violación.

—Esto empieza a parecer un problema de los grandes —dijo ella; los dedos de una mano pellizcaron los pelos del pecho de Bobby mientras, con la otra mano, Cecily le frotaba el pene ayudándose de sus muslos, como si fuera un rodillo. Sus labios estaban entreabiertos en una sonrisa aún entorpecida por el sueño. Los problemas podían esperar.

—Leland Howard vendrá hoy a la ciudad, algo más tarde. Por petición mía.

—¿Qué puedes hacerle?

—Ya me he encargado de ello. No irá a la cárcel; no tengo bastante para procesarle. Y quiero mantener a Alex fuera del asunto. Incluso si Howard elude la acusación, estará oliendo tan mal hacia el fin de semana que su partido tendrá que deshacerse de su culo.

—Pero entonces vas a meterte en líos con Luther...

—No, cariño. Me leerá la cartilla, pero mientras no le salpique de mierda...

Cecily puso sus labios en el oído de Bobby.

—Treinta segundos —susurró.

—Saldré a coger una toalla.

—Oh-oh... no lo hagas. Quiero que me folles fuera de la ducha, húmeda y desnuda en la cama.

—Vaya, Cecily Jeanine; ¿quién te enseñó a hablar de esa forma tan desconcertante?

—Tú. Veinte segundos, mocosos, y no quiero ni un segundo más.

11

El mazo

Una cama repleta de desnudas *Miss América* Mally saluda

A las once y veintiséis de la mañana del miércoles, Leland Howard aterrizó en una avioneta en el aeropuerto de Jackson, Tennessee, a unos setenta kilómetros al norte de Evening Shade. Allí lo recibió una caravana de vehículos, escoltados por varios agentes del estado. Su equipo de rescate, repartido en sedanes y limusinas, incluía al socio mayoritario de la firma de Memphis Speer Fain Culverhouse, Gipson Culverhouse Jr.; otros dos socios de la firma, Sinclair Judkins y Ray Villapando, un par de muchachos perspicaces y muy hábiles para manejar circunstancias difíciles bajo presión; y dos secretarías del departamento jurídico. Junto a ellos también se encontraba el relaciones públicas personal de Culverhouse, y su columnista político favorito del *Commercial Appeal* de Memphis, el periódico más influyente del Estado.

Leland Howard llegó moderadamente despeinado y con cara de sueño, a causa de lo poco que dormía en los últimos tiempos: había pasado tres noches malas seguidas. Gipson entró con él en la limusina, donde tendrían la máxima privacidad. Culverhouse era un tipo enorme, de dos metros de altura y ciento cuarenta kilos de peso. Llevaba el pelo blanco largo y suelto, y tenía una mirada de irrefutable veracidad y profunda sabiduría. No se conformaba con dirigirse al jurado; lo tomaba en sus brazos (figuradamente) y lo arrullaba, solicitando amablemente su fidelidad. Lo mismo hacía con sus clientes.

La caravana de vehículos permaneció estacionada durante veinte minutos mientras Leland le barbotaba a Culverhouse todo el asunto Mally Shaw, los errores que había cometido. Rompió en sollozos cuando concluyó su recitado.

Su abogado no dijo ni una palabra, solo se acarició un interesante lunar que tenía en un lado de la papada, tal y como si estuviera acariciando una musaraña. En los veinte minutos que estuvo con su cliente rara vez pestañeó, ni siquiera con incredulidad o desaprobación. Luego tendió su pañuelo al lloriqueante Leland. Abrió la puerta en un lado de la limusina y la luz del sol los bañó a ambos.

—Le he traído una camisa limpia, ropa de lino y varios trajes diferentes —dijo Culverhouse—. La ocasión no pide el color blanco. Creo que un traje azul oscuro, cruzado y con rayas blancas, es la mejor opción para aparecer en la oficina del *sheriff* de Evening Shade y en la subsiguiente conferencia de prensa. He traído gotas para los ojos, benzedrinas, analgésicos y una maquinilla eléctrica; están en la maleta que una de las chicas le entregará. Y cepílese los dientes, Leland. Está comiendo demasiados caramelos.

—¿A dónde va? —gritó Leland.

—A escribir su confesión, señor.

—¡Oh, Dios mío!

—No hay nada que temer —dijo Gipson Culverhouse. Rara vez sonreía, pero a menudo lanzaba un guiño—. Esta será de las fáciles. Pensé que estaba en verdaderos apuros. Se hallará de vuelta en la tribuna mañana por la mañana, sin ninguna mancha en su reputación. Disfrute de su estancia en Washington, señor. Es una ciudad fabulosa. No es que yo vaya demasiado allí.

Ramses Valjean abandonó el rechinante ascensor en la segunda planta del hospital local de Evening Shade, acarreando una mochila y una lata decorada con motivos navideños de galletas que Rhoda había hecho esa misma mañana. El hospital era viejo y no disponía de suficientes fondos, cosa que saltaba a la vista. En verano era un horno y en invierno un auténtico colador para los vientos del norte. Un celador negro fregaba el agujereado suelo de linóleo, que la cera acumulada había teñido de color ámbar, frente al cuarto de enfermeras, una habitación situada frente al ascensor. Había flores mustias y secas en una de las bandejas de su carro de limpieza. La fregona, por húmeda que estuviera, tenía un aspecto asquerosamente sucio.

La enfermera que se encontraba al cargo, *Mrs. India Breedlove*, levantó la mirada hacia Ramses, dispuesta no a ser hostil sino categóricamente indiferente a su presencia. Un ventilador de pie que tenía a su espalda removía los folios pillados a su sujetapapeles. Escribió algo con una vieja Waterman que le había manchado los dedos de tinta.

Tras un rato, dijo:

—Déjelas en un lado de la mesa —refiriéndose a la lata de galletas—. ¿Para quién dijo que eran?

—No soy el chico de los recados. Soy el doctor Ramses Valjean y tiene a un joven paciente mío en esta planta.

India Breedlove era una de esas aguerridas mujeres del condado, fornida pero no gorda, la tez moteada como un huevo de gallina, y un tanto abandonada tras prestar un largo servicio a los enfermos y los sufrientes. Me juego lo que sea a que tiene los pies planos, pensó Ramses, y por la forma en que se mantenía en pie, debía incluso padecer del hueso sacro. Había venas varicosas en las piernas, claro. Había conocido a tantas como ella...

—No hay ningún chico de color —dijo India, dirigiéndosele ahora con brusquedad—. Su gente está en el edificio provisional, junto a la incineradora.

Ramses había visto el edificio cuando Cecily Gambier le dejó en el hospital. «Provisional» desde la guerra hispano-americana.

—Un agujero hediondo, sin duda —musitó Ramses suavemente.

El viejo que estaba fregando el linóleo le echó una mirada. *Mrs. India Breedlove*

cruzó sus rollizos brazos.

—Le guste o no, será allí donde encuentre a cualquier paciente suyo; quiero decir, si de veras pertenece a la profesión médica.

Ramses dejó la mochila y tendió a India una de las tarjetas con el membrete oficial de Bobby, oficina del *sheriff*. Bobby había escrito al dorso: «Por favor, ofrezca al Dr. Valjean de París, Francia, toda cortesía».

—Vaya —dijo India—. París-Francia. No me diga... He oído decir que allí se trata a la gente de forma distinta que aquí.

Ramses sonrió con nostalgia:

—¿Cómo se encuentra Alex hoy, enfermera Breedlove?

—¡Oh! Alex Gambier. El doctor Wheelis le vio esta mañana. De lo que más se quejaba era de su dolor de cabeza. Había un poco de sangre en su ropa de cama. Pero en cuanto se tomó su desayuno volvió a dormir. Ya sabe dónde encontrar su gráfica. Habitación 217..., doctor.

Ramses le dio las gracias y se alejó bajo la azulada iluminación fluorescente de aquel sofocante pasillo (solo había pasado media hora del mediodía) y abrió la puerta de una habitación, por el momento ocupada únicamente por Alex. Yacía un poco incorporado en la cama que había más cerca de la ventana. Allí, en el lado sur del edificio, el sol de agosto no representaba un gran problema. La pantalla opaca de color verde estaba medio cerrada y la ventana abierta. Un pequeño ventilador de mesa repartía el bochorno por todas partes: había un ácido olor a heces recientes en la ropa de cama, alcohol y medicinas.

Alex tenía los ojos cerrados. Le habían afeitado algunos cabellos sobre su oreja izquierda, a fin de darle los seis puntos. Algunos otros cortes, sin vendajes, que tenía repartidos por la cara y el cuello, presentaban mercurina anaranjada. Habían aplicado bálsamo a su maltratado labio inferior. Tenía las manos flácidas en los costados.

Ramses descargó la mochila en una silla, cogió la gráfica de los pies de la cama de Alex y pasó unos segundos examinando los signos vitales. Cuando volvió a levantar la mirada, los ojos de Alex, amoratados, estaban abiertos, mirándolo.

Ramses sonrió:

—Parece que estás mejorando bastante. Otras veinticuatro horas en el hospital y te pondrás bien del todo. ¿Qué tal ese dolor de cabeza?

Alex pestañeó; puso un gesto de dolor y miró la jarra de agua en la mesilla que había junto a la cama. Ramses le sirvió agua en un vaso limpio y sujetó el vaso para que Alex pudiese beber.

—*Mrs.* Gambier me trajo aquí, en un rato volverá para visitarte. Brendan tenía cita con el pediatra. He traído algo de ropa que *Mrs.* Gambier me ha dado para ti. Rhoda hizo galletas.

Los ojos de Alex le observaban interrogantes. Había más de una pregunta en su cabeza; el modo en que pestañeaba parecía una ráfaga de disparos.

—Imagino que querrás saber lo que sucedió. Un hombre llamado James Giles, empleado de *Mr. Leland Howard*... —Alex levantó una mano. Sabía todo aquello. Ramses asintió—. Bobby y yo llegamos poco después de que Giles te atropellase en tu bicicleta. Acabaste en la cañada bajo el peligroso puentecillo cuando ibas a... ¿recuerdas también eso? —Alex puso un gesto de dolor—. Estabas semiinconsciente cuando bajé para ver si tenías señales de vida. Bobby persiguió a *Mr. Giles*. Fue necesario que Bobby le disparase para arrestarle.

¡Uau!

—Hirió a Giles en dos sitios. Un tipo desesperado, se diría, nuestro *Mr. Giles*. Está en libertad condicional, sometido a una larga sentencia carcelaria... Se está recuperando de su subsiguiente operación para repararle la pelvis. También perdió una considerable cantidad de sangre. Oh, Bobby me pidió que le disculpase ante ti, pero tiene un día muy ocupado. Y lo seguiré teniendo, pues esta tarde mantendrá una charla con *Mr. Leland Howard* en su oficina. El futuro político de *Mr. Howard* parece haber adquirido una considerable falta de lustre. Bobby está dispuesto, tal y como me ha dicho esta mañana, a «atarle la lata al rabo».

Aquello propagó una sonrisa por el rostro de Alex.

—La mala noticia es que no existen suficientes evidencias para ponerle tras las rejas, a menos que *Mr. Giles* le implique directamente. Y *Mr. Giles* tiene pocas razones para hacerlo.

La sonrisa de Alex se evaporó.

—Pero debemos aceptar la satisfacción que podamos obtener.

Alex levantó la cabeza de la almohada durante unos segundos y la movió débilmente de un lado a otro. Hizo signos de escribir con la mano.

Ramses cogió un cuadernillo del bolsillo de su chaqueta y se lo ofreció a Alex junto con su estilográfica. Alex garabateó furiosamente. Ramses se acercó un poco más al lado derecho de la cama y miró el cuaderno donde Alex había escrito: «Mally se encargará de L. H.». Y subrayó por dos veces aquellas palabras.

—Bueno... sea lo que sea que hay más allá de la tumba, me temo que la venganza sobrenatural solo tiene lugar en esas historias con las que tanto disfrutas. ¿Cuál era el nombre del caballo en ese cuento tuyo del oeste? ¿Fantasma de Plata? Disfruté mucho leyendo...

Alex había arrancado la página superior del cuaderno y estaba escribiendo de nuevo.

«¡Mally está todavía aquí!».

Ramses miró a los ojos neblinosos e inyectados de sangre de Alex, como buscando señales de un trauma que se le hubiera pasado por alto unas horas atrás.

—No sé qué quieres decir, Alex.

«Mally está en la estación de Cole Cross. La vi el dom. por la noche. Lun. ¿Qué día es hoy?».

—Es miércoles por la tarde —respondió Ramses suavemente. El rostro de Alex

había enrojecido visiblemente, ya fuera por la excitación o la inquietud. Estaba escribiendo de nuevo.

«Aún está ahí. Esta noche. Esperando a L. H. Quiere que le lleve a L. H.».

—A ver si lo entiendo. Crees que viste a... —De pronto, Ramses perdió toda capacidad para respirar. Se apretó una mano contra el bajo vientre. El dolor, como un hierro al rojo vivo, le atravesaba de parte a parte. Alex no reparó en su angustia.

«¡La vi!». Subrayó el «vi».

Ramses se asió con una mano al alféizar de la ventana que había a su espalda, tratando de respirar de nuevo. Habían pasado menos de dos horas; necesitaba su menguante provisión de morfina. Era la segunda vez desde que se le diagnosticó su enfermedad terminal que Ramses se sentía desesperadamente asustado.

—Alex... anoche te salvaste por los pelos. Aquella caída bien podía haberte matado. Por suerte, tienes la cabeza dura. Pero la conmoción que sufriste puede ser responsable de... lo que ahora estás imaginando.

«¡No! ¡Es verdad!».

—Mally está muerta, Alex. Y tú lo sabes. La enterramos ayer en Little Grove.

Alex dejó caer el cuaderno de sus manos, que estaban temblando. La tinta salpicaba las sábanas amarillentas que cubrían la mitad inferior de su cuerpo. Le afloraban las lágrimas de un ojo, y corrían al borde de su nariz.

Ramses se enjugó los párpados.

—Mally te importaba y yo aprecio eso. Pero no sigas con esa fantasía, Alex. Puede hacerte mucho daño. Y ahora... he de ir a la sala de «negros» para ver si doy con un médico que pueda darme una receta. Tal vez me quede un rato por allí. Pero volveré a verte.

Ramses se marchaba por la entrada principal cuando Leland Howard y su comitiva, encabezada por el coche patrulla que controlaba las autopistas, aparcó en la entrada. Ramses encalló junto a un seto de boj y miró mientras Leland y otros hombres, uno de ellos enorme, pero ligero de pies, abandonaban un sedán y una limusina y andaban aprisa por el sendero. Se les unió un agente de policía. Nadie salvo el agente prestó atención a Ramses y si lo hizo fue solo para dedicarle la mirada: Hazte a un lado, chico. Esta es gente importante. El paseo era de unos seis metros de ancho. Ramses podría haber continuado su camino, pero le dolía todo el cuerpo y cuando vio el rostro de Leland Howard, le dolió aún más.

Leland se embutió entonces un caramelo en la boca y se deshizo del envoltorio de celofán.

—¡Mr. Howard!

Todos miraron hacia él, aunque nadie rompió el paso. El agente viró hacia Ramses con un pulgar en el cinto de la pistola y la otra mano en la porra de la canana, dispuesto a desenfundar.

—Soy el doctor Ramses Valjean. Mally Shaw era mi hija.

Leland, que ya estaba frente a Ramses y a solo tres metros de él, rompió el paso con respecto a los demás; la consternación y, quizá, el miedo, se fundían en sus brillantes ojos azules.

—Ah, sí, yo... lamento mucho su pérdida.

Al oírlo, el tipo de mayor envergadura y rostro rubicundo, cuya densa mata de cabello blanco asomaba como la inquietante peluca de un espantapájaros bajo el ala de su sombrero de paja, ese típico tocado de hacendado del Mississippi, puso una mano en el codo de Leland como para devolverle el paso. Leland desfiguró la expresión en un leve gesto de dolor; el caramelo le hacía un bulto en una mejilla.

—Disfrute de su caramelo, señor —dijo Ramses, levantando la voz—. La próxima vez que viole a una mujer, como violó a mi hija, haría mejor en no dejar envoltorios por la casa y el coche.

Ramses se sintió satisfecho con la reacción de Leland, que se quedó boquiabierto, aunque solo pudo disfrutarlo durante un minuto. Sabía lo que vendría después y no intentó protegerse. El agente se olvidó de la porra que cargaba en el cinto y en su lugar empleó el codo, golpeando a Ramses en el esternón, por encima del corazón; aquello lo arrojó de espaldas un metro y medio, por encima del seto.

Para cuando Ramses se recuperó lo suficiente como para incorporarse sobre sus rodillas —tenía el traje manchado de hierba—, Leland Howard y sus abogados ya habían entrado en el hospital. El agente que había golpeado a Ramses se apostó con los brazos cruzados en el exterior de la entrada. No dedicó a Ramses una sola mirada. El resto de la comitiva abandonó los sedanes y fumaban en la oblonga franja de hierba, donde se alzaban tres mástiles. La antigua bandera de los Estados Unidos, la del estado de Tennessee y la actual bandera de barras y estrellas. Había dos mujeres y dos hombres, uno de los cuales era un alfeñique de nariz ganchuda. Llevaba un sombrero bajo de ala flexible y miraba alrededor con una actitud alegre. Fue el único que mostró interés cuando Ramses consiguió levantarse y marchar en dirección a la desvencijada enfermería para negros, un auténtico barracón que se elevaba al otro lado del aparcamiento.

Tras el primer intento de abandonar la cama, Alex solo fue capaz de dar cuatro pasos antes de, casi desplomado, caer contra la pared que había junto a la ventana. La cabeza le estaba matando; se sentía desfallecer. Empezó de nuevo el camino a la cama y se tendió en ella de lado a lado, boca abajo, hasta que su corazón empezó a sosegar. Luego intentó caminar otra vez: arrastrándose, ganó unos pocos pasos más, esta vez antes de comenzar a ver destellos luminosos ante sus ojos. Descansó, apretó los dientes e insistió en su empeño. No iba a quedarse en el hospital. Tenía que salir de compras, y había una buena razón para ello: debía comprar un vestido rojo para Mally.

Completamente desnudo, Alex se inclinó contra la cama, y ya escarbaba entre los contenidos de la mochila cuando oyó un estrépito en la planta, seguido de las protestas de *Mrs. India Breedlove* y dos o tres autoritarias voces masculinas. Alex ahondó entre algunos cuadernos y plumas y revistas para leer —*Weird Tales*, *Doc Savage*, *Dime Western* y el último ejemplar de *Boy's Life*— en busca de su ropa.

Prescindió de la ropa interior, y se puso un polo y unos pantalones cortos. Luego fue, descalzo, a entreabrir la puerta un par de centímetros. Asomó al exterior, entrecerrando los ojos para agudizar su visión. Toda la gente estaba en el extremo opuesto del pasillo: *Mrs. Breedlove*, otra enfermera y unos tipos bien vestidos.

Incluso a esa distancia Alex reconoció sin dificultad a Leland Howard.

No sintió ningún impulso especial de sorpresa. A Alex le resultaba inevitable, teniendo en cuenta que la noche anterior él y Mally habían hablado de ello, que sus caminos estaban destinados a cruzarse muy pronto, como si aquel poder creciente que se le había conferido las noches pasadas en *Cole's Crossing* hubiera ordenado la llegada de Howard.

Está aquí, Mally. Ahora podremos hacerlo.

El alfeñique del sombrero bajo asomó al interior de la habitación que ocupaba Ramses; le vio tendido en una simple cama metálica dotada de un delgado colchón, con los dedos entrelazados sobre el dolorido esternón y mirando el techo cuajado de goteras.

—¿Qué tal?

Ramses desvió los ojos hacia él, pero no dijo nada.

—Floyd Smart, del *Commercial Appeal* de Memphis. Escribo una columna. Puede que haya oído hablar de mí.

—No.

—Está bien, no ha herido mis sentimientos. Respeto su necesidad de estar solo y el dolor por el que está pasando. Siempre ha habido... sospechas, concernientes a nuestro chico, Leland, pero o mis viejos oídos se equivocan o me parece que usted sabe bastante más de lo que ya ha tenido oportunidad de decir. ¿En qué clase de asunto está metido, doc? ¿Dijo que era doctor, no?

—Sí. Tenga la bondad de dejarme solo.

—Claro. Le aseguro que no soy nada impaciente. Le voy a dejar mi tarjeta, son los teléfonos de mi casa y del trabajo. Si quiere, puede llamar a cobro revertido; esto es, si le apetece contar con tener al otro lado alguien que le escuche atentamente. Pero deme algo que pueda meter en el periódico, nada de sospechas. Si se nos ha traído aquí es para lavarle la cara al candidato, ¿sabe? Que se largue de *Evening Shade* esta noche tan limpio como un niño de coro. Me gusta el tío, ¿sabe?, pero, joder... ¿violación? Me gusta pensar que no he perdido el tiempo y que hay un buen titular de por medio. Smart. Floyd Smart, por si no ha pillado mi nombre la primera vez. Hasta

luego, doc.

Jim Giles yacía en su lecho de dolor y recibió la noticia sin rodeos, de labios del propio Gipson Culverhouse. Esta vez, iba a cumplir el resto de su condena —veinte años largos, y sin libertad condicional—, además, posiblemente, de otros diez años por asalto a mano armada.

—Lo siento, Jim, no hay autoridad bajo el cielo que pueda hacer una maldita cosa por ti. Pero, con todo, ya sabes lo que hay: existen muchas maneras de cumplir condena y hay cierto tipo de arreglos que pueden hacer que la carga se alivie considerablemente.

—No voy a volver allí —sentenció Giles, cargado de opiáceos y mirando, como quien dice, a todo el que entraba en la sala como si estuviese mirándolo por el lado incorrecto del telescopio.

—Si no —añadió Culverhouse, estrechando los ojos—, todo se te hará prácticamente intolerable. Ningún hombre está hecho de hierro.

Giles se lamió los labios secos. La lengua y la mano izquierda, que se apretaba contra la frente, eran casi las únicas partes de su cuerpo que podía mover.

—Maldito agente —murmuró—. Seis meses metido en un jodido almacén.

—Jim, lamento tanto todo esto —intervino Leland Howard, mirando por encima del hombro de Culverhouse. El enorme abogado de Memphis estaba sentado a horcajadas en una robusta silla de madera, a solo uno o dos pasos del lado de la cama que ocupaba el delincuente herido.

—¿Qué decides, Jim? —le alentó Culverhouse.

—No siento la mano derecha.

—Te ayudaremos a firmar, Jim. Las seis copias. —Volvió la cabeza para mirar astutamente a uno de los abogados más jóvenes, que enseguida descerrajó su maletín. El silencio anegó la habitación, salvo por el chirrido de los zapatos de Leland Howard mientras iba de un lado a otro del cuarto, sudando, chupando sus caramelos. Jim Giles respiraba por la boca.

—De acuerdo. Dadme esa puta cosa.

—Has hecho la elección acertada —le aseguró Culverhouse mientras le tendían unos folios y un sujetapapeles. Sacó su instrumento de dieciocho quilates para la ocasión.

—Pero no volveré —repitió Giles. Su voz había caído en picado al igual que sus párpados, así que ninguno de los hombres que había en la habitación le oyó, o prefirió ignorar qué estaba tratando de decir.

Cecily Gambier condujo al hospital en su descapotable Plymouth; Rhoda viajaba a su lado, en el asiento delantero, sujetando a Brendan contra el hombro. El niño se había dormido después de una ruidosa visita a su pediatra en Jackson.

En la segunda planta del hospital, Cecily se cruzó con *Mrs. Breedlove*, que

continuaba teniendo un mal día. La juventud y frescura de Cecily la agraviaron aún más. Lo habían buscado por todas partes, explicó la enfermera, cortante. Alex había huido con su mochila. Nadie en todo el hospital admitía tener la menor idea de adónde. *Mrs. Breedlove* consideró su deber instruir a Cecily sobre la locura de Alex. Recibir heridas en la cabeza no era ninguna milonga. Aquello podía tener graves consecuencias. Cecily replicó diciendo que el sentido común nunca había sido el fuerte de Alex. Para librarse de *Mrs. Breedlove*, se alejó hasta la habitación, a fin de ver si Alex había dejado algo en ella, como un mensaje escrito con su propia sangre en una de las paredes. Cuando se asomó desde el vano de la puerta, las luces fluorescentes del vestíbulo empezaron a fallar.

Había un celador negro de edad avanzada al final del pasillo. Miraba hacia un lado y otro, apoyado en el mango de la fregona. Dejó entonces la fregona y se aventuró a avanzar unos pasos lentos hacia la habitación de Jim Giles. Inclino la cabeza, para oír mejor, y luego abrió la puerta. Permaneció en el interior unos segundos, mientras Cecily retrocedía al cuarto de las enfermeras. *Mrs. Breedlove* fruncía el ceño al ver que la lámpara de su mesa se encendía a regañadientes.

Fue entonces cuando el viejo celador salió de la habitación de Jim Giles, haciendo aspavientos, señalando hacia atrás y gritando:

—¡Dios mío, enfermera *Breedlove*! ¡Señor, Dios Todopoderoso!

Había sillas de más en el despacho de Bobby, una jarra con café recién hecho y un ventilador funcionando. Bobby se había cambiado la camisa del uniforme. Había mandado llamar al jefe de agentes en funciones J. B. Garretson y a la estenógrafa del departamento, Mary Wingfield, a quien había tenido que pedirle que no mascase chicle. Bobby se sentó a su mesa, con las manos dobladas sobre la hoja de papel secante. A las tres y dos minutos, según marcaba el reloj que había encima de la puerta, supo, por el clamor de los chicos de los periódicos que se habían ido congregando en el césped a las puertas del tribunal durante al menos una hora, que Leland Howard había llegado junto con su equipo legal.

—Me pregunto cómo se enteraron de que venía —murmuró Garretson. Se apoyaba con los brazos cruzados contra el alto alféizar de la ventana, que quedaba al nivel de la calle, y asomaba de un lado a otro, sin ser capaz de ver mucho.

Bobby se encogió de hombros.

—*Mr. Howard* es noticia, eso es todo lo que sé. —Pero no estaba contento. Sentía que algo iba mal, lo olía como si fuera basura vieja, y que Leland Howard estaba a punto de escaparse de sus garras. Esos malditos abogados. Eran el mazo y él, el cacahuete que iba a aplastar.

Uno de los agentes trasladó a los cuatro hombres a la oficina de Bobby. Tres abogados, o más bien cuatro y medio, considerando la reputación de Gipson Culverhouse, un hombre de peso que contaba con un nombre igualmente de peso en los círculos legales del sur. Los otros abogados estaban allí para llevar sus cosas y aprender del mismísimo sabio. Leland Howard no vestía su traje color crema, casi

una marca de fábrica: más bien tenía el aspecto del banquero que una vez fue, enfundado en su traje azul oscuro con raya diplomática, el cuello alto a pesar del calor y su gruesa corbata.

Presentaciones. ¿Alguien quiere café? Claro. Tres de los visitantes tomaron asiento mientras que Gipson Culverhouse permanecía de pie tras la silla de Leland Howard, que estaba justo enfrente de la mesa de Bobby. Dominaba la oficina, mirando desde arriba a todo el mundo.

Bobby comenzó:

—*Mr. Howard*, le agradezco enormemente que haya podido arrancar un poco de tiempo de su agitada campaña para estar hoy aquí. Quería preguntarle unas cuantas cuestiones con relación a la muerte de Mally Shaw.

—Bueno, ciertamente...

El abogado Culverhouse levantó una mano para interrumpir:

—¿Procederemos bajo el entendimiento, agente Gambier —Culverhouse había hecho un ligero, pero visible énfasis en la palabra «agente»—, de que esto no es un interrogatorio formal, verdad?

—Así es.

—Entonces, con las debidas disculpas a su encantadora estenógrafa —Culverhouse dedicó una amplia sonrisa a Mary Wingfield—, no veo razón por la que debamos disfrutar de su presencia.

Bobby miró a Mary. Ella guardó sus cosas y abandonó la habitación. Leland Howard se frotó el labio superior con el dedo índice mientras la miraba marchar. Mary, vestida con sus brillantes pantalones de algodón, resultaba poderosamente atractiva.

—Y ahora, si me permite leer una breve declaración de *Mr. Howard*, que será entregada esta tarde a los miembros de la prensa reunidos en el exterior del tribunal, creo que ahorraremos un montón de tiempo. Y ninguno de nosotros ha almorzado.

Bobby asintió. Culverhouse alargó la mano hacia la derecha, sin mirar, y alguien le depositó en la mano la declaración, escrita a máquina a un solo párrafo. Sacó sus gafas de lectura del bolsillo de la camisa y se las puso.

—«Conocí a Mally Shaw como una abnegada e incansable enfermera profesional que ofreció cuidados y confort a mi querido padre, *Priest Howard*, durante sus últimos días. Hablé con ella solo en una ocasión, que fue la tarde en que mi padre falleció. Me sentí profundamente golpeado al saber de su prematura muerte. Mally siempre ocupará un lugar especial en mi corazón por lo que ella significó para toda nuestra familia».

Bobby levantó una mano y le tendieron la declaración. La depositó sobre su papel secante y miró a Gipson Culverhouse, que recibía en ese momento otro documento.

—Lo que tengo aquí, agente Gambier, es una confesión, completa y voluntaria, de *Mr. James Giles* sobre su relación con la muerte de Mally Shaw. Giles ha reconocido su total responsabilidad en las desgraciadas circunstancias que llevaron a que Mally

fuese destrozada por los perros catahoula, cuyo propietario es *Mr. Howard*; perros, por cierto, que usted ha trasladado a la perrera municipal.

—Ha debido de hacer usted un buen trabajo detectivesco —intervino Leland. Culverhouse miró por un momento a su cliente, como si quisiera infligirle un buen pescozón en la nuca.

J. B. Garretson, aún junto a la ventana, se aclaró la garganta con un puño contra la boca, y observó a Bobby, que sonreía incrédulo.

—¿Cuándo obtuvo esta confesión?

—Hace media hora, en su habitación del hospital.

—Si no le importa, señor.

Le dieron a Bobby una copia de la confesión, que leyó cuidadosamente. Jim Giles declaraba que la noche del sábado, el uno de agosto, actuó sin pensarlo demasiado porque quería tener algo de diversión y visitó a Mally Shaw en su casa. Allí la forzó a tener relaciones sexuales con él. Seguidamente, condujo a Mally a la granja de Leland Howard, donde Mally saltó del coche y trató de escapar de él. Giles había bebido bastante y no pensaba con claridad cuando soltó a los catahoulas para que saliesen tras ella, aunque solo lo hizo por tener otro rato de diversión. Cuando alcanzó a los perros, era demasiado tarde para ayudar a Mally. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza que aquellas perras en celo pudieran ser tan peligrosas para una hembra humana que corría llena de pánico. Tuvo entonces un momento de lucidez e intentó encubrir lo que había hecho moviendo el cuerpo desde aquel terreno, al sur de la granja, hasta el cementerio de Little Grove. Después, limpió con una manguera a los perros para quitarles la mayor parte de la sangre y se cambió de ropa. A las siete de la mañana del domingo, conducía al desprevenido Leland Howard a Knoxville, lo cual al fin y al cabo era lo que se le pagaba por hacer.

Bobby puso la confesión de dos páginas, debidamente firmada por tres testigos y autenticada por un notario, sobre la declaración de Leland Howard. Como si necesitase algo más en que pensar, dio un par de sorbos a su café, que ya se estaba enfriando. Ignoró a Leland Howard y levantó las cejas hacia el abogado de este, que asentía casi imperceptiblemente con la mirada de quien saborea el momento y un temblor en un ojo.

—Le dará esto también a la prensa, imagino —dijo Bobby.

—Sí, estarán ansiosos por sacarlo, junto con esas fotos de los perros catahoula a las que de algún modo el Tri-State Defender ha puesto esta mañana las manos encima. Para ellos, será un artículo bastante sabroso.

Bobby se reclinó en su silla giratoria.

—*Mr. Culverhouse*, mi padre fue *sheriff* en Evening Shade durante veintitrés años. Aprendí un montón de él. Aprendí más como policía militar y he sido agente en este departamento durante casi cinco años. Adonde quiero llegar, señor, es a que, cuando menos, puedo oler un plato de mierda si me lo ponen debajo de la nariz.

El asentimiento de Culverhouse se volvió más pronunciado; sonrió amablemente.

Leland se revolvió un poco en su silla. J. B. Garretson se volvió a aclarar la garganta.

—Supongo —se dirigió Bobby a Leland Howard— que habrá hecho una declaración más, esta vez sobre lo horriblemente mal que se siente por el modo en que Giles traicionó su buena fe y la confianza que usted siempre puso en su culo en libertad condicional.

Culverhouse sacó un reloj de oro redondo del bolsillo delantero de sus pantalones y abrió la tapa grabada con iniciales.

—Si hemos terminado con esto... creo que podremos tomar de una vez esa espléndida comida que nos ha estado eludiendo durante todo el día...

—No hemos terminado aún —interrumpió Bobby—. Aún necesito oír a *Mr.* Howard para que me aclare algunas preguntas que tengo en mente.

—Como desee. —Culverhouse cruzó los brazos sobre la cabeza rubia de Leland, categórico y adusto como un dios personal. Bobby sonrió al ver aquella pose, con suave cinismo.

—*Mr.* Howard, ¿puede decirme dónde estuvo el pasado sábado?

—Sí. Estaba en Evening Shade, enterrando a mi padre, señor.

—¿Y después de eso?

—No me importó pasar la noche en la casa de mi infancia, así que le pedí a *Mr.* Giles que me llevase hasta la granja.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a *Mr.* Giles el sábado por la noche?

—Me pidió permiso para utilizar el coche. Eso fue a las nueve, más o menos.

—¿Bebió *Mr.* Giles antes de abandonar la granja?

—No.

—Y antes de que cogiese su coche, ¿le avisó de que si se dejaba caer por algún bar ilegal para beberse un par de cervezas estaría violando su libertad condicional?

—No se me ocurrió que eso fuera necesario. En los meses en que trabajó para mí, James nunca me dio motivos para preocuparme por su comportamiento.

—De modo que esta noche de sábado en concreto, *Mr.* Giles pierde los estribos, viola a una mujer...

—No es algo que yo pueda explicar.

—... a la que llevó con él a la granja, después de lo cual tuvo que haber un considerable estrépito. ¿Oyó a los perros?

—Estaba dormido profundamente. Había leído los periódicos, tomado un par de güisquis...

—Un cazador conoce el ladrido de sus perros, *Mr.* Howard. Le despiertan de sus sueños más profundos. No importa lo cansado o borracho que esté.

—*Mr.* Howard —dijo Culverhouse, cortante— no estaba borracho.

—Pero afirma haber dormido durante toda la noche, totalmente inconsciente de lo que, según la confesión de Giles, debió de ser un demoníaco alboroto que tuvo que oírse en toda la granja.

—No tiene ni idea de lo cansado que... —repuso Leland.

—Perdí a mis padres hace algunos años. Una muerte larguísima, en el caso de mi madre. Fue una terrible experiencia y ciertamente, le acompaño en el sentimiento por el dolor que debe estar pasando. Pero no me trago su historia. Tampoco me trago esta confesión. Tengo razones para creer que usted fue a la casa de Mally Shaw el sábado por la noche. Giles no le va a delatar, porque ¿de qué le va a servir? De todos modos, va a cumplir cadena perpetua...

Culverhouse se irguió y taladró a Bobby con la mirada. Era ese brillo de «estás acabado» que empleaba para rematar a un testigo desconcertado.

—¡*Mr. Howard* no tiene por qué seguir escuchando sus preguntas o alegaciones!

—No, claro que no. Está aquí voluntariamente.

—Entonces, si no hay nada más, nos vamos, señor.

—Solo una cosa más, y les agradezco a todos su tiempo —dijo Bobby. Miró pensativamente a Howard—. En cierta ocasión usted estuvo empleado por el banco de su padre, ¿no es así?

Howard casi saltó de la silla. Se volvió a sentar, indeciso.

—Sí. En el fondo de inversiones.

—Ajá. Bueno, me preguntaba —Bobby rodó en su silla, a cierta distancia, para abrir el cajón central de la mesa; sacó un sobrecito de color manila, lo abrió y le sacudió algunas leves cenizas; extrajo de él una llave metálica ennegrecida que depositó sobre la lámina de papel secante de su escritorio— a qué le recuerda esto, *Mr. Howard*.

Nadie salvo Bobby pudo ver la reacción de Leland. Fue un momento de confusión, un destello de aprensión, la tensión en sus ojos azules.

—Es una... sí, parece la llave de una caja de seguridad.

—Encontramos la llave esta mañana mientras cribábamos entre los restos de la casa quemada de Mally Shaw. Quemada por unos cócteles molotov, según el jefe Sheffer. —Bobby golpeó con un dedo en los papeles a un lado de su papel secante—. Me pregunto por qué no aparece eso también en la confesión de Giles.

—Señor, ¿necesito recordarle que...?

—Calma, *Mr. Culverhouse* —dijo Bobby, sin mirarle. Toda su atención se centraba en Leland—. Solo hay un banco en la ciudad desde que Farmers and Merchants cerró su sucursal. Así que lo más probable, ¿no cree?, es que esa llave pertenezca a alguna caja del banco de West State. Aún se puede ver el número de serie, si mira con atención.

Leland sacudió la cabeza ligeramente. Limpió el sudor que había en las bolsas de sus ojos.

—Hace más o menos una hora llamé a Joe Rollander al banco —dijo Bobby—. Mally nunca tuvo una cuenta en el West State y tampoco tenía un depósito de seguridad. Lo mismo vale para su difunto marido, William. Así que si esto es de su banco, quiero decir, del banco de su padre, me pregunto cómo es que ha llegado al lugar donde la hemos encontrado. Por la mañana obtendré una orden judicial

(justificada por la naturaleza sospechosa del fuego que destruyó la casa de Mally), averiguaremos quién contrató el depósito y echaremos un vistazo a sus contenidos.

Leland asintió como si se le hubiera hecho una pregunta, pero por unos instantes hubo un dramático vacío en sus ojos, hasta que Gipson Culverhouse le agarró de un hombro desde atrás.

—Hemos terminado.

Nadie más habló. Leland se levantó de la silla. J. B. Garretson tosió en su puño. Bobby, todavía mirando a Leland, guardó de nuevo la llave en el sobre.

—Gracias, *Mr. Howard*. Esto es todo lo que necesito de usted. Por ahora. *Mr. Culverhouse*, caballeros..., un placer.

Leland se volvió para mirar a su abogado. Tenía la expresión de alguien que intenta activar la energía, encender la mecha de la confianza masculina, el olfato, esa arrogancia de campeonato. Los periodistas aguardaban afuera y en los diarios del día siguiente Leland sería absuelto de cualquier posible relación con la muerte de Mally Shaw. Pero la sonrisa que dedicaba a Gipson Culverhouse se derrumbó en un temblor, como las alas exhaustas de una polilla moribunda. La controladora mano de Culverhouse se deslizó por la manga de Leland hasta el codo. Antes de sacar a su cliente de la oficina, miró una vez más a Bobby con aquella sonrisa suya, sesgada y respetuosa, sin mostrar más condescendencia ni afabilidad a aquel agente de pueblo. Inclino la cabeza. Bobby la inclinó a su vez.

Cuando todos habían despejado el despacho, Garretson le dijo a Bobby:

—Tu padre podía haber hecho eso.

—¿Hacer qué? —preguntó Bobby, haciendo saltar el ligero sobre y la llave en la palma de una mano, sonriendo abstraídamente.

—Soltar el infierno con esa mirada tuya. —Garretson sacó una bolsita de tabaco del bolsillo de su camisa para liar uno, caminando con tranquilidad para mirar como un búho la silla que Leland Howard había ocupado—. Como ese vaquero al que se parecía, ya sabes, Tim McCoy.

—¿En qué estás pensando, J. B.?

El agente levantó la vista del sillón.

—Bueno, ahora mismo, que el viejo Leland se ha largado de aquí como si fuera *Mr. Gatillazo* en una cama repleta de desnudas *Miss América*. Parecía que se había dejado las pelotas en algún sitio.

—No las traje puestas cuando vino —repuso Bobby—. Algo le corroe a fondo y no me refiero a Mally Shaw. Hablo de termitas morales. Puedes olerlas antes de verlas.

La voz de Mary Wingfield le llegó del intercomunicador.

—Bobby, línea dos. Es el hospital.

Alex Gambier no tenía ni idea sobre ropas de mujer. El vestido que había terminado

por escoger para que Mally lo llevase aquella noche le parecía muy bonito. No era seda; el almacén comercial de la plaza del tribunal no tenía nada tan caro. Pero era de color rojo tomate, con un dobladillo y volantes en el cuello en un tono rojo más oscuro. Y una fórmula extra para dotarle de un mayor estilo, como la dependienta le señaló a Alex con mucho sentido práctico, eran los brillantes espejitos de diferentes tamaños, llamados «paillettes», que se repartían por el vestido. La dependienta, Sylvia Blocker, prima hermana de Francie Swift, se lamentó diciendo que ojalá tuvieran un vestido así de su talla. La suya era una cuarenta y dos.

—¿Te caíste de la bici? —preguntó Sylvia a Alex, mirando de nuevo la venda que llevaba sobre las orejas y los arañazos de mercromina, semejantes a pinturas de guerra, que se repartían por su cara y cuello.

Alex eligió el vestido pensando en la talla de Cecily y lo pagó. Opinaba que Mally y Cecily eran de la misma talla. Después de que Mally llevara el vestido para la —¿cómo lo había llamado?— cita de esa noche, Bobby podría dárselo a Cece como regalo de aniversario.

Desde el escaparate del Dunkel's, vio la conferencia de prensa que dio Leland Howard en el paseo del tribunal, mientras su dolor de cabeza se tornaba tan intenso como para nublarle la vista. Había utilizado buena parte de sus reservas de energía para emprender la ruta en bici hasta la ciudad. Ya era hora de escapar del calor, tumbarse y dormir. Bostezar. Durante horas. La oficina del encargado de los almacenes estaría vacía el resto de la tarde. A nadie en el Dunkel's le importaría si se tumbaba un rato en el mullido diván de cuero que había allí.

Pero Mally no había recibido aún su descanso. El reflejo de ella junto al suyo, proyectándose en el escaparate del Dunkel's, se lo recordaba. En primer lugar, Alex debía escribir primero la carta. Era vital.

Apostaba lo que fuese a que le estaría incordiando, aunque dócilmente, hasta que lo hiciera.

Después de eso, no le vendría mal descansar un poco antes de que cayese la noche. Llegar a Cole's Crossing antes de que pasara el Dixie Traveler sería difícil sin su bici.

Un periodista del Chatanooga Times preguntó a Leland:

—¿Planea contratar a más expresidarios que trabajen para usted?

A Leland no le gustó aquel tono, pero sopesó gravemente la pregunta mientras hacía una pausa para quitarse el sudor de las pestañas. El infierno, por lo que parecía, había alquilado Evening Shade aquel día.

El párpado no cejaba en su insistente tembleque. Lo aplacó con la punta de un dedo, mirando al cielo, que vertía su resplandor tras unas briznas de nubes que no prometían descargar lluvia.

—A pesar de los trágicos, pero imprevisibles sucesos de los días pasados, creo

que es importante que nadie pierda la fe ni en nuestro sistema de justicia ni en nuestros semejantes. *Mr. Giles* cumplió ocho años por homicidio y durante ese tiempo se le consideró un preso modelo. Tuve todas las razones para creer que su rehabilitación había sido completa —¡Me cago en el puto ojo!— y, en consecuencia, no dudé en proporcionarle un trabajo como chófer personal durante la campaña, un primer paso destinado a reintegrar su dignidad y su utilidad como miembro de la sociedad. —Las lágrimas y el sudor que descendían por sus mejillas, junto con un par de moscas verdes que revoloteaban alrededor de su cabeza, como si fuera un caballo a punto de palmar, daban escalofríos a Leland—. Para responder a su pregunta: sí, contrataría a otro presidiario al que nuestro excelente sistema de prisiones del Estado hubiera dado la libertad condicional. No olvidemos que la aceptación y el perdón de los errores de otro hombre es... el corazón y el alma de una sociedad civilizada.

—Esto es todo por hoy, caballeros —intervino *Gripson Culverhouse*.

Había sido un error pedir el sándwich de huevo. Después de tres bocados, Leland se excusó para abandonar el enorme reservado que había al final del *Café Hob-Nob*, y marchó a los aseos con todo el sudor que le cubría helado como el mercurio y el ojo aún temblándole. Vomitó hasta la primera papilla. Aquello oprimió aún más su corazón. Con la cabeza agachada y los brazos extendidos de par en par, al estilo crucifixión, Leland permaneció apoyado en el cubículo, hasta que *Culverhouse* envió a *Ray Villapando* a que le echase un vistazo.

—No me siento muy bien —dijo Leland—. Necesito tumbarme. ¿Han cancelado lo que había esta noche en *Murfreesboro*? No puedo soportar otra jodida fiestecita de pueblo. ¿Me llevas a la granja?

Caminaban por el café casi desierto —Leland iba delante—, cuando casi tropezaron con *Bobby Gambier*, que acababa de entrar en ese momento.

—No se le ve muy allá, *Mr. Howard*.

—Sí, lo sé, es el calor.

—*Floyd Smart* me dijo que probablemente les encontraría aquí. Tengo algunas noticias.

—¿Buenas o malas? —Leland intentó esbozar una sonrisa. Lo único que quería era que *Bobby* se apartase de su camino.

—Depende de su punto de vista. *James Gilles* se ha suicidado esta tarde en el hospital local.

Leland dejó caer una mano en el borde de la barra.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Consiguió desplazarse lo suficiente en la cama como para coger el cable del ventilador. Se lo metió en la boca y mascó hasta caer electrocutado.

Desde el fondo del café, los demás levantaron las cabezas. Escuchaban.

—Por el amor de Dios, *James*. Qué terrible final para...

—Si pudiera darme el nombre de algún familiar cercano...

—Mencionó a una hermana suya. Pero la verdad es que no sé nada de él. —El movimiento de las aspas del ventilador del techo, cuya imagen se repetía en un espejo teñido tras la barra, iba a la misma velocidad que el corazón de Leland.

—Bueno, creo que podremos encontrar a alguien que se haga cargo del entierro.

—Está bien. Quiero decir, yo... me encargaré de ello. Los gastos. Ahora, si me disculpa... agosto, Jesucristo. Agosto no te deja respirar en estos lares.

—Ya le digo. —Bobby se tocó el ala del sombrero y se puso a un lado. Seguido por Villapando, Leland salió a la acera y allí se puso a mirar a todas partes, presa de la confusión. Villapando le ayudó a hacer el resto del camino hasta la limusina, mientras Leland se embutía un caramelo en la boca. La limusina estaba aparcada a la sombra de un grupo de abedules de apariencia rendida. A ellos tampoco les gustaba el calor.

Bobby salió y permaneció bajo la marquesina de la acera mirando como se alejaba la limusina; se quitó el sombrero para dejar pasar el aire y un poco de luz en sus taciturnos pensamientos.

Ese tío va a estallar, se dijo a sí mismo. La pregunta es cuándo y dónde.

Habían dejado atrás la plaza del tribunal y se dirigían al norte cuando Leland reparó en el sobre azul pálido que había junto a él, en el asiento de atrás. Su nombre estaba escrito en el anverso. «Leland Howard». Se resaltaba que era «personal». La caligrafía cuidada, femenina.

Lo levantó, le dio la vuelta. Lo puso en su regazo y sacó su palillo de oro, y lo usó para escarbar los trozos de caramelo que quedaban en sus muelas. Aún sentía horrible el estómago, como un pozo de lava. Saboreó la sangre que había en su lengua, procedente de sus encías. Aun así, siguió escarbando. Miró de nuevo el sobre con el impulso de arrojarlo por la ventana. Siempre estaba recibiendo notitas de mujeres que querían follar con él; con frecuencia, algunas incluso añadían fotos: obscenas, la mayor parte de las veces. Mujeres que se sacaban sus propias fotos y, obviamente, las revelaban ellas mismas. Las que tenían la esperanza de tentarle con imágenes entusiastas.

Apretó las manos, que le habían estado temblando, luego usó su palillo para abrir el sobre. Sacó la notita doblada.

Hola, Leland.

Es hora de que nos veamos
de nuevo, ¿no cree?

Tengo todo lo que su
padre me dio. No

lo quiero, pero quiero los

mil dólares que
prometió darme.
Espero que mantenga la
promesa, Leland.
Reúnase conmigo junto a
la vieja estación de Cole's Crossing.
Nueve y cuarto. En cuanto anochezca.
He cambiado. Pero me
reconocerá en cuanto
me vea.
Venga solo. No le
interesa nada
decepcionarme.

Mally Shaw.

El vestido rojo

—Le echamos de menos en la cena —dijo Bobby a Ramses Valjean—. No es que fuera tan especial, pero en Evening Shade los boniatos dulces que hace Rhoda son célebres en las cenas de la iglesia.

Ramses se sentó al borde de la cama de hierro en la pequeña habitación que le habían dado, una cortesía por respeto a su estatus, en el barracón para negros del hospital local. Se había quitado la camisa y la corbata y había dejado ambas prendas en el respaldo de la silla. Sus tirantes le colgaban de la cintura y estaba descalzo. Tenía la tez de un color gris amarillento. Cuando sonreía, le aparecían en las comisuras de la boca un par de arrugas que no tenían buen aspecto.

—Boniatos dulces. Mi madre también los hacía. Desafortunadamente, ya no digiero bien la comida. Hay otras complicaciones, de modo que he hecho otros cálculos al tiempo que le mencioné hace unos días. El páncreas casi ha dejado de producir insulina. El doctor Crawford me puso una inyección esta tarde. Mañana... bueno, ya veré.

Bobby asintió. No sabía qué decir.

—Pero podría tomarme un trago. Si le queda tiempo.

—Me queda tiempo.

Leland Howard estaba sentado en el salón de la casa que tenía en su granja, con un revólver del 38 en el regazo y el crepúsculo llamando a sus ventanas.

«No le interesa nada decepcionarme».

Al quinto de Maker's Mark que tenía en la mesa, a su lado, le faltaban dos tercios. Se bebió otro trago. Hasta ahora no sentía nada, solo la lengua un poco insensible en el borde, pero nada más. Por lo demás, estaba sobrio. El temblor de las manos prácticamente ya había remitido. Tenía la cabeza despejada. Pero era consciente de que estaba llegando al límite. Alcanzaría un punto en el que un trago más —incluso medio trago— le dejaría tan tirado como a una puta de un dólar.

Alguien estaba intentando burlarse de él. La mejor conclusión a la que había llegado era que se trataba de un pariente femenino de Mally Shaw, que también había acudido a visitarla el sábado por la noche. Se habría escondido cuando él llegó, pero oyó, y hasta quizá fue testigo, de todo lo que sucedió entre él y Mally. No había sido un jovencito blanco, después de todo; Giles se había equivocado con respecto a eso y le había costado la vida.

Oyó un tractor en el exterior; Claude Long gritaba a su hijo medio idiota que

cerrase las puertas de la verja. Se iban a casa, a su hogar, en un anexo que había en la propia granja de Leland.

Jim Giles estaba muerto, había una confesión firmada en la oficina del *sheriff* y, por si con eso no bastase, su padre se marchitaba en la tumba, pero todavía marchaba un paso por delante de Leland, quien se imaginaba aquella cabeza avejentada iluminada secretamente en la oscuridad, ataviada con la sonrisa ociosa de la muerte. Sintió un bajón en sus nervios y se armó de valor. La maldita llave que el agente había dejado caer como quien no quiere la cosa sobre el secante del despacho abría una caja de máxima seguridad, a Leland no le quedaba la menor duda de ello, quizá contratada bajo un nombre falso, donde su padre había depositado la prueba que enviaría a Leland a prisión. Pero la llave ya no era una amenaza para él. El autor de la misiva lo había dejado bien claro. Mally, a lo que parecía, había vaciado la caja antes del pasado sábado.

«Tengo todo lo que su padre me dio».

Alguna voraz pariente de Mally tenía ahora a Leland Howard cogido por los huevos.

O eso creía ella. ¿Qué sentido tenía hacerse pasar por Mally? ¿Asustarle? ¿Como si fuera idiota, un retrasado mental como el moteado hijo de Claude?

«Los mil dólares que prometiste».

Leland se sentía insultado. Aquello proporcionaba un borde más afilado a su cólera. Levantó el vaso y se lo llevó a los labios, se lo pensó mejor y dejó el vaso a un lado. Cogió el colt de su regazo y se detuvo, después abrió el tambor. Los círculos metálicos de las balas brillaban al calor de las enrojadas luces que entraban por la ventana. Tan rojas que el mundo bien podría estar ardiendo.

No, esto es lo que tendrás.

El temblor que había dejado de afectarle las manos había recalado ahora en su vientre, como la obertura a un terror descomunal que le pilló desprevenido.

Pero ¿y si con una muerte no bastase? ¿Cuántos de ellos podría haber, conspiradores sin rostro, burlones, que saldrían de las sombras para plantear sus propias exigencias?

Leland cerró el tambor del revólver azul metalizado y se lo puso en una bota, luego desenrolló la pernera de sus pantalones de sarga para esconderlo.

Salió fuera, envuelto en las rojas luces de la tarde, abrazado como por un cilicio por aquel bochorno que se había prolongado durante todo el día. En el porche miró hacia las tintineantes colgaduras de cristal de la perrera, ahora desierta. Sus perros iban a recibir una inyección letal. Algo osciló desastrosamente en su cabeza, un peso psíquico como una bola que destruía todo. Casi perdió el equilibrio, pero se agarró a la baranda de la escalera.

... Y los días de su niñez habían sido largos y habían estado llenos de juegos, la brevedad de las noches pasaba como un sueño mientras su corazón conservaba aún el calor y el señuelo del sol. Ahora sus días eran más cortos, sombríos, insoportables; su

corazón, como el sol, moría en su pecho. No había piedad en aquellos prismas colgados en los que anticipaba su destino. Su vida estaba menguando, oscuramente, hacia un calamitoso clímax de pesadilla.

No le quedaba mucho tiempo. Pero sus torturadores no cederían.

¿Verdad?

Unas lágrimas elegíacas rodaron por sus mejillas.

Si le habían obligado a que les matase, ¿quién podía decir que la culpa era solo suya?

—Así que los pintores —contaba Bobby a Ramses Valjean— casi han terminado en la casa de Bernie. Ella y Cece fueron esta tarde para comprobar cómo ha quedado todo, y ¿puede creerlo? Bernie no está contenta. Aún dice ahogarse con los vapores, aunque Cece dice que apenas puede olerlos y, por si fuera poco, ahora Bernie va y dice que quiere pensarse nuevamente la elección de los colores. Debía haber sido melocotón en su cuarto, dice, no salmón. Hay que pintar todo de nuevo. También le preocupa que haya caído pintura en la tapicería de sus reliquias decorativas, incluso aunque los chicos las hayan cubierto con sábanas por todas partes. Le ha preguntado a Cece si puede llevarse sus cosas a nuestra casa, al menos por ahora, viendo que tenemos muy pocos muebles en un par de habitaciones.

Ramses asintió.

—La mujer tiene sus tretas.

Se hallaban en una de las mesas de la terraza detrás del Comidas Pee-Wee con una pinta de cerveza envuelta en una bolsa de papel que Pee-Wee les había llevado. Ramses llevaba puestas sus gafas de ciego y miraba aquella puesta de sol que era como un incendio en un cañón de nubes. Había sobre la mesa varios vasos de papel llenos de George Dickel. Por insistencia de Bobby, Ramses había comido un par de bocados de un sándwich tostado de queso. Pee-Wee aún estaba abierto, pero no había nadie más en la zona de picnic.

Bobby guiñó un ojo a Ramses:

—Cecily simplemente la miró y dijo: «Claro, mamá. Podemos llevarnos los muebles. Pero casi olvidé contarte las buenas noticias. Bobby y yo esperamos un bebé otra vez».

—Felicidades —dijo Ramses.

—Gracias. Aún no siento ese embarazo. Pero, en cualquier caso, Cece dijo a su madre: «Bobby y yo hemos decidido convertir la habitación para invitados en el cuarto de Brendan. Lo haremos mientras estás de crucero». Y Bernie dice, y le aseguro que me hubiera encantado estar allí para verle la cara: «¿Qué crucero? Pues el crucero que tú y la tía Edith habéis hablado de hacer juntas desde hace veinte años. No se me ocurre un momento mejor para que lo hagais, es decir, mientras te arreglan la casa, así que anoche llamé a Edith. Está entusiasmada, dijo que ella misma haría

todas las gestiones y me apuesto algo a que ya tiene todas las maletas preparadas». Así que esa es la historia. Bernie no sabe si se siente bien ahora mismo, Cece va a necesitar toda la ayuda que pueda brindarle con Brendan durante su nuevo embarazo, etcétera, etcétera. Pero mi mujer la miró a los ojos y simplemente le dijo: «Mamá, ve. Pásalo bien. Te lo mereces». —Bobby echó un poco más de Dickel en su vaso—. Joder, estoy orgulloso de ella. —Bebió, con una sonrisa un poco petulante—. Creo que Cece se quedó anonadada cuando le dije que las huellas de su madre estaban en el bote de vaselina que había echado a la basura de Alex.

—¿Cuánto durará el crucero?

—Tres meses, creo que me dijo Cecily. ¿Quiere otra?

—No diría que no. —Bobby le sirvió; Ramses se bebió el güisqui de un trago, rematándolo con un aire de admiración y satisfacción—. Voy a echar de menos esto —dijo.

—Todavía hay tiempo suficiente para hacerle unas cuantas visitas al viejo George D.

Ramses percibió la incomodidad en Bobby, y sonrió para espantar el fantasma que flotaba en su conciencia sobre el destino de cada hombre.

—Quería hablarle de Alex y su antiguo problema con las cuerdas vocales. Si hay una opción de reparar el daño, conozco al hombre que podría hacer el trabajo.

—Bueno, Ramses. A Alex lo han decepcionado tantas veces que odiaría...

—Esta tarde, mientras aguardaba los resultados de unos análisis, tuve tiempo de ponerme al día con la correspondencia y atender otros asuntos legales, los arreglos que deben hacerse. —Sacó tres sobres de los bolsillos de su chaqueta y los depositó en la mesa—. He de enviarlos a la estafeta cuando vuelva al hospital. Rara vez escribo cartas. Supongo que eso forma parte de mi naturaleza introvertida. Sin embargo, con el doctor Charles Martorell me escribo de forma regular. —Empujó con un dedo el sobre más grueso en la mesa—. En esta carta le remito algunos apuntes del caso de Alex junto con fotocopias de los informes médicos que usted mismo me facilitó. Por supuesto, el doctor Martorell no estará en disposición de tomar la decisión de operarle hasta que no examine a Alex personalmente. El mes que viene, en París.

Bobby se frotó una picadura de mosquito que tenía en la barbilla y sonrió, escéptico:

—¿Alex va a ir a París?

—Sí. Sin gasto alguno para usted y Cecily. Me he encargado de las disposiciones, con bastante antelación, debo admitirlo, pero el tiempo puede ser crucial. —Ramses empezó a toser y la tos convulsiva lo redujo a una sombría figura en el banco de la mesa de picnic; se volvió de lado, temblando con impotencia. Bobby tenía la mano izquierda en el regazo; hundió los dedos en la palma mientras esperaba a que terminase el suplicio de Ramses. Había sangre en el pañuelo que Ramses retiró de sus labios cuando el espasmo tocó a su fin, una sangre que no quiso que Bobby viese.

Cuando se enderezó de nuevo, estaba sonriendo, el rostro ya recompuesto—. Gracias por su paciencia. ¿Qué me dice de otro trago de Dickel?

—Bueno, eh, me parece que deberíamos...

Ramses miró alrededor, lentamente:

—No, aún no. Se está tan bien aquí. Cuando el viento viene del lado adecuado. —Hizo una seña con la cabeza hacia el destartalado restaurante de Pee-Wee. Bobby rió. Aún no había viento y el olor de la fritanga que llegaba de Pee-Wee casi creaba una visible nube en el aire. El sol era un esplendor difuminado y el paisaje más próximo que les rodeaba iba cobrando los tonos suaves de la noche de verano. Bobby pasó la pinta a Ramses, que terminó el güisqui—. Un cielo rojo y buen vino, la delicia del marino —sentenció—. Y estoy a punto de acabar este largo viaje. Nunca imaginé que me vería de vuelta donde todo empezó: en el corazón de un chiquillo que iba tras una mula, arando los campos mientras soñaba con ser marinero, tan cansado que apenas podía mantener levantada la cabeza, pero pensando: «¿Por qué no voy a hacerlo?».

Bobby asintió, solemne. En aquel momento, las palabras, a su parecer, hubieran sido una intrusión imperdonable.

Ramses suspiró:

—No debe perder la esperanza en Alex, Bobby.

—Nunca he permitido que eso ocurra.

—Bien. Está empezando a despertar a la vida, sea lo que sea lo que el futuro le tenga preparado. —Ramses reprimió una tos antes de que esta desencadenase algo más doloroso—. Vendí mi casa de Nashville cuando no me quedaron dudas acerca de mi pronóstico y puse lo recaudado de la venta en lugar seguro para Mally, junto con mis ahorros. —Hizo un vago, pero concluyente gesto con la mano—. Los gastos de Alex y el pago por los servicios de Charles estarán ampliamente cubiertos. En cuanto Charles decida que el mal puede operarse, Alex se quedará en su casa unos meses, como invitado suyo. Charles vive con sus dos nietos gemelos y su mujer, Alida; por cierto, ambos son de la edad de Alex. Sus padres estuvieron en la resistencia y fueron ejecutados por la Gestapo.

—Ramses, ¿ha tenido oportunidad de...?

—Esta misma tarde quise explicarle a Alex algo más acerca de la cirugía, pero como ambos sabemos, su hermano decidió darse él mismo el alta del hospital. —Ahora que el sol se había puesto, Ramses se quitó las gafas oscuras y miró a Bobby—. ¿Lo hará? Es por Alex, desde luego, pero en una manera muy importante también es por mí.

—En ese caso creo... que haré lo que Alex decida.

—¡Maravilloso! Bueno, ¿por qué no vamos y le preguntamos ahora?

—¿Aún cree que encontraremos a Alex merodeando por la vieja estación de Cole's Crossing?

—Sí, estoy seguro de ello. Se lo explicaré mientras conducimos allí.

Alex había sido recogido haciendo autoestop por un anciano granjero llamado Fred Edgar Moody y su esposa, Eula, que acababa de regresar del dentista con un nuevo juego de dientes postizos; tenía una bolsita de cacahuets garrapiñados con los que pretendía probar su dentadura. Había hueco para Alex y su mochila en el remolque, junto con un par de cajas de polluelos y varios sacos de quince kilos de pienso Purina, especial para pollos.

Se bajó en Cole's Crossing cuando el día ya escanciaba su última luz cárdena, y se despojó de unas cuantas plumas de pollo, con la boca empalagada de cacahuets garrapiñados y sin saber con precisión qué hora era. Pero había dejado la plaza pasados unos minutos de las ocho, según el reloj del tribunal, y con ese Fred Edgar conduciendo como un anciano loco todo el camino, poniendo el coche fácilmente a los cuarenta kilómetros por hora en los estrechos márgenes de la carretera del condado, Alex calculaba que serían las ocho y media. Eso le daba media hora o así para esperar la llegada del Dixie Traveler procedente de Memphis y, por tanto, también a Leland Howard. Alex no tenía la menor duda de que aparecería.

Después de eso, todo dependería de Mally. No sabía lo que Mally estaba planeando. Solo había sonreído con aire secreto antes de decirle, Ya verás, cariño.

Un perro escuálido caminaba rígidamente por las plateadas vías al oeste del inclinado depósito de agua. El chucho levantó la cabeza, pero no se detuvo mientras avanzaba cojeando hacia Little Grove. A Alex le resultaba difícil enfocar la vista en aquel perro, o en cualquier otra cosa, como si sus ojos fueran unos prismáticos baratos que no se ajustaran en la forma adecuada. Su dolor de cabeza le resultaba ahora tan terrible como durante el resto del día. Se sintió debilitado por el dolor y tropezó cuando avanzaba a mitad de camino, con su mochila cargada al hombro. Siempre había contado con sus reflejos y su agilidad física. Ahora cada parte de su cuerpo parecía resistirse a trabajar en equipo.

El descarnado techo a dos aguas de la estación se recortaba contra una herrumbrosa mancha de crepúsculo. Los pájaros planeaban por encima de la línea del tejado. El río Yella Dog destellaba como un espejo reducido a añicos por debajo del puente. El aire permanecía varado y espeso por donde Alex caminaba, y la tierra ya no devolvía el calor del día.

No había señales de que estuviera por allí aquel jefe de estación a quien había visto en su última visita. Pero, por supuesto, Alex no podía completar el cruce hasta que el Dixie Traveler no le invistiera con su poder y Mally apareciese ante él. Solo entonces, el viejo andén herviría de presencias, evanescentes como el humo de las locomotoras en esa confusa secuela de sus vidas pasadas.

Subió los peldaños desde el sendero y descargó la mochila en el andén, y se arrodilló para sacar la palanca que había comprado en la ferretería de Carty. Se puso a levantar las tablas que habían sido clavadas en la puerta de la estación. Era un trabajo duro, que le hizo sudar a mares y sentirse al borde del desmayo hasta que aquello terminó. Alex descansó, acto seguido empujó la puerta con el hombro, forzando las

bisagras corroídas hasta que estas cedieron. Durante años, la estación había estado abandonada al cuidado de los pájaros y los ratones. A Alex le repugnó ver que el suelo estaba lleno de cagadas. No tendría más de cinco años la última vez que pisó su interior. El vestíbulo le parecía ahora más pequeño. Había estantes a lo largo de las dos paredes, y una estufa Franklin en la esquina formada entre ambas. La tubería de la estufa se había partido entre uno de los estantes y el suelo. Cuando se aventuró a entrar, oyó el batir de unas alas sobre las vigas. Una sombra asustada recorrió el espacio bajo aquel techo en tinieblas y cubrió sus muros, tan grande como un aguilucho al brillante reflejo del cielo que procedía del exterior.

Había tanto polvo y basura en el entarimado del suelo, que Alex dejó unas huellas casi perfectas desde la puerta de entrada. Tuvo un ataque de estornudos que reverberaron como explosiones en su dolorida cabeza. Sollozando, sacó una lámpara de gas, adquirida también en Carty's, de su mochila, y la colocó en el arañado estante de madera de arce que había junto a la cristalera del despacho de billetes, milagrosamente intacta. Alex encendió la mecha de la lámpara de queroseno y el creciente halo de luz propició el correteo de los ratones por el caído tubo de la calefacción, y un nuevo aleteo de invisibles alas allí donde el techo mostraba más agujeros.

Había rastros de tiza en la tabla de horarios que se elevaba junto a la cristalera, restos del último día en que la estación había abierto. A pesar de sus problemas de visión y de que tenía los ojos cada vez más llorosos, vio que aparecían las palabras: «¡Hola, Alex!», garabateándose en enormes letras de tiza en medio de la pizarra. Sonrió, agradecido. Ya se sentía mejor.

Los afilados trozos de cristal cubiertos de hollín de la ventana que asomaba a las vías adquirieron un brillo refulgente cuando Alex se acercó a la entrada con la linterna y cerró la puerta. Luego eligió un banco junto a la puerta donde se dispuso a esperar, con la lámpara a su lado, la mochila entre sus pies, y la cabeza en las manos.

En otros tiempos hubo un aparcamiento de grava junto a la estación, al norte del peaje que pertenecía al Sur, pero ya hacía mucho tiempo que había desaparecido bajo un alto lecho de cardos y ambrosías. Leland Howard aparcó su Pontiac Eight en el borde de aquel aparcamiento infestado de maleza y, tras echar un vistazo alrededor y no ver a nadie, cambió el revólver colt de la bota a su cinturón. El polen de las ambrosías le irritaba la nariz; estornudó en su pañuelo. A unos quinientos metros camino arriba había una pequeña granja, con mecedoras vacías en el porche. Oyó las leves voces de unos niños negros, jugando.

Se quedó escuchando el crepitante bordoneo de las cigarras y a un sapo en las enramadas cantando su romance nocturno. No había sensación de clima; solo percibía el calor, más propio de un horno, aunque el cielo había perdido sus llamas y se consumía en una sofocante raya amarilla al oeste, allí donde brillaba, como una

pequeña oblea verde asomada sobre aquel escenario crepuscular, el semáforo de Half Mile. Todo aparecía despejado para el paso del Dixie Traveler.

Quedaban unos minutos para las nueve. Era pronto para su cita, o lo que diablos fuera aquello.

La mejor manera de llegar a la estación era siguiendo el sendero. Leland desenvolvió un caramelo, y recordó que cuando era niño podía andar sobre un solo raíl, ligero de huesos, risueño, durante medio kilómetro o más. Pero esta noche caminaba lenta y pesadamente, de una traviesa a otra, evitando el balasto y el crujido de las pisadas; sentía los nervios atenazándole, casi a flor de piel, como una tela de araña.

Había recorrido la mitad del camino, y pensaba que había visto el parpadeo de una luz en el interior de la estación.

Leland subió más despacio los peldaños para ponerse al nivel del suelo y vio los restos de los tablones levantados en el andén de la estación. Sí, y también había una luz en el interior, un débil parpadeo que se reflejaban en los cortantes filos del cristal de la ventana, bajo una espesa mata de cables.

Asomó al interior desde el andén, con una mano en la culata de nogal de su revólver, ya el seguro quitado.

Polvo y silencio. Huellas que cruzaban el suelo por todas partes.

De pronto, su corazón dio un brinco. Alguien se movía ahí dentro. Vio la sombra en el muro, grande, desparramada, desplazándose con cada paso que daba, como si se mostrara impaciente por que él fuese a verla.

Leland se movió un par de pasos a través del enjambre de cables para cambiar su ángulo de visión y vislumbró una especie de remolino rojo en el vestíbulo, allí donde más lejos se hallaba la pálida llama de la lámpara de gas. La linterna estaba en el suelo, al lado de una enorme mochila.

Rojo. La figura llevaba un vestido rojo, tocado con algo parecido a unas lentejuelas: Leland no estaba seguro de ello. Pero sí tenía varios volantes: era un vestido de fiesta. Se pavoneaba de su ropa. Otra vez cambió la perspectiva, moviéndose tan a la derecha como pudo, y vio un brazo desnudo, un destello de piel, un tono semejante a la oscura madera del arce, mestiza tal vez. Mestiza como la propia Mally. Ensanchó una sonrisa, pero su corazón latía con toda su fuerza.

A gran distancia, por el sendero que iba hacia Memphis, oyó el interminable aullido del Dixie Traveler procedente del este.

Leland dio tres pasos; de una patada, abrió la puerta que daba al vestíbulo de la estación, y entró trastabillándose al interior. Cogió la pistola y dio dos pasos más en dirección a la mujer que llevaba el vestido rojo; esta se dio la vuelta para contemplarle con el destello de decenas de pequeños espejos que taladraron los ojos de Leland.

Qué vestido tan alucinante.

Pero no era una mujer quien lo llevaba.

¡Por el amor de Dios!

Era un muchacho, rubio y bronceado, con la cabeza vendada y la cara llena de arañazos, y los ojos atolondrados. Era demasiado grande para el vestido que llevaba. Se le había descosido en un costado y el dobladillo de volantes colgaba muy por encima de sus pies descalzos. Llevaba unos pantaloncitos caquis bajo aquel brevísimo vestido.

—¿Quién demonios se supone que eres? —inquirió Leland, apenas capaz de creer lo que estaba viendo.

Los labios del muchacho se entreabrieron. No parecía particularmente nervioso. Se llevó una mano a la garganta, con la barbilla erguida, y apretó ligeramente los dedos.

—Hola, Leland. ¿No me conoce? Soy Mally.

Leland se estremeció al oír aquella precisa, pero terrorífica imitación de la voz de Mally Shaw. Sintió una descarga abrasadora recorriéndole la espina dorsal, explotándole en el cerebelo y casi levantándole la tapa de los sesos. Había estado en la guerra, pero nada de lo que había ocurrido en el Pacífico le había asustado tanto como aquello.

—¡Calla! ¡No vuelvas a hacer eso, puto soplapollas!

Los ojos del muchacho aún tenían aire viciado, en trance, retraído; pero, de nuevo con la voz de Mally, y con la misma sonrisa cínica y levemente triste de ella, dijo:

—Apuesto a que no ha traído esos mil dólares. ¿Los ha traído, *Mr.* Leland?

Por un instante pensó que también había visto su rostro, mirándole de la manera en que ella le había mirado tendida de espaldas sobre la cama de su casa con él metido entre sus piernas, aquella expresión entre angustiada y humillada; aceptando lo que tenía que venir, denigrándolo de una manera u otra, aunque él la estuviera perforando hasta los mismos sesos.

¿Quién coño se creía esa tía que era?

—¡Te he traído esto! —gritó Leland, y disparó sobre el cuerpo del chico, soltando el gatillo hasta cinco veces en pleno frenesí; quizá falló uno de los tiros, pero aquello lanzó al muchacho contra la pared, donde se desplomó y quedó tendido cuan largo era en una cascada de ostentosos espejitos, sin hacer otro ruido.

Helado. Ensoberdecido. Una aguda punzada en el pecho, la fascinación dando paso al horror, como el que sigue a la mordedura de una víbora. Su sombra precipitándose sobre las vigas en las que asoma el bulto del chico, que está recostado contra la pared. Sostiene sin apenas fuerzas una pistola en la mano. Tiene la cabeza semiladeada. Intenta entender lo que ha pasado. Pero no se siente mal por lo que ha hecho. ¡Maldito mariquita! Las prisas le incitan entonces a salir de su momentáneo apagón. Escucha el lamento del tren que pasa por Half Mile. Queda menos de un minuto para que llegue a Cole's Crossing. Aprisa.

Leland vuelve la cabeza hacia la mochila que hay en el suelo, junto a la lámpara. Es hora de ir a buscar lo que ha venido a coger. Y luego largarse.

Oyeron los disparos que procedían del interior de la estación cuando salían del coche patrulla de Bobby, que este había aparcado frente al Pontiac de Leland Howard, en el lado norte de la vía. Acto seguido, escucharon la vieja campana que, según se creía, llevaba mucho tiempo inútil, doblando en el campanario de la Santa Iglesia de Little Grove.

Bobby miró a Ramses y desenfundó la pistola, luego corrió hacia la vía (hacer otra cosa sería perder demasiado tiempo) y subió con dificultad hasta la estación. El faro del Dixie Traveler le dio de lleno en la cara: los cuatro mil caballos de potencia de los dos motores diésel empujaban una docena de vagones de lujo, restaurantes y coches cama. Sintió el enorme latido del tren a través de las suelas de sus botas, lo sintió correr por sus venas, electrizando sus huesos.

Según sus cálculos, pensó, mientras corría, que podía llegar al mismo tiempo al otro extremo del andén, del que le separaban sesenta metros. Podía hacerlo sin demasiado riesgo, saltar ahora al otro lado y esperar a que el Traveler pasase a toda velocidad, pero no sabía qué estaba sucediendo en la estación y temía por su hermano.

Leland Howard arrambló con todo lo que había en la mochila: piezas de ropa, revistas baratas y un par de cuadernos que tenían la mayor parte de las páginas en blanco. No encontró lo que estaba buscando, pero solo tenía una idea vaga de lo que podía ser aquello. Pruebas de sus actos criminales. Lo reconocería en cuanto lo...

El Dixie Traveler llenó la parte consciente de su mente con una sensación de terror implacable: aquello se le venía encima a cien kilómetros por hora. Su fuerza motriz era como una oleada de agua en una pequeña cueva, y le puso en pie.

Tras el grueso cristal de la brillante ventanilla de billetes vio otra forma humana, inconfundiblemente femenina, como un movimiento ondulante y sombrío a su izquierda.

¡Así que había dos personas!

Cruzó el colt por delante del cuerpo y descargó un último disparo a la figura que había tras la ventanilla. Se desvaneció tras la cascada de gruesos y fragmentados cristales.

En dos zancadas, Leland alcanzó la puerta de la garita del jefe de estación y la abrió de un tirón.

Mally Shaw estaba allí: habían pasado cinco días de su muerte y ese era el aspecto que tenía. Solo sus ojos estaban vivos en su rostro desfigurado. Su expresión era tan vivaz como su sonrisa complacida, al dejar caer la trailla que sujetaba a los

tres perros catahoula. Estaban tan muertos y su presencia resultaba tan ultraterrena como la de la propia Mally, pero eran todo violencia, envueltos en aquella temblorosa niebla de luces y sombras.

Leland tuvo un momento de arrepentimiento al no recordar los nombres por los que debía llamarles.

Bobby Gambier dio un precipitado salto al extremo del andén y se tendió allí, mientras la locomotora del Dixie Traveler pasaba junto a él como un cohete. Se llenó los pulmones con aquel aire saturado por el diésel y apuró otra carrera hasta la puerta de entrada a la estación.

Se tropezó con Leland Howard, que estaba saliendo.

Leland emitía un ruido espeluznante, agudo, como el aullido de una tetera. Era lo peor que Bobby había oído nunca procedente de una garganta humana. Había sangre en el rostro de Leland que resbalaba de sus cuencas vacías. Tenía la fuerza de un maníaco. Con el solo golpe de una mano ensangrentada hizo volar a Bobby cinco metros.

Emitiendo aún aquel sonido insoportable y chirriante, Leland vagó sin rumbo por el andén, se tropezó y cayó contra la pared de la estación. Su mano derecha mostró al abrirse una especie de huevo. Bobby se acercó cautelosamente a él. Mediante los fogonazos de luz que vertían las ventanas iluminadas del tren al pasar junto a ellos, Bobby se dio cuenta de que lo que colgaba de los dedos de Leland, como un amuleto contra la mala suerte, era uno de sus ojos azules.

Leland se quedó allí, gritando, como si su grito fuese un segundo efecto «doppler» del aullido del motor diésel, en tanto su cuerpo se retorció sin control. Viendo su mano cerrada alrededor del ojo, Bobby hizo un esfuerzo por no vomitar, y sintió la nuca helada de horror. No creía que Leland fuera a irse a ningún lado. Le rodeó para internarse en el vestíbulo de la estación.

A la luz de la lámpara vio un colt del 38 de color azul metalizado en el suelo, y cerca de él, el otro ojo de Leland, prendido aún a sus nervios sanguinolentos. Alex yacía contra la pared opuesta, tal vez demasiado inmóvil.

El vagón de primera del Traveler despejó la estación con un último guiño de sus pasajeras luces púrpura y a Bobby aquella quietud repentina le resultó enervante. No volvió a oír a Leland; no oyó ningún otro sonido, salvo el de su propia respiración aterrada al arrodillarse junto a su hermano y tratar de hallarle el pulso. Percibió la firme afluencia de sangre en la arteria carótida; el pulso de Alex era fuerte y Bobby sintió que la cabeza se le despejaba de puro alivio.

Lo único que Alex vestía eran unos pantalones cortos. Estaba tumbado sobre su camiseta roja, o eso pensó Bobby, pero cuando hizo rodar el cuerpo de su hermano vio que en realidad aquello era un vestido, muy bonito, con unos espejitos engastados al corpiño.

Distinguió unos lívidos moratones en el pecho y el estómago de Alex. Cuando Bobby le levantó del suelo aún se aferraba al vestido. Cuatro balas de posta del 38, de chaqueta de cobre, cayeron de sus pliegues y rodaron por el suelo.

¿Pero qué coño...?

—¿Le han disparado? —preguntó Ramses, mientras se adentraba en el vestíbulo.

—Disparado... sí... eso creo... estos moratones... pero ninguna de las balas penetró en... ¡no sé qué ha ocurrido aquí! Alex está vivo, eso es lo único que me importa. Mejor que eche un vistazo a Leland Howard, no hacía más que gritar y gritar. No puedo soportar...

—*Mr. Howard* está muerto, Bobby...

—¿Qué?

—Imagino que habrá sido el trauma producido por el impacto. Su rostro está terriblemente arañado. Por el estado de sus uñas, diría que se lo hizo él mismo.

—¡Dios! ¿Por qué?

—Creo que solo Mally podría responder a eso —dijo Ramses. Levantó uno de los párpados de Alex, luego el otro y le miró las pupilas—. Pero ya no está aquí.

—Nunca lo estuvo.

—Oh, sí —sentenció Ramses—. Mally estuvo aquí, no lo dude. Yo la vi. ¿Por qué no se lo cuento mientras conduce el coche? El chico tiene que volver al hospital tan rápido como podamos llevarlo.

Ramses no fue capaz de mantener el paso de Bobby, así que esperó hasta que el Dixie Traveler pasó el puente para ponerse a avanzar, no sin dificultad, sobre las vías que se extendían frente a la estación. Una pequeña carrera le hubiera restado otro día de vida y aventuras. Su cuerpo era ahora su propio rival, una criatura con ciertos predestinados defectos de diseño. Ponía a prueba su entereza con cada aliento que tomaba y cada paso que podía dar bajo el semillero de las estrellas. La visión de la sangre reciente le hacía sentir febril.

Al inclinarse sobre el cuerpo sin vida que yacía en el andén (una mosca se había posado ya en el labio inferior de la boca de Leland, que aún parecía gritar inaudiblemente), Ramses, a pesar de la fiebre, sintió un escalofrío atravesándole como una flecha de hielo en la húmeda y alquitranada noche, como si otro tren estuviera deteniéndose en la vía que había tras él. El aire que respiraba se volvió pesado como el que precede a una tormenta, cerniendo un peso en su pecho.

Sí, otro tren... deteniéndose en el cruce, listo para el embarque. ¿O era que la fiebre fomentaba aquella percepción de lo insólito?

Un tirón como el que le hubiera propinado la mano de un niño hizo que volviese la cabeza. Se sentía fascinado, demasiado viejo y débil como para reparar en el miedo.

Y allí estaba Mally, aquel rostro dulce y pensativo. Llevaba un vestido rojo con

cuello bajo y unas estrellas espolvoreadas en él: sencillo pero con clase, como un vestido de vacaciones para un paseo por el cielo.

Ramses vio a su hija elevada en una majestuosa corriente, como un icono llevado en andas durante una procesión religiosa. No es que fuera completamente real a sus ojos, pero tampoco podía decir que aquello fuera simplemente un espíritu.

¿Y el tren? (Pero tampoco podría llamarlo exactamente así, del mismo modo que Fantasma de Plata, en el cuento que Alex Gambier escribió en quinto, era más que un mero caballo de carne y hueso). Resultaba sobrenatural, sin duda. Mally ya había embarcado en él, y quizá era la única alma que partía aquella noche desde allí. Un alma cuyo plazo por fin había vencido; cuando Mally volvió hacia él los ojos por última vez, Ramses sintió que la lástima era aplastada por una corriente de exaltación.

—¿Un vestido rojo? —dijo Bobby—. ¿Con espejitos? ¿Como el que Alex tenía asido a su mano y del que cayeron las balas cuando lo levanté del suelo de la estación?

—No recuerdo que lo viera —comentó Ramses. Estaba en la parte de atrás del coche patrulla, inmovilizando la cabeza de Alex, mientras Bobby conducía a toda prisa hacia el hospital.

Cecily Gambier encontró a Bobby dormido en la mecedora del porche cuando salía con Brendan para aprovechar el poco aire fresco del que pudieran disponer aquel día. Eran las siete de la mañana; los vecinos despertaban a aquella hora y Bobby estaba ahí, tendido con una botella vacía de cerveza en la mano. Suavemente, Cecily le quitó la botella y Bobby reaccionó con un respingo asustado; luego sonrió bovinamente a su mujer.

—¿Por qué no viniste anoche a la cama?

—¿Anoche? —Bobby se encogió de hombros y miró alrededor, a aquella pacífica mañana de agosto que se ofrecía a West Hatchie Road: el periódico estaba doblado en el porche y los abejorros libaban de sus rosas—. He llegado a casa hace un rato. —Bostezó—. No tenía sentido ir a dormir, ha sido un día infernal. ¿Brendan ha pasado ya al biberón?

—Te dije que sí. Empezamos anoche. Tuvo una pataleta. Pero el doctor Yost dijo que ya era hora de destetarle.

—Sí. ¿Te has dado cuenta de que a veces, cuando le dabas el pecho, tenía una erección?

—¡Bobby! No me digas esa clase de cosas.

—Bueno, parece que ahora está comiendo bien, ¿no?

—Menos mal, porque mamá necesita un descanso antes de que nazca el niño. ¿Quieres terminar de darle el biberón a Brendan?

—Claro. —Bobby se reclinó en la mecedora y tomó el niño de los brazos de

Cecily. Brendan abrió los ojos y levantó la mirada a su padre, aquella mirada de pureza y confianza absoluta que solo se veía en los ojos más jóvenes—. ¿Tu madre está bien? —preguntó Bobby.

—No, está nerviosa e irritada. No sabes la que tuvimos montada aquí anoche. Bobby, ¿qué tal está Alex?

—Puede que tenga un derrame cerebral. Pero estaba semiconsciente y respondía a los estímulos eso de las cinco de la mañana. Ramses ha llamado a un colega suyo, supuestamente, el mejor neurocirujano del sur; llegará hacia la noche.

—¿Un médico negro?

—No. ¿Pero qué diferencia hay, mientras sea bueno?

Cecily le dedicó una mirada de admiración y dijo suavemente:

—Vaya, Bobby...

Bobby la miró, perplejo, y luego sonrió. Brendan se sacó de la boca la tetilla del biberón, ya casi vacío, y se retorció.

—No entendí la mitad de lo que intentabas decirme por teléfono desde el hospital —dijo Cecily, mientras se sentaba en el peldaño superior del porche—. ¿Qué le ocurrió a Leland Howard?

Bobby se tomó su tiempo antes de responder. Puso a Brendan de pie en el porche, sosteniéndole con una mano.

—Vas a dar tus primeros pasos cualquier día de estos —dijo Bobby—. No me los quiero perder. ¿Por qué no vas con tu mamá? Además, necesitas que te cambien. —Y soltó la mano del niño.

Rhoda estaba saliendo del coche de su marido frente a la puerta de la verja delantera.

—¡Espera un momento! —gritó—. Déjame coger la cámara.

—Está en la nevera, Rhoda —replicó Cecily, y abrió los brazos hacia Brendan. Aún no se había movido, pero parecía mantenerse firme sobre sus pies. Sabía muy bien que él era el centro de atención y que en aquel preciso momento se esperaban de él grandes cosas.

—Cecily, tengo que escribir el informe de la investigación esta misma mañana. Quiero que sea muy simple. Pero todo lo que podemos hacer es especular. Así que oficialmente lo que ocurrió es que Leland Howard salió con su coche, sufrió un dolor en el pecho, se dirigió hacia Cole's Crossing y siguió camino hasta la estación, quizá con la idea de buscar un teléfono para pedir ayuda. Le entró el pánico cuando arrancó unos tablones de la puerta de la estación para entrar en ella. Se hirió al hacerlo y le dio un ataque al corazón.

—¿De qué clase de herida hablamos?

—Se hizo polvo los ojos. Espero que puedan arreglar eso en la funeraria Hicks and Baggett antes de su funeral. Aunque, de todos modos, tampoco se entierra a nadie con los ojos abiertos.

—Claro que no. ¿Qué más habrá en tu informe?

—Eso es todo, más o menos. Daba la casualidad de que llevaba a Ramses a visitar a un primo suyo y nos topamos con el Pontiac en la carretera, cerca de la vía principal del sur, sin nadie dentro. Se me paga para que compruebe estas cosas, así que fue de este modo como dimos con él.

Rhoda apareció con su cámara Brownie justo cuando Brendan daba cuatro pasos completos por el porche y caía riéndose en los brazos de su madre.

—¿Lo has cogido, Rhoda? —preguntó Bobby.

—¡Sí, señor! Tengo las fotos.

—Ojalá tuviéramos un tomavistas —se lamentó Cecily.

—Un día de estos. —Bobby pestañeó y agachó la cabeza. Lágrimas.

—¿Pero qué hay de Alex? ¿Dónde lo encontraste anoche? Bobby, no estaría con Leland Howard, ¿verdad? Quiero decir... ¿no tendrá que ver con esto, no?

—Joder, no.

—Pero sí que hay algo que tiene que ver con Alex. Bobby, ayer por la tarde recibí una llamada de Dunkel's. Nuestra cuenta casi ha rebasado el límite porque Alex ha estado allí comprando un buen montón de cosas. ¡Incluso un vestido rojo que costó noventa y ocho dólares!

—Un vestido rojo. ¿Qué es lo que sabes?

—Bueno, ¿no te dijo nada sobre...?

—Era un regalo para Mally Shaw —dijo Bobby, reclinándose y cerrando los dedos detrás de la cabeza, mirando el techo del porche.

—¡Mally Shaw!

—No te gustan las historias sobre aparecidos, ¿verdad, Cecily?

—No. Me dan pánico. —Miró repentinamente a Bobby. Estaba sonriendo—. ¿Es algo que no vas a incluir en tu informe?

—Pagaremos la cuenta del Dunkel's —dijo Bobby—. Merecía cada céntimo gastado.

Alex Gambier ya estaba fuera de peligro y despertó cuando Ramses le hizo la última visita del día, poco antes de las cuatro de la tarde del viernes.

—Esta tarde me voy a Nashville con el doctor Wallace. Estaré en contacto con las enfermeras de la planta hasta que te den el alta. —Ramses se sentó en el borde de la cama—. Eso sí, no te estoy diciendo adiós, ¿sabes? Pero si resulta que no nos volvemos a ver...

Alex frunció el ceño.

Ramses sacó unas monedas del bolsillo de su chaqueta y las puso en la mano de Alex, que la tenía abierta, a la altura del costado.

—Quatre francs —dijo—. Suficiente para pagar dos vasos de burdeos en una bôte que siempre ha sido mi favorita. Está en la Rue de Bièvre, cerca de la Place Maubert. Es una calle pequeña, a la que llamarían callejón en cualquier otra parte. Algunas de las calles más interesantes de París son las que más esfuerzo cuesta encontrar. La de Couderc no está tan lejos de donde vivirás mientras estés en París.

Te escribiré el nombre, pero todo lo que queda en la ribera izquierda te resultará familiar en poco tiempo. Al igual que el idioma. Lo aprenderás rápidamente porque quieres escribir novelas y todo escritor de novelas debería conocer íntimamente a los grandes novelistas franceses.

Alex miró las monedas que había en su mano. Acarició con la otra mano su garganta: una pregunta.

—Tengo absoluta confianza —sentenció Ramses—. El vino, como no ignoras, tendrá carácter de celebración. Un vaso por cada uno de nosotros. Por favor, da recuerdos de mi parte a *madame* Couderc cuando pares allí. Dile lo mucho que lamentaré no estar en tan espléndida ocasión.

Los músculos de la garganta de Alex se tensaron. Volvió la cara sobre la almohada. Cerró los ojos, y tras unos instantes sintió que Ramses se levantaba lentamente de la cama. Cuando abrió los ojos de nuevo, rodaron las lágrimas por su rostro. Apenas pudo distinguir a Ramses en el umbral de la puerta. Miraba hacia atrás y parecía estar sonriendo.

Una mano levantada, una despedida; entonces se marchó.

Epílogo

Martes, 2 de diciembre de 1952

Miss Francie Swift

RFD#4

Evening Shade, Tennessee

Hola, Francie:

Hoy, la buena noticia es que el doctor Martorell dice que los dos injertos de las cuerdas vocales que hizo están «casi al cien por cien». La mala noticia (quizá) es que he averiguado que la donante era una mujer argelina de 23 años (Yvie dice que fue asesinada por un amante celoso, pero esa es una historia de la clase de las que a ella le encanta imaginar). Así que imagina qué voz tendré si alguna vez soy capaz de decir algo. Ja, ja.

Por ahora no tengo permiso para articular ningún sonido y a los médicos les preocupa que pueda pillar un resfriado (todo el mundo en París tiene un resfriado en esta época del año) y fastidiar las cosas. Pero se supone que en una semana empezaré los «ejercicios» con un entrenador vocal que trabaja con las estrellas más famosas de la Ópera de París. Quizá para cuando me vaya de aquí pueda cantar la parte tenor de «Manon». (Otra vez ja, ja).

En el último par de cartas quise contarte algo realmente extraño que me ocurrió pero cada vez que lo intento el cuento se convierte en una historia de fantasmas. Otra historia de fantasmas. Pero te gustó la primera así que espero que no vayas contando esta historia por ahí porque me haría parecer idiota.

El colegio ha terminado por hoy (de hecho entendí la mayor parte de la lección que recibí esta mañana) el clima es deprimente y yo estoy aquí sentado en mi lugar favorito (otra vez la misma historia) junto al ventanal del café en Quai Montebello ya te he contado todo esto (es fácil de localizar en el mapa que te he enviado —al otro lado del Sena desde la catedral de Notre Dame y en la Ile St Louis puedo ver el edificio donde vivo con los Martorell y con la mimada Yvie— no entiendo cómo unos hermanos gemelos pueden ser tan diferentes entre sí porque Max es un gran tipo y no me creo que Yvie se haya encaprichado conmigo lo cual es tu tioría teoría. Como puedes ver estoy intentando mejorar mi ortografía ja, ja. Escribo mejor cuando lo hago a máquina, lo creas o no. Pues eso, que los gemelos llegarán en unos minutos. Max tiene clase de esgrima los martes después de clase y no me importa un carajo lo que haga Yvie. Mientras tanto déjame que lo intente otra vez.

¿Recuerdas que te conté que el doctor Valjean murió la primera semana de octubre? Antes de eso me escribió recomendándome algunos lugares que debía visitar entre sus viejos favoritos, como Shakespeare and Company, una librería a unas

cuantas calles de aquí donde solían ir los escritores famosos tales como Hemingway (espero que ya hayas leído Adiós a las armas). Y lo último que escribió Ramses en su carta fue: «No olvides parar en Coudercs».

Bueno imagino que me olvidé del tema. De hecho no sabía de qué estaba hablando. ¿Qué era Coudercs? Se lo escribí a Max, que no estaba seguro tampoco, pero pensó que debía de ser un pequeño café junto al que había pasado un par de veces. Dijo que tal vez estuviera en el laberinto de estrechas callejuelas entre los quais y Saint-Germain.

Creo que debió de ser una semana después cuando soñé con Coudercs. Vi el lugar como si de hecho estuviera a sus puertas hace treinta años. Ese era el aspecto de las ropas que llevaba todo el mundo, ropas de la época de la Primera Guerra Mundial. Los hombres eran verdaderos dandies. Y Ramses Valjean estaba entre ellos. Llevaba un cuello alto y un sombrero hongo. Vi el nombre sobre la puerta, Coudercs, y también la dirección.

El doctor Martorell hizo su primera operación unos días después de mi sueño así que no pude salir en toda la semana siguiente. Lo cual me fastidiaba porque adoro pasear por París. Luego hicieron unos días muy buenos hacia finales de octubre y me dejaron ir a la escuela.

Normalmente paseo hasta casa después de las clases con Max y un par de amigos suyos que son un poco estirados y hablan mal de todo lo que no es francés pero tienes que saber pasar de eso. Aunque la tarde de la que te estoy hablando iba solo y pensé en ir a ver si el café Coudercs estaba donde lo había soñado.

Así era. Y era exactamente igual, el letrero sobre la puerta y la lámpara que había en cada lado, los visillos entreabiertos del escaparate, los dos pequeños veladores y las sillas de respaldo de alambre y un caballo de hierro pulido enganchado a la banquette. Así es como se dice acera en francés.

La puerta estaba abierta, pero no atendían a mitad de tarde.

No tenía idea de entrar. Llevaba mis libros del colegio (pero he crecido otros tres o cuatro centímetros y dice Yvie que parece que estoy estudiando en la Sorbona en lugar de la Ecole St. Peres. El hecho crucial fue que no tenía dinero. Aun así, pensé que tampoco pasaba nada por entrar a tomar un vaso de vin rouge.

Mientras pensaba en eso deslicé una mano al bolsillo de mi abrigo como si no hubiese acabado de entender que estaba sin un céntimo. Y encontré unas monedas en un roto que había por dentro del forro. ¡Cuatro francos para ser exactos!

Así que me acerqué hasta el umbral y miré al interior. Vacío, como digo. Seis veladores y el reservado que había en una esquina, al fondo, justo donde había una pequeña chimenea de ladrillo. Todo estaba limpio y en orden y el fuego estaba encendido. Las botellas brillaban tras la barra. Pero no había ni un alma.

Iba ya a marcharme cuando vi a una anciana que bajaba unas escaleras tras la barra. Había una partición o tenía que haber un biombo porque en realidad no vi las escaleras, solo a ella de hombros para arriba, su cabello blanquísimo y arreglado en lo

que las mujeres francesas llaman un chignon. Me miraba de pie ante la puerta de entrada como si... no lo sé. Por la expresión de su cara era como si estuviese esperando verme con cuatro francos en la mano. Tendría unos ochenta años. Ni un diente asomaba a su sonrisa. Pero aun así sonreía de oreja a oreja. Y me hizo una indicación para que entrase.

Hacía mucho frío en el café, el tipo de frío que hace por la mañana antes de que se enciendan los fuegos. No era un lugar lúgubre aun cuando estaba en una callejuela donde no se veía mucho sol salvo por una hora o dos cada día. Pero los mejores asientos del café eran los que estaban en el reservado de madera labrada, en el que los lados se curvaban hasta hacer un tejadillo, junto a la chimenea. Ese era el lugar favorito de Ramses, lo supe antes de que la mujer me hiciese un gesto para que me sentase allí.

Dejé los cuatro francos sobre el velador y la miré. Como no puedo hablar, lo normal es que cada vez que voy a un lugar señale algo tras la barra o en el menú o, como aquí me conocen me traen café sin que tenga que pedirlo.

Supe que debía ser la *madame* Couderc de la que Ramses me habló la última vez que le vi cuando aún estaba tan grogui en el hospital en Evening Shade.

Asintió cuando miró las monedas, pero las dejó en la mesa. Entonces se fue arrastrando los pies hasta detrás de la barra y se tomó su tiempo mientras buscaba una botella que debía haber puesto allí muchos años atrás pero no podía recordar dónde. Murmuraba para sí misma como hacen los viejos. Entonces dio con la botella y la trajo junto con un sacacorchos y dos vasos al reservado.

Como si supiera lo que debía hacer, como si supiera que yo la estaba esperando. Pero probablemente ella no podía saber que Ramses había muerto.

Tenía las manos llenas de nudos y un poco temblorosas también cuando me enseñó la etiqueta de la botella. La tomé de sus manos como si fuera un tesoro y ella asintió; luego miró adonde supuestamente se sentaría Ramses y asintió también y entonces abrió la botella. Era un burdeos pero no sé aún mucho de cosechas. Especial supongo.

Se quedó allí mirando mientras yo servía un vaso y lo saboreaba de la forma en que se supone que debes hacerlo. Luego miró de nuevo al otro vaso y siguió asintiendo y sonriendo así que puse vino también en aquel vaso hasta casi el borde.

Y eso es todo. Nada más sucedió mientras estuve allí. Bebí mi vino y me tomé otro vaso y el vino que serví para Ramses se quedó en la mesa, y aún estaba allí con el fuego brillando a través de él cuando me marché. Para entonces, *madame* Couderc se había sentado en una banqueta tras la barra con un plumero en el regazo y asentía como si fuera a quedarse dormida. No levantó la vista ni dijo: «Au revoir vuelva de nuevo».

Y ahora apuesto que tú también asientes medio dormida y diciendo: «Por amor de Dios, Alex, eso no es una historia de fantasmas». Pero espera.

Durante la cena de esa noche cuando era mi turno de «unirme a la conversación»

escribí en mi libreta que esa tarde había estado en Coudercs. Alida (la esposa del doctor Martorell que ha vivido en la Rive Gauche o cerca de ella la mayor parte de su vida) dijo: «¿oh, es que han vuelto a abrir? ¿Dónde?». No recordaba el nombre de la calle, solo sabía que había tenido curiosidad por dar con aquel pequeño café y que mis pies me habían llevado hasta allí. (No escribí nada acerca de mi sueño). Pero escribí que había tomado un vaso de vino de una botella que estaba seguro *madame* Couderc había estado guardando hasta el regreso de Ramses a París.

Alida miró por las ventanas del salón hacia la parte de atrás de Notre Dame y dijo: «No Alex, Mssr. Couderc murió en la guerra y *madame* falleció ¿cuándo? ¿hace cuatro años? Hay una tienda de curiosidades allí donde los Couderc solían tener su negocio. Debes estar pensando en otro café. Hay tantos en tan poca distancia desde la Place Maubert».

¿Qué podía hacer, Francie? Simplemente me encogí de hombros porque para entonces Yvie me estaba echando la bronca y me sentía avergonzado. Pero sabía que no podía estar equivocado.

Eso fue hace cinco semanas. Desde entonces, cada vez que tengo ocasión bajo por el Bulevard Saint Germain y emprendo camino al norte hacia el río a través de un laberinto de estrechas callejuelas, llevando un mapa conmigo. Tacho las direcciones de cada calle. Hay cafés, claro. A montones. Pero el Café Couderc no es uno de ellos. Estaba allí esa tarde de octubre pero ahora ha desaparecido. Se ha volatilizado junto con la mujer de cabellos blancos y el vaso de burdeos que dejé en la mesa en el reservado para Ramses.

¿Eso te ha despertado? ¿Sientes un leve escalofrío recorrer tu espina dorsal?

Yo aún lo siento.

O estoy totalmente zumbado, o...

Hay algo en mí que a ellos les gusta. Ya sabes lo que quiero decir, Francie.

Mally me dijo una vez en el andén de la estación que tenía «afinidad» con el cruce. O algo así.

Sea lo que sea, es mejor que estar loco, ¿no crees?

Tu amigo para siempre (eso espero),

Alex

Notas

[1] N. del T.: Veteranos de guerra que han combatido en el extranjero. <<

[2] N. del T.: Juego de palabras entre just deserts, expresión idiomática para decretar la retribución adecuada por un delito, y just desserts, traducible por «solo el postre». He decidido traducirlo por «quedarse sin postre» porque se ajusta más a la dudosa justicia paternal española. <<

[3] N. del T.: FSA: Ayuda social apadrinada por el gobierno de Roosevelt a mediados de los años treinta para alfabetizar y desarrollar las granjas del medio oeste. <<

[4] N. del T.: Raza de gallos desarrollada por los monjes dominicos. Se caracteriza por su plumaje blanco y negro, como los hábitos de dicha orden. <<

[5] N. del T.: Fiesta de carnaval en el estado de Luisiana, celebrado especialmente en Nueva Orleans. Las chicas están obligadas a mostrar sus pechos cuando les regalan flores. Todavía en vigor. <<

[6] N. del T.: Corte de pelo popularizado por el cantante de *jazz* Duke Ellington. <<

[7] N. del T.: Literalmente, una ventana «Jim Crow»; la expresión «Jim Crow», peyorativa, se empleaba para referirse a todo aquello que solo haría un negro, o bien para definir los lugares reservados a éstos. <<

[8] N. del T.: Marcas de productos muy usados en el sur de Estados Unidos. <<

[9] N. del T.: «Rusty» significa oxidado. <<

[10] N. del T.: En el original, «you're just all snap, crackle, and pop», dicho popular del sur de Estados Unidos del que deben su nombre los tres personajes de los populares Rice Krispies de Kellogg's <<